

Elementos y paradigmas del desarrollo.

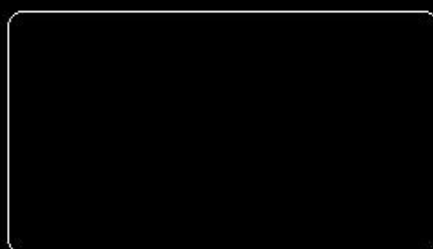


Alfredo A. Repetto Saieg.

Una vez más, la tarea urgente de nuestros países latinoamericanos es el crecimiento y el desarrollo a través de un régimen que esté a la altura de las circunstancias históricas en cuanto a los desafíos que implica, por sí mismo, la inclusión, el pleno empleo, el uso más racional de nuestros recursos y materias primas, la tecnología conveniente y las oportunidades de todos para mejorar nuestras condiciones y calidad de vida, de educación y de la salud. En este sentido, esta obra insiste en reivindicar el humanismo que se estructura bajo la lógica de la primacía del derecho a la vida como prioridad para construir regímenes políticos que trabajen a favor de ciertas políticas y elementos que son fundamentales en el proceso de lucha a favor de la primacía de las necesidades, siempre urgentes, de los trabajadores. Políticas públicas y elementos que tienen que ver con el cambio de paradigma porque precisamente trabajan en la defensa del trabajo, el desarrollo y el crecimiento. Por lo mismo, es necesario trabajar a favor del reconocimiento de los derechos de todos a través de la construcción de un régimen que reconozca las especificidades de los pueblos originarios a partir de un sistema político plurinacional e intercultural, la lucha por la soberanía alimentaria de nuestros pueblos, por una educación y una salud entendida como servicio público, la economía social como nuevo paradigma de desarrollo y la lucha contra las grandes transnacionales que controlan todos y cada uno de los bienes y servicios que son fundamentales para la defensa de la vida de las personas, es decir, que controlan la alimentación, a través de la propiedad oligopólica de las semillas y de los organismos genéticamente modificados, la salud, a través del control de las patentes de los medicamentos, y del trabajo o el salario de las personas a través del control de los mercados de la oferta, la demanda y la imposición de precios y condiciones en beneficio de sus propios intereses globales.

Contacto con el autor:

<http://teorianacionalypopular.blogspot.com/>



Elementos y paradigmas del desarrollo.

Alfredo A. Repetto Saieg.



Reconocimiento-No comercial-Compartir Igual 3.0 Unported

Autor de la obra: Alfredo Armando Repetto Saieg.

De acuerdo a esta licencia usted es libre de:

- *copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra*
 - *hacer obras derivadas*

Bajo las condiciones siguientes:

Reconocimiento - No comercial - Compartir igual: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial y las obras derivadas tienen que estar bajo los mismos términos de licencia que el trabajo original.

El texto legal completo de esta Licencia puede encontrarse al final de esta obra.

Índice:

Capítulo 1: Desequilibrios y sustentabilidad del régimen político.....	10
Las tres negaciones del neoliberalismo.....	10
La acumulación del capital, el trabajo y sus contradicciones.....	15
El rol del sector público en el desarrollo nacional.....	21
Hegemonía y contrahegemonía.....	25
Capítulo 2: Las instituciones políticas a través de la historia.....	30
La democracia, la igualdad y el autoritarismo.....	30
El libre mercado y la composición del capital.....	35
El reformismo, el dogmatismo y la variable de las crisis.....	41
La ampliación de la legitimidad del régimen político.....	45
Capítulo 3: Monetarismo, deuda, crisis, inflación y democracia.....	50
Aspectos políticos del problema de la deuda externa.....	50
La deuda como problema estructural.....	55
La democracia bajo el régimen neoliberal.....	60
La deuda y el financiamiento del desarrollo.....	64
Capítulo 4: Las crisis y sus resoluciones.....	68
El neoliberalismo latinoamericano.....	68
Las consecuencias de la crisis en la estructura política.....	71
La exclusión como opción política.....	75
Las alternativas de la democracia.....	79
Capítulo 5: Bases para un modelo de desarrollo.....	84
Las cuentas pendientes del crecimiento y desarrollo.....	84
El tipo de cambio como base de la producción y el desarrollo.....	88
El nuevo modelo productivo- radical.....	94
La economía social como alternativa.....	102
Capítulo 6: Políticas de integración y crecimiento sustentable.....	110
Las políticas interculturales, plurinacionales y el reconocimiento...	110
La batalla por la ley de medios de la democracia.....	117

Soberanía alimentaria.....	123
Los agro combustibles y el impacto sobre el medio ambiente.....	130
Capítulo 7: El desarrollo y el bienestar.....	137
Nuevas formas de articulación del régimen político.....	137
La gobernabilidad, la gestión y las bases democráticas.....	141
Los valores democráticos en la lucha por el bienestar.....	145
Los desafíos del desarrollo.....	149
Epílogo.....	155
Referencias bibliográficas.....	159
Texto legal completo de la Licencia de esta obra.....	165

Capítulo 1: Desequilibrios y sustentabilidad del régimen político.

Las tres negaciones del neoliberalismo.

A veces favorecemos el mito por una doble ignorancia. Esto es común cuando representamos y apoyamos regímenes políticos y fases de desarrollo que son incompatibles con la realidad de nuestros pueblos entendidos como región periférica, cuando no vemos las miles de sombras que se esconden detrás de las fábulas de una razón que nos asfixia en todo sentido. Por eso, es necesario reivindicar el humanismo, ese humanismo radical que es la base que sustenta el régimen popular y soberano. Es necesaria la búsqueda de una ruta, que es gradual, para el desarrollo de un modelo que evite los vicios y las expresiones brutales del neoliberalismo. Pero a veces aplicamos políticas neoliberales que militan a favor de la liberalización y apertura del mercado de capitales o de consumo que compone el sistema comercial global mientras al mismo tiempo los países desarrollados bloquean nuestras exportaciones con determinados impuestos, tasas o aranceles. Realmente en nuestra región redujimos la gravitación del sector público en la economía, el rol del régimen en cuanto a las políticas desarrollistas y desmantelamos las organizaciones gubernamentales que componen el sector público (con la desaparición de las políticas sociales hacia los más necesitados) pero en los países del centro del sistema comercial globalizado, aún hoy el régimen interviene decididamente en la economía especialmente en tiempos de crisis. Esto sucede, en última instancia, porque el neoliberalismo no puede ser consecuente consigo mismo toda vez que sus ejecutores tienen apenas un saber fragmentado, parcial, bastante esquematizado y muy especializado que atenta contra el bienestar de los trabajadores. Atenta contra los intereses de la mayoría porque a través de ese saber ellos no pueden juzgar libremente el motivo, las circunstancias ni el sentido de las cosas, del sufrimiento, los sentimientos y los ideales y valores de los sectores populares. En ellos existe una gran imperfección porque ese saber fragmentado, su virtud, su relativismo, objetivismo y especialización les impide alcanzar la plena libertad ética e intelectual del hombre completo. Los defectos más abominables de los tecnócratas son sus sentidos por lo que son incapaces de ver un nuevo ideal, ver el mundo y las vivencias de otros por estar atrapados en una pequeña burbuja que es su mundo, su entorno y su realidad parcializada y virtual. Su realidad es solo eso y su conocimiento los conduce a la muerte prematura de toda solidaridad social, de toda conciencia que sea mínimamente progresista porque las decisiones fundamentales solo tienen como meta la acumulación y concentración del capital. Actúan así, en el sentido de la defensa de los beneficios e intereses de las corporaciones con todas las implicancias que conlleva. Por ejemplo, el hecho de que el régimen con su estructura social, política, económica y jurídica esté moldeado por la

lógica económica en beneficio de los intereses globales nos conduce a una ideologización del proceso económico, de sus políticas, paradigmas, tesis y creencias lo que implica caer otra vez en el economicismo pero ahora desde una visión de derecha vernácula y no desde el marxismo. Ahora, al igual que en el marxismo de los ortodoxos, lo económico está por encima de todo y de todos. Incluso por sobre la vida. Esa es la fuente de la moderna alienación que produce la razón de los neoliberales y que se sustenta en el principio jerárquico del derecho a la propiedad privada. Esta es la fuente de la razón que en el campo de las ciencias se pretende con una verdad absoluta. Esa es la razón por la que el régimen se retira de muchas funciones y roles que le correspondieron en otro momento histórico.¹

Esa es la fuente de la centralización del poder en cuanto al control de las relaciones económicas dominantes y del desplazamiento de las instancias de decisión política del Congreso Nacional hacia las instancias monetarias y financieras del gobierno central. Esa reorganización política y administrativa corresponde a un cambio de naturaleza de los mecanismos privilegiados de la regulación económica. Se constituyen dos condiciones y políticas básicas del funcionamiento de ese régimen de acumulación en nuestros países durante la década de los '90, es decir, el control de los procesos inflacionarios y una inserción más compleja de nuestras economías en los circuitos financieros globales que confieren a los mecanismos de gestión monetaria del sector público un rol fundamental en la regulación económica. La descabellada concentración del poder de gestión en los tecnócratas hace viable, en algunos casos determinados, la aplicación de reformas orientadas a la estabilidad de las monedas locales y el ajuste de las diversas tasas de cambio lo que facilita una más equilibrada gestión de la balanza de pagos. Esta transformación en la lógica de las políticas económicas nos conducen al desmantelamiento de las redes tradicionales de clientelas incrustadas en el sector público desde el período del desarrollismo que contribuyen de esta manera al surgir de otro tipo de régimen (neoliberal) fundado en lo político en el ejercicio sistemático de la violencia y prepotencia del régimen como respuesta más viable a las demandas y reivindicaciones de los trabajadores por más justas que éstas sean. Esto último conduce a muchos trabajadores a caer en poder de esa élite tecnocrática que vía represión primero y luego a través de métodos un poco más refinados de dominio y control hacen de los movimientos populares

¹ La internalización del capital productivo desde los países de avanzada a los pueblos periféricos implica, desde la estrategia neoliberal, otras modalidades de intervención pública que a partir de mediados de los años '70 conduce a una redefinición de las relaciones económicas, políticas, sociales e incluso culturales. El modelo neoliberal gravita alrededor de la idea del desprendimiento de muchas funciones del régimen anterior que se traduce en las políticas de privatizaciones, desregulación de los mercados y descentralización política con el manifiesto fin de favorecer los intereses del capital contra los de la fuerza del trabajo.

simples organizaciones que pierden el mejor sentido de muchos paradigmas. Esta frustración, ante el avance del neoliberalismo y su lógica, transforma a muchos en partidarios acérrimos de una cultura de domesticación donde las mayorías pierden su ser más perfecto, poderoso, triunfante y lleno de gozo para retroceder a un estado de hombres más débiles que son humillados por los detentadores del poder.

Estas transformaciones son el primer paso hacia una nueva definición de las formas y los espacios del respectivo poder del régimen político y del capital en la regulación de las relaciones sociales expresándose a través de la instauración de un modelo de gestión de la fuerza laboral caracterizado por la complementariedad entre la disciplina global, impuesta a nivel del mercado de trabajo por el Estado a través del régimen, y la libertad de explotación que reina al interior de las fábricas. Son estos elementos los que nos permiten entender el rígido control del Estado sobre las relaciones sociales instituidas entre los dueños del capital, los patrones y la fuerza de trabajo, expresada a través de las negociaciones directas sobre el monto de los salarios a través de los mecanismos provistos por el régimen político. Se trata de una esencial condición de viabilidad de una política de reducción de costos y concentración de la propiedad. Detrás de ese proceso de definición de las formas en que se expresa el poder del régimen político y del capital existe una nueva razón instrumental acorde con el desarrollo de este proceso de control. En otras palabras, encontramos otras razones que al ser neoliberales se compone de una lógica muy violenta, reaccionaria y perjudicial para los intereses de los trabajadores desde el momento en que la idea del mercado como mercado global, totalitario, aristócrata y único, es capaz de desatar las fuerzas más reaccionarias del propio liberalismo económico. Entonces, el neoliberalismo es el gran adversario y también por eso aparece la ansiada resistencia, que en muchos casos derivó en un cambio fundamental del régimen político a favor del radicalismo pero que también puede derivar es una estrategia sin fuerzas y sin vocación de poder. Es a partir de estos defectos que esa resistencia es catalogada como irracional y favorece a los dominantes. En este caso, la resistencia se convierte en arbitraria y utópica pero lo que muchos olvidan es que ésta deriva también de las malas condiciones de vida, de la pobreza, de la percepción real de los sectores medios que su vida es deprimente y que se caracteriza además por ser víctima de la tremenda agresividad del mercado. Esa agresividad simplemente se manifiesta en cada uno de los problemas de la región. El mercado no cumple su función y por lo mismo Latinoamérica es un caso histórico y concreto del gran fracaso del capitalismo pero también de la resistencia de los gobiernos populares. En el neoliberalismo, producto de su concepción ideológica que gira sobre la idea de los *amigos-enemigos* que es la base de defensa de la primacía del derecho a la propiedad privada y de la consiguiente violación de los derechos humanos, cualquier afirmación de un valor propio implica de hecho la negación del valor del adversario porque

al imputárseles a éstos un valor absoluto declaran a los adversarios como un no-valor, es decir, como valor relativo que tiene que combatirse a través del absolutismo del régimen político y los paradigmas neoliberales. Se trata de tres graves negaciones que acusan intenciones de venganza y de castigo:

- a) En primer lugar, la negación del utopismo y del mesianismo, es decir, al querer solucionar todos los problemas que surgen bajo la égida del neoliberalismo, son realmente impotentes porque las consecuencias de sus acciones en el ámbito político, social y económico, en verdad no son resueltas dadas las características del régimen. Entonces, recrean un utopismo que se pretende realista. De esa manera, niegan el utopismo a pesar de que son los primeros utopistas. Además, de esa manera obstaculizan, por las mismas características de su utopía, la resolución racional de las cuestiones socialmente más importantes.
- b) En segundo lugar, está la negación del intervencionismo del sector público en el ámbito de la economía, del desarrollo y el crecimiento. En ese sentido, quieren evitar el intervencionismo del régimen y éste se vuelve absoluto porque sus movimientos absolutistas buscan controlar el mundo de los negocios a través de la represión pero también a través de métodos mucho más sutiles como la tecnología o el saber que así está al servicio de sus propios intereses como sector dominante. También, a través de métodos un poco más toscos, amenazan la supervivencia de los trabajadores.
- c) Finalmente, y relacionado con los puntos anteriores, si bien los grupos neoliberales reniegan del terrorismo en todas sus formas también lo reivindicán, es decir, al querer combatir el terrorismo de los sectores fundamentalistas ellos, al mismo tiempo, crean un terrorismo de Estado que supera tanto cuantitativa como cualitativamente el terrorismo que dicen combatir. Así, cuánto más decididamente dicen combatir al terrorismo más terroristas se vuelven los antiterroristas.

A través de estas tres negaciones se construye un proceso político que destruye paulatinamente, sin descanso, los derechos humanos. Dado que el mercado bajo el yugo neoliberal quita automáticamente a grupos humanos enteros la posibilidad concreta de la vida, estos marginados y excluidos se presentan como no completamente humanos, es decir, como enemigos. En realidad, pasa que el mercado solo deja a algunos la posibilidad de realizarse como personas y sujetos de provecho al tiempo que les quita la posibilidad a otros, a las mayorías que son todos los que viven de un salario. El mercado es convertido en el principio fundamental de todo realismo mientras que el

objetivo las técnicas sociales consiste en debilitar y destruir todos los grupos de interés, movimientos, agrupaciones o partidos, sindicatos y organismos que reivindican los valores y la cultura popular. Buscan destruir todos esos grupos simplemente porque se oponen a los dictados del automatismo de los mercados. Lo que da al mercado su característica totalitaria es precisamente la tautologización del automatismo del mercado y su transformación en un proceso de desarrollo de relaciones mercantiles como única respuesta a la resistencia, la crisis y sus resoluciones. La institución del mercado llega a ser la sede de la perfección en una globalidad que no es capaz de alcanzar todos sus sueños y esperanzas, sus objetivos y metas de grandeza por la resistencia del enemigo. Por eso, el mercado es defendido a toda costa aún al precio de violentar los derechos humanos. Aparece el pensamiento dual y reaccionario: ellos o nosotros, caos u orden, retraso o desarrollo. La tesis de la ideología del mercado no tiene ningún contenido concreto sino más bien metafórico porque, al emanciparse de la realidad e incluso de la historia del hombre, ya no tiene nada que ver con ella. El mercado totalitario, en su representación del automatismo del mercado, es una gran utopía como lo son todas y cada una de las ideologías totalizadoras pero que por muchos no es vista como tal sino como realidad única e inmutable. Cuando uno, cediendo a las presiones de los dominantes, reconoce ese sentido realista de la utopía neoliberal es considerado por fin, por las organizaciones que son representativas de la acumulación privada de capitales, como un intelectual, un pragmático y un académico mucho más equilibrado que desde ahora se encuentra al servicio de un conjunto de verdades que no tienen nada que ver con el humanismo. El racionalismo neoliberal no resuelve nada por lo menos no a favor de los trabajadores y sus intereses. No soluciona ninguna cuestión porque va contra cualquier humanización de las relaciones del hombre. En realidad, solo es capaz de radicalizar los conflictos alrededor de la exclusión desembocando en el nihilismo porque no se puede ser hombre sin tener las posibilidades concretas de la existencia y experiencia. Ser hombre implica y presupone las condiciones materiales de la vida. En otras palabras, solo podemos asegurar la vigencia de los derechos humanos si a todos los hombres se les conceden las condiciones materiales de esa vida más digna. Esto implica un conflicto con la razón neoliberal y su orden estructurado en base al mercado como mecanismo central de regulación. La negación de la razón de los neoliberales se transforma así en un pensamiento que es vivificante y a su vez plétórico de alegorías porque niega el autoritarismo y coloca la dignidad como prioridad elemental.

Definitivamente hay que desconfiar e incluso denunciar, con todos los posibles recursos de los que disponemos, los diagnósticos simplistas de los neoliberales porque todos ellos están cubiertos de un gran manto de engaño. Por eso, los grandes acontecimientos de la historia, las transformaciones, las revoluciones y traiciones, los triunfos y derrotas, los procesos evolutivos o

reaccionarios, las convierten en anécdotas y proclaman el fin de la historia y el inicio del conformismo que significa aceptar racionalmente los dogmas del capitalismo como régimen de acumulación, de producción y de distribución. Pero al tiempo que se consolida el conformismo también surge la lucha, la movilización, los paros y reivindicaciones. Las teorías del neoliberalismo no hacen más que esconder, detrás de un velo misterioso, oscuro y reaccionario, una profunda sed de poder, dominio y control absoluto donde la democracia no tiene ningún valor a menos que sea capaz de tender los conductos y canales para el desarrollo y la expansión ilimitada del capital, de los intereses de los mismos, es decir, de los beneficios dominantes, de los aristócratas de la represión, la vigilancia y la reacción.

La acumulación del capital, el trabajo y sus contradicciones.

El reformismo más cercano a la socialdemocracia no tiene éxito en la solución de los problemas que afectan a los hombres como trabajadores, los que viven de un jornal. Simplemente porque poco a poco y crisis tras crisis cede derechos y conquistas del trabajador (conseguidas con sangre y fuego, motines, revoluciones y guerras pero también con integración e idealismo) a favor de los sectores financieros y especulativos que controlan las estructuras del régimen político. Son los trabajadores las primeras víctimas de los ajustes y constantes crisis que periódicamente afectan las estructuras neoliberales. Entonces, si hablamos en términos de un régimen que busque la superación de la explotación del hombre por el hombre a través de la primacía de los intereses de la acumulación privada del capital por sobre los intereses de la fuerza de trabajo, el reformismo como fin no es viable porque se sustenta en el liberalismo económico. La falta de opciones políticas es endémica porque los trabajadores de los países donde perdura el neoliberalismo- a diferencia de muchos de sus homólogos de los países con regímenes populares- no son lo suficientemente fuertes aún para convertirse en eje y núcleo directriz de los cambios sociales necesarios para acabar con la reacción de los grupos de interés concentrados. Las reformas y políticas propuestas por esos regímenes, más en los tiempos de crisis, atestiguan la impotencia de sus trabajadores, la falta de capacidad y compromiso con valores y una ética que busque mejorar en verdad las condiciones de vida de las mayorías. ¿Por qué tendrían que cambiar los regímenes socialdemócratas si son presentados como un ejemplo del desarrollo en todos los ámbitos? Precisamente tienen que cambiar porque ese desarrollo, todas las conquistas que el trabajador de esa región del mundo en su momento supieron conseguir, cedieron frente a la verdad y paradigmas neoliberales. Así, el futuro no tiene nada que ver con el reformismo como un fin mismo, de hecho, el capitalismo es un gran fiasco a nivel latinoamericano pero también a nivel global y todo régimen que insista en su defensa tarde o temprano caerá víctima de sus propios errores. La única posible evolución en

términos políticos se relaciona con ser capaces de imponer el radicalismo que con sus reformas estructurales y complejas (en las maneras de expresión de la cultura y valores populares) busca conservar, defender y profundizar las conquistas de los trabajadores alcanzadas en los frentes de batalla para luego crear y reivindicar otros derechos. El reformismo como fin mismo, como una estrategia política de crecimiento y desarrollo, se destruye así misma porque una cosa es hacer del capitalismo un régimen un poco más racional y justo (y por lo mismo mucho más estable) y otra es luchar por imponer otras formas de convivencia y comunicación entre los hombres. Los marxistas ortodoxos encontraron una forma simple de resolver esta cuestión proponiendo hacer la revolución sobre la base del Manifiesto Comunista pero evadiendo, una vez más, los detalles molestos de la transición política. Sin embargo, es un hecho concreto que la mayoría de los trabajadores, los razonablemente cuerdos, no quieren saber nada con aventuras medio descabelladas que además terminan siendo en un baño de sangre sin fin. El proceso de transición se construye a través del reformismo radical que no pretende ser la corriente del futuro sino simplemente la única esperanza y una necesidad histórica porque mientras más se posponen las transformaciones más se nos niega la posibilidad de acabar con los profundos dramas sociales heredados del neoliberalismo.

Después de tantas fallas, tantas disyuntivas y antinomias no resueltas, luego de tantos factores, circunstancias, hechos, consecuencias y después de tanto fallecimiento, el humanismo tiene que poner fin a los conceptos usados por el optimismo más vulgar. Cada vez tenemos menos motivos para usar esos términos y esas metáforas, fábulas y preceptos engañosos y cada vez necesitamos más los preceptos lógicos y las verdades socialmente generadas por la mayoría para elaborar un proceso de transición política, de cambios democráticos profundos. Solo los charlatanes y los políticamente alienados por sus propios intereses necesitan de ideas tan absurdas como el optimismo o el pesimismo porque estos términos, al igual que todos los conceptos de los dominantes, dan valor a la experiencia e intereses particulares que defienden las necesidades de los clanes familiares dominantes y su cosmovisión de la vida y la realidad. Ese régimen político neoliberal, empequeñecido en sus funciones, vengativo y naturalmente falso, es una bestia solo comparable con las grandes frustraciones políticas que delegan las responsabilidades y el rol histórico del trabajador, como clase mayoritaria y revolucionaria, en pocas manos que solo velan por sus intereses. Todo el régimen desarrollista, su lógica y conquistas logradas a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial, fue aplastado por un proceso de cambios neoliberales que incluso, como todo cambio de régimen político, logró transformar también las relaciones entre los hombres. Al igual que en Latinoamérica, el régimen político benefactor empieza a mostrar todas sus deficiencias en los países centrales, es decir, en Estados Unidos, en Japón y en Europa occidental a partir de la década de los años '70 que es cuando el neoliberalismo empieza su ofensiva global para

resolver la crisis generada por la caída de la tasa de ganancia del capital. Sin embargo, finalmente, el reformismo como final no es capaz de resolver un nuevo problema que se le presenta que es la cuestión de los excluidos y de los marginados que exponencialmente son cada vez más numerosos.

El tema de los incluidos y excluidos de los beneficios sociales por todos generados data de tiempos inmemorables. Este tema viene de la época en que el Estado capitalista brota y destruye a su paso todos los fundamentos políticos, culturales, sociales y económicos en los que se basó el feudalismo arrasando con cualquier vestigio que se opusiera al incremento del capital en manos de la naciente burguesía. Ahora, este proceso es más notorio, es más profundo y descabellado porque el neoliberal es más profundo, descabellado y reaccionario. ¿Cómo impactan las transformaciones en el propio mundo del trabajo debido a la concentración del capital, tanto en el sector que depende de las transnacionales, que tienen la más alta rentabilidad y poder de presión e imposición, como en las empresas más pequeñas, las pequeñas y medianas de capitales mayormente nacionales? Lo que vemos es que con cada crisis del neoliberalismo cae proporcionalmente el empleo pero también el cambio en el mercado de trabajo (en aquellos países donde se consolidan regímenes nacionales, soberanos y populares) esos mismos regímenes favorecen a los trabajadores haciéndole frente a las crisis a través de la producción nacional, a través de la búsqueda de recursos internos, ahorros e inversión y apostando a la estabilidad en el empleo en general a través de la producción basada en mayor demanda de bienes nacionales en nuestro mercado interno. En ese sentido, a pesar de las crisis del neoliberalismo, los países que se rigen por regímenes populares, inclusivos y soberanos logran mantener y hasta mejorar el salario de los trabajadores haciéndose realidad también la recuperación de algunos derechos y conquistas que en su momento el neoliberalismo robó. La importancia de recuperar el empleo, los salarios y su poder adquisitivo es que estas políticas nos permiten recuperar algún grado de protagonismo sindical que favorece a los trabajadores representados en éstos. Es en ese ámbito que los regímenes más radicales luchan a favor de una mejor distribución de la riqueza porque una consecuencia, de las más reaccionarias del régimen neoliberal fue precisamente producir un fuerte proceso de subcontratación y tercerización del trabajo a través de empresas, sectores y grupos de interés más concentrados. Hoy, los países que se rigen por gobiernos populares (a diferencia de los que continúan apostando por el neoliberalismo que implica entre otras tantas cuestiones la postura de no intervención en la economía) se trabaja a favor de la economía de la producción, que además genera empleo, y en contra de la desregulación y del dejar hacer en beneficio de los sectores financieros y especulativos. Desde esa perspectiva, en la situación actual de los países con gobiernos populares en particular, no hay ni derrame ni goteo sino que hay una dirección política que coloca al empleo en el centro de la acción política. Todavía hay mucho para hacer en materia de infraestructura

pero la estrategia de estos países de enfrentar las crisis negando la idea de los ajustes es correcta porque así fortalecen la demanda agregada, el consumo, la inversión pública, privada y el ahorro que son todas políticas generadoras de empleo. Los regímenes populares en momentos de crisis del neoliberalismo, crisis que son cada vez más recurrentes, desarrollan sus acciones a partir de tres políticas macroeconómicas fundamentales a saber: la fiscal, con los resultados que buscan un superávit extraordinario, la cambiaria que tiene que ver con el valor competitivo de la moneda nacional y, en el mismo nivel, las políticas de ingresos que defienden el poder adquisitivo de los salarios, la protección social y la defensa del empleo. Mientras los regímenes populares buscan desentenderse de la herencia neoliberal combatiéndola con todos sus bríos, los países donde aún perdura la reacción se refuerzan los paradigmas y las teorías del neoliberalismo a expensas de los intereses del trabajador y a favor del capital, de su tasa media de ganancia y su concentración cada vez en menos manos. En estos últimos países nos encontramos en un proceso de gran transformación, una impresionante concentración del capital, del poder político, la miseria y la degeneración que conlleva. En ese sentido, veamos lo que dice Marx sobre este tema fundamental del desarrollo del capitalismo:

“...Como la demanda de trabajo no está determinada por el volumen del capital global, sino por su parte constitutiva variable, ésta decrece progresivamente a medida que se acrecienta el capital global, en vez de aumentar proporcionalmente al incremento de éste, tal como antes suponíamos. Esa demanda disminuye con relación a la magnitud del capital global, y en progresión acelerada con respecto al incremento de dicha magnitud. Al incrementarse el capital global, en efecto, aumenta también su parte constitutiva variable, o sea la fuerza de trabajo que incorpora, pero en proporción constantemente decreciente. Los intervalos en que la acumulación opera como mero ensanchamiento de la producción sobre una base técnica dada, se acortan.

Para absorber un número adicional de obreros de una magnitud dada, o incluso- a causa de la metamorfosis constante del capital antiguo- para mantener ocupados a los que ya estaban en funciones, no solo requiere una acumulación de capital global acelerada en progresión creciente; esta acumulación y concentración crecientes, a su vez, se convierten en fuente de nuevos cambios en la composición del capital o promueven una disminución nuevamente acelerada de su parte constitutiva variable con respecto a la constante.

Esa disminución relativa de su parte constitutiva variable, acelerada con el crecimiento del capital global y acelerada en proporción mayor que el propio crecimiento de éste, aparece por otra parte, a la inversa, como un incremento absoluto de la población obrera que siempre es más rápido que el del capital variable o que el de los medios que permiten ocupar a aquella.

La acumulación capitalista produce de manera constante antes bien, y precisamente en proporción a su energía y a su volumen, una población obrera relativamente excedentaria, esto es, excesiva para las necesidades medias de valoración del capital y por tanto superfluas... Pero si la sobrepoblación obrera es el producto necesario de la acumulación o del desarrollo de la riqueza sobre una base capitalista, esta sobrepoblación se convierte, a su vez, en palanca de la acumulación capitalista, e incluso a condición de existencia del modo capitalista de producción. Constituye un ejército industrial de reserva a disposición del capital, que le pertenece a éste tan absolutamente como si lo hubiera criado a sus expensas”

Del texto anterior se desprende que nos encontramos en una fase de acomodamiento y concentración del capital de tal magnitud que el proceso nos conduce, si continúa por sus cauces actuales, a la formación de una gran federación de comercio de empresas transnacionales, es decir, de una mayor concentración del capital y de la propiedad al interior del sistema comercial global que desde ahora se nos presenta como un imperio nunca antes visto ni soñado por los grandes aspirantes a dictadores. No nos engañemos, así como el capitalista en un primer momento de la historia (cuando su sistema social y político recién está pariendo, cuando recién corta el cordón umbilical que lo ligaba al feudalismo) negó la propiedad de los medios de producción a los artesanos y campesinos convirtiéndolos en proletariados, al tiempo que en un segundo momento expropia a los pequeños capitalistas. En palabras de Marx:

“... El modo capitalista de producción y de apropiación y por tanto de la propiedad capitalista de producción, es la primera negación de la propiedad privada individual, fundada en el trabajo propio. La negación de la propiedad capitalista se produce por sí misma, con la necesidad de un proceso natural. Es la negación de la negación. Esta restaura la propiedad individual, pero sobre el fundamento de la conquista alcanzada por la era capitalista: la cooperación de trabajadores libres y su propiedad colectiva sobre la tierra y sobre los medios de producción producidos por el trabajo humano”

Además, Marx nos dice:

“...La propiedad privada erigida a fuerza de trabajo propio; fundada, por así decirlo, en la consubstanciación entre el individuo laborante independiente, aislado, y sus condiciones de trabajo, es desplazada por la propiedad privada capitalista, que reposa en la explotación del trabajo ajeno, aunque formalmente libre. No bien ese proceso de transformación ha descompuesto suficientemente, en profundidad y extensión, la vieja sociedad; no bien los trabajadores se han convertido en proletarios y sus

condiciones de trabajo en capital; no bien el modo de producción capitalista puede andar ya sin andaderas, asumen una nueva forma de socialización ulterior del trabajo y la transformación ulterior de la tierra y de otros medios de producción en medios de producción socialmente explotados, y por ende en medios de producción colectivos, y asume también una mera forma, por consiguiente, la expropiación ulterior de los propietarios privados.

El que debe ahora ser expropiado no es ya el trabajador que labora por su cuenta, sino el capitalista que explota a muchos trabajadores. Esta expropiación se lleva a cabo por medio de la acción de las propias leyes inmanentes de la producción capitalista, por medio de la concentración de los capitales. Cada capitalista liquida a muchos otros. Paralelamente a esa concentración, o a la expropiación de muchos capitalistas por pocos, se desarrollan en escala cada vez amplia la forma cooperativa del proceso laboral, la aplicación tecnológica consciente de la ciencia, la explotación colectiva... Con la disminución constante en el número de los magnates capitalistas que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este proceso de trastrocamiento, se acrecienta la masa de miseria, de la opresión, de la servidumbre, de la degeneración... Ya no se trata de una concentración simple de los medios de producción y del comando sobre el trabajo, idéntica a la acumulación. Es una concentración de capitales, ya formados, la abolición de la autonomía individual, la expropiación del capitalista por el capitalista, la transformación de muchos capitales menores en pocos capitalistas mayores... Si el capital se dilata aquí, controlado por una mano, hasta convertirse en una gran masa, es porque allí lo pierden muchas manos.”

Quise citar estos párrafos de Marx porque ahí el autor nos describe, de manera bien clara, como el Estado capitalista desde siempre milita a favor de la concentración del capital, es decir, de la propiedad, la plusvalía, de la suba de la tasa media de ganancia a expensas de los trabajadores y a favor de los beneficios del sistema que inclusive se expanden contra los intereses de los capitales más pequeños. Por ejemplo, a través de una fuerte concentración de la propiedad que decididamente va contra la supervivencia de los pequeños empresarios, que vía proletarización, engrosar ahora la clase de desposeídos en relación a la propiedad de los medios de producción. La gravedad de lo anterior, en la actual coyuntura política, es que son las pequeñas y medianas empresas las que más empleo generan, las que invierten sus ahorros y sus capitales al interior del país, en los mercados internos y por eso son centrales en la planificación de un proyecto de desarrollo que beneficie a las mayorías. Por supuesto, en este y en cada tema los neoliberales se hacen los distraídos.

El rol del sector público en el desarrollo nacional.

La batalla por la hegemonía cultural fue ganada, al menos hasta hace unos pocos años, por el neoliberalismo y sus dogmas de manera que la vida se hizo mucho más odiosa e infinitamente más cruel. A partir de la primacía de la hegemonía neoliberal aparecieron algunos fenómenos evidentes como la degradación de la vida social, el predominio de una lógica que reivindica el individualismo más extremo, el egoísmo de los sujetos y la sustitución de la política y sus definiciones, todo por una administración protagonizada por los tecnócratas, que derivará en una tecnocracia altamente reaccionaria, y la gestión del cuerpo y bienes producidos por el trabajador que transforman la vida democrática en un mercado en que la libertad es responsabilidad y remite a la ideología del automatismo del mercado. En estas circunstancias, también hubo una profunda transformación de la conciencia e imaginarios de la época destruyendo los valores de la solidaridad de clase y la cultura del trabajo en favor de la especulación y el ocio de los dominantes. Se trató de acabar de una buena vez con toda esa cultura del igualitarismo, de la justicia social y hasta de la profundización de los aspectos democráticos del régimen. En el proceso ayudó la caída final de los socialismos reales que no supieron ni quisieron gestionar, con vistas a una profunda resolución, las principales contradicciones de semejante régimen. En concreto, el neoliberalismo como régimen al servicio y en favor de unos cuantos, como hegemonía cultural, fue y sigue siendo una gigantesca apuesta cultural, política, económica, social e ideológica que busca e intenta con todos sus medios conquistar el espíritu de los trabajadores definiendo la gramática del sentido común. Entonces, parece que es bastante utópico creer que la hegemonía que alcanzó lo hizo sin la complicidad de la industria del espectáculo y de la información altamente concentrada en unas pocas corporaciones mediáticas. O sea, sin culturalizar la vida política de acuerdo a su particular visión de la vida y la realidad que le entregó, una vez terminada la dictadura de seguridad nacional e impuesta las necesidades de la democratización, un rol protagónico al realismo político para en ese nuevo contexto seguir gozando de los privilegios de un Estado capitalista. Primó, hasta hoy en algunos países que no logran desembarazarse del neoliberalismo, la idea que la gobernabilidad y racionalidad del régimen tendría que ir de acuerdo a lo que ellos definen como políticamente correcto, es decir, sin alterar en profundidad las reglas de una economía impuesta por la fuerza de las bayonetas y del terrorismo de Estado. Esto no impide que sigan apelando al consenso cuando no es posible el diálogo con los propios trabajadores sin que éstos tengan que renunciar a sus derechos históricos. Sin embargo, el capitalismo, creación del espíritu humano al fin y al cabo, no es ajeno a las pasiones, a las debilidades de los hombres y sus organizaciones, al combate y lucha de clases. El error fue creernos que con el neoliberalismo

llegada el final de la historia, de los tumultos y de las revoluciones. ¿Con qué derecho pretende hablarnos del fin de la historia y de las ideologías, de una nunca provada guerra entre civilizaciones y del triunfo, definitivo y fatal, del reinado de la mercancía bajo sus términos? ¿Con qué derecho pretenden que nos conformemos a una vida de mediocridad cuando el porvenir nos depara, en la medida en que luchemos, modos de vida más justos y democráticos'?

Son esos grupos los que aman el oro como el dios Mercurio. Y aman aún el placer, como ese Júpiter tenorio cuyas amorosas aventuras conoció el monte Ida. Pero, odian al hombre, sus necesidades, su espíritu y su vida. Por eso, con la aparición y el diseño de la división de clases, tiempo después, sus creencias toman partido por el privilegio de la minoría. Acentuada la división de clases, de cada uno de los estamentos y sectores, definieron el concepto de la ética y se la vinculó con la fe en una nueva razón que les serviría como auxiliar decisivo para proteger la ley, las normas y el régimen político por ellos establecido. Con su razón le dan otro ímpetu a sus normas de conducta impuestas siempre contra la mayoría. Ahora lejos queda la cultura y la moral que desprecia los dogmas y la ética tibia y benevolente que nada tiene que decirnos de las necesidades y urgencias de los hombres. El evangelio de los neoliberales, al igual que todas las concepciones ideológicas de los sectores dominantes, de igual manera que la casta de los primeros hombres, de igual manera que los griegos y los romanos, de igual manera que la dúctil religión de muchos creyentes, debió llegar y llegó también- malogrado el empeño y el esfuerzo de los mejores hombres que prácticamente actuaron en soledad- a la fatal y poco digna condición de mercancía de los trabajadores que ahora son destinados a conservar el interés de monarcas y príncipes absolutistas. En ese aspecto, el neoliberalismo como régimen político que busca reivindicar el Estado capitalista, es el exponente más alto de ese empeño por suministrar a los dominantes los valores negativos que favorecen las exigencias políticas de los centros globales del poder e intereses con ellos asociados. Retocaron la filosofía y el saber de los hombres y triunfaron con una clase por lo menos durante un buen tiempo. Llega el momento que les toca retroceder pero en el camino nos dejan la inquisición y las persecuciones, barbaras y sangrientas, en que se convierte el código penal bajo la forma de las actuaciones de esos grupos. Los dominantes, con sus tecnócratas, finanzas y su especulación, se habían convertido en los señores de la guerra, en los propietarios de feudos y corporaciones pero también de nuestros valores. De igual manera hoy (visto lo actuado por el neoliberal a través de la historia) no saben como reaccionar frente a los desafíos y circunstancias que el mundo urgentemente les reclama. Están teóricamente imposibilitados para emprender por cuenta propia otra vez la conquista de la mayoría. Pero, no porque no tengan la energía o los recursos para lanzarse en semejante empresa, de gran magnitud, sino porque ya son cada vez menos los que les creen. Simplemente estoy hablando de la contrahegemonía de los trabajadores en acción. La mitología de sus verdades

se revela ante multitudes que ya no están dispuestas a ser evangelizadas por sus dogmas. Buscan volver a unir, sin restricciones de ninguna especie, el poder espiritual y temporal, pero el tiempo histórico les pasó por encima de manera omnimoda, imprescriptible y absoluta. Ahora los detentadores de los recursos y la riqueza material se quedan sin sus razones, sin valores ni lógica. Por eso, en fin, las instituciones neoliberales hoy están imposibilitadas de poder coadyugar en la consolidación del régimen que siempre los reivindicó como privilegiados.

Desde esa perspectiva se entiende que después venga el nuevo siglo y las nuevas esperanzas, que trajeron otras perspectivas y un horizonte político abierto por la voluntad política de profundizar los cambios a expensas de los neoliberales y a favor de un proceso de mayor inclusión y equidad, que abrió senderos a futuro muy auspiciosos para las necesidades pendientes de la mayoría que así incomodaron a las corporaciones. Para estas últimas la idea de régimen depende en exclusiva de sus intereses privados acostumbrados a traducir el sentido de todas las cosas y su voracidad de ganancia que supieron construir durante décadas a través de una agenda pública a la medida de sus intereses. De ahí la reacción. Lo que los mortifica es que su norte utópico no pudo ir más allá de proclamar el deseo de edificar una república virtuosa que no tocara un sistema económico, amparado en los preceptos del automatismo de los mercados, que implica la proliferación de la acumulación privada de los capitales sin cuestionar los efectos políticos y sociales más graves del neoliberalismo como lo es la exclusión, la marginación y el empobrecimiento general de los que viven de su trabajo. Simplemente creyeron que la historia se cerraba junto con el desvanecimiento de las ideologías contrarias a sus modos de vida y que ahora se trataba de sentarse en la mesa del consenso, allí donde nada decisivo se podía discutir ni criticar con espíritu de modificar el curso de las cosas. Y como se equivocaron respecto al fin de la historia, que implica el fin del conflicto de clase bajo el predominio de los privilegios propios aún le temen, como si fuera el peor pecado, a los antagonismos y al conflicto. Los gobiernos populares, surgidos de las consecuencias más duras del neoliberalismo- y esto más allá de los límites y contradicciones de esos gobiernos de transformaciones- rompieron inexorablemente con la lógica, la inercia, la despolitización y desmovilización de los trabajadores que planteó y significó en la práctica el fin de la historia rompiendo, de una vez por todas, las múltiples certezas de los dominantes en el sentido de la eternidad del Estado capitalista. En ese contexto, los gobiernos populares, que plantean una contrahegemonía respecto a los valores dominantes, abrieron las puertas a una significativa recuperación del espacio público yendo a contracorriente de la tendencia privatizadora que prevalece en el mundo a pesar de las crisis del sistema comercial global. Es a esa anomalía inesperada de los regímenes populares, a su eficacia y eficiencia en la mayoría de los aspectos que hacen al colectivo social, a los que temen los dominantes y por ello reaccionan con

una fuerza sorprendente, dando la batalla por la hegemonía cultural que es la base y sustento de cualquier proyecto político, en todos los frentes en que se expresa la lucha por la hegemonía. Los factores de poder dominantes insisten entonces con sus falsas expresiones que intentan una vez más hegemonizar la opinión pública con un discurso crítico que en lo central asocia la presencia, injerencia y participación del sector público en la economía como un fuerte avasallamiento al sector privado. Pero, más allá de cualquier reacción, esas expresiones carecen de aval jurídico, económico e inclusive de racionalidad política.

Estos factores de poder, que se expresan a través de los intereses de las grandes corporaciones, en realidad insisten en una visión del automatismo de los mercados que por su propia definición atenta contra cualquier proyecto de desarrollo del mercado, consumo y ahorro interno que busque la inclusión del trabajador en un contexto de crecimiento, igualdad y oportunidades reales para todos. Visualizan al sector público como el enemigo a combatir porque precisamente es éste quien milita contra el más libre de los mercados a través de regulaciones, de diverso tipo, que en el contexto de regímenes populares, se define a partir del bien común. El sector público es así el gran problema a resolver. Desde ese enfoque, que defiende el automatismo de los mercados y que por ende está directamente asociado con los programas y políticas de los neoliberales, el sector público debería ser reducido a su mínima expresión, ya que su injerencia en la economía sería contraria al desarrollo equilibrado, económico, político y social, de nuestro país. Sin embargo, a pesar de todo, la experiencia histórica e incluso las estadísticas, a las que tan afectos son los factores de poder dominantes, una vez más vienen en nuestro auxilio para demostrarnos, vía la misma experiencia histórica de nuestros pueblos, que los regímenes nacionales, populares e inclusivos auspician un bienestar que el neoliberalismo está lejos de alcanzar con sus dogmas. De todas maneras, en la lucha contra la hegemonía de los neoliberales, tiene que preocuparnos la discrecionalidad política con la que operan para defender sus granjerías y privilegios de clase. En realidad, la única posibilidad de alcanzar un camino de crecimiento económico equilibrado, que favorezca los intereses de todos los sujetos y actores involucrados en éste, con perspectiva de liberación y de soberanía nacional, es a partir de una fuerte alianza entre los empresarios nacionales, de pequeña y mediana escala, el sector público y los actores y organizaciones que son expresión genuina del movimiento obrero organizado y de la cultura popular en general. Esto significa que el régimen en general se involucra en la búsqueda del bien a partir de un programa de desarrollo basado en tecnología conveniente y en la gestión ampliamente democrática del trabajador como sujeto social protagonista. De ahí, la importancia de contar con plena libertad de información. Es un derecho, es una necesidad y primera reivindicación del pueblo y por lo tanto es una tarea colectiva que mejora la gestión democrática de la agenda pública. Es la contrahegemonía

del trabajador la que está en alza a expensas de los neoliberales porque la reconstrucción económica, política y social que se produce con la venida de los regímenes populares es resultado de una mayor intervención del sector público y de los actores representativos de la cultura popular en la defensa de intereses comunes.

Hegemonía y contrahegemonía.

La mayor intervención del sector público en el ámbito de la economía y en la definición del propio sistema productivo, orientado al sector externo o interno, de la producción de bienes con valor agregado o la dependencia de las materias primas, la definición del tipo de cambio de la moneda nacional, entre otros tantos factores que definen la matriz productiva, es un reaseguro en la continuidad del proceso de reivindicación y defensa de los intereses de los trabajadores en el contexto en que esa intervención se da bajo gobiernos populares, de gestión democrática. De ahí que en esos países claramente se observa un aumento constante de la inversión pública que permite por un lado, la construcción de la infraestructura necesaria para el crecimiento y el desarrollo económico y social, pero además para el aumento de la demanda agregada, necesario para que las empresas vendan más para de esa manera tener un fuerte incentivo en la inversión productiva. En esas circunstancias, el crecimiento de la inversión hecha por el sector público es la que permite y acompaña el aumento de la inversión hecha por el sector privado. El mismo fenómeno se da en relación con la política social en que se comprometen esos gobiernos. Ese compromiso político se expresa en seguridad social, en proyectos productivos, en microcréditos para actores económicos que por sus características les resulta muy difícil acceder al crédito bancario clásico, inversión en infraestructura y en múltiples cooperativas de trabajo que así son especialmente protegidas. Ello bajo el convencimiento de que al darles recursos a los sectores que son más vulnerables económica y socialmente hablando a su vez se protege e intensifica la economía desde el momento en que estas políticas del régimen consolida el trabajo, la producción y aumenta por esa vía el consumo que permite a las empresas y comerciantes vender más que en los períodos de contracción de la economía. En estos ejemplos de inversión productiva e infraestructura, que además implica la construcción de rutas, caminos y la mejoría de las comunicaciones en general, se observa que el mejor socio para las empresas y los intereses privados es un sector público que en coalición con las organizaciones populares, proyecta el crecimiento y el desarrollo equilibrado de la economía y del sistema productivo en general. En ese contexto político, y a pesar de las ventajas de un régimen popular que reivindica el desarrollo de la producción nacional, que va en beneficio de los trabajadores, los dominantes- que no tienen ningún interés en el desarrollo nacional y que solo les importan sus intereses corporativos que responden a

la lógica de los centros globales del poder más concentrado- militan en favor de una visión política decididamente anti desarrollista que entienden al sector público como obstáculo al desarrollo. En términos económicos, desarticular este paradigma sobre el rol que le corresponde al sector público es una de las principales disputas políticas y culturales para reforzar una contrahegemonía y por lo tanto un importante desafío a llevar por delante en el sentido de que el gobierno popular tiene que demostrar en los hechos la eficiencia y eficacia de sus medidas respecto de las políticas neoliberales. Consolidar, reforzar y profundizar el modelo de industrialización con inclusión social es el desafío de los humanistas.

Otra vez se nos plantea la vida como una lucha por la supervivencia, por derechos y necesidades de los trabajadores, que busca reivindicar el bien común, contra el interés de la minoría que contradicen las políticas inclusivas a través del desarrollo de la producción nacional. Esa lucha, les guste o no a las élites, es la más alta culminación de la escala animal y del equilibrio que nos conduce al ser genérico, ese ser libre y autónomo que resiste la acción destructora de la fuerza, los valores y conceptos antagónicos. Es la unidad específica del hombre en la naturaleza, concierto prodigioso de millones de conciencias que danzan al son de la libertad, unidas y hermanadas por el vínculo solidario y supremo de buscar el bien común. Es también una lucha por adaptarse y cambiar una realidad que no puede perdurar. Y luchamos, con todos los medios a nuestro alcance, por vencer y asimilar las mejores lecciones que nos deja el combate. Sin embargo, esa ley universal, de la vida como una lucha por la primacía de unos intereses contra otros, bajo ningún aspecto puede justificar la doctrina de los campeones de la fuerza, del poder y la presión. Es la movilización activa pero no violenta de los trabajadores, actuando siempre como mayorías, la que necesariamente tiene que primar. Por ejemplo, las hipótesis de Marx no nos conducen a la aristocracia, el autoritarismo o a la guerra sino que, antes bien, conducen a la paz y gestión democrática de los trabajadores. Lo que estoy diciendo es que el marxismo, en cuanto se refiere a las manifestaciones jurídicas, políticas, económicas, artísticas, sociales y religiosas de los pueblos, es una concepción ideológica de la vida y del régimen desde el que se infiere, antes que el sometimiento de unos por otros, antes que la guerra como condición primaria e inexorable de la vida, la mejor fórmula de la armonía de los hombres, la simbiosis política, social, cultural y mejor fórmula democracia. La contrahegemonía planteada por el humanismo es un cambio de cultura que se gesta cotidianamente. Es el principio y el final de un ciclo mientras se van gestando nuevos desafíos para los sectores populares. Las peleas intestinas interminables que papelón tras papelón protagonizan los representantes de la cultura dominante, que muchas veces no logran ponerse de acuerdo en una alternativa política al cambio porque simplemente no les queda otra que seguir defendiendo lo viejo y lo crítico, ese neoliberalismo que no es una real alternativa, son la gráfica de la

descomposición política de un régimen y eventualmente de un Estado que no da para más. Esto implica la extinción de un modo de hacer política en base a la tecnocracia y la formalidad de los derechos. En estas circunstancias, la descomposición final de esas formas de acción política afecta de lleno a los dominantes pero apenas roza con su mal olor a los sectores populares porque ellos sostienen formas políticas alternativas de gobernabilidad. El gobierno popular entonces es la expresión más acabada y en desarrollo del cambio de paradigma en la concepción política de los trabajadores. Por eso, su proyecto es rebelde, plebeyo y desprejuiciado, prudente o temerario de acuerdo a las circunstancias, insolente y arquetipo de otros espacios que construye su lugar en el mundo junto al pueblo, con el que se aman, sin estar dependiendo de otros. Los sectores dominantes, en tanto, se muestran timoratos, dependiente del afuera que los circunda, están desesperados, fuertemente reaccionarios y militarizados como profetas del odio. Pero, entendamos que su militarismo, en sus múltiples manifestaciones, no es nada más que un signo y sería un error teórico de proporciones tomar ese signo por la cosa significada. La cosa significada en este caso son los ingentes intereses materiales de los sectores dominantes y sus élites que estructuran una forma cierta de ver el mundo, la realidad y la vida. Los ingentes intereses materiales acumulados por una exigua minoría que los controla, los detenta y aprovecha en perjuicio de una mejor idea de la humanidad. Por obra de esos intereses que constituyen un sistema comercial que ya es globalizado y estructurado a partir de normas impuestas por los países desarrollados (que a través de leyes mediatizadas controlan la lógica de los intercambios entre países) los demás pueblos, los estructuralmente dependientes, son sometidos a una constante contienda de tarifas, con coacciones y amenazas, con engaños, con acuerdos y equilibrios, en cuyo arte la diplomacia está al servicio de las oscilaciones bursátiles y de la voluntad de los que controlan la globalidad en términos neoliberales.

Se plantea la interrogante que tiene que ver con el cómo esos sectores dominantes a nivel local, con sus élites gobernantes que responden al interés y formas de vida de los centros globales del poder, pierden paulatinamente la hegemonía que sostiene los elementos del estatus político que perduraron desde la época de la independencia. Pasó que el régimen nacional y popular se hizo parte de la realidad a partir de la construcción de una importante contrahegemonía que ya no acepta un régimen que somete a las mayorías en nombre de los intereses de las minorías. Por eso, están en descomposición no solo dirigentes y líderes conservadores, los que reivindican el neoliberalismo a pesar de todo, que no tienen siquiera la altura moral de revisar el accionar que les correspondió como conductores de un proceso político altamente excluyente, que nos trajo crisis, angustias, pobreza y marginalidad, sino que también lo que se descompone es el neoliberalismo al que ellos de todas maneras buscaron aferrarse ideológicamente. Y como no se desmarcaron a tiempo, se hunden estrepitosamente con él para así no hacerse responsable de

los dramas y consecuencias sociales, fuertemente dramáticas y humanas, que dejan como herencia. Mientras tanto, el tiempo es una categoría política para los gobiernos nacionales y populares en el sentido que buscaron recuperar el tiempo histórico perdido e inauguraron obras y construyeron otros derechos para los que viven humildemente con su única posesión, su fuerza de trabajo. Pero hay algo más valioso que es la construcción de una nueva memoria que se presenta como basamento de una contrahegemonía que gestiona poder de los trabajadores. Es lo que conocemos como el arte de las posibilidades de cambios en favor de los intereses mayoritarios. Y gobernar es erigirse como pueblo autónomo y soberano, independiente de intereses foráneos, esos que se dicen dueños del destino, del presente, de nuestro pasado y de la historia. Gobernar es dejar de dictar de la manera insensata y sin cordura típica de los sectores dominantes que solo nos condenaron, con sus aptitudes, a una vida de carestía. Gobernar es formar trabajadores con conciencia, bien solidarios y comunitarios, es confirmar la alegoría de la mayoría respetando e integrando inclusive a esa minoría que desde siempre busca acaparar la riqueza por todos producida. Gobernar es terminar con los vicios de un régimen político feudal, decrepito y caduco desde todos los puntos de vista. Es corregir e innovar, es depurar a los trabajadores de valores creados y sostenidos por los dominantes para solventar racionalmente una hegemonía que solo esclaviza y pretende vernos apenas como una agregación de personas con intereses individuales, racionales y egoístas.

Gobernar es pensar en nuevas formas de conducción de la política, es pensar en un régimen democrático mucho más profundo de los que pretende el reformismo político con su concepción, reaccionaria e interesada, de una democracia formal, esa que se refiere a la función electoral exclusivamente. La gobernabilidad de los regímenes populares, ampliamente inclusivos en lo social, no puede reivindicar las nociones de la formalidad de los neoliberales porque la democracia, más allá de la hegemonía que pretenden solventar por los siglos de los siglos los sectores dominantes, es una concepción general de la vida, del derecho de los trabajadores que se refiere a un proceso mucho más universal de civilidad que busca la realización concreta de ideales que conduzcan a un destino más solemne, a mejores conductas y a un proyecto político que rectifica el pasado en función de las necesidades del presente y las expectativas del futuro. La democracia no puede conformarse con la mera función electoral porque en esas circunstancias se desnaturaliza incluso el sufragio que es el único concepto que es aceptable del reformismo político y sus diversas incapacidades estructurales. Lo que digo es que la concepción de la democracia como simple función electoral y no más allá de eso, postura típica del reformismo más estéril, contiene todavía increíbles inexactitudes sobre la soberanía popular como fundamento de la libertad del sufragio y que se relaciona con que ese mismo fundamento es un mito. En otras palabras, la soberanía popular en la democracia popular que concibo no es idéntica a la

que implica la concepción democrática solo como función representativa y electoral. Mientras esta última está siempre condenada a la tecnocracia más voluble, al verbalismo en boca de charlatanes, la democracia popular, muy por el contrario, se hace efectiva en la medida en que los trabajadores puedan fundar una contrahegemonía que plantee nuevos valores, una ética humana, en la forma en que la mayoría se capacite en el pensamiento y acción política redentora que así plantea una soberanía popular a partir de la autonomía en todos los ámbitos para hacer realidad la satisfacción de las necesidades de todos. Gobernar es acabar con la tragedia de los que ven como primordial la acumulación privada de los capitales.

Capítulo 2: Las instituciones políticas a través de la historia.

La democracia, la igualdad y el autoritarismo.

Es odiosa la historia de Chile, nuestro país largo y bien angosto, como también es odiosa la historia de Latinoamérica también larga y estrecha en ideas y valores por lo menos desde el inicio del proceso de independencia hasta finales del siglo XX, un período de casi doscientos años. Es odiosa la historia de nuestra región porque empieza con un gran, un terrorífico y no siempre bien condenado genocidio que cumplió quinientos años y un tiempo más. Es odiosa la historia de Latinoamérica porque es impresionante la forma en que actualmente a pesar de muchas cosas, a pesar de la profundización de la democracia, a pesar de declaraciones en favor de Estados pluriculturales y la reivindicación de la cultura de los indígenas, se continúa discriminando en todas sus formas a los grupos y sectores de trabajadores que descienden o son originarios de esos pueblos. Pobre de todos esos que tienen que arrastrar la pesada carga de una descendencia que los vincula a esos sectores y grupos de intereses, a esa lógica, a esas culturas originarias porque, simplemente, los dominantes no los tienen en cuenta bajo ninguna circunstancia. Los sectores dominantes toman partido por los conquistadores de todas las nacionalidades que cruzaron los mares para dar nombre a todas las cosas, para construir otra lógica, una nueva racionalidad y otra cultura en defensa de esos intereses que son dominantes. Ese es precisamente el ideal de cualquier gran conquistador y hombre de fe: llegar a tierra virgen de la influencia occidental e imponer su cultura, ideas, su concepción de la vida, de la muerte, del progreso o lo que se les ocurra. Este proceso, donde se conjugan más de quinientos años de colonización cultural y política con falta de perspectivas y valores nacionales de los grupos dirigentes y falta de participación de los trabajadores como conjunto, como clase de trabajadores, nos explican en gran parte cómo es posible que doscientos años después, desde la independencia para acá, no hayan sido suficientes para conquistar la soberanía en todos los espacios de Latinoamérica. En primer lugar, el tema tiene que ver con la formación y las características de las élites gobernantes. En concreto, ese poder republicano surgido de los procesos de independencia de nuestros pueblos, allá por el 1810, definitivamente quedó en manos de los criollos rebeldes pero no se desparramó hacia los otros sectores sociales que fueron estigmatizados por la marginalidad, por la pobreza o la raza. Con toda la claridad posible en su momento lo dijo Simón Bolívar en su discurso de Angostura en 1819 cuando señaló:

“El poder en las nuevas repúblicas quedaba en manos de una aristocracia de rango, de empleos y de riquezas que aunque hablan de

libertad y de garantías, es para ellos solos que las quieren y no para el pueblo”

Bolívar estimó con la mayor certeza que la independencia nos trajo la ansiada libertad pero no la necesaria igualdad. Cruel y destructiva como fue la conquista española en nada se quedan atrás las campañas racistas de los nuevos regímenes republicanos de Bulnes en Chile o de Roca en Argentina. Más humanistas y mucho más protectores en varios sentidos fue el régimen imperial de España que el régimen político hispanoamericano liberal. No sin razón, Emiliano Zapata, en Méjico, fundó su revolución agraria en cédulas concedidas a las comunidades por Carlos V. Desde esa perspectiva, el pueblo si bien como mayoría es fundamental y protagonista en la lucha y revueltas que llevaron a la conformación de los primeros gobiernos patrios, una vez conquistada la independencia fueron otra vez usados por las élites y grupos nacionales gobernantes en propio provecho. Además, desde siempre esos sectores socialmente dominantes a nivel local son clases, grupos de interés y corporaciones muy dependientes, inclusive desde el punto de vista político e ideológico, de las clases dominantes de los países centrales. Así, esos grupos dominantes en Latinoamérica se caracterizan increíblemente por hacer de cada teoría política proveniente del centro del poder globalizado, una idea totalitaria que defienden con todas sus fuerzas a pesar que en la generalidad de los casos representan las banderas del formalismo y de la reacción en la lucha política por la primacía. De esta tendencia en los círculos dominantes nos convertimos a su debido tiempo y de acuerdo a la época histórica, en fanáticos liberales (ya sean democráticos u oligárquicos), nos convertimos en proteccionistas, en monetaristas, keynesianos, neoliberales y hasta socialistas y cuanto istmo se convirtió en dominante en los países desarrollados. Con una gran dosis de fanatismo, sin libertad de pensamiento y con una increíble servidumbre del intelecto van por la vida como si nada. Hasta el movimiento de emancipación de nuestros pueblos tienen un impulso decisivo a partir de hechos europeos como la revolución francesa, las invasiones de Napoleón a España, el antagonismo multiseccular en Inglaterra y las logias masónicas.

Cuando se planteó la necesidad de construir un régimen libertario, que fuera sustento estratégico, político e ideológico de esa conquista, ignorando toda realidad interna, esas mismas clases dominantes dirigieron sus miradas a Estados Unidos como modelo para forjar las instituciones políticas de una América que ya no era española. Para construir el futuro, sufrimos hasta hoy el peso de esta decisión, de este ideal y esta conquista tanto en términos materiales como culturales, ideológicos y políticos. También aprendimos hace bastante tiempo que nuestra cultura particular en la que intentamos profundizar para construir nuestro sentido de la política, de la libertad y de la dignidad, existe una determinada forma de relacionarnos y concebir al resto de los hombres para desde ahí insistir en nuestros propios símbolos, marcas e

iconografías que, ya sean asimiladas o impuestas, son representaciones de una verdad que confiere una dimensión emblemática a nuestras formas de vivir, de amar, de sufrir, luchar, movilizarnos y de ocultar nuestra impotencia (cuando nos supera la necesidad e imposibilidad de desarrollar una estrategia política viable, soberana y popular de acuerdo a nuestra especificidad como países o región) detrás de ciertas máscaras y estereotipos. Entonces, no es extraño que esos sectores gobernantes, que son representantes de la minoría y surgidos de esa primera y temprana independencia de la metrópolis española, se basaran ideológicamente en las ideas del liberalismo venido del antiguo continente que desgraciadamente no era para nada democrático a pesar de postular, en la teoría pero nunca en la práctica, las ideas de la igualdad, de la fraternidad y libertad. Si consideramos seriamente la teoría política de este período, vemos como algunos de sus autores no eran muy democráticos que digamos pero que sí cumplieron y fueron funcionales al nuevo régimen que emergía desde las entrañas del feudalismo. Por cierto, fueron maestros de los futuros dictadores de toda estirpe. Tenemos así como ejemplo la contribución de Hobbes que en el *Leviatán* intenta salvarnos de la guerra de todos contra todos o el *Panóptico* de Jeremy Bentham que es una construcción planeada por el autor para hacer realidad el más antiguo e innoble anhelo de poder, es decir, que un solo ojo, bien alerta, oblicuo y tiránico, tan omnipresente como invisible a las miradas de los indiscretos, sea capaz de vigilar las acciones de millones de hombres. En su *Panóptico*, ideal del régimen político neoliberal, vigilar se entiende de manera burda. Se entiende como ejercicio atemorizante que, a través del conducto del temor y hasta del horror, evita toda conducta contra la moral y contra la ética de los dominantes para que los detentadores del poder puedan seguir defendiendo las siniestras ventajas materiales y espirituales que poseen. Ventajas que se relacionan así con estar capacitados, gracias al conturbenio que los liga a los sectores del poder, a ejecutar en la práctica sus ideales.

En relación a los autores del liberalismo que son más democrático como Rousseau, idealista por excelencia, hay que decir que usó sus propias debilidades y lagunas teóricas para intentar luchar contra la corrupción del régimen político dominante en su época. Pero, estas lagunas teóricas solo le permitieron lamentarse de la corrupción y no luchar contra ésta. Se lamentó de la decadencia del régimen que verá como una funesta consecuencia de la civilización. Pero, de pronto esa amargura se alivia y piensa en la búsqueda de alternativas para esos males que inexorablemente según el autor llevaban a la sociedad a la condena y oscuridad eterna. Desde este particular punto de vista, en la obra de Rousseau encontramos una profunda preocupación por la realidad vivida (la de su época) y por la necesidad de defender principios que tomaran al hombre tal cual es según estableció en su *Contrato social*. En su obra, que le dio un lugar en la historia de la ciencia, vemos cómo el autor desarrolla ciertos principios que resultan obligadamente abstractos porque la

idea siempre fue sentar las bases de circulación de lo que él entendió como el buen gobierno. Pero el ginebrino pierde de vista su horizonte porque termina desarrollando un régimen basado en apariencias. Así cuando Rousseau se pregunta cuál es el mejor sistema de gobierno (siguiendo a Montesquieu) responde que tiene que ver con la dependencia de ciertos factores como el clima o la población, las costumbres o la extensión del territorio. Muy a su pesar, Rousseau termina cayendo en la fosa de la utopía política aunque este hecho no le quita el lugar que le corresponde en el pedestal de los teóricos de la política. Pedestal al que otros no tienen derecho porque su obra, que se encarna en la historia y en la vida de su época, es por lo menos una utopía de pretensiones realista porque la ciudad de Rousseau, es decir, el modelo político planteado por el ginebrino a través del *Contrato Social*, aúna en antiguas instituciones y organizaciones políticas idealizadas por el autor por la necesidad de un sentimiento profundo en relación a la ciudad- Estado, o sea, la polis grecorromana. Sin embargo, al mismo tiempo plantea que el pueblo legisla reunido en la asamblea y se hace responsable de su futuro pero principalmente de su presente. Si analizamos la génesis de estos profundos cambios y sentimientos, vemos que tiene la osadía incluso de presentar ante la Europa ilustrada, la de los más grandes Estados nacionales, un ideal pero principalmente un modo de convivencia entre los hombres en términos de una polis que hace frente a la tendencia inexorable de centralización política, social y económica. Definiendo al hombre como ser organizado e interesado en las causas y el origen de las cosas y la relación con el placer, nos dice que el mejor gobierno se opone al modelo nacional y federal que él asocia a la burocratización de la monarquía, al estatismo de las relaciones humanas y a la corrupción de los antiguos valores en favor de los intereses mercantiles. La polis es un ideal donde prevalecen los valores anteriores al capitalismo, a la mercantilización de las relaciones sociales y así es un grito y un llamado de atención frente a lo que se viene en relación a la nueva hegemonía de los burgueses revolucionarios de su época.

La polis de Rousseau es un intento heroico pero utópico por frenar la marcha histórica del Estado capitalista de producción, de distribución y de circulación de las riquezas y bienes y servicios en general. Se trata de frenar la marcha del Estado capitalista para preservar, en su inocencia, a todos esos pueblos que todavía no se subieron a la locomotora del modo capitalista de producción. Además, la frontera de demarcación en el siglo de las luces y del iluminismo entre por ejemplo Rousseau y los Enciclopedistas queda trazada por su defensa de un mundo realmente antagónico al planteado por aquellos. Es decir, desde Locke los teóricos del liberalismo se agruparon detrás de la propuesta de la libertad como bandera política máxima bajo la que subyace una defensa a ultranza de la propiedad privada asociando ésta a la libertad del hombre. En cambio Rousseau, a expensa de estos liberales, es ferviente partidario de una polis autosuficiente donde la ética y la moral desplaza los

valores del mercantilismo. La polis en Rousseau es un régimen igualitario donde todos tienen las herramientas que les permiten satisfacer necesidades básicas sin la dependencia de terceros. Va incluso más lejos y denuncia a la propiedad privada en su obra *Discurso sobre el origen de la desigualdad*. Su genialidad en esta obra descansa en la condena del régimen de su tiempo. Es Locke y no Rousseau el que busca armonizar los postulados y los paradigmas del derecho natural con la existencia de un sector social desprovisto de todos los medios de vida. Lo que Locke legitima en su *Ensayo sobre el gobierno civil* es la propiedad privada ilimitada de modo que de ahora en más los derechos del Estado capitalista están científicamente y racionalmente ponderados y justificados. Desde esta perspectiva, las consecuencias nefastas del mundo y del Estado capitalista carecen de interés moral y así no se busca modificar nada porque la justificación racional de este régimen parió definitivamente. La tarea de Rousseau consiste en un enfrentamiento por un lado entre esta legitimidad y por otro la legitimidad ilimitada de la propiedad. Entonces, el ginebrino busca desnudarla, denunciarla y desmontarla. El significado de su obra es no buscar una igualdad inalcanzable, utópica y falsamente concebida, sino establecer parámetros mínimos realistas: *que ningún ciudadano sea lo suficientemente rico para poder comprar la vida de otro ni que ninguno sea tan increíblemente necesitado para venderse*. El desarrollo de sus teorías y leyes se fundamentó no en el igualitarismo absoluto- porque en verdad el autor no aspiró a un comunismo de bienes materiales- sino más bien reclama un régimen político que provea los medios de producción y de subsistencia básicos para todos los ciudadanos de su polis. Son los principios de la igualdad de oportunidades de todos y para todos, que aún hoy no puede ser una realidad, porque un régimen que aspire a la igualdad de oportunidades entre los hombres y que favorezca la puja distributiva a favor del trabajador, necesariamente tiene que combatir la lógica capitalista del Estado sobre el que en principio sustenta sus acciones y políticas públicas. Es precisamente el proceso de fetichización de las mercancías la base material e ideológica sobre la que se sustenta la aparente neutralidad y objetividad del Estado y del régimen en relación a la acumulación privada del capital, es decir, del Estado como garante de última instancia de la relación capitalista de producción. Relación además formada por el trabajador y la clase patronal que se viculan entre sí a través de una supuesta igualdad ante la ley que Marx nos la describe magistralmente a través del siguiente texto en *El Capital*:

“Dejando a un lado los límites sumamente elásticos, como vemos, de la naturaleza del intercambio mercantil no se desprende límite alguno de la jornada laboral, y por lo tanto límite alguno de plustrabajo. El capitalista, cuando procura prolongar lo más posible la jornada laboral y convertir, si puede, una jornada laboral en dos, reafirma su derecho en cuanto comprador. Por otra parte, la naturaleza específica de la mercancía vendida

trae aparejado un límite al consumo que de la misma hace el comprador, y el obrero reafirma su derecho como vendedor cuando procura reducir la jornada laboral a determinada magnitud. Tiene lugar aquí, pues, una antinomia: derecho contra derecho, signados ambos de manera uniforme por la ley del intercambio mercantil. Entre derechos iguales decide la fuerza. Y de esta suerte, en la historia de la producción capitalista la reglamentación de la jornada laboral se presenta como lucha en torno a los límites de dicha jornada, una lucha entre el capitalista colectivo, esto es, la clase de los capitalistas, y el obrero colectivo, o sea la clase obrera”.

En el derecho contra el derecho, la antinomia que se produce y que nos describe Marx nos plantea que el Estado capitalista no es neutral sino más bien es constitutivo de la dominación y el control por parte de los hombres siempre sedientos de capital y sangre del trabajador porque estos hombres, representantes y defensores de los intereses dominantes, si por ellos fuera *“del intercambio mercantil no se desprendería límite alguno de la jornada laboral, y por tanto, límite alguno del plustrabajo”*. Sin embargo, a pesar de la fetichización de las relaciones que vinculan a los trabajadores y patrones, en Latinoamérica hoy el régimen político, que es mucho más democrático que ayer, se cansó de la ficción y del engaño. Se veía venir este proceso de democratización porque cada vez más se revela la inoperancia inherente de los neoliberales frente al humanismo porque, mientras más profundos son los cambios del régimen, más inoperante se vuelven los neoliberales que solo pueden retroceder ante el avance de la conciencia de los trabajadores. Un grupo social historicamente dominante que por fin vemos tal cual es, o sea, carente de un pensamiento propio ante cada problema que él mismo genera. Entonces, cuando la acción política se debate en otra hora crucial, cuando los trabajadores en ese nuevo despertar empiezan a hacerse con las estructuras del poder de decisión, desnudando la red de traficantes de mentiras y fábulas que operan en defensa de las élites, las nuevas verdades junto al pueblo vuelan libres hacia otros horizontes.

El libre mercado y la composición del capital.

A partir de las nuevas directrices y conceptos impuestos por el sistema comercial global, a través de las normas mediatizadas, los países periféricos, es decir, los estructuralmente dependientes de los centros globales del poder, si pretenden progresar y crecer deberán someterse a reglas de un régimen de intercambios comerciales globales de característica neoliberal, o sea, abierto al mundo que en estos términos significa someterse a los centros financieros que controlan las estructuras de esos intercambios. Significa abrirnos a esa globalidad que cuenta con sus designios superiores, con sus irracionalidades, crisis, contradicciones y contracciones. Esta definición bastante apretada de

la apertura y sus consecuencias no difiere mucho de una conceptualización clásica de los que fueron los intercambios comerciales internacionales en los períodos anteriores a esta globalidad neoliberal. Entonces, cualquiera podría preguntarse cuál es la diferencia entre este tipo de comercio y el actual o que el solo hecho de que esas relaciones de intercambio hoy se cuelen por todos los rincones del planeta, globalizando todo, es suficiente como diferenciación en relación a los sistemas comerciales internacionales anteriores. Pensar eso sería no tener en cuenta una cantidad de consideraciones que van mucho más allá de los horizontes de sutiles observaciones y análisis interesados, que son políticamente benevolentes respecto del racionalismo dominante porque lo que en fin distingue a este sistema comercial global de los anteriores, son las implicancias, las directrices, los dogmas y las consecuencias de este sistema sobre los regímenes nacionales. Con esta globalización tenemos cambios y consecuencias en las formas del empleo donde el sector servicios adquiere una dimensión muy importante, tenemos cambios en la composición del comercio global que implica un creciente deterioro en los términos del intercambio, transformaciones en el rol y en las asignaciones políticas de nuestros regímenes nacionales que conduce a la caída de los gastos corrientes del sector público, es decir, la reducción del gasto público y cambios en los mecanismos de dominación de los países centrales sobre los periféricos.

Sucede así porque estamos frente a la formación de nuevos regímenes políticos, de una razón del capital más reaccionaria, elitista y excluyente. En ese sentido, el capitalismo latinoamericano del nuevo siglo, caracterizado por la modernización de lo tradicional, por la dependencia estructural que origina otro colonialismo, es distinto de ese que se impuso en los países centrales por las razones que ya vimos. Este hecho que le imprime características propias al régimen capitalista de nuestros pueblos, define sus roles, características, posibilidades y su tipo de inserción en el sistema comercial globalizado. Es así imperativo considerar las múltiples condicionantes, que se nos imponen desde el ámbito de lo externo, a través del funcionamiento de un sistema de intercambio global de bienes y servicios de todo tipo del que no somos más que otro eslabón de una larga cadena. Precisamente por eso, en los países que perdura el neoliberalismo a ultranza, vemos regímenes políticos que violan los más básicos derechos del hombre. Definitivamente, en esos regímenes políticos que perduran en la mayoría de los países centroamericanos- que históricamente son mucho más sometidos a los designios de Estados Unidos que los del sur de nuestra América- se violan los derechos humanos a través de nuevas modalidades y formas de dominación política, de definición del sentido, de la idea del bien, del mal y del ejercicio de una política sustentada ideológicamente por preceptos defendidos por las élites, de subordinación, lucecitas y espejitos de colores, de realidades pintarrajeadas que nos impiden ver el horizonte en su mejor y magnífico esplendor, ese esplendor mortal que desafía a los grupos dominantes. Violentan los derechos económicos porque

ellos desconocen nuestras conquistas, derechos y necesidades consagrando al mismo tiempo el monopolio de las transnacionales dentro de sus mercados pretendiendo mostrarnos a éstas como base de un desarrollo que se perfila como posible pero que es una quimera. Violan también los derechos sociales porque el neoliberalismo se sustenta en falsas realidades, ideales y juicios de valor produciendo en cambio una gran masa de excluidos y marginados que no lograrán insertarse social, política y económicamente en la nueva realidad por las cualidades del mercado de trabajo y consumo. Todo eso a pesar de que el discurso oficial y dominante nos diga lo contrario para hacernos creer que nuestra descendencia, las generaciones venideras, tendrán algún futuro en el cual creer.

Visto así, la característica del subdesarrollo nos interpela a enunciar la distinción entre ese sistema comercial global, en los términos e intereses del neoliberalismo vigente y dominante pero en crisis, y el anterior sistema de intercambio comercial internacional. La distinción es su globalización con todas las consecuencias que ello implica. Esas consecuencias tienen que ver en primer lugar con el deterioro de los términos del intercambio a favor de los países centrales y las transnacionales y contra los intereses del desarrollo soberano, popular y autónomo de los países de la periferia que se traduce en la caída de la calidad de vida de los trabajadores. Ahí, en la caída de nuestras formas y calidad de vida, en la pérdida de derechos, de la educación, la salud y nuestro poder adquisitivo, es donde mejor se ven las consecuencias de nuestra inserción subordinada en el sistema comercial global. Se expresa también en la implementación o no de ciertos planes y políticas económicas que se aplican como recetas milagrosas que solucionarían nuestros males pero que solo agravan nuestros dramas sociales, económicos y políticos. El FMI, con la soberbia inaudita que le caracteriza, aún después de las múltiples crisis de las que es directo responsable, aún después de la caída del empleo en el mundo, insiste en el ajuste con el beneplácito de la banca internacional. De hecho, las reformas que siempre plantea en el sistema financiero global, no alcanzan para cambiar las causas fundamentales de las crisis que tiene que ver con la lógica de las empresas financieras y especulativas que operan en esta globalidad. El problema es que por el poder de presión política que ejercen, su tamaño e intereses, se vuelve casi imposible (bajo la óptica de los dominantes) dejar que colapsen por el impacto devastador que tendría ese colapso sobre el conjunto del sistema comercial global. Precisamente porque son seis las grandes empresas financieras de Estados Unidos que aportan nada menos que el 60% del PBI de ese país, existe además una oligarquía financiera compuesta por esas mismas empresas. ¿Se imaginan entonces las consecuencias de la caída de éstas, las consecuencias para la economía de Estados Unidos y del mundo? El hecho de que no puedan caer, sin graves costos financieros y económicos, las vuelve (paradojas de las crisis) mucho más fuertes. Parece extraordinario entonces que esas empresas usen su fuerza

económica para ejercer más presión y más poder político. Esto, además, es consecuencia de la implementación del neoliberalismo. Por ejemplo, en los años '90 esas empresas representaban solo el 20% del PBI de Estados Unidos contra el actual 60% que consolida la concentración de la propiedad, de la riqueza, la especulación, las crisis y desempleo. El problema es que hoy esas empresas siguen usando ese poder y esa presión política y económica para seguir con esos negocios y corriendo los mismos riesgos que nos llevan al desastre y al descalabro de las relaciones comerciales a nivel global. Así, las crisis no producen en ellas ningún gran cambio de actitud sobre sus negocios especulativos y financieros salvo los que tienen que ver con un más grande, más poderoso y resistente poder para evitar cualquier regulación que se les intenten imponer.

También se ve cómo detrás de este sistema comercial global existe una continua mercantilización de las relaciones humanas y una fuerte apertura a los mercados externos de capitales que se traduce, en especial en los países menos desarrollados, en una lucha constante por ganar esos capitales y esos nuevos mercados a expensas de los trabajadores, a casi cualquier costo, como si esos capitales y esa inversión extranjera directa fuera en verdad el motor del desarrollo de nuestros países. Además, la lógica del sistema comercial global nos dice que hoy los intercambios comerciales se desenvuelven de manera más eficiente a través de la formación de grandes bloques regionales. En este contexto, nuestra región estuvo fuertemente comprometida en la construcción de esos grandes bloques regionales para intentar favorecer las exportaciones y el desarrollo. Por ejemplo, no olvidemos que en su momento el Mercosur fue planteado en estos términos, es decir, para resguardar cada uno de los intereses de la banca y de los sectores financieros y especulativos de las oligarquías de los países miembros y para asegurar la libre circulación de capitales y mercancías. Por eso, en su primera época, caracterizada por los designios y el dominio neoliberales, el Mercosur fue un gran fiasco. De todas maneras, al respecto el caso más emblemático fue el Nafta, el acuerdo de libre comercio entre las dos grandes potencias del norte y Méjico. Después de este acuerdo empezó a gestarse desde el imperio otro que buscó una extensión planetaria y que en su forma legal y jurídica se presentó como un acuerdo de libre comercio de las Américas (el ALCA) que finalmente fue sepultado por las fuerzas y sectores populares de todo el continente en Mar del Plata, Argentina. Para el ALCA y el Mercosur en sus comienzos, solo por nombrar dos ejemplos, el eje rector de todo bloque comercial no tuvo nada que ver con el desarrollo, con la economía real ni menos con la producción para el consumo, el ahorro y la inversión interna sino que sus necesidades e

intereses giraron alrededor de las ideas del mercado neoliberal globalizado corrompiéndose así cualquier necesidad y valores de los trabajadores.²

Por otro lado, nuestro retroceso político en los años '90 que estuvo relacionado directamente con la primacía del régimen neoliberal, fue para los dominantes una evolución porque la adopción del neoliberalismo significó una nueva expansión a nivel global de los capitales nacionales. Es decir, así como en la década de los '50 las corporaciones de Estados Unidos se abren al mundo en la búsqueda de nuevos mercados donde colocar su exceso de producción, a partir de la revolución conservadora de Reagan en Estados Unidos luego adoptada por Gran Bretaña y desde ahí al resto del mundo, se rompen con todas las barreras que el régimen benefactor o desarrollista produjo para, desde este otro contexto, acrecentar los capitales y el poder de esas corporaciones que controlan los medicamentos, el alimento, la energía, la salud, la educación y nuestras vidas. Veamos por ejemplo que nos dice Marx en relación a ese proceso de acrecentamiento del capital:

“El acrecentamiento del capital implica el incremento de su parte constitutiva variable, o sea de la que se convierte en fuerza de trabajo. Una parte del plusvalor transformado en pluscapital tiene que reconvertirse siempre en capital variable o fondo suplementario de trabajo. Si suponemos que, a condiciones en los demás iguales, la composición del capital se mantiene inalterada, esto es, que para poner en movimiento determinada masa de medios de producción o capital constante se requiere siempre la misma masa de fuerza de trabajo, es evidente que la demanda de trabajo y el fondo de subsistencia de los obreros crecerán en proporción al capital, y tanto más rápidamente cuando más rápidamente crezca éste. Como el capital produce anualmente un plusvalor, una parte del cual se suma cada año al capital original; como este incremento mismo se acrecienta todos los años con el volumen creciente del capital que ya está en funciones, y finalmente, como bajo un acicate particular del afán de enriquecerse-apertura, por ejemplo, de nuevos mercados, de esferas nuevas para la inversión de capital a causa de necesidades sociales recién desarrolladas,

² El caso del ALCA es ilustrativo porque la lógica del propio automatismo de los mercados en ese tratado en particular fue absoluta e intentó proseguir su marcha agresiva contra las fuerzas populares y de la producción nacional de la manera más radical posible. En el interín apareció la ansiada resistencia de los sindicatos, de las organizaciones gubernamentales o no, de grupos o partidos y finalmente de los regímenes políticos que echaron por tierra las pretensiones hegemónicas e imperiales de Estados Unidos en ese ámbito en particular. Esta alianza de la reacción, que se expresó en este acuerdo de libre mercado que finalmente no fue, intentó reducir todas las relaciones sociales a relaciones de mercado para que una vez más las grandes corporaciones globales se hiciera con nuestros derechos.

etc.- la escala de acumulación se puede ampliar súbitamente solo con variar la distribución del plusvalor o del subproducto en capital y rédito, cabe la posibilidad de que las necesidades de acumulación de capital sobrepujen el acrecentamiento de la fuerza de trabajo o del número de obreros, y de que la demanda de obreros supere su oferta, a raíz de lo cual los salarios pueden aumentar.”

Veamos ahora, para tener una mejor noción del párrafo anterior, que es lo que Marx entiende por el capital en su forma más íntegra, o sea, el capital orgánico:

“La composición del capital debe considerarse en dos sentidos. Con respecto al valor, esa composición se determina por la proporción en que el capital se divide en capital constante, o valor de los medios de producción, y capital variable o valor de la fuerza de trabajo, suma global de los salarios. En lo que atañe a la materia, a como funciona la misma en el proceso de producción, todo capital se divide en medios de producción y fuerza viva de trabajo, composición que se determina por la proporción existente entre la masa de los medios de producción empleados, por una parte, y la cantidad de trabajo requerida para su empleo, por el otro. Denomino a la primera, composición del valor; a la segunda composición técnica del capital. Entre ambas existe una estrecha correlación. Para expresarla, denomino a la composición del valor del capital, en tanto se determina por la composición técnica del mismo y refleja las variaciones de ésta, composición orgánica del capital. Cuando se habla sin más ni más de la composición del capital, nos referimos siempre a su composición orgánica.

Los numerosos capitales singulares invertidos en determinado ramo de la producción, presentan una composición que difiere de unos a otros en mayor o menor medida. La media de sus componentes singulares nos da la composición del capital global en ese ramo de la producción. Finalmente, la media global de las composiciones medias de todos los ramos de la producción, arroja la composición del capital social de un país, y en lo sucesivo nos referiremos, en última instancia, únicamente a ésta última”

Finalmente, a expensas del dominio del régimen neoliberal y su libre mercado, expresado en el automatismo del mismo, se produce un importante giro en la concepción del desarrollo económico, político, social, cultural e ideológico (...) y en el rol y funciones que de ahora en adelante cumple el sector público al interior del régimen político para resguardar el crecimiento económico de nuestros pueblos.

El reformismo, el dogmatismo y la variable de las crisis.

Nacidos en el mismo ámbito y contexto histórico que el socialismo, el gremialismo obrero moderno y hasta el corporativismo surgían como activas manifestaciones del quehacer popular en el campo económico y social. A la zaga del pensamiento, las ideas e inteligencia venida de Europa, que influían considerablemente en Latinoamérica, nuestro continente recibe al socialismo como una ideología foránea y ajena. En tres eventos de importancia histórica, es decir, los sucesos del '48, la comuna del '71 y la represión de Bismarck, el socialismo de Europa ahondó en sus circunstancias acumulando experiencias políticas que ensancharon el campo de la teoría. Desde acá y siempre en el marco del socialismo europeo de fines del siglo XIX, hay que subrayar la sobresaliente actuación del socialismo alemán que produjo una amplia gama de parlamentarios, teóricos y hasta hombres de gobierno. Sin embargo, con el triunfo de la revolución de los bolcheviques esto da un vuelco con lo que el marxismo, en la práctica e incluso en la teoría, abandona muchos de sus tesis y postulados democráticos y retrocede paulatinamente pero sin pausas hacia un dogma ortodoxo sustentado teóricamente por el leninismo y luego por el estalinismo. A partir de estos hechos particulares el marxismo se convierte en una religión, es decir, en una teología más o menos cerrada y dogmática de modo que los trabajadores bajo ese sistema se convierten una vez más en lacayos dotados del mayor ingenio para buscar los medios y estrategias que les permitieran evadirse del régimen represivo construido- y esto es lo más paradójico- en base a los ideales más humanistas y libertarios concebidos en la historia de la teoría y ciencia política de manera que se convirtió, para los creyentes, en un régimen político de fines últimos que dió sentido a la lucha y la vida. Además, ese régimen tuvo un carácter de normas y leyes absolutas a través de las que podía juzgarse los acontecimientos para desde ahí cambiar la realidad de las mayorías. Este carácter religioso y dogmático del marxismo ortodoxo, del leninismo o del estalinismo, es lo que nos explicó su éxito pero también su gran fracaso en los anales de la historia más reciente y paradójica. El uso de la acción política de la manera más fría y despiadada, de la manera más paciente para hacerse con el poder absolutista de los trabajadores y dirigentes que habían luchado a través de los soviets contra el zar del antiguo régimen, fue la realidad más contundente del nuevo orden establecido por los bolcheviques en esa Rusia que quiso ser revolucionaria. Fue también lo que pasó con el radicalismo en la vieja Europa y en especial en Rusia porque ese radicalismo no fue acompañado por el reformismo en el sentido de entender éste como estrategia en la que los trabajadores, como clase social, asumen el poder de decisión en el ámbito de los problemas nacionales y las posibles resoluciones expresadas a través de la agenda pública.

Es necesario que de nuestra pasión pueda hoy nacer otra opinión que indefectiblemente, como tal, se convierta y cristalice en paradigmas y ciertas

convicciones que unifiquen y nos den la fuerza suficiente en la lucha por un régimen más democrático, es decir, paradigmas y convicciones en continuo movimiento. Adaptativas, es decir, que se adecuen a las nuevas realidades y que planteen el reformismo radical en su ruta a la dominación de manera que la bestia neoliberal se reduzca a cenizas mientras nosotros, liberados ya del yugo ignominioso de la reacción política, nos elevemos por sobre los dioses de los sectarios de toda calaña. La búsqueda y discusión de nuevos principios políticos en discusión son centrales para plantear esas propuestas. Las nuevas corrientes que conforman el campo de la acción política y la cultura popular tendrían que empezar por distinguir entre las circunstancias no elegidas por las personas, que están asociadas al lugar de pertenencia dentro del régimen político como, por ejemplo, su género, su raza o talentos y esas otras que son de su exclusiva responsabilidad como su disposición a asumir ciertos riesgos, a trabajar y capacitarse para intentar sostener política e ideológicamente las directrices de un régimen político humanista. Tenemos que acostumbrarnos a honrar con nuestra conciencia, con nuestro apoyo y valor todos esos actos de personas, organizaciones y movimientos representativos de los trabajadores porque son organizaciones y movimientos mucho más humanizados en el sentido que sus actos son movilizados a favor de sentimientos y valores más tiernos, que rebosan de amor y sacrificios de toda índole en provecho del prójimo. Hay que honrar a esas instituciones en todo tiempo y lugar porque con ello acrecentamos las convicciones y estimación por valores mucho más humanos de manera que también podemos sacrificar parte de nuestra propia existencia en la imposición de esos valores humanos y sociales. Los grandes batallones de la virtud, ese gran ejército de valerosos que atrae para sí las convicciones de todos a beneficio de un régimen humano, popular, nacional y soberano, de una causa mejor por la que se combate, es prioritario que se sostenga en acciones que procuren que la vida de los trabajadores no dependa de las circunstancias de la que los hombres no son responsables como el género o la condición social.

Solo bajo estas circunstancias podremos luchar contra esa democracia, típicamente neoliberal que se define a través de la mera participación política formal de los trabajadores y que es incapaz e insuficiente para consolidar los procesos democráticos. El trabajador no puede extraviar su rumbo político tomando una dirección cualquiera pero que es opuesta a la democracia social y política que le entrega la tremenda responsabilidad de decidir como sector mayoritario. Pero, más allá de las erradas concepciones teóricas, prácticas y estratégicas vinculadas al leninismo como germen del autoritarismo y por eso base de la derrota de los trabajadores, el marxismo no está agotado ni mucho menos. En ese sentido puedo decir que Marx indudablemente fue un teórico de peso y como tal hay que contemplarlo en su época. En esa vieja Europa, cuna de Carlos Marx, los dominantes- expresados en la naciente burguesía- alcanzan el cénit de sus realizaciones y obras. Era la época del materialismo

mecanicista. La explotación de los obreros era sobrecogedora y así también el naciente mundo fabril era una realidad muy opresora para la mayoría. A partir de ahí, a través de sus primeras obras, Marx prometía el paraíso en la tierra, otro sentido de la vida, formas de existencia y convivencia entre los trabajadores donde se resolverán sus necesidades. De todas maneras, para él, socialismo nunca significó una estúpida revancha contra otras civilizaciones y se empeñó en dotarlo de un carácter profundamente democrático y además científico en oposición al socialismo utópico tan en boga por entonces. Marx tempranamente plantea el carácter democrático del socialismo porque éste se opone al elitismo y vanguardias políticas planteadas por sectores y corrientes de opinión que se dicen revolucionarias. Entonces, la convivencia política, el régimen, las organizaciones, partidos y los movimientos defensores de los intereses de los sectores que componen los trabajadores como clase y todas las cuestiones y problemas que son de carácter colectivos porque nos afectan a todos y el régimen y sus acciones en su globalidad, son asuntos de todos, de un colectivo que busca realizar sus metas y objetivos de crecimiento, en todos los ámbitos y en todos los órdenes, ampliando las oportunidades de los trabajadores en un proceso de lucha por la equidad y la distribución de la riqueza. El régimen tiene que cambiar abandonando cada ámbito, teoría y principios que refuerzan el reformismo y el dogmatismo en perjuicio de los intereses de todos. El régimen político tiene que cambiar para convertirse en un nuevo actor, con otros roles, para alterar en el nombre de las mayorías, las condiciones y circunstancias históricas del neoliberalismo y construir así un régimen en transición, reformista, radical, soberano y popular que en sus primeras etapas sea capaz de regular el proceso de acumulación de capitales, proveer bienes y servicios públicos necesarios para el normal funcionamiento de los agentes económicos y de los actores políticos y sociales que aseguren por lo menos una mínima equidad en el reparto de los beneficios de la producción, que fomente el desarrollo científico y el crecimiento tecnológico (en términos de tecnología conveniente) y desde ahí contribuya a la adopción de otras directrices y estrategias más acordes con la vocación democrática y popular.

El régimen desde esta definición política y estratégica definitivamente invierte en los trabajadores, en sus razones, esperanzas y su futuro evaluando constantemente los hitos y las metas del desarrollo proveyendo no solo de los controles sino además de los incentivos que son necesarios para expandir la inclusión, la representación democrática y el desarrollo entendido como otra orientación en la distribución de los beneficios que favorezcan al trabajador como genuino productor de las riquezas. Ese régimen significa sumergirse en un proceso político, ideológico, económico, social y hasta cultural de nuevas posibilidades de poder en el largo proceso que nos conduce a la libertad. Significa interiorizar nuevos elementos esenciales y fundadores de otra razón menos dogmática y más humana. Sin embargo, los neoliberales se esfuerzan

en su dominio, se esfuerzan por captar todas las culturas particulares de los pueblos a estos mercados y conducen, cual jinetes del apocalipsis, valientes y temerarios. La realidad (algo que tanto dicen venerar) al final nos dice que la mayor parte de las crisis políticas e institucionales se desarrollan en medio de crisis económicas por lo que la historia económica de los pueblos mostraría las relaciones que existen entre la estabilidad política de nuestros regímenes y el desarrollo económico del mismo. Pensemos solo un momento sobre lo ridículo y suicidas de nuestros regímenes políticos latinoamericanos durante, por ejemplo, la década de los '90. Pensemos sobre el neoliberalismo como la peor frustración de desarrollo. Así como los hombres son capaces de elevarse por otras rutas y senderos peligrosos y desafiantes para reírse de sus fatigas, crisis o de sus piernas vacilantes y temblorosas, también es capaz de profesar teorías y modos de vida vacíos de sentido y lógica hasta reivindicar incluso concepciones de vida ajenas al bienestar de la mayoría como es precisamente el neoliberalismo. El punto es que las experiencias políticas más íntimas y radicales de nuestros pueblos nos torturan y se burlan de las mayorías porque esa experiencia neoliberal nos lleva a constatar que las crisis económicas tienden a producir crisis políticas aunque el orden de la causalidad de estos problemas no está tan claramente definido si tenemos en cuenta que este no es un proceso mecánico, o sea, no siempre ocurre que una crisis económica derive en una crisis política o viceversa.³

Por último, si consideramos que Marx en tanto revolucionario predijo la desaparición del Estado capitalista, es decir, como régimen y organización política, económica y social y su reemplazo por el socialismo revolucionario y democrático, que traería el fin de la explotación de los hombres, que traería el fin del proceso de conversión de la fuerza del trabajo en simple mercancía, si consideramos también que tantas veces la izquierda- basada en una errónea interpretación de la realidad- predijo el fin del Estado capitalista, si tenemos en cuenta las múltiples crisis que el capitalismo logró sortear de una o de otra manera y si, en fin, tenemos en cuenta que el capitalismo incluso logró salir airoso y como único vencedor en relación a la Guerra Fría, entonces por lo menos tengo que concluir que éste tiene una capacidad de supervivencia y de regeneramiento de sus estructuras francamente admirables y formidables.

³ La experiencia latinoamericana nos muestra que cerca del 90% de los países que devaluaron sus monedas cayeron, en un plazo de no mayor a un año, en una profunda crisis institucional y política y desde esa nueva perspectiva las formas de dominación se hicieron mucho más represivas para la mayoría. Por lo mismo es necesario fortalecer un proyecto nacional de desarrollo que considere el crecimiento con equidad e igualdad de oportunidades para todos pero que considere también los aspectos institucionales, el consenso, la relación de fuerzas y la gobernabilidad como requisito de un proyecto de crecimiento sustentable.

La ampliación de la legitimidad del régimen político.

Frente a las restricciones y las formalidades, ante la hipocresía y las falsedades ideológicas y políticas del régimen político liberal del siglo XIX y principios del XX, los trabajadores latinoamericanos reaccionaron a través de la lucha por la ampliación de la legitimidad política restringida y formal que acompañó la construcción de otras representaciones políticas relacionadas con la forma de funcionamiento del régimen y del Estado, que conducirán a una nueva excitación del sentido e imaginación, de manera que se producen nuevos planteamientos teóricos y prácticos en relación a la democracia, la inclusión, movilización o participación igualitaria para los trabajadores. Por ejemplo, en Chile estos nuevos planteamientos teóricos, basados en la necesidad de conciliar el régimen con los avances en la democratización política y social, se vieron reflejados en la promulgación por parte del gobierno de Alessandri de la Constitución de 1925. En ésta se plasmaron constitucionalmente algunas ideas básicas, más o menos avanzadas para la época, relativas a la formación de un régimen más inclusivo con respecto al orden anterior que es heredero de las oligarquías venidas de la época de la independencia y de la formación del Estado nacional. Bolivia, en esta época, es el ejemplo de manual de una república oligárquica que lleva implícito la huella de un cambio que afecta a toda la región latinoamericana: dictaduras y oligarquías que son emisarias políticas de las fuerzas de los dominantes que, en relación a la gobernabilidad política, se muestran cada vez más obtusas, ineficientes y castigadas por la realidad porque cada vez es más patente que gobiernan desde afuera, es decir, desde las condicionantes que implican la militancia a favor de los intereses de los centros del poder global. En el período que es previo a la crisis de los '30, en Argentina, son los inmigrantes de origen europeo quienes transformarán gradualmente el mercado laboral. En la etapa que se inicia con esa crisis, la inmigración cambia de origen y ahora son los inmigrantes del interior profundo del país los que se suman a los esfuerzos para hacer crecer la economía nacional. Desde esta perspectiva, la imagen urbana del país empieza a transformarse porque el destino de esa inmigración interna son los grandes centros urbanos especialmente Buenos Aires donde están las mayores oportunidades. Esta transformación, derivada del impacto por la presencia y el ritmo de la inmigración interna, se hace más notoria en el sector de la industria donde los productos fabricados localmente empiezan a sustituir a los importados y así, en base a esta primera fase del proceso de sustitución de importaciones, la industria nacional logra crecer y expandirse.

El rol del régimen político significó entonces un impulso más decidido al crecimiento industrial a través de ciertas políticas públicas que buscaron favorecer el financiamiento del sector reservándose el mercado interno de consumo de bienes y servicios para sí. En ese contexto histórico, el proceso

de industrialización argentino se reflejó en el incremento de ciertas áreas y sectores en los que se destacaron el caucho, el metal, los productos derivados del petróleo y hasta la producción de artefactos eléctricos, todos rubros que son propios de un régimen de cierta complejidad productiva. Esto significó que Argentina pudo cubrir determinada parte de sus necesidades de bienes de consumo final en sus mercados para posteriormente incluir la producción de bienes de consumo durables como los refrigeradores. En esa etapa anterior a la crisis internacional del '30, a pesar del desarrollo industrial, la agricultura mantuvo su predominio sobre el sector industrial y ganadero y no se pudo sortear los efectos más dramáticos de esa crisis internacional. En esos años, la agricultura produjo sus cambios más relevantes fuera del área de la pampa donde prosperaron los cultivos del algodón y ciertas actividades industriales como la producción de lácteos pero los productores rurales más pequeños, afectados severamente por la crisis, huyen a los centros urbanos que son más importantes engrosando las filas de la inmigración interna. Finalizada la Segunda Guerra Mundial, la industrialización por fin tomará cierto ímpetu, un dinamismo necesario para mejorar la calidad de vida de los trabajadores donde los fondos de inversión, creados por el sector primario y exportador, son transferidos al sector industrial y manufacturero durante los primeros años de Perón en el poder. Ahí se producen las primeras fricciones porque, en definitiva, se busca la sustitución del modelo primario- exportador, que está vigente desde la colonia, por un modelo de industrialización que viene a afectar importantes intereses de las élites gobernantes hasta entonces. El cambio de perspectiva significaba así un cambio de régimen político y por lo tanto el reemplazo de una élite dominante y sus intereses por otra en ascenso, la elite capitalista e industrial. La industrialización primero fue una solución de emergencia impuesta por el tremendo conflicto bélico en Europa y en Estados Unidos y las perturbaciones que siguieron en el comercio global. Sin embargo, con el retorno de la normalidad algunos sectores pensaron que Latinoamérica debía volver con todas sus fuerzas a las ventajas comparativas que en la región significaba insistir con la primacía y el control del sector primario sobre el resto de la economía a pesar de que ello implicará en la práctica una eterna dependencia en relación a los centros globales del poder. Por eso, es decir por los intereses que cuestiona, la industrialización es un proceso de desarrollo que implica un fuerte consenso en relación al modelo y proyecto de país que necesariamente avanza solo sobre un entendimiento con la clase de los trabajadores en general que requiere por lo menos moderación en la explotación del trabajo por el capital. Esta es la crítica más importante del régimen desarrollista porque al fin ese modelo no soluciona el problema de fondo relativo a la explotación de los trabajadores aunque como vimos el capitalismo como modo de producción tiene una tremenda capacidad para sobrevivir. Además, el proceso de industrialización finalmente derivó en un fuerte crecimiento de nuestra región pero tuvo que pagar el alto precio de una

redistribución del poder a favor de los dominantes foráneos que eran los que en última instancia contaban con capitales para poder financiar el modelo de sustitución de importaciones. A medida que la región se incorporó como área dependiente del sistema comercial global y en la medida en que este proceso se profundizó, la vulnerabilidad en relación a las crisis globales se acrecienta como nos lo demostró, por ejemplo, la crisis de los '70 y la de los '80 con la deuda externa.⁴

De la dependencia estructural de nuestros países en tanto capitalistas periféricos respecto al sistema comercial global, deriva que Latinoamérica agotara todas y cada una de las posibilidades y proyectos que buscaron el

⁴ Si analizamos la historia de las relaciones de producción del siglo XIX, inmediatamente se me viene a la mente la figura del trabajador de oficio como necesaria expresión de la factoría. Este trabajador, que es disciplinado y hábil, era requerido por el capitalista por su conocimiento especializado sin el que no podía dar marcha al proceso de la producción de bienes. En este momento, Marx observa que la acumulación del capital tiene ciertos límites determinados por el pleno empleo de la fuerza de trabajo y, una vez que ese límite es sobrepasado, es decir, cuando se produce el fin del período del gran auge, el capitalista empieza a incrementar el capital constante a expensas del capital variable. Pero como la tasa de explotación no puede seguir ascendiendo se produce inevitablemente una caída de la tasa de ganancias. Esta clásica argumentación de Marx nos sirve para revelar las causas de la primera crisis crónica de sobreproducción que se produce entre los años 1873- 1894. En el terreno de lo social, una vez sofocada la comuna de París, las luchas sindicales se centraron en las condiciones del trabajo y la recuperación de esas luchas con la aparición de los diversos partidos socialistas. A finales del siglo XIX, Taylor idea un sistema de producción basado en el análisis de los tiempos y movimientos en el taller industrial mediante el uso sistemático del cronómetro. Se abre entonces una nueva forma de organización que ahora se caracteriza por el divorcio entre el proceso de creación y ejecución de las diferentes áreas del proceso productivo. Esto lleva a cierta monopolización de la información global del proceso productivo que quedará a cargo de un staff de especialistas gerencial subordinado al capitalista.

Por otro lado, con el desarrollo de la Primera Guerra Mundial, el mundo capitalista ingresa en una segunda crisis de sobreproducción que se extiende de 1914 hasta el '45. Durante ese período en cuestión, en lo concerniente a los sistemas productivos de cada país y los cambios derivados por el descubrimiento de la cadena de montaje de Ford (década del '20) empieza invariablemente la época de la producción en masa que mediante la cinta transportadora añade parte por parte cada pieza hasta que se obtiene el producto final. En consecuencia, este modelo fordista tiene la ventaja de economizar recursos a través de un ahorro de los tiempos muertos de los obreros que hace posible la producción a gran escala. Este régimen necesitó como complemento político- institucional la lógica basada precisamente en el llamado Estado de Bienestar que tuvo varias características.

desarrollo integral de nuestros pueblos al no poder evolucionar al radicalismo como sí sucedió con la instauración de esos regímenes a principios del siglo XXI. Desde el régimen político mercantilista que heredamos de la época de la colonia derrocharemos todas las posibilidades del desarrollo de nuestro pueblo. Ese régimen mercantil, que evolucionará en relación al modelo agro-exportador y que hará pie con la crisis del '30, convierte al régimen político en un actor comercial central que pronto la coyuntura política le impondrá nuevas funciones ante la realidad de que la demanda se adapta muy mal a esta novedosa situación. Entonces, será necesario que el régimen intervenga para racionalizar los escasos recursos. No solo para evitar que se agudicen los conflictos sociales típicos en un contexto de crisis sino que además para asegurarse que estos recursos se vuelquen de forma provechosa en mejorar la posición de nuestra economía nacional que permanece aún bajo la amenaza del colapso más aterrador. De ahora en adelante, el régimen representa otra verdad que se traduce políticamente en una hegemonía en acción que intenta racionalizar el nuevo rumbo de la economía, de la política y del ámbito de lo social y cultural. Ahora se trabaja con otras ideas en la lucha y mediación relativa al proyecto y modelo de país implementado a través de las acciones de los nuevos actores sociales y políticos y sus intereses dominantes. En ese sentido, la ideología, o sea, la razón capitalista justifica la elección y de ahí surge el método. Así, los trabajadores tienen la necesidad histórica ineludible de transformar ese saber organizado e impuesto por los grupos dominantes, que controlan la agenda pública, en un saber alternativo que le dispute a los intereses de las élites su lugar en la agenda del gobierno. La discusión ahora no se centra en el problema de la razón o no del sistema sino en entender la lógica del capital, del Estado y su régimen para desde ahí contraponer otros valores, ideas y paradigmas contra la lógica dominante. Es importante la construcción de un arte de lo posible que le dispute palmo a palmo el poder a los dominantes porque sus razones no se basan en una realidad concreta sino, antes bien, se basa en función de una verdad inventada, camuflada, escondida y adornada por la defensa de los intereses de los dominantes. La razón de esos en nuestra región derivó en una legitimidad restringida y funcional a los intereses de las nuevas élites nacionales, que transfiguró, trastocó y desfiguró cada noble ideal del iluminismo en supuesto favor de un muy necesario realismo político que finalmente solo logró voltear el sentido y la dignidad de grandes valores, ideas y conceptos con los que se intentó construir nuestros

- a) La intervención del régimen político como único recurso eficiente y eficaz para salir de la crisis que amenaza la estabilidad del Estado capitalista.
- b) La extensión creciente de la red de seguridad social.
- c) El establecimiento de medidas y políticas públicas tendientes a la protección del mercado interno de una indiscriminada competencia venida desde el exterior.

Estados nacionales. De igual manera que antaño, el pensamiento filosófico falseó descaradamente los nobles conceptos que con el tiempo transmutaron en función de una concepción política que sirvió y sirve como instrumento de dominación de unos sobre otros y que pasa a formar parte de la razón de los neoliberales.

De esta manera, esa realidad en que viven hoy los trabajadores está estrechamente vinculada con las ideas de la dominación política en todos los ámbitos, de sometimiento, intimidación y hasta de venganza de manera que el desarrollo de ideas o de un ideal cualquiera, una costumbre o institución, un órgano de poder o grupo de interés no es en verdad una progresión hacia fines lógicos sino que es una constante sucesión de hechos y de fenómenos dependientes entre sí, de hechos y sucesos violentos que se someten a otros hechos, fenómenos o intereses sin dejar en el olvido la resistencia que entra en el juego del poder, del tira y afloja para la defensa o crítica de esos hechos y sus repercusiones. La cúpula del capital más concentrado, al servicio de los intereses de las transnacionales que operan en nuestros países, se parece a la antigua burguesía nacional solo en que necesita del Estado nacional y de su régimen político para defender y preservar, por todos los medios posibles, la tasa media de ganancia y precisamente por eso prioriza los aspectos políticos como parte de su estrategia de negocios. Esos grupos logran controlar las organizaciones e instituciones empresariales y así entienden la lucha por el poder. Se plantean como núcleo de lucha, la disputa por los sectores medios que escapan a su lógica del automatismo del mercado entendiendo, eso sí, a los sectores medios como ese importante universo simbólico que opera como referencia cultural e ideológica de pertenencia integradora, o sea, más allá de los techos salariales o las relaciones de dependencia laboral. Es la necesidad política de ganar para sí o, en el peor de los casos, neutralizar a esos sectores lo que los lleva a plantear la lucha en términos tan extremos. La mínima posibilidad de que una parte importante de los sectores medios se desprenda de esa mesa cultural servida por los dominantes para eventualmente elaborar una postura y una idea o proyecto alternativo más cercano y en solidaridad con los sectores populares, que remonte antiguas gestas y conquistas de las mayorías, implica para los grupos dominantes, históricamente mucho más conservadores, un peligro que no pueden ignorar. Esa realidad nos muestra que solo se puede evolucionar a favor de los trabajadores cuando la fluidez de este proceso de lucha y resistencia hace suya las reivindicaciones de las mayorías nacionales. Así, surge una nueva voluntad que se dirige a formas de poder más democráticas y considerables en la medida en que es el trabajador quien asume el poder de decisión. Entonces, la ampliación de la legitimidad restringida, venida desde los tiempos de independencia, en la búsqueda de un régimen político más inclusivo y popular, humanista y soberano, si quiere ser tal, si se pretende auténtico, definitivamente solo puede ir en la dirección de la inclusión de los trabajadores en todos los ámbitos y sentidos.

Capítulo 3: Monetarismo, deuda, crisis, inflación y democracia.

Aspectos políticos del problema de la deuda externa.

Si analizamos el período donde se nos imponen a los trabajadores de Latinoamérica las dictaduras de seguridad nacional veremos que en el ámbito de la política bancaria, las entidades de carácter públicas fueron sometidas a los diseños de los intereses privados perdiendo de esa manera la mayor parte de sus atribuciones en favor de las formas neoliberales que luchan por imponerse a cualquier costo. Se destaca cómo se usaron esos bancos públicos como instrumento del capital privado local que responde desde siempre a los grupos de poder globales. De hecho, perdieron su autonomía lo que derivó en un proceso que los vincularía como instrumento de los bancos privados locales lo que produjo crisis persistentes. Bajo las dictaduras cívico- militares de la época estos bancos públicos de la mano de la razón del automatismo del mercado que se impone a expensas del interés de la mayoría, participaron activamente en el proceso de endeudamiento y de especulación financiera del modelo de país neoliberal que empezaba a insinuarse. En apenas unos años estos bancos dejaron de ser entidades financieras públicas para convertirse en un apéndice de las plazas financieras y especulativas de los centros globales del poder. Este proceso de transnacionalización logró desnaturalizar en todo sentido los objetivos de la banca pública porque transformó de manera muy profunda la composición de sus operaciones y distorsionó así su estructura productiva. En el régimen desarrollista, asistencialista y de bienestar que es anterior al neoliberalismo, los bancos públicos obtienen la mayor parte de sus recursos en el mercado nacional destinando también casi la totalidad de sus préstamos a las pequeñas y medianas empresas nacionales contribuyendo así al desarrollo del país a través del financiamiento y apoyo a la industria. Pero, con la instalación de la dictadura toda esa estructura bancaria, simbolizada en el rol que le compete y corresponde por ley a la banca pública en la inversión nacional, experimentó una serie de cambios acorde con la nueva visión de la producción y de la economía. Ahora la mayor parte de los recursos son en moneda extranjera y se apoyan en préstamos de la banca privada global mientras que los recursos internos del sistema bancario se reducen de manera drástica. Debido a este cambio de las fuentes de recursos del sistema, cambia también el destino del crédito y en ese sentido los principales tomadores de esos créditos son las empresas del Estado y un cada vez más reducido grupo de empresarios privados mayormente foráneos que de esa manera desplazan a los pequeños y medianos empresarios nacionales del acceso a los créditos, de la producción e incluso del consumo. De hecho, a partir de esa concepción económica, la política de los créditos va contra la producción nacional y por lo tanto contra el consumo y el mercado interno. Son los primeros pasos del

neoliberalismo sobre el sistema productivo nacional porque precisamente esa política de préstamos conduce a una excesiva concentración de la propiedad debido a las consecuencias de esta nueva orientación ideológica.

Los grandes perdedores bajo esta concepción de la economía son los bancos públicos quienes se convierten en instrumentos dependientes de las políticas y caprichos de la banca privada y de los grupos económicos más concentrados. Durante el período en cuestión, la principal característica del nuevo sistema bancario y de crédito es la falta estructural de autonomía de los bancos públicos llegándose al punto de que los principales directivos de esos bancos privados son también directivos de los bancos públicos que así elaboran los dogmas de la política crediticia y monetaria. Son estas facciones hegemónicas de la burguesía local, con una visión política rentista, financiera y especulativa, la que provoca un impresionante endeudamiento que no tiene relación alguna con mejorar la capacidad productiva de nuestra economía. La especulación y la renta financiera desplazan la inversión productiva que crea trabajo, desarrollo, consumo y ahorro. La organización de los patronos y sus principales bancos asociados ayudaron, con la incorporación de sus cuadros dirigentes, a diagramar la nefasta política económica del período a través del Ministerio de Economía, del Banco Central y desde la dirección de la banca pública. Por su parte, los bancos privados locales líderes serán el componente bancario de un conjunto de empresas industriales y servicios que formaron lo que tradicionalmente se conoce como grupo de interés o grupo económico, es decir, una familia o alianza de éstas que se reúnen a través de su patrimonio de capital y sus capacidades para lograr hacerse con el control de un conjunto de empresas tanto financieras como bancarias, industriales, agropecuarias o de servicios no financieros. Actuaron en consecuencia porque demostraron ser los genuinos representantes de un capitalismo rentista, especulativo y financiero que militó contra los aspectos productivos de la economía real. Además, si bien esos intereses poseen inversiones industriales son en primer lugar grupos de origen primario- financiero de clara orientación neoliberal constituyendo el principal núcleo de elaboración de la política neoliberal.⁵

⁵ Son las fuerzas armadas las que ponen a funcionar la brutal máquina del genocidio de nuestros pueblos. Sin embargo, el hilo de ese poder, las estructuras políticas, sociales y económicas las movieron los sectores dominantes a través de sus propios representantes como son un vasto grupo de civiles a través de los que se controlarían el poder económico concentrado y monopólico como los nuevos tecnócratas, algunos jueces y otros que le dieron sustento político e ideológico a las dictaduras latinoamericanas. De hecho, las dictaduras militares anunciaron, desde la desmesura de creer que venían a reorganizar el país, que no venía solo por la intervención del gobierno y de algunas estructuras políticas sino que venía por el régimen político que desde ahora tendría que ser objeto de una profunda reconstrucción en beneficio de intereses reaccionarios. Las dictaduras buscaron una regeneración social y política muy profunda cuyo proyecto económico solo

Hasta antes del 11 de septiembre el sistema financiero y bancario en nuestro país se encontraba fuertemente regulado por el régimen. Por ejemplo, las tasas de interés que cobraban y pagaban las entidades financieras- los bancos- estaban reguladas a través de leyes por lo que también estaban reguladas sus ganancias. Existía además una gran cantidad de cooperativas y mutuales de crédito, que eran locales o regionales, y que garantizaban que ese ahorro permaneciera en esas regiones. También existió al respecto ciertas barreras a las actividades que podía realizar o no un banco para garantizar que no se hicieran inversiones en cualquier rubro o de muy alto riesgo que colocara en entredicho la estabilidad de la economía nacional. Los requisitos de capitales mínimos y de encaje eran distintos de acuerdo al tipo de entidad financiera, es decir, si era una cooperativa o una mutual de crédito local tenían requisitos un poco más flexibles que los bancos para poder garantizar la existencia de esas entidades locales, regionales o sectoriales. En cambio, con la imposición de la dictadura de seguridad nacional, terrorismo de Estado mediante, triunfa una visión económica en la que el régimen tendría que reducirse al mínimo en relación a sus regulaciones tanto en el ámbito político, social, económico como en el financiero. La reforma de la ley de entidades financieras en ese sentido se orientó a favorecer la concentración de la propiedad y capitales e inversiones a través de nuevas exigencias de capital mínimo a las cooperativas y mutuales. Por su parte, en el contexto global, en el que los bancos de Estados Unidos de ese entonces tenían gran cantidad de reservas, de depósitos y capitales y a partir de la correspondiente desregulación de los mercados de capitales y de la imposición del régimen neoliberal, esos bancos extranjeros desembarcaron con sus recursos sobre nuestros países produciendo una fuerte concentración y extranjerización del sistema financiero.

El problema es que los bancos ahora al servicio de los intereses de las transnacionales no nos permiten ver de una vez por todas la realidad tal y como es porque esos bancos esperan la firma de acuerdos con los organismos de crédito globales como el Fondo Monetario Internacional para negociar la deuda externa u otras facilidades para el pago de los intereses de ésta y en los

era posible a través de la represión y el terror. Las fuerzas armadas intervinieron en un régimen que ofreció una pasiva conformidad frente a lo que veían como inevitable aunque también obtenían el respaldo entusiasta de los que bregaban por la restauración conservadora, las jerarquías, la autoridad y en general todos esos valores que son inherentes a los sectores más conservadores. En esos años de plomo, los dominantes (con nexos con el interés de las transnacionales) se agolpó detrás de las políticas neoliberales. Por su parte, Pinochet y todos los dictadores latinoamericanos en general fueron el brazo armado de esos civiles y militares cuyo proyecto nacional correspondía a ese país primario- exportador que habíamos heredado de los tiempos de la emancipación política.

países en que aún perdura el régimen neoliberal esto se traduce a nivel de la economía doméstica en ajustes y en contracciones de la demanda agregada. Así, para obtener esos beneficios, es necesario aplicar medidas económicas que busquen establecer el equilibrio de la balanza de pagos internacionales lo que implica una disminución precisamente de la demanda interna y del crecimiento orientado a las exportaciones de bienes y servicios nacionales. Entonces, fue necesario reducir los gastos y los salarios, disminuir el déficit presupuestario del sector público y los aranceles de los productos venidos desde el exterior. Además, como el nuevo modelo de desarrollo que es aplicado por la dictadura de seguridad nacional es claramente especulativo y rentista, las inversiones de los bancos extranjeros que hacen pie en estas tierras, en complicidad con la burguesía especulativa local, resultan en una importante y extraordinaria deuda externa que hipoteca y que cercena los destinos del país por décadas porque esas inversiones no son acompañadas de un proceso de creación de empleos o de inversión industrial y productiva sino que en ese contexto de desregulación financiera lo que hacen es acompañar la especulación y la fuga de capitales. Así, la especulación y las inversiones de la banca transnacional nuevamente jugaron contra la lógica y los intereses del capital productivo nacional.

En esta perspectiva, resulta interesante iniciar un debate profundo en relación al tema del desarrollo productivo a través de la promoción de una banca de desarrollo. De ahí que un proyecto político nacional, popular y soberano no puede funcionar sin la participación del régimen político en la definición e implementación de ciertas políticas públicas que complementen el funcionamiento del mercado, en particular cuando es necesario responder a las necesidades del crédito de esas pequeñas y medianas empresas que en definitiva son las grandes generadoras del empleo. No hay que olvidar, en relación al protagonismo del régimen político, que ese proyecto de desarrollo humanista no es viable en la práctica sin un sistema financiero pero tampoco puede funcionar de manera eficiente con cualquiera. Necesita de uno cuyo objetivo sea canalizar el ahorro interno en el esfuerzo de la producción nacional. También son vitales las pequeñas y medianas empresas porque son las grandes generadoras del empleo, es decir, de mano de obra intensiva que así trabajan a favor del consumo interno, la distribución de la riqueza y del ingreso que es a su vez una importante política para trabajar contra la alta concentración de los capitales y la propiedad. Resulta impostergable la implementación de mecanismos, leyes y normas que incentiven el uso de esos recursos en la producción nacional, es decir, en beneficio de créditos para las pequeñas y medianas empresas a través de la reducción de las tasas de interés y la recomposición del capital de trabajo de las empresas. Es necesaria la impostergable necesidad de una banca del desarrollo nacional para apoyar esos emprendimientos productivos a costos competitivos. Así, las dictaduras de seguridad nacional en Latinoamérica militaron fuertemente

a favor de la liquidación de cualquier proyecto de desarrollo económico y político que significara crecimiento e independencia en relación a los centros globales del poder. Por ejemplo, si bien la cuestión de la deuda externa en nuestros países lo venimos arrastrando, en muchos casos, desde el momento mismo de la independencia, allá por el 1810, solo a partir de mediados de los '70 y a través de las políticas neoliberales de los nuevos gobiernos de facto, la cuestión de la deuda se convierte en un problema estructural y endémico que frena cualquier proyecto de desarrollo y soberanía. Llega el tiempo del FMI y sus condicionantes.

En los años '80, a pesar del nuevo lenguaje técnico- financiero de los tecnócratas y los problemas sociales, políticos, institucionales y económicos ligados a la cuestión de la deuda externa- tradicionalmente reservado a un pequeño y estrecho círculo de especialistas- es desbordado convirtiéndose en un tema ampliamente debatido por todos los sectores sociales precisamente por las consecuencias de esos problemas políticos, sociales y económicos derivados, por ejemplo, de la estructura productiva nacional y de la ley de entidades financieras donde la banca del desarrollo y del crédito a la pequeña y mediana empresa desaparece. Además, este debate toma impulso con la aparición de la crisis de la deuda externa de principios de los años '80. Aún hoy, en muchos países latinoamericanos, la cuestión de la deuda es un problema que condiciona fuertemente las estructuras de los regímenes políticos de esos países para buscar un desarrollo más acorde con la realidad de cada uno. La deuda condiciona la mayor parte de esas fuerzas políticas, los movimientos sociales y grupos de intereses que buscan la transformación y cambios en otro contexto político o que simplemente aspiran al crecimiento y desarrollo de sus respectivas economías para intentar mejorar la calidad de vida de los habitantes de esos países. La deuda entonces no es solo cuestión de desequilibrios explicables dentro de los límites de la deuda misma o de factores inmediatos como la solvencia y la liquidez sino que es, ante todo, un problema particularmente político en el sentido que es un factor central de desequilibrio de nuestros regímenes que en teoría buscan el desarrollo de nuestros más nobles valores democráticos. Nuestros regímenes políticos no pueden dar soluciones estructurales, es decir, de profundas raíces, a los más acuciantes problemas, o sea, a las cuestiones socialmente más importantes bajo la presión de una deuda que coarta las posibles maniobras de esos regímenes para aspirar a una vida mejor de los trabajadores involucrados. La deuda es una clara manifestación de un proceso de crisis del régimen, del Estado capitalista y de todas las fuerzas políticas y sociales de los países más comprometidos con los organismos de crédito globales y su lógica como son los centroamericanos que estructuralmente son mucho más dependientes que los del sur de Latinoamérica. Incluso, la realidad de estos países no puede catalogarse como de estancamiento sino de regresión. Claro ejemplo son los países donde encontramos un Estado fallido que se impone por los problemas

que precisamente el régimen político no supo resolver. En esos casos, el tema de la deuda no solo estanca sino que además hace retroceder el crecimiento económico comprometiendo el porvenir de millones de trabajadores que son excluidos y marginados del desarrollo al no haber sido capaz esa sociedad en particular de construir, defender, movilizarse y participar en la elaboración de proyectos alternativos de crecimiento debido a las condicionantes externas y la falta de voluntad y arte de poder alternativo real de las clases y sectores dirigentes y líderes políticos.

Es prioritaria la lucha por el poder que implica la primacía de unos u otros derechos en el camino a la satisfacción de las necesidades de los trabajadores porque esa lucha por el poder es la única manera posible de actuar, pensar y reaccionar por parte del trabajador y sus representantes. Todos los acuerdos, el diálogo y el consenso político tienen que estructurarse a partir de los intereses que favorezcan a los trabajadores y sus experiencias. Cualquier otro consenso o acuerdo no es viable porque son parte de una imposición política, del chantaje de los intereses de los dominantes y solo nos perjudican. Solo de esta manera es posible consensuar esas políticas que nos conviertan en una sola voz frente a los intereses dominantes, tanto locales como globales, estructurados en base a los organismos financieros y políticos globales regidos por leyes y normativas venidas desde los países centrales sustentadas ideológicamente en teorías como las del monetarismo neoliberal y el automatismo del mercado.

La deuda como problema estructural.

El monetarismo neoliberal, que se viene aplicando desde la reforma conservadora en los Estados Unidos, Gran Bretaña y luego en el resto del mundo, es una teoría y corriente de pensamiento económico que se sustenta en principios opuestos a toda teoría que reivindica la intervención del sector público en lo económico para encauzar y racionalizar un proyecto político de crecimiento y desarrollo. El planteo de la no intervención del sector público en la economía se sustenta en la idea del automatismo de los mercados por lo que éste se encuentra íntimamente relacionado con él. Desde esa perspectiva global, el planteo del automatismo del mercado financiero, de capitales, el laboral o el de consumo significa reforzar los métodos, las normas y las leyes mediatizadas de dominio y control de los centros globales del poder, que son los defensores de los intereses de las transnacionales y sus corporaciones, a través del sistema de intercambios de bienes y servicios entre los países del centro y los periféricos. Este supuesto teórico que busca racionalizar los paradigmas neoliberales opera liberando energías económicas y sociales que permiten la vigencia de precios justos para los propietarios de los factores de producción y los actores económicos en su rol tanto de productores como de consumidores. Pero lo que no tienen en consideración es que precisamente

esa riqueza produce una nueva aristocracia porque supone (en condiciones ventajosas de poder político, social y cultural) el acceso a los mejores frutos del árbol de la producción que siempre es social. En ese sentido, del acceso de privilegio al poder, esta aristocracia del nuevo capital crea cada una de las condiciones para que el resto de los hombres, los trabajadores, se comporten noble y virtuosamente de acuerdo a la concepción moralista y dogmática de los dominantes porque una élite de tecnócratas, ellos mismos, se encuentran en la cúspide de los organismos y estructuras del poder de decisión desde el que controlan la agenda pública. Si observamos los acontecimientos políticos en las diversas economías latinoamericanas neoliberales, tanto en período de dictadura como en democracia, vemos que las empresas monopólicas que lograron superar sus propias miserias dejando tras de sí la crisis de la deuda o cualquier otra crisis del neoliberalismo, aumentan de manera importante su nivel de ganancia destruyendo en el camino la competencia de las pequeñas y medianas empresas que generalmente son de capitales nacionales. Incluso, en regímenes radicales esas empresas hacen grandes negocios y ganancias.

En general, en Latinoamérica más del 70% de las empresas radicadas en nuestros países representan a las pequeñas y medianas empresas que son las generadoras del empleo, de ahorro interno y de las inversiones que fluyen a través del mercado interno principalmente. Pero ese mercado neoliberal, a través del automatismo de los mercados o del monetarismo (...) milita contra la lógica de la producción nacional y del desarrollo del mercado y consumo interno. En otras palabras, detrás del monetarismo neoliberal existen una serie de disposiciones que apuestan a una recomposición de los niveles de ganancias de los grupos económicamente más poderosos en desmedro de los trabajadores y en beneficio directo de la concentración de los mercados, de la propiedad y riqueza. Este proceso favorece a los empresarios vanguardistas, ligados a las exportaciones, que así son capaces de superar sin problemas las etapas recesivas y de crisis como resultado directo de la imposición de los paradigmas neoliberales. Otro aspecto es la estabilización de la producción industrial en el sistema económico de los países más desarrollados. Para eso, hay que transferir ciertas actividades productivas a zonas claramente menos desarrolladas que intentan incrementar la producción de esa industria que es tecnológicamente mucho más avanzada en los países centrales. Es esa última función la que cumplen nuestros países que se hacen cargo de la producción menos compleja y más intensiva en cuanto a mano de obra que a su vez es una mano de obra mucho más barata en relación con los salarios y con las conquistas laborales de los trabajadores de los países centrales. El régimen político neoliberal entonces se dirige principalmente a facilitar el flujo de las transacciones económicas y comerciales entre nuestros países periféricos y los centrales colocando los excedentes de la producción de esos países en nuestras economías para así lograr una fuerte reducción de los stocks de productos y bienes elaborados en sus industrias. A estas alturas las empresas

ya lograron recuperar sus niveles de producción, disminuir la capacidad productiva excedente y elevar la rotación del capital fijo y del circulante. En nuestros países, esta política es nefasta porque reduce el nivel de actividad industrial disminuyendo el empleo y desalojando a las empresas productoras de bienes que con este programa se abastecen a través de las importaciones. Esto es precisamente lo que pasó con el desmantelamiento de la estructura industrial de nuestros países. Un tercer elemento y mecanismo que envuelven las formas en que el neoliberalismo actúa en su versión monetarista es que el marco de apertura y de desregulación de la economía es imprescindible para que los capitales foráneos puedan acceder, siempre en nombre de la libertad del mercado, a nuestras economías que desde ahora se encuentran abiertas a las transnacionales quienes vendrían a ser expresión de la libre competencia. A los capitales extranjeros les conviene sobremedida esa dinámica porque si observamos la deuda externa podemos comprobar que en general el nivel de deuda alcanza magnitudes que son extremadamente elevadas mientras que el exceso de liquidez de los organismos financieros globales permite que los créditos sean canalizados para la asistencia de los déficits fiscales nacionales que a su vez generan un rápido aumento del endeudamiento externo y todo se transforma en un círculo vicioso desde el que no es posible salir si no se cuestionan las bases y paradigmas neoliberales.

Del otro lado del espectro ideológico y estratégico, los que apoyamos los regímenes políticos nacionales, populares y humanistas, existe una gama de posiciones más amplias y menos virulentas que van desde los que aceptan pagar la deuda externa pero pretenden cargar los costos de ésta sobre los más privilegiados, las élites, hasta quienes directamente proponen no pagarla. Pero, por la presión del sistema financiero global en los '80 esta discusión rápidamente fue suprimida de la agenda pública siendo que los acreedores en su conjunto concluyeron que una refinanciación de ésta necesariamente era posible solo a través de la intervención y acuerdos con el FMI que adquirió de esa manera un gran poder de presión política sobre nuestros regímenes. Dado su rol clave en la coyuntura del sistema comercial global, los países con esas deudas terminaron aceptando cada vez con menos resistencia las recomendaciones políticas de los organismos de créditos globales, el FMI principalmente, para lograr la refinanciación que buscaban. Entonces, las negociaciones quedaron limitadas a aspectos secundarios o formales del sistema económico de nuestros países desde el momento que el FMI exige el cumplimiento de un plan ortodoxo fuera de todo auténtico espíritu de rigor científico racional. La presencia humillante de sus funcionarios en nuestra economía en su momento reflejó que la política económica nacional era decidida en el exterior ya sin disimulo ni consideración. La importancia del FMI en ese contexto es que a través de ese protagonismo, a través de ese poder de decisión y de presión sobre nuestras estructuras económicas y políticas, en los '90 fueron aplicadas todas las propuestas políticas de los

organismos de crédito globales que impuso sobre la región el neoliberalismo. Las propuestas de esos organismos aceleraron a su máxima expresión los pagos al exterior, a los acreedores internacionales y cargaron sus costos sobre los trabajadores. La importancia del FMI es que su presencia implica ciertas reglas y normas de juego al servicio de los intereses dominantes. Además, define resultados de antemano, las consecuencias, el contexto del debate y orienta la política económica en una sola dirección que nos conduce a los intereses de los acreedores externos representados por intereses más espurios.

A pesar de que a partir de fines del siglo XX en Latinoamérica, con el surgir de regímenes políticos más inclusivos, soberanos, nacionales, radicales y soberanos, que derivó en nuevas formas de encarar la deuda externa que incluso en el caso de Ecuador se llegó a debatir sobre la legitimidad de ésta logrando una importante quita, lo central es que estos hechos políticos nos demuestran que al analizar el funcionamiento básico del sistema comercial global bajo los parámetros neoliberales, en lo que respecta a Latinoamérica se percibe de forma más clara que el problema de la deuda va más allá de lo meramente económico porque tiene trascendencias estructurales en relación a las posibilidades de que podamos o no encarar un real proceso de desarrollo nacional. La combinación de todos esos factores genera una transferencia de ingresos inédita. Esa transferencia es una de las causas del déficit público que caracterizó a nuestra región en los años '90 y de la redistribución de la riqueza en sentido de profundizar la concentración de ésta y de la propiedad. Tal vez sea la experiencia de Chile, con posterioridad al golpe de 1973, el acontecimiento que marca el inicio de esta etapa neoliberal para nuestra región porque la caída del gobierno popular de Allende y la puesta en escena de otro régimen político, que implica otra política y otro modelo económico, alertan a las fuerzas sociales, políticas y económicas sobre la trascendencia de los acontecimientos que después se concentrarán en la escena económica. La experiencia luego se repite en el Uruguay y Argentina que tampoco dejan de sufrir consecuencias muy graves en su aparato económico e industrial. Surge una estructura de políticas de desarrollo auspiciadas por los postulados sostenidos por la escuela económica de Chicago y en particular en las ideas de Friedman que van en sentido contrario al crecimiento del mercado interno orientado al sector productivo, a la creación de empleos, ahorro, inversión y al crecimiento económico en general que implica desarrollo social, político e institucional en favor de la mayoría. En cambio, la ideología neoliberal es el más grande de los disparates porque es la peor utopía pero también la más grave realidad. La iglesia neoliberal es una institución política- moral que propone su propio fin universal abarcando a los hombres y la humanidad en su conjunto a partir de preceptos religiosos tan atractivos para sí como la idea de la globalización o libertad del mercado que se presentan de ahora en adelante como fin necesario al interés supremo del hombre.

El neoliberalismo es la peor corrupción, la más grande de las promesas incumplidas que producen valores estrechos, mezquinos, materiales, bajos y limitados a la expansión de los intereses de corporaciones que controlan las estructuras del poder del sistema comercial globalizado. Pero este carácter religioso del neoliberalismo no puede determinar nuestro juicio porque este régimen político- que pretende ser una institución universal- en verdad no lo es porque supone y corresponde a necesidades artificiales que no descansan más que en una razón tecnocrática compuesta de ficciones que no resisten el mínimo análisis histórico. Es una ideología que descansa y busca perpetuarse en la creación de necesidades donde éstas no existen. En relación a la deuda externa, en una situación política ideal, justa, humanista y revolucionaria en sus expresiones máximas, los costos son asumidos por los responsables de esta cuestión que son los países centrales en su conjunto con los organismos financieros globales, los bancos acreedores y los grupos económicos locales que lograron estatizar sus deudas y fugar capitales. Como este contexto ideal no es posible dada las actuales relaciones de fuerzas, una política más realista en relación siempre a la deuda, tiene que replantear drásticamente las reglas, normas y leyes de funcionamiento de la arquitectura financiera global. Las implicancias de esta estrategia tendrían que buscar una postura regional común y conjunta del régimen en beneficio de determinadas directrices que definan los combates a favor de intereses más racionales. Entonces vuelvo a insistir en las acciones de un bloque regional de integración que es pensado como una organización de acuerdos políticos y económicos regionales que implica posturas, tomas de posiciones y estrategias nacionales de desarrollo y crecimiento. Ya no es políticamente viable sostener regímenes basados en la especulación y en los déficit tecnológicos, el repatriamiento de utilidades, de los intereses de la deuda y la fuga de capitales sin inversión, de la catástrofe social, económica, cultural e institucional que solo terminan afectando a los trabajadores. Que termina afectando directamente a jubilados, estudiantes, maestros, mineros y a los trabajadores en general que ven como a través de la razón del régimen son frustradas constantemente sus capacidades, sueños y expectativas por una mejor calidad de vida.

El proyecto de desarrollo ajeno a la lógica de los liberales o sea aquel que esencialmente es productivo e inclusivo, choca con graves límites y obstáculos en su implementación tanto del orden interno como externo. En relación a los primeros, se relaciona con las trabas impuestas a la fracción oligopólica por parte del sector público y la fracción foránea de los capitales oligopólicos de origen nacional mientras los segundos se determinan por el endeudamiento externo y la guerra comercial de los regímenes políticos del tercer mundo por captar los capitales e inversión extranjera directa. Frente a esta situación descrita y teniendo en cuenta que el proceso privatizador de Pinochet y sus cómplices lograron una increíble concentración del poder en un par de grupos económicos, que condicionan a los gobiernos posteriores, la

monarquía constitucional, muy formalizada y también carente de sentido de la Concertación, fue también paradigmática en este aspecto y de ahí surge que no estuvieron a la altura de las circunstancias. Entonces, las alternativas posibles a ese modelo y régimen neoliberal, se verían cada vez más acotadas porque la Concertación nunca estuvo comprometida con los cambios que los trabajadores chilenos en su momento, a fines de la dictadura cívico- militar, le habían confiado. Se mostraron siempre comprometidos con los intereses económicos y políticos de los organismos de crédito global y con la represión social, económica y política para mantener la dominación y el control.

La democracia bajo el régimen neoliberal.

El colapso de las economías nacionales por las diversas consecuencias de las políticas neoliberales, que a su vez implican una crisis institucional y política de envergadura, da lugar en todos los casos (así nos lo demuestra la experiencia histórica de nuestra región) a la suspensión del pago de la deuda externa en lo que respecta al ámbito de las finanzas por lo que incluso en este aspecto el neoliberalismo se muestra totalmente inoperante para resguardar los contratos e intereses privados. El momento de origen de estas crisis que tiene un rol central en relación a la gobernabilidad política y la democracia, se remonta al tiempo en que el régimen se vuelve claramente ineficaz para resolver los graves problemas sociales, políticos y económicos que él mismo produjo a partir de sus políticas. Donde indudablemente fue más patente este fracaso de las políticas neoliberales y donde tampoco los trabajadores fueron protegidos por el régimen político es en las continuas y persistentes crisis a que nos someten cada cierto tiempo los neoliberales con sus irracionalidades. Superada la etapa de las dictaduras de seguridad nacional en muchos de los países latinoamericanos los factores de poder imponen procesos galopantes de inflación para domesticar a los sectores democráticos que emergen con el fin de la opresión cívico- militar de las dictaduras. En ese contexto se planteó anclar la moneda al dólar lo que suponía precisamente eso pero en verdad fue un retorno triste a una variante del antiguo argumento del patrón oro. Si la inflación continuaba el tipo de cambio real de esos países se apreciaría, la demanda de sus exportaciones caería y el desempleo se incrementaría pero lo único importante para los neoliberales es que estas medidas moderarían las presiones de los salarios del trabajador y los precios. Es el típico argumento del equilibrio entre oferta y demanda a partir de una reducción de la segunda lo que produce contracción y ajuste. Esto solo sería posible siempre y cuando el compromiso con el sistema bancario fuera creíble para detener la inflación, es decir, siempre y cuando satisficiera a los grupos económicos oligopólicos que así transfieren los costos de esta crisis a los trabajadores y a favor de sus propios intereses como grupo de presión y poder. La cuestión era que tal vez si las expectativas inflacionarias cambiaban podría reducirse la inflación sin

graves costos en la estructura del empleo. Esta receta durante un tiempo funciona pero era muy arriesgada como el tiempo se encargaría de demostrar. Fueron los muchachotes del FMI, siempre tan prepotentes y dueños de una verdad absolutista, quienes promovieron estas soluciones y recetas únicas en su estilo. Fomentaron el uso de ese sistema cambiario junto a toda una serie de baterías y políticas económicas altamente irracionales ahondando en los graves dramas del pueblo. Sin embargo, ellos nunca hicieron su autocritica. Siempre funcionó de esta manera porque quienes pagan las consecuencias de sus actos fallidos son los trabajadores, nunca ellos. Nunca funcionó de otra manera. Lo grave es que aún hoy algunos regímenes latinoamericanos o los sectores opositores en los regímenes más humanistas y de reivindicación de lo popular continúen inexplicablemente aplicando esos métodos, políticas y medidas económicas que finalmente se mostraron, de acuerdo a la realidad, como prejuiciosas para la estabilidad y el desarrollo de nuestros países.

En algunos países como Argentina la fijación por ley de la paridad uno a uno entre el peso y el dólar redujo la inflación pero nunca logró promover un crecimiento económico sostenido. De hecho, la crisis del 2001 es un caso testigo al respecto. Errores graves fueron también las reformas en el sistema bancario. En ese sentido, se pensó que era beneficioso que la mayor parte de las entidades bancarias estuvieran en manos de empresas extranjeras lo que se tradujo en una aparente estabilidad del sistema pero bajo ningún concepto el sistema fue capaz de promover la ayuda, inversión y promoción de los créditos para las pequeñas y medianas empresas. Lo concreto es que los altos índices y tipos de interés, producto de las políticas neoliberales aplicadas por el régimen, desbordan finalmente el presupuesto del país. El paso siguiente es que el gobierno busca la austeridad fiscal y el ascetismo estructural pero este tampoco es suficiente para la voracidad de los mercados. Del proceso de descomposición, de vital transformación en los parias del mundo a través de la implementación de políticas económicas neoliberales, podemos extraer una serie de lecciones que apelan a lo más hondo del raciocinio.

- a) En primer lugar, ignorar el contexto político y las circunstancias en función de ciertos intereses, máximas y dogmas dominantes es un gran peligro que perjudica necesariamente a los gobiernos de todo tipo que buscan aplicar políticas que superaren el drama del desempleo, la exclusión o marginación. Un país para pocos va contra cualquier definición del bien común que es el primer objetivo de cualquier gobierno.
- b) Además, la globalización en términos neoliberales expone a un país a enormes sacudidas y crisis. En ese sentido, los ajustes del tipo de cambio de mercado, en contraposición con el de cambio de equilibrio desarrollista, son parte del mecanismo de la lógica de la globalización neoliberal.

- c) Finalmente, el crecimiento necesita de instituciones financieras que brinden los necesarios créditos a las empresas nacionales, a las pequeñas y medianas, para incentivar la producción con un tipo de cambio de equilibrio desarrollista que integre a todos los sectores productivos de la economía para así trabajar en favor de un proyecto de crecimiento nacional, popular y soberano.

De esta manera es totalmente irracional una banca extranjerizada que responde a intereses especulativos foráneos antes que una banca nacional al servicio de la producción de bienes en nuestros países de origen y es mucho más irracional cuando esa banca, al servicio de la especulación antes que a la producción, no es acompañada de ciertas salvaguardas apropiadas para que el régimen, a través de los actores gubernamentales y sectores populares, pueda por lo menos regular la actividad de esa banca como primer paso para una reforma más de fondo. El tema de un régimen democrático es fundamental. Ignorar esto puede hacernos retroceder al tiempo de un país en fuerte crisis, neoliberal y excluyente. Sin embargo, éste es un desafío bastante complejo para los trabajadores porque si los sectores reformistas aspirasen en verdad a un régimen por lo menos un poco más democrático, esos mismos grupos de poder dentro del régimen político tendrían que plantear y redefinir en varios aspectos, en todos los ámbitos, una nueva forma de hacer política, con otras estructuras. En cambio, los reformistas como fin apenas buscan una tímida y cobarde reforma de las aspiraciones democráticas. Lo que digo es que desde la perspectiva de la democracia liberal y tremendamente formalista de la que se hacen eco los neoliberales, si los trabajadores no tienen que comer, si están flexibilizados y excluidos por la falta de trabajo, según esta lógica, lo importante no es esa situación concreta sino que los trabajadores mueran de hambre democráticamente. Por eso se impone un régimen vacío de contenido y fuera de todo sentido de la democracia y de aspiraciones relacionadas con el bien común. También queda marginado de la agenda pública la reforma de las condiciones económicas, políticas, culturales y sociales del país, es decir, de una organización más democrática del régimen en términos económicos, de oportunidades y distribución de la riqueza.

Al no cuestionarse los fundamentos del régimen neoliberal, las bases de éste quedan incólumes y el debate de una nueva organización institucional una vez más es postergado. Lo grave es que esta forma neoliberal de régimen refuerza aún más sus formas autoritarias del ejercicio del poder y cuando el régimen no está capacitado para profundizar en la democratización real de la sociedad a través de una mejor distribución de la riqueza, de la inclusión, la generación de trabajo (...) esa misma sociedad puede buscar soluciones en un régimen autoritario. En otras palabras, cuando los trabajadores perciben que la democracia formal llegó a sus límites en relación a la libertad de expresión y representación, cierto respeto de los derechos humanos y todos los temas

relativos a los derechos de los ciudadanos, empiezan a exigir la eficiencia del régimen en el ámbito económico, en el tratamiento de todos esos problemas relacionados con el crecimiento, la creación de empleos y la satisfacción de las necesidades de la mayoría. Es decir, cuando ya no es posible conformarse con el formalismo democrático si ese régimen no es capaz de cumplir con esas expectativas entonces el orden democrático puede derivar perfectamente en autoritarismos más o menos encubiertos que se expresan políticamente en los triunfos electorales de la derecha. Es lo que en su momento pasó en Chile con Piñera o en Perú con Alan García devenido ahora en neoliberal. También puede darse lo inverso, es decir, que los trabajadores frente a la frustración de sus aspiraciones terminen controlando por la vía democrática los centros nacionales del poder a través de decisiones fundamentales en relación a la organización de la agenda de gobierno. Lo distintivo de estos casos es que el primero (el triunfo de los sectores más reaccionarios del régimen) se debe a los errores estratégicos y de conducción de las fuerzas populares que no están a la altura de las circunstancias que la historia les exige, mientras que en el segundo caso ese proceso se produce por la movilización y participación de los trabajadores que así logran hacerse- a través de la lucha- con los centros del poder de decisión para desde ahí cambiar la realidad. Precisamente por eso ya no basta con simples eslogan sino que el régimen político, a través de la inclusión, tiene que mostrar eficiencia, compromiso con los trabajadores y el bien común de lo contrario el futuro puede verse cercenado por años. En estos términos, la democracia tiene que demostrar que es la mejor forma de gobierno, mostrarse con capacidad de traer bienestar y mejor calidad de vida para todos de manera que ciertas consideraciones intempestivas, autoritarias y fascistas no tengan ningún margen para desarrollarse en el cuerpo social.

¿Cómo condenar a los trabajadores que, bajo la concepción reformista del ejercicio del poder, se sienten simplemente defraudados y decepcionados por la poca atención que los dirigentes políticos prestan a las necesidades de ellos mismos? ¿De qué sirve tanto revisionismo histórico y crítica sobre los errores cometidos si esto no deriva en la reivindicación del derecho a la vida y contra la lógica de la primacía de la propiedad en cualquiera de sus formas? El régimen reformista como fin continúa siendo una democracia muy formal y tutelada por los grandes centros del poder económico y militar, un régimen vigilado y autoritario que continuamente es puesto a prueba por los grupos de interés que controlan el poder desde sus posiciones de privilegios a expensas del sector público que tampoco en este caso es representativo de la voluntad y cultura popular. El drama de los regímenes que optan por este reformismo estéril y que es funcional a intereses corporativos expresados en los sectores de la derecha, es que están insertos en un drama artístico que solo profundiza las miles de contradicciones del neoliberalismo. Tenemos que ser claros con la cuestión de la eficiencia democrática de estos regímenes, en el sentido de incluir, defender, crear derechos y satisfacer necesidades de los trabajadores:

esos países que optan por el neoliberalismo siguen en ruinas y por lo mismo continúan en crisis que se expresa en la frustración de los más vulnerables socialmente hablando. Además, por razones estructurales que tienen directa relación con la clara ineficiencia de las medidas neoliberales, esas soluciones nunca son una realidad y así se perpetúan los grandes dramas de algunos pueblos que en otras circunstancias estuvieron en la lucha por intereses que entendieron no eran negociables.

La deuda y el financiamiento del desarrollo.

La magra situación política, económica y social de los países centrales derivada de períodos de crisis, por el solo hecho de ser países desarrollados, nos revela en gran medida la magnitud de los desequilibrios estructurales del sistema comercial global y de los problemas que así tienen que solucionar en cuanto son parte de un bloque con un importante rol y con el suficiente poder para definir hasta cierto punto las leyes que rigen el intercambio comercial entre países. Los desequilibrios que muestra el sistema comercial global ante las crisis tienen que ver en primer lugar con el hecho de que aunque siempre se invierten y se comprometen fabulosos recursos en salvar a la banca- no así a los trabajadores- al final nada logra evitar el colapso del sistema financiero global. Más bien las crisis son aplazadas sin solucionar los problemas que las generaron. De hecho, como el trabajador hasta hoy no ha podido convertir una crisis terminal en final, las medidas aplicadas en el transcurso de estas crisis no se traducen en políticas que generen una nueva matriz regulatoria que por lo menos intente, a través de medidas anticíclicas, evitar otras crisis. Nunca se solucionan del todo las consecuencias más urgentes y graves que dejan las crisis del régimen neoliberal como el desempleo, la pobreza o la exclusión. La gravedad de esta omisión radica justamente en que una crisis cualquiera refleja el descalabro del mundo financiero y especulativo bajo el auspicio de los términos neoliberales pero también refleja los desequilibrios en las principales economías del sistema comercial global. Del análisis de los desequilibrios e inconsistencias prácticas y teóricas de las economías de los países centrales se deduce que nuestro desarrollo como países dependientes hay que entenderlo dentro de la dinámica y fuerza que preside y centraliza el poder en el sistema comercial global. En segundo lugar, que nuestros países cuentan en lo fundamental con recursos propios, naturales y humanos, como la cultura, la fuerza de trabajo, materias primas y regímenes que conforman, todos ellos, una cultura y una identidad nacional prioritaria para formar por lo menos cierto grado de conciencia nacional y popular que a su vez depende del tipo de inserción que estemos dispuestos a construir en relación al lugar que nos corresponde dentro de la globalidad. De ese análisis tendríamos que debatir también sobre qué tipo de desarrollo buscamos, ese desarrollo que está limitado a la producción y exportación de materia prima con un régimen

semi industrial o si queremos una plataforma de desarrollo integrado con una industria pujante ligada a un aparato productivo moderno. La democracia, lo digo con mucha reiteración, implica otra toma de conciencia popular sobre el sentido y lugar que nuestros países tienen que ocupar en el sistema comercial global lo que también implica un fuerte desarrollo del aparato productivo en beneficio del bien común, del empleo, el uso racional de recursos naturales y sobre todo la generación de riquezas para el disfrute de la mayoría.

El fracaso de la comunidad europea en cuanto bloque de integración real entre países, sus continuas crisis y fiascos, nos colocan sobre aviso en cuanto a la vulnerabilidad política de un proceso de integración que insista en las políticas neoliberales, que no vaya acompañado de políticas que busquen cierta homogeneidad comercial, productiva y económica antes de lanzarse en la imposición de políticas neoliberales que solo resta soberanía a los países más pobres, miserables y comprometidos estructuralmente con los designios de los dioses dominantes. Bajo estos parámetros los países mantienen en cuanto regímenes políticos la autonomía y cierta soberanía sobre algunas de sus políticas fiscales pero, la adopción de políticas más profundas dirigidas por la lógica neoliberal, finalmente traslada a la esfera regional instrumentos centrales de economía y comercio que hacen a la soberanía nacional. Por ejemplo, la decisión sobre el tipo de cambio. El problema es que la decisión sobre el tipo de cambio es fundamental en el manejo de la productividad nacional, del desarrollo de un proyecto de país donde todos sus sectores se integren en una matriz de equilibrio. Es decir, los países que adhieren a una moneda común bajo la óptica de los dominantes lo que hacen es renunciar a un proyecto autónomo de equilibrio y de desarrollo nacional basado en los recursos propios. Entonces, para defender la soberanía nacional es necesario la integración y modernización del aparato productivo local incluyendo el sector de materias primas e industrial a través de vínculos regionales y una estructura productiva integrada que busque el pleno empleo de la fuerza de trabajo y el mejor aprovechamiento de nuestros recursos. La importancia de un cambio de equilibrio desarrollista milita en esa perspectiva y de ahí que es fundamental. Al respecto, una política macroeconómica significativa porque redunde en nuestra soberanía nacional es la resolución del tema de la deuda externa con los acreedores y la deuda social con los trabajadores a través de políticas que trabajen en favor del desendeudamiento y de la inclusión social a través de la generación de trabajo. El drama político, económico y social de la deuda fue de la mano de otro drama, el de la instauración de la dictadura cívico- militar previo golpe contra los trabajadores el '73, y que predominó con los gobiernos de la Concertación. Sin dudas, fue éste el peor período económico tanto para Chile como para el resto de nuestros países donde- no es casualidad- el neoliberalismo hizo de las suyas con toda la impunidad que lo caracteriza. El desenlace fue trágico en algunos países. Argentina con diecisiete tipos de monedas circulando al unísono en reemplazo del peso, el

trueque como alternativa en un régimen donde el mercado se vino de bruces, el corralito, el corralón y los bancos inoperantes, una cuasi guerra civil en Bolivia y otro tanto en Ecuador y Venezuela que fueron capaces de reaccionar a buen tiempo. El resultado del neoliberalismo se expresó en la marginación, en la exclusión social, en el quiebre del mercado productivo y del consumo agravándose los problemas de la inseguridad. El deterioro de esas variables sociales se expresó en el desempleo y la falta de expectativas. Muchas veces la misma Constitución fue violada para intentar reestablecer las estructuras del régimen político. En ese contexto crítico, la seguridad jurídica también se convirtió en una quimera como la propia posibilidad de controlar el peso de la deuda o la gobernabilidad macroeconómica.

Para solucionar el problema de la deuda y mejorar las circunstancias de crecimiento de nuestros países es importante favorecer la transformación de la matriz productiva nacional que ahora y a través de otros elementos del crecimiento y del desarrollo en términos humanista, aplicará nuevas políticas y medidas económicas más alejadas del credo neoliberal y más cercanas al bienestar de los trabajadores. En ese sentido, los gobiernos populares siempre buscan controlar las herramientas básicas de la política macroeconómica para plantear otro modelo de desarrollo, es decir, para plantear el presupuesto, el valor de la moneda a través del tipo de cambio y otra política en relación al pago internacional. El desarrollo del régimen nacional en lo político, popular en lo cultural y fuertemente soberano en el ámbito de lo económico, siempre trabaja en favor del trabajador porque la gestión de éste se basa en la propia movilización y participación de los trabajadores en la construcción de la agenda de gobierno. ¿Cómo éstos podrían actuar contra sus intereses en el largo plazo, como clase de trabajadores? En realidad, aunque en otras etapas históricas de hecho actuaron contra sí mismo- apoyando regimenes políticos reaccionarios- la conciencia que es necesaria para el surgir de los regimenes populares no hace muy posible esa vuelta a la reacción, a la peor época del control de los neoliberales. Esta nueva fortaleza de la economía, producto de las directrices del modelo popular y soberano, nos permite reformular otras propuestas en la resolución de la deuda que incluso permitió el pago de los compromisos con el Fondo. Entonces, el encuadre de la deuda bajo límites ahora manejables con recursos generados en la producción nacional permiten algunos cambios radicales en el encuadre macroeconómico para desde ahí recuperar no solo la industria nacional, el mejor aprovechamiento racional de recursos y el empleo, sino también la seguridad jurídica y leyes que en su momento fueron demolidas por el neoliberalismo. La solución de la cuestión de la deuda se debe entonces a los méritos del modelo productivo porque, en el transcurso de los tiempos inaugurados a partir de las crisis, los países más comprometidos con el cambio dejan atrás las restricciones externas a su desarrollo apoyándose en la generación de recursos productivos propios que permiten un equilibrio y superávit de la balanza de los pagos internacionales.

Además, el régimen popular e inclusivo deja atrás la restricción fiscal a partir del superávit de las finanzas públicas que nos permiten destinar recursos al consumo popular, inversión en infraestructura para mantener el empleo y la demanda agregada y hasta aplicar políticas inclusivas. Esta es la base sobre la que se sostendrá la soberanía en el ejercicio de la política económica.

Respecto a la legalidad o no de la deuda hoy mucho no importa. Creo que antes que abrir viejos debates en relación a la deuda, que nos hace correr el riesgo de desatender lo fundamental que es la movilización de los recursos nacionales para el desarrollo, hay que fortalecer la capacidad de decisión y soberanía en un contexto global neoliberal que siempre furtivo y agazapado está al acecho para hacerse con la vida del hombre. Es decir, solucionado en gran parte el tema de la deuda, la primera prioridad es retener y reciclar el ahorro interno en el proceso de producción convirtiendo a nuestros países en la base fundamental y en el lugar más rentable de inversión de esos recursos. Ahora que la deuda ya no condiciona de manera definitiva nuestro desarrollo y opciones de crecimiento es necesario priorizar esa agenda pública que nos permita plantear, definir e implementar políticas públicas que defiendan de la manera más racional posible el financiamiento del desarrollo. Es necesario militar en favor de las múltiples urgencias y necesidades de los trabajadores para que de una vez por todas podamos dormir en paz.⁶

⁶ La concepción política del desarrollo bajo los términos de los gobiernos populares es que las políticas de estímulo al consumo del trabajador y el aumento del gasto del sector público en ese sentido, junto con una demanda mucho mayor de productos exportados derivada de una globalidad que expande la necesidad de materias primas del tipo agroalimentarias, mineras y energéticas y un cambio de equilibrio desarrollista más o menos correcto, eran suficientes en la generación de los elementos necesarios para que los empresarios respondieran, responsable y socialmente, a través de las inversiones productivas. Desde esa perspectiva ya no era necesario ocuparse en incentivar de manera directa la expansión de la capacidad de producción de las pequeñas y medianas empresas porque ésta se acomoda más o menos de manera automática a los requerimientos y necesidades del mercado interno y global. Sin embargo, esto solo es cierto hasta antes que se desate una crisis porque como consecuencia de ésta los objetivos más inmediatos del gobierno no es el crecimiento de la economía sino amortiguar la recesión y los efectos de esa coyuntura crítica. La receta más fácil es atizar la demanda fomentando el consumo interno y una suba considerable pero momentánea del gasto público. El problema es que una vez superada la emergencia derivada de una crisis y ya recuperado el crecimiento del país a través de la recuperación de la demanda externa pero también de políticas públicas aplicadas por el gobierno en relación a la defensa del empleo y consumo, el nuevo dinamismo del mercado interno no está acompañado por un proceso de inversiones privadas tan vigoroso como en el período anterior a la crisis. Por eso hay que incentivar la inversión productiva a través del financiamiento a largo plazo como factor clave para el

Capítulo 4: Las crisis y sus resoluciones.

El neoliberalismo latinoamericano.

El problema del régimen neoliberal en Latinoamérica, del que algunos gobiernos se hacen eco y defensores hasta conducir a su propia caída, es que en el ámbito político y económico solo se permiten divergencias de opinión pero nunca diferencias de intereses. De esa forma, esos gobiernos coartan la libertad de opinión y expresión apostando, al igual que en otros países, por una democracia formal y timorata. La democracia es coartada simplemente porque dentro de este contexto los intereses no son, bajo ningún punto de vista, negociables. Es decir, no es posible colocar en duda estos intereses porque hacerlo significa limitar la lógica y las propias estructuras en que se sostiene el neoliberalismo. Entonces, no es casual que en esas circunstancias el régimen político para protegerse a sí mismo tenga que luchar contra las aspiraciones y expectativas democráticas y del bien común planteadas por los trabajadores desde múltiples instancias y a través de sus propias canales de representación política e intereses. No es posible hablar de intereses porque había que evitar bajo cualquier circunstancia el conflicto o la lucha de interés y de clase y solo es posible la moderación. Solo es posible hablar en términos de consenso y diálogo, de un solo interés relacionado con la formalidad de la democracia y del régimen y por lo mismo ese pluralismo político, que está totalmente falto de contenido porque se encuentra desligado de la justicia social y de los intereses de la mayoría, no es viable políticamente hablando. La herencia de los gobiernos neoliberales que son los que permiten una vez más el saqueo de los recursos del país y la fiesta para pocos, los de siempre, los grandes grupos económicos que encontramos en las sombras ejerciendo su presión sobre las instituciones democráticas, es tan nociva para el país que

crecimiento en varios sectores del sistema productivo nacional. El problema es que aún hoy el mercado de capital es bien pequeño y solo acceden en la práctica las corporaciones globales. Además, el sistema bancario continúa fondeado con recursos y depósitos a muy corto plazo que militan contra el financiamiento de las pequeñas y medianas empresas en el sentido de que las entidades financieras usan sus recursos para préstamos al consumo, con elevadas tasas de interés y riesgos más bajos en relación a los proyectos de inversión productiva mucho más riesgosos y menos redituables en el corto plazo.

De esta matriz financiera deriva la necesidad real de que el sector público se comprometa en un rol activo en el financiamiento de la inversión productiva a largo plazo. Las definiciones que hacen a las formas de la inversión pública para enfrentar los desafíos del crecimiento, ahorro, consumo y la producción nacional se postergó en el tiempo porque el ímpetu de la demanda agregada alcanza para impulsar el proceso de acumulación.

la crisis neoliberal mientras dura viola constantemente la misma Constitución para lograr una mínima gobernabilidad. En fin, se trata en este contexto de devolver la gobernabilidad a un país que la pierde por la lógica del régimen y así la violación de esas normas es necesaria para volver a ciertos parámetros de normalidad política. En otras palabras, el neoliberalismo solo es funcional en momentos de auge, de las vacas gordas y abundancia y muestra toda su impotencia frente a las crisis. En última instancia, el neoliberalismo más o menos extremo, como el que se aplicó en Latinoamérica en la década de los '90, ni siquiera en la práctica es capaz de resguardar la democracia formal porque incluso los intereses de esa democracia en ningún caso pueden estar sobre los intereses del capital. Los hechos así lo demostraron.

Es ésa precisamente la principal lección que nos entrega la experiencia latinoamericana. La democracia formal cuando no es capaz de rebasar los límites de ese formalismo, cuando no es capaz de derivar hacia radicalismo y se queda, entonces, más temprano que tarde se incuba una crisis que termina afectando la lógica de la acumulación privada del capital desde la perspectiva neoliberal. Esto no es novedad porque hace mucho que los latinoamericanos vivimos de crisis en crisis mientras los dominantes, a través de los muertos, desaparecidos, violados y torturados, intentan coartar constantemente los derechos del trabajador. La novedad de la crisis es que nos demuestra que el neoliberalismo es tan ineficiente, es tan profundamente irreal y fuera de sí, de sentido, es tan utópico y plétórico de fábulas que tampoco es capaz de sostener, en las situaciones extremas, esa misma democracia formal, es decir, un régimen político que apenas se queda en pretensiones. El neoliberalismo, surgido al calor de la represión de la dictadura en Latinoamérica, es contrario al reformismo del anterior régimen, el de bienestar o desarrollismo, porque no reivindica bajo ninguna circunstancia esa democracia social, de igualdad de oportunidades, de puja distributiva y de intereses entre la fuerza de trabajo y el capital que fue característico hasta la imposición del neoliberalismo. El desarrollismo colapsó en Latinoamérica en general pero nunca implicó una crisis social, política y económica de la envergadura de las padecidas bajo el neoliberalismo. El régimen de bienestar colapsa en cuanto fue un reformismo como fin que no pudo derivar en el radicalismo político. Entonces, ante la imposibilidad del radicalismo político, se impone la represión y la reacción a través de dictaduras de seguridad nacional que hacen el trabajo más sucio que requería el neoliberalismo para consolidarse en nuestros países. En ese momento, en que entra en crisis el régimen de bienestar, los problemas, las disyuntivas y antinomias del régimen eran claramente estructurales y por eso es necesario el cambio en sentido popular o reaccionario. La lucha de clases es quien define la alternativa. Evitar la democracia pura y formal era la tarea de esas y estas generaciones para encauzar el desarrollo del conflicto en beneficio de los trabajadores.

Se supone que teóricamente el poder tiene que ser capaz de generar consensos (en beneficio de la primacía de los intereses de los trabajadores y solo en ese sentido) frente a los grandes problemas, soluciones y resoluciones que es capaz de planear el régimen. En cambio, bajo el neoliberalismo el poder es usado como instrumento macabro y peligroso, demoníaco y pérfido de neutralización de los otros que son definidos en base a la teoría de los amigos y enemigos, es decir, de todos los que cuestionan la primacía del derecho a la propiedad. Todos nuestros países a través del régimen político desde siempre exploramos el tema de la legitimidad del poder, del ejercicio de ese poder a través de las maneras de conciliación de los conflictos de intereses, de unos y otros, que favoreciera la gobernabilidad democrática en el sentido de legitimidad y de evitar la disgregación del cuerpo social que va contra todo intento de formar una comunidad más o menos democrática. Desde la lucha de los trabajadores por sus derechos más elementales pasando por la profundización del cambio durante la Unidad Popular, que trazó un arco de incorporación social fenomenal, los trabajadores chilenos lucharon, década tras décadas, por derechos y reivindicaciones que les corresponden como mayoría. Desde el tiempo de la emancipación de la metrópoli española este proceso tuvo sus avances y retrocesos pero es importante entender que solo bajo la óptica del neoliberalismo podemos hablar de reivindicaciones de los trabajadores porque precisamente ese régimen político fue quien cercenó los derechos de los trabajadores que eran preexistentes al régimen neoliberal. En otras palabras, antes del neoliberalismo, cuando el régimen luchaba por crear derechos e incluir a los trabajadores en los beneficios de la producción de bienes nacionales, podíamos hablar de vindicaciones porque se luchaba por la incorporación de derechos que antes no existían, derechos que los trabajadores antes nunca habían tenido. Por ejemplo, se creó el derecho a la sindicalización, vacaciones pagas o el derecho a la jubilación, mientras que en la etapa neoliberal se habla de reivindicaciones porque se busca recuperar todos esos derechos perdidos. En ese sentido, una política de derecha es la que excluye porque sus intereses son elitistas, es decir, solo defienden los derechos de minorías sobre el interés de la mayoría mientras que las políticas de la izquierda incluyen y crean derechos. Por ejemplo, la ley del matrimonio gay es inclusiva porque incorpora a la legislación a personas que por su orientación sexual estaban excluidos del matrimonio legal y por eso del derecho a pensiones por viudez o derechos de herencia, etc. Esta es una ley de izquierda porque incluye al igual que la ley que busca desmonopolizar la información porque crea nuevas voces en el espectro de las comunicaciones.

La tarea de los sectores de la izquierda es la creación de derechos para la inclusión social. Así, no es posible que nuevamente dejemos que la idea del poder sea despolitizada como si no tuviera nada que ver con la lucha por intereses de clases. La dictadura de Pinochet en ese sentido destruye y logra cambiar muchas cosas. Ahí es donde los trabajadores hablan de luchas de

reivindicación porque se trata de recuperar derechos perdidos. La dictadura de seguridad nacional además de dar el puntapié inicial en relación a las reformas neoliberales contiene una tremenda diferencia con los regímenes anteriores que es el tema de la deuda externa a través de la cual los militares condicionaron el desarrollo nacional por muchos años. En esa época Chile es incorporado a las condiciones del Estado capitalista global. En consecuencia, el neoliberalismo domina ya sin discusiones a partir de esa época donde se produce vía privatización de empresas públicas una gran enajenación de los activos de los trabajadores chilenos, construido por décadas con el esfuerzo de todos, que se acompañó con otras medidas de reformas estructurales que implicaron en el país la imposición de otro modelo productivo, otra lógica económica y valores que acompañarán esos cambios. Son esas circunstancias de refundación del régimen político, ahora neoliberal, el verdadero causante de las crisis de gobernabilidad que siempre terminan por estallar en perjuicio de los trabajadores. La crisis de gobernabilidad es producto de un proceso de grandes transformaciones que van contra los intereses del trabajador con motivo de otra orientación económica, del dominio de otra racionalidad que reivindica lo financiero y que a su vez denosta la producción nacional en beneficio de nuestra inserción subordinada en esa nueva globalidad definida a partir del neoliberalismo. Desde esta perspectiva es necesario que cada uno asuma como trabajador la responsabilidad colectiva que le compete en las crisis producida por el régimen neoliberal que, con sus políticas públicas altamente reaccionarias y autoritarias, centralizan y concentran el poder, la riqueza y la propiedad en pequeños feudos y espacios de decisión, es decir, en un staff de especialistas, tecnócratas y managers que responden siempre a los intereses de sus patrones quienes definitivamente defienden y reivindican a su vez los intereses de las transnacionales que no por eso dejan de tener también intereses en nuestros países.

Las consecuencias de la crisis en la estructura política.

Si la democracia no cumple con sus expectativas frente a los intereses y necesidades de los trabajadores este proceso, ante la ausencia de un arte de poder posible, puede derivar en un retroceso de las fuerzas democráticas a nivel de la toma de decisiones al interior de los regímenes políticos. Es decir, cuando el régimen se muestra impotente en la solución de los problemas del trabajador con un auténtico sentido de justicia e igualdad de oportunidades, entonces, los perjudicados son los trabajadores pero- al mismo tiempo y en la misma proporción- se perjudica la autoridad de la dirigencia política que dice gobernar democráticamente. Es lo que pasa con el gobierno neoliberal en general y así la primera crítica que tendríamos que hacerle es que siempre hay improvisación e incapacidad gobernante para desarrollar ciertas políticas en beneficio del trabajador. De hecho, el desempleo endémico asola todas las

estructuras sociales y los que menos resisten terminan aceptando contratos de trabajo cercanos a la esclavitud vía flexibilización laboral. Este nuevo drama ciudadano que se configura, el de las interminables colas en búsqueda de un empleo, en los rostros curtidos y melancólicos de los que aún trabajando son flexibilizados, reflejan sin más el fracaso del neoliberalismo en el ámbito económico pero también en lo político por la improvisación inherente de una clase dirigente que no tiene capacidad de conducir un proceso de cambios en beneficio de los trabajadores. Este tipo de nuevo folclore ciudadano, el de los desempleados y excluidos de los beneficios sociales, desmiente el andamiaje institucional, político, normativo y legal de los milagrosos de turno porque la situación se deteriora de forma irreversible. Los ajustes serán hechos contra los trabajadores, contra el sector productivo, contra las pequeñas y medianas empresas nacionales, contra el salario real, el consumo, la salud y educación de modo que el desempleo nos muestra como éste juega un rol de disciplina fundamental en relación a las expectativas de esos que todavía conservaban su fuente laboral. El deterioro de los salarios y el desempleo como disciplina social juega un rol determinante en la transferencia de los ingresos desde los sectores más pobres a los poderosos y exclusivos. El deterioro del salario es central para entender la injusticia, la pésima distribución de la riqueza y la notable expansión económica con la que son favorecidos una vez más los principales grupos económicos, locales y foráneos, bajo el dominio de los neoliberales. El neoliberalismo es una gran dictadura civil al servicio de los mercados financieros defensores de la especulación y las rentas y contra los intereses de la producción nacional, del ahorro y del consumo interno. En lo político, este régimen se convirtió en una especie de democracia muy formal, delegativa y reaccionaria que tuvo que hacerse con las mejores armas de la represión para defenderse del descontento. De ahí, el autoritarismo de este régimen. Por lo mismo, no es exagerado plantearlo en términos de dictadura civil o de monarquía porque en ambos casos se pretendió absolutista, es decir, una vez que se agota el mecanismo reaccionario del golpe de Estado (que hizo uso de las fuerzas armadas para instaurar proyectos políticos que de otra manera no podrían acceder al poder) el mercado neoliberal usa sus recursos de poder para disciplinar a los trabajadores a través de golpes de mercados, los sube y bajas de la bolsa, los prefabricados índices del riesgo país, las inversiones y las fugas de capitales que entre otras tantas medidas son algunos de los métodos que los mercados tienen a su entera disposición para intervenir, en propio provecho, en el debate de la agenda pública del gobierno. Así pasó con el neoliberalismo en países como Argentina, Brasil, Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador, Perú o Venezuela.

La dictadura civil, es decir, la concentración del poder en manos de los actores defensores del mercado neoliberal, a través de su poder financiero y productivo y bajo el ropaje de la entelequia denominada *mercado*, volvieron a mostrar que en esa Latinoamericana de fines del siglo XX eran los mismos

mercados y su automatismo quien controló los hilos del poder que tomaban las decisiones que de una u otra manera nos afectaron a todos. Y en tanto son esos mercados los que manejan y controlan el poder también tienen su propia concepción de lo que es el régimen político, es decir, un aparato institucional circundado por organizaciones, movimientos y grupos de intereses populares y de los patrones en exclusivo beneficio de los teoremas del automatismo del mercado. Pero, en perjuicio de ellos, las mismas voces que en sus gobiernos se alborotan por las presuntas intenciones desestabilizadoras de los sectores populares o por presuntas intenciones de desestabilización de los reclamos sociales expresados en el fuerte descontento y movilización, guardan silencio ante las intenciones de construir una región donde dos tercios de la población estarían ausentes. A esa altura, los funcionarios neoliberales tendrían que saber que la estabilidad y gobernabilidad política- democrática se desmorona cuando se acentúan las desigualdades sociales a través de una regresión en la distribución de la riqueza o, en otras palabras, la polarización social se acentúa como consecuencia de la extrema pobreza y extrema riqueza. Desde ese momento, los mercados ya son dueños absolutos de la situación política de una monarquía que no puede construir nada nuevo. Los neoliberales ahora medios locos y desenfrenados, hinchados de insolente orgullo y trastornados como ese genio que ya no tiene control sobre sí mismo, saben perfectamente a que situación se encamina un régimen neoliberal y aún así insisten en la prédica neoliberal. Saben que en esa situación extrema, a la que nos conduce la impericia neoliberal con su equipo de tecnócratas, ni el gobierno ni las empresas aguantan por mucho tiempo sin caer en la quiebra.

En ese contexto, la reacción lógica de la mal llamada centro izquierda, de ese reformismo típico de los sectores medios que nada resuelve porque nunca es el momento, nunca están dadas las condiciones, la única reacción de ellos es prepararse para las elecciones como si en verdad alguna vez, bajo el formalismo neoliberal, ellas pudiesen tener alguna incidencia para cambiar la realidad. El principio de autoridad así se encuentra en un gran peligro pero no por las movilizaciones del trabajador sino por la avidez, nunca saciada, de los escasos beneficiarios de las permanentes concesiones a las demandas de los neoliberales. Por su parte, el neoliberalismo- ese régimen político que está truncado, sobornable y garante de los intereses de los dominantes- nos demuestra lo increíble de la tragicomedia de creer que una clase dirigente neoconservadora, del ala más derechista de la política, es capaz de dirigir un gobierno que se pretende progresista. Mientras tanto, los trabajadores tienen toda la razón al protestar aún sabiendo que no encontrarán en ese modelo las soluciones a sus problemas y dramas cotidianos porque el continuo deterioro de las formas y variables que indican y hablan sobre la grave situación social, justifica cada huelga que el gobierno tiene que afrontar. ¿A quién no le afecta la regresión en la distribución del ingreso, el desempleo, la situación de los jubilados, la crisis de la industria, de las pequeñas y medianas empresas y la

pérdida de esperanza en un futuro más promisorio? Preguntemos qué pasó con el neoliberalismo y saquemos nuestras conclusiones porque un pueblo sin memoria es un pueblo que se condena a repetir sus errores. En realidad, lo que pasó con el neoliberalismo en Latinoamérica es el gran fracaso de éste, de sus paradigmas e incluso del Estado capitalista. Primero fracasó el socialismo real y hoy lo hace el Estado capitalista. Lo que fracasó son estos regímenes políticos y Estados nacionales que basan su lógica y razón en la absoluta primacía del derecho a la propiedad. Fracasó el Estado capitalista como forma de satisfacción de las necesidades de cada cual y resolución de los problemas inherentes a cualquier régimen político. Fracasó el capitalismo como forma de producción y acumulación, como forma de vida y acceso a los bienes por todos producidos. El capitalismo en su versión neoliberal se mostró por fin en toda su crudeza, sin caretas ni máscaras, sin falsas teorías o conceptos engañosos, se muestra con toda su crueldad y ésta se manifiesta de manera cotidiana por todo el tejido social. Por lo mismo, nuestra región, de la mano y lucha de los trabajadores, termina pariendo regímenes populares en sus fundamentos. Por eso, esos gobiernos defienden el trabajo, la producción nacional, la integración, la soberanía en todas sus facetas y la independencia del pueblo.

El neoliberalismo por fin se muestra como lo que es, es decir, como la sociedad del odio y del rencor, de la exclusión, marginación y los ajustes. Un régimen que desde ahora carga sobre sus cabezas la responsabilidad de haber hecho a nuestros países mucho más injustos, empobrecidos, dependientes y elitistas. Pero, no hay autocrítica y pretenden continuar mostrándose como los amos, los esclavistas y señores feudales, los reyes y aristócratas que se están a la vanguardia del crecimiento económico mientras nosotros tenemos que sostener el régimen político para que ellos puedan seguir gozando de sus granjerías. La gran tarea para Latinoamérica en general es poder profundizar la democracia en sus aspectos humanistas porque este régimen político es el único que está capacitado, en las actuales condiciones, para defender y para realizar los logros y conquistas necesarias que nos conduzcan a la inclusión. Los derechos, cualquiera que sean éstos, no se conquistan por la vía de la indignación o del grito sin sentido porque en el fondo estas son acciones y posiciones pasivas porque consideran que los que tienen que darnos esos derechos es un poder superior. Nada está más alejado de la realidad porque ese poder superior hoy en muchos de nuestros países son las corporaciones, todos esos que ocupan lugares de privilegio y poder al interior del régimen a expensas de los derechos y la cultura popular. Es necesario y justo decir que la realidad siempre es una lucha de intereses, una lucha por la primacía y el poder por aplicar políticas públicas que defiendan y reivindiquen ciertos derechos y no otros. Esto no es criticable pero lo condenable es creer que la realidad tiene que ordenarse de ésta y no otra forma por el simple hecho de que nos gustaría que así fuera. Queda mucho por hacer y el pleno empleo,

que creo perfectamente racional y posible con la aplicación de las políticas adecuadas, todavía es un simple deseo. Trabajar a favor de ese pleno empleo implica la movilización de nuestros recursos, implica la participación de las organizaciones representativas de los trabajadores y en ese sentido y nuevo contexto de lucha tenemos una gran responsabilidad por delante.

La exclusión como opción política.

La meta final de los dominantes es el neoliberalismo por lo menos en esta etapa de la historia de la lucha de clases. Después vendrán otras épocas y formas de dominación pero también de lucha, emancipación y libertad. La meta así es el régimen político que en realidad no es, es decir, el régimen falso, vigilado, mínimo y tutelado, ese Estado que sustenta al neoliberalismo. Y es que el neoliberalismo hace muy bien sus deberes por lo menos en los países mucho más dependientes de los centros globales del poder. Así, el golpe de Estado del '73 no fue sólo para disciplinar a la militancia política, a la clase obrera y trabajadores en general, sino que también fue un golpe para disciplinar las fracciones del capital. Ya anteriormente se había agudizado la crisis entre los sectores dominantes tradicionales, o sea, entre la burguesía ligada a las materias primas y la burguesía industrial con una fuerte presencia de un tercer componente que es el capital financiero mucho más concentrado. En esos años, donde se necesitaba reformular el modelo de acumulación del capital vigente por la crisis que atraviesa el Estado capitalista a nivel global, existían fuertes disensos entre esas tres fracciones de la clase dominante que controlaban el régimen. Es precisamente el neoliberalismo de la mano de la dictadura la que unifica esos grupos en pugna. Bajo las condiciones políticas y sociales, económicas y culturales, la herencia de la dictadura en Chile fue dejar un país devastado y atado al capital financiero con un régimen político convirtió la deuda privada en pública, salarios reales que perdieron más del 50% de su valor y el desmantelamiento del sector público entre otras tantas consecuencias.⁷

Cuando en Latinoamérica el neoliberalismo políticamente no da para más los trabajadores- ya estupefactos e incrédulos- en algunas oportunidades no fueron capaces de reaccionar cuando el régimen en su delirio fue incluso por la educación y la salud pública. En ese caso concreto, los trabajadores de esos países debieron pagar muy caro en esa época determinante la falta de un

⁷ Los mentores ideológicos del neoliberalismo local, que siempre actúan bajo las sombras, nunca rindieron cuentas ante la justicia por la responsabilidad política, social y económica que les compete en la imposición de las dictaduras de seguridad nacional latinoamericanas. Sin embargo, el legado que dejaron, que es tan sanguinario como el de los militares y su responsabilidad en la represión, todavía permanece impune traduciéndose en un legado de pobreza estructural, de desocupación y deuda.

proyecto político alternativo a las directrices neoliberales. Hoy como ayer, la construcción y definitiva consolidación del régimen popular y soberano pasa por construir, desde el humanismo, la unidad del movimiento popular para desde ahí dar las batallas necesarias para hacer del país una realidad donde la puja distributiva milite a favor de los necesitados. Hay que acabar de una vez por todas con ese reformismo bastante estéril que solo busca adaptarse con sus ideas a las nuevas formas y exigencias del mercado y que en ningún caso plantea cuestionar estructuralmente el funcionamiento del régimen neoliberal expresado en el automatismo del mercado y del trabajo. Solo así se entiende como en determinado momento histórico muchas agrupaciones y partidos de izquierda, los trotskistas inclusive, militaron contra el proyecto nacional, popular y soberano. De hecho, en la mayor parte de las veces le hicieron el juego a la derecha con el espurio poder que por una vez supieron conseguir en el Congreso. Y como no tienen esos sectores un real proyecto alternativo, como no tienen otra economía que supere la lógica de los mercados, de la libertad de éstos, entonces, creen que todo lo relativo al ámbito social es populismo y asistencialismo relacionado con épocas que ya no volverán. En eso percibo el terror a ser catalogados de utopistas, el horror de perder las migajas del poder que el neoliberalismo tolera para ellos y, en fin, el terror de no estar a la altura de las circunstancias y así trabajar contra el movimiento popular y sus reivindicaciones exigiendo, eso sí, deslumbrantes maravillas a partir de una posición política de intelectuales orgánicos. Esto, antes que una estrategia real de poder me parece más bien conformismo y sumisión, cobardía e inoperancia política e ideológica. Ellos no son capaces de estar a la altura de las circunstancias al no poder construir poder en favor de los trabajadores, de las mayorías nacionales. Hoy como ayer nos hablan de seguridad jurídica, de autoritarismo, asistencialismo y populismo. De hecho, en plena época neoliberal se habló mucho de la seguridad jurídica de las empresas, figura que estuvo presente en todas las demandas de las grandes corporaciones, lo que esconde el anhelo que ningún cambio político a favor de los trabajadores y sus intereses alterase las férreas reglas del juego de la economía. Sin embargo, esa seguridad jurídica, en los hechos, nunca existió para los trabajadores simplemente porque no hay igualdad ante la ley. Y si la máxima autoridad del gobierno reniega de sus responsabilidades o se desvía de sus deberes de funcionario público está rebajando la calidad institucional del régimen. En ese sentido, el poder político e institucional del régimen podrá actuar o no sobre las causas de este y otros conflictos pero tarde o temprano deberá enfrentar las consecuencias de sus conductas y omisiones. Los neoliberales y sus lacayos todavía no pagan con creces este error. El gobierno en manos de los neoliberales tienen una infinidad de problemas y dificultades pero tampoco son consecuentes cuando se trata de construir un gobierno al persistir en negar la inherente dignidad de los trabajadores.

Este cuadro sombrío termina por completarse con el hecho de perderse toda alternancia y alternativa posible en el oficialismo o en la oposición que consiga arraigarse en el sentimiento y cultura popular como opción frente al neoliberalismo. Entonces, la calidad institucional del régimen no mejora con el neoliberalismo y por el contrario éste exacerba todos los dramas colectivos porque en realidad el régimen en las manos de los grupos de interés más conservadores no cuentan con ninguna iniciativa concreta para buscar sanear las estructuras de este poder. De hecho, los gobiernos al servicio exclusivo del banquete dominante hacen todo lo posible para convertir esas estructuras en una monarquía absoluta donde la corona reposa sobre la cabeza de los grupos de poder dominantes. De lo anterior se desprende que el siempre deficiente funcionamiento del régimen en esa Latinoamérica neoliberal de fines del siglo XX, sumado a los altos índices de corrupción y cesantía, no es una cuestión de simple política, de ética y de moralidad de la clase política y dirigente sino que se refiere a la capacidad del régimen político para actuar con autonomía y libertad, con cierta capacidad de gestión y soberanía frente a los intereses económicos de las corporaciones nacionales y globales. Por eso, una reforma del régimen político no puede obviar y ser traducido en un problema de costos financieros de las campañas políticas, que no es un tema menor, o sobre los sueldos de los dirigentes de cualquier nivel porque el modelo neoliberal tiene cuestiones bastante graves por resolver en el ámbito de su funcionamiento y capacidad institucional. Los gobiernos neoliberales provocan un aumento endémico y constante de la pobreza, el resentimiento, la delincuencia y el oprobio en todos los sentidos donde cada uno de esos oprobios son alabados y sostenidos por la democracia formal y virtual, la democracia protegida, esa que es formalista y truncada en sus aspiraciones. Esos oprobios, hay que decirlo, fueron abalados también por la educación, los libros, las leyes, las normas y nuestros votos. Se nos dijo que no había otra salida y terminamos despreciando nuestras vidas. Despreciamos todo: la dignidad, el trabajo, la producción, la autoestima y la educación de nuestros hijos. El problema es que cuando esos valores se pierden, cuando la vida es un simple oprobio y gran incomodidad entonces todas las reivindicaciones a favor de la vida del hombre se vuelven insuficientes. Al contrario, es el humanismo quien se articula con la dignidad de los trabajadores mientras la razón neoliberal no puede hablarnos de la dignidad porque este término le es ajeno. No se discute y no se le nombra porque bajo estas circunstancias no tiene mucho sentido. Es de irracionales hablar de dignidad, es de idealistas levantarla como bandera de las reformas o de un proyecto político porque en verdad la dignidad es peligrosa. Es subversiva porque en ella se condensan muchos derechos humanos. En la dignidad se condensan las aspiraciones, las necesidades y los valores más inmediatos, los derechos más urgentes y las conquistas vitales.

El problema de las políticas neoliberales sobre un programa y proyecto de desarrollo soberano y nacional, de crecimiento del mercado interno, del consumo y del necesario crédito para las pequeñas y medianas empresas, de la inversión y ahorro basados en los recursos nacionales, es que la expansión de las importaciones sobre las exportaciones (consecuencia primera del tipo de cambio sobrevaluado de la moneda nacional) genera desequilibrios y déficits de la balanza de pagos internacionales que no es capaz de facilitar al país las divisas necesarias para sostener el gasto e inversión de la economía. A partir de entonces, el país depende del ingreso de divisas y de los capitales externos, es decir, se hace eco del paradigma de los neoliberales para los cuales el desarrollo descansa sobre los capitales y el ahorro externo y no en la movilización de nuestros propios recursos nacionales. Sin embargo, como los capitales venidos desde el exterior son claramente insuficientes, las reglas del tipo de cambio disparan automáticamente un mecanismo de ajuste con serias consecuencias recesivas que no hace más que exacerbar la crisis sobre el empleo, la pobreza y las posibilidades del desarrollo nacional. Ante este contexto de fondos y capitales insuficientes venidos desde el exterior por una cuestión de crisis del régimen, es decir, frente a la disminución del ingreso de capitales, el país es conducido, más temprano que tarde, a una contracción de los medios de pago y del crédito interno, elevando la tasa de interés que nos induce a la recuperación del equilibrio en un nivel de actividad ahora más bajo, es decir, mucho más excluyente. La restitución del equilibrio externo en esas condiciones aumenta el nivel de desempleo y compromete gravemente el cumplimiento de la restricción fiscal por la caída producida en relación al nivel de ingresos tributarios. En otras palabras, una eventual crisis bancaria, como la realidad nos mostró muchas veces, provocada por un cambio de expectativas de los inversores o por la insolvencia de los prestatarios, es un factor gravísimo y de riesgo adicional no solo para al sustentabilidad del sistema sino también del país. Por eso, llega un momento en que los países víctimas del neoliberalismo se debaten en un marasmo político, económico y social inaudito para la historia de nuestra región. Así tenemos confiscación de depósitos y ahorro, una dirigencia política insensible a los dramas reales del trabajador y corrupción e incapacidad endémica y brutal para entender la gravedad de los hechos que se viven. Por el grado de descomposición del neoliberalismo, los monarcas finalmente son desplazados por la indignación de la mayoría. Primero derribaron el régimen neoliberal y una vez alcanzada cierta estabilidad con un mínimo de equilibrio político, los trabajadores, entre sentimientos de incredulidad y desorientados se preguntan qué hacer, cuáles eran las causas de semejante desenlace crítico. Las causas tenían que ver con las consecuencias de las políticas de libertad de los mercados que cumplió su designio y su final. Al mismo tiempo, el panorama económico se caracteriza por un manejo de la cosa pública, de la agenda de gobierno impregnada de graves desprolijamientos, errores y horrores, de luchas, pujas personales y el

manoseo electoral para acomodar las circunstancias a favor de una visión miope de la realidad. En suma, políticas de desregulación, privatizaciones y libertad de los mercados, la supremacía de la timba y la especulación sobre la producción (...) son solo variantes de una fuerte subordinación política y económica de los deudores, los trabajadores latinoamericanos, frente a los acreedores, o sea, los grupos de interés que responden a las transnacionales.

Los graves sucesos y trastornos vividos en los países con regímenes neoliberales son consecuencia de la implementación de ese mismo régimen político que en sí contiene grandes deficiencias. La primera de ellas es la amplia exclusión y marginación de los trabajadores como opción del régimen neoliberal para defender y acrecentar, sin límites, la tasa media de ganancias del capital. El agravamiento de las crisis lleva al trabajador a un increíble estado de indefensión, marginación y angustia ante los cuales, tanto el sector público como los grupos dominantes, no pueden permanecer indiferentes a pesar de que insistan en ello. El sector público tiene la obligación política y moral de buscar otras salidas a todos los conflictos planteados socialmente porque es intolerable que se prolonguen en el tiempo.

Las alternativas de la democracia.

El Fondo Monetario Internacional como representante primero de los organismos globales de crédito, como representante de la especulación y de la economía financiera que reivindica el automatismo del mercado que es, en fin, el responsable directo de las continuas y constantes crisis a nivel del sistema comercial globalizado en los términos, intereses y directrices de los neoliberales, junto con la dictadura cívico-militar, esas que siempre fueron de seguridad nacional y que tanto error y horror político trajeron a nuestra Latinoamérica y los años '80- '90 con la imposición de políticas de apertura, desregulación y privatizaciones que también hicieron de las suyas, en la coyuntura política de cambios en el sentido de las democracias de inclusión y de gobiernos tanto nacionales como populares y soberanos, incluso el Fondo tuvo que ceder centralidad ante un actor más concreto: las corporaciones. De ahora en más, son las grandes corporaciones quienes, en el diario trajinar que busca defender sus propios intereses, se convierten en actores centrales como sujetos opositores a los cambios auspiciados desde el sector público y los diversos sujetos políticos que representan los intereses de los trabajadores. En esas otras circunstancias, también los medios masivos de comunicación y de información, en la medida en que son controlados por esas corporaciones, son un terreno que se torna central en la batalla por imponer la hegemonía propia. Entonces, lo que vemos ahí, la característica primera del proceso de lucha es precisamente el surgir de una fuerte confrontación entre el poder de esas corporaciones y el poder que generan los sectores populares. Realmente todo esto, el hecho de que se produzca esa confrontación entre intereses que

en la práctica son opuestos, que además en el fondo son irreconciliables, no es novedad porque quien se compromete en un proceso de transformaciones, cuando son estructurales, debe producir, quieralo o no, ciertas polarizaciones que no son menores ni superfluas. De hecho, en determinado momento, en la medida en que el proceso avance en favor de la igualdad y en la distribución de las riquezas, todos los actores y sujetos y actores políticos involucrados, como representantes de ciertos sectores, de algunos grupos de interés y clases sociales, se juegan el todo por el todo. Los sectores que se beneficiaban de la situación anterior no pueden dejar el poder de manera voluntaria. Nunca pasó de esa manera en la historia del hombre. Todos y cada uno de los grupos de poder luchan, hasta el fin, en defensa de sus modos de vida. Es que están en juego intereses, formas de pensar, una lógica, cierta cultura y determinadas formas de vida que definen la pertenencia social de cada uno. Entonces, así como existe un discurso libertario, del humanismo excelso, existe también un discurso de lo político que es formal, abstracto e institucionalista. Esa forma de vivir la democracia, formalista, abstracta e institucionalista, frente a los cambios en favor de la justicia social y de la concreción de los derechos y garantías constitucionales, solo le queda insistir en la defensa del momento institucional porque es ese momento la base del estatus. El problema para esos grupos, directamente ligados a la ley y al orden de los neoliberales, es que ignoran que las instituciones no son ni pueden ser entidades neutrales. Por el contrario, las instituciones políticas, que son parte de las estructuras y bases del régimen, en cuanto tales son la cristalización de una relación de fuerza. Dicho de otro modo: defender de manera pura el sistema institucional es cerrarse a toda perspectiva de cambio y por ello insisten en la ley, en el orden y el estatus. En realidad, el cambio no tiene porque darse en contra de las instituciones pero todo proceso de transformaciones altera necesariamente el equilibrio político e institucional porque altera la lógica, las verdades, las definiciones y actuaciones del régimen. Por eso, si bien es importante la continuidad de ciertas instituciones, en el sentido de militar a favor de la previsibilidad de los conceptos de la democracia, lo primero es ser capaces de combinar la continuidad institucional con el proceso de transformación de las instituciones en favor de una gestión democrática del régimen político.

En relación al proceso de polarización al que me refiero, lo importante es que éste se efectúe ganando el consenso de otros sectores populares. En concreto, para que los sectores democráticos y populares logren primar por sobre los más reaccionarios, por sobre la clase de los patrones, tienen que consensuar con los estén dispuestos a luchar por el bien de la mayoría más allá de las condiciones sociales de cada cual. Hasta hoy, en los diversos países latinoamericanos que se jugaron por los intereses de los trabajadores, por primera vez en la historia, este proceso no se da en forma autoritaria y por eso los gobiernos populares consiguieron un grado bastante importante de consenso donde si bien, como ya dije, los conflictos son inevitables, el

momento del consenso y diálogo que se vive es mayor que en cualquier otra etapa de la historia latinoamericana. Este nuevo proceso de consenso se basa en una especie de auto conciencia de los trabajadores. Si bien es cierto que no es nada común que un movimiento popular tenga el acompañamiento de los intelectuales estamos en presencia de una revolución cultural que se basa ni más ni menos en la toma de conciencia de las mayorías. Y quien tiene conciencia histórica de lo que le está pasando puede orientarse y orientar esa realidad a partir de sus propias acciones y militancia. Conocer cuales son las alternativas políticas frente a las diversas encrucijadas históricas, conocer las fuerzas sociales en pugna por el control del régimen y conocer la lógica de funcionamiento del mismo, hace la gran diferencia porque nos evita vivir las crisis como meras coyunturas cuando la mayor parte de las veces esas crisis tienen directa relación con las formas y las políticas del Estado capitalista que se expresa a través de su correspondiente régimen. Ese conocimiento de la realidad, esa auto conciencia y esa nueva cultura en términos populares, que defiende el bien común, no es tarea para nada fácil porque difícilmente encontraremos un concepto más amplio y vago, que se use de tan distintas maneras, como el de *democracia*. En verdad, este concepto es usado tanto como sustantivo y como adjetivo, lo usamos para hablar de una persona, para decir si es o no democrática, y también al referirnos a una institución. En el ámbito de la política se usa para reivindicar los derechos humanos como también para defender el terrorismo de Estado, se usa para profundizar en la igualdad de oportunidades pero también como excusa para invadir países y apropiarse de sus recursos. Lo usan los sectores dominantes para proteger sus intereses incluso a partir de formas de acción que se pretenden progresistas. El caso más emblemático al respecto es el reformismo político como final que en los países desarrollados, una vez que logran evitar el radicalismo político, se expresa en la socialdemocracia y en el llamado socialismo. Tanto es así que éste- siempre bajo la forma socialdemócrata- nos plantea como eje rector de su impronta política- ideológica que la decadencia del capitalismo es altamente improbable porque el mismo tiene las armas de defensa que le permitirían autorregularse ante la llegada de cualquier crisis. Por supuesto que ellos no ven las crisis como consecuencia de la caída de la tasa media de las ganancias del capital. En todo caso, las armas que el Estado capitalista tiene a su alcance para resguardarse de lo que él mismo considera las utopías igualitarias son entre otras tantas la posibilidad de obtener créditos y la fuerte capacidad de maniobra de las patronales, que políticamente se organizan en las cámaras de comercio desde donde defienden los intereses de los dueños del capital para así poder acceder con ventajas comparativas y en términos de dominio y monopolio, a los mercados que componen y estructuran las formas de producción y distribución de bienes. Es decir, para los socialdemócratas, el Estado en su acepción capitalista se encuentra blindado por lo que, a lo más, simplemente podemos aspirar a la lucha por mejorar la organización y

la administración del régimen político donde desde siempre rigen las leyes de la oferta y demanda. Por eso, la socialdemocracia en Europa, ante sus propias frustraciones y límites, deriva en el neoliberalismo que radicaliza esa idea de la oferta y demanda llevándola al extremo del automatismo de los mercados que rige en estos países. En esas condiciones, la democracia no tiene mucho que ver con la igualdad y con derechos fundamentales que hacen a la justicia.

Desde la perspectiva de los socialdemócratas ya no importa ni tiene sentido luchar por la igualdad o la justicia social llegado a determinado punto de desarrollo del Estado capitalista, cuando se consolida el neoliberalismo, cuando se consolida la guerra de civilizaciones, el fin de las ideologías y la propia historia. Hasta cierto punto traicionan sus propios ideales, los que alguna vez pretendieron reivindicar en favor de la libertad, de la igualdad y la fraternidad. Pero, de alguna manera, más allá de esa sobrecarga que asume el concepto de democracia en sus diversas acepciones, que tienen que ver con el desarrollo y evolución de la lucha de clases, sigue teniendo y manteniendo una fuerte impronta de lo que fue la idea original del concepto, o sea, como promesa que siempre estuvo ligada a la idea de igualdad de oportunidades y de distribución de la riqueza. Es que la realidad nos muestra que los cambios en términos de la gestión popular como genuina expresión de los intereses, de las necesidades y urgencias de los trabajadores, de una o de otra manera, se hace camino al andar, supera todos los límites y se impone porque, en fin, la (r) evolución es un acto de creación y de acción política, mientras que la legislación, la ley y el orden que tanto defienden los neoliberales, antes que ser inmutable es la expresión política de la vida de una sociedad que existe, es decir, es expresión de la lucha entre los diversos grupos de intereses que representan a clases sociales que son antagónicas en sus aspiraciones finales. Muy por el contrario, el reformismo político, que decididamente nos plantea la reforma y la administración, el asistencialismo y las políticas del régimen benefactor antes que la inclusión social en base a la creación de derechos y la defensa de lo ya conquistado por los grupos y sectores populares, no posee fuerza propia, independiente de los cambios en términos estructurales. Es que en cada período histórico de cambios y transformaciones fundamentales, la obra de los reformistas políticos es supeditada a la dirección que le imprime el ímpetu de la última (r) evolución. En palabras más simples, la obra de los reformistas en cada período histórico de cambios estructurales se hace en el marco de la forma social y del contexto creado por la misma (r) evolución.

La democracia como idea fuerza y rectora de los intereses populares, en la medida en que se impone una lógica superadora del egoísmo típico del capitalismo, en la medida en que se impone el bien común y en la medida en que se impone a los preceptos ideológicos del reformismo como fin mismo, donde la socialdemocracia es apenas una de las formas en que se manifiesta, siempre reaparece una y otra vez a lo largo de la historia, aunque muchas veces de forma caótica y diversa. Es que de una o de otra manera vuelve una

y otra vez metiéndose por la ventana de las múltiples construcciones políticas que se fueron armando en cada tiempo. El desafío de este concepto de la democracia es que quienes pensaron las instituciones políticas, Francia, su revolución, el Iluminismo y la Ilustración, Estados Unidos e incluso muchos de quienes lucharon por la independencia de nuestra Latinoamérica, algunos de nuestros libertadores y sus ejércitos, que a veces incluso constituyeron el pueblo en armas, todos, cuando diseñaban las actuales acciones de gobierno y políticas públicas, no las entendían como democráticas porque ellos no las vivieron ni mucho menos las pensaron en términos de militar en favor de la igualdad de oportunidades o de la distribución de la riqueza. Hoy, frente a los cambios necesarios, es ineludible referirse a la cuestión de la igualdad de oportunidades para todos, la generación y distribución de la riqueza, el bien común y la satisfacción de las necesidades de las mayorías. No hacerlo sería dejar el concepto de *democracia* en el limbo del formalismo y la abstracción que es típica de los dominantes y así jugar el juego que ellos quieren. No hacerlo sería entregar ese tan fundamental concepto, que remite a mejores formas de vida y de calidad de habitación, a los neoliberales para que sigan riéndose de nuestras falsas libertades. No hacerlo vendría a ser dar por perdida la batalla cultural, teórica y práctica, que involucra de ahora en adelante una nueva cultura, valores y conceptos profundamente populares, inclusivos, de características nacionales y soberanos. Ese es el cambio del nuevo siglo. Es necesario construir un régimen ampliamente popular que trabaje en favor de la democratización del consumo, la igualdad y el derecho a la vida de las personas.

Capítulo 5: Bases para un modelo de desarrollo.

Las cuentas pendientes del crecimiento y desarrollo.

En principio, en los primeros años del siglo XXI en Latinoamérica en particular se da un proceso de cambios caracterizado por importantes avances en el campo de la democracia en especial con el desmembramiento paulatino del neoliberalismo en varios países de nuestra región, de progresos notables y de la imposición de los Estados plurinacionales (en contraposición al Estado colonial anterior que además fue excluyente e incluso racista) que reivindica la soberanía de nuestros pueblos y su cultura, que buscó el desarrollo a partir de los propios recursos y de la integración de los regímenes políticos a través de la formación de nuevos bloques regionales de poder e intercambios. Así, el orgullo del pueblo boliviano no es para nada menor como tampoco lo fue el del pueblo ecuatoriano o los hermanos venezolanos con su poder popular y la democratización de las estructuras del régimen mientras, al mismo tiempo, otros países de la nuestra región buscaron a su modo la ruta del crecimiento. También los trabajadores argentinos tienen que enorgullecerse por haber parido en los '40 el movimiento popular y masivo más fuerte, envalentonado y real- el peronismo- que no tiene parangón en Latinoamérica en relación a esa masividad y a los derechos conquistados a través de éste. Sin embargo, el presente también preocupa más que nada por las metas no cumplidas, por los valores despreciados y los derechos perdidos en plena época neoliberal. En el sentido de la igualdad, que llegó a ser muy importante en los años '50, hoy estamos claramente en retroceso lo que tampoco significa que no avancemos. Lo que digo es que el retroceso fue importante y el avance es lento, es bien gradual y así los grandes grupos económicos y sus intereses, manifestados incluso de manera antidemocrática y falaz, continúan ejerciendo su poder a través de distintas formas de presión sobre el poder y estructuras del régimen en general. Todavía en Latinoamérica hay un porcentaje nada despreciable de pobreza, marginalidad y exclusión, es decir, de pobreza absoluta que no se soluciona con medidas económicas que están dentro de la lógica capitalista. Por eso, en el largo plazo el régimen de bienestar es ineficiente y así entra en crisis. El régimen de bienestar es eficiente y políticamente viable cuando es pensado como tránsito al humanismo lo que implica superar cada una de las estructuras y naturaleza capitalista del Estado. Entonces, hay varios millones de niños y trabajadores que reciben prestaciones por parte del régimen y que son bienvenidas pero la realidad es que es asistencialismo y en cuanto tal solo está llamado a resolver las urgencias sociales que no es posible que perduren en el corto plazo porque precisamente son urgencias. Eso no es poco porque esa política asistencial busca aliviar las necesidades cotidianas, esas que mejoran la vida de los sectores más vulnerables. El asistencialismo

deriva de la urgencia de esas necesidades insatisfechas que son consecuencia de una altísima tasa de pobreza y marginalidad. Entonces, un primer paso para la solución de estas antinomias es lograr una mejor participación de los trabajadores en la puja distributiva porque a pesar de todo la participación de éstos en el ingreso nacional cayó enormemente junto al deterioro de los servicios y bienes públicos. Por ejemplo, fue patente el retroceso del sistema educativo y de la salud pública respecto a la época desarrollista y no solo por las posibles restricciones al presupuesto, sino también por el deterioro de la capacitación laboral, la corrupción y falta de estímulos. Además, el problema institucional es importante porque es este quien garantiza y monitorea el cumplimiento de los derechos y principios establecidos por la Constitución de nuestros países. Además, a través de la ley, el régimen busca garantizar la justicia para todos.

Fue la estrategia aperturista, neoliberal, impulsada desde las dictaduras de seguridad nacional, quienes dismantelaron las estructuras del régimen de bienestar y por eso son las responsables del deterioro político, económico y social de Latinoamérica. Es posible distinguir dos periodos fundamentales en relación a la imposición del neoliberalismo en el caso latinoamericano:

- a) En primer lugar, el ajuste que se produce con la imposición de las dictaduras cívico- militares y sus formas de acción política fuertemente reaccionarias que reivindican las formas neoliberales tanto en lo económico como en lo político.
- b) En segundo lugar, un periodo de imposición de nuevas políticas relacionadas con la apertura económica, la desregulación y las privatizaciones de empresas del sector público que se llevaron adelante tanto en el periodo dictatorial como en el democrático.

Las dictaduras de seguridad nacional que entre los años '70 y los '80 (e incluso en los '90 en el caso particular de Chile) nos gobernaron a sangre y fuego adoptaron un proceso de acumulación capitalista muy distinto a los gobiernos militares y democráticos anteriores, es decir, cambió la orientación de la industrialización sustitutiva apuntando a la disciplina social, cultural y política de los trabajadores a través de cambios radicales en las estructuras del régimen desarrollista que dominó hasta el '73. En la concepción política de la dictadura cívica- militar de esos años, la disciplina del trabajador, en el aspecto institucional y político, se reforzó a través de una feroz represión de la cultura y los luchadores populares. A los ojos de los factores de poder más reaccionarios, era necesaria modificar drásticamente las reglas y condiciones estructurales del régimen político que había alentado el desarrollo e inclusión de los trabajadores como clase. Se buscó modificar la matriz productiva del régimen de bienestar imperante y así algunos preceptos centrales del nuevo régimen implementado en el periodo dictatorial dejó sus huellas sociales

indelebles a través de la transferencia del empleo, la pérdida de capacidad adquisitiva del trabajador y una inusual concentración de riquezas. En este sentido, se produce una notoria desaceleración del trabajo, también la caída del salario real, el consumo y una nueva expansión del trabajo informal y del sector servicios que crece a ritmo acelerado y contra el empleo industrial. En cuanto a la distribución del ingreso en Latinoamérica en general éste cayó de forma considerable como también lo hizo la participación de la masa salarial como porcentaje del PBI. Por vez primera, en varias décadas, se produce una histórica movilidad social pero descendente tanto desde el punto de vista de la inserción laboral como el de la percepción de los ingresos. Como siempre, este descenso afectó a los sectores sociales más vulnerables. La democracia posterior heredó una situación económica al borde del abismo, con presiones inflacionarias y déficit fiscal pero además con los problemas comunes de una transición democrática. De todas formas, estos problemas no son excusa para justificar a esos gobiernos que no estuvieron a la altura de las circunstancias históricas ni en el ámbito económico (donde en general tenemos un proceso de hiperinflación) ni en el ámbito social (donde se produce el crecimiento de la exclusión, la pobreza y el desempleo) ni en el aspecto institucional (leyes que legitiman la impunidad de los militares en relación a la violación de los derechos humanos). Entonces, se acentúa la caída de los salarios reales, la informalidad del empleo y la pobreza estructural que nos muestra una vez más la incapacidad de los gobiernos reformistas como fin en el momento de gobernar generando empleo y bienestar para los trabajadores. Lo anterior se manifestó en el desempleo abierto y en el subempleo, en la precarización del trabajo, su disminución y proliferación de ocupación informal degradándose las fuentes de trabajo, el financiamiento y las inversiones. La informalidad del trabajo y la precarización laboral continuaron acelerándose mientras que hoy ya es indudable que el régimen neoliberal y sus nefastas políticas para el desarrollo- y que se ungió como la ideología de los sectores dominantes- no habría sido posible sin las bases establecidas a partir de los golpes de Estado. Pero tampoco tenemos que olvidar el rol central de las distintas agrupaciones políticas, ya en democracia, que coadyuvaron perversamente a la destrucción del desarrollismo e imposición de las políticas neoliberales.

De esa manera, la característica fundamental del período neoliberal, tanto en tiempos de dictadura como en democracia abstracta y formal, es que estos gobiernos, en realidad todos de orientación neoliberal, provocaron el mayor descenso social, político y económico de la historia de nuestros países a través de la defensa de los intereses de los sectores dominantes. En los '90, ya con la Concertación en el poder, se agudizaron de forma considerable los rasgos evidentes de la pobreza y la exclusión de los trabajadores porque el contexto político ahora se caracteriza por el empobrecimiento que refuerza la intensa movilidad social descendente. Los gobiernos de la Concertación no cambiaron en absoluto la orientación política de apertura y liberalización. En

el área de la salud y educación, el régimen claramente quedó debilitado como también en el ámbito del acceso a la vivienda y en la capacidad de regulación del sector público para traer bienestar a la mayoría. La primera consecuencia de lo anterior fue empezar a aplicar políticas contrarias a los intereses de los trabajadores que derivó en el desplome de la base social de representación en que se sustentó la Concertación como bloque de poder.

Hoy, ante la recurrencia de las crisis del sistema comercial global y sus incidencias e impactos en nuestros países, por lo menos estamos obligados a reflexionar sobre las características del régimen nacional y popular, sobre sus formas y tipo de la distribución de riqueza y propiedad que genera para desde ahí plantearnos alternativas políticas que vayan más allá de las formalidades y sean capaces de concretar las expectativas de los trabajadores. En primer lugar, en los países que luego de la tormenta neoliberal derivan en regímenes populares, se produce un importante crecimiento de la economía en términos más equilibrados en favor de los trabajadores a través del uso de la capacidad ociosa de las empresas antes que a la inversión tecnológica. Simplemente, se aprovecharon los diversos espacios de rentabilidad dejados tras la caída del neoliberalismo. Los sectores que lograron una mayor recuperación fueron así las industrias tecnológicas de avanzada como la automotriz y la construcción. El problema es que en algunos casos, como en la Argentina de los Kirchner, la construcción y la industria automotriz no se recuperaron para satisfacer la demanda de viviendas populares o del transporte público de pasajeros a pesar de las urgencias en esos rubros. No lo hicieron para incrementar el consumo popular. Lo mismo sucedió con la industria de los cosméticos o indumentaria que se destinaron al consumo suntuario, a los sectores con capacidad elevada de compra lo que supuso un alto margen de trabajadores marginados de esos mercados y que implicó el desafío siempre posible de continuar trabajando por la democratización del consumo. No se trata solo de la discusión en torno a qué modelo de producción construimos (ya sea el modelo productivo o el especulativo) sino que en primer lugar, y dadas las nuevas circunstancias, se trata de definir qué tipo de modelo de producción necesitamos para satisfacer las necesidades de todos pero también qué necesidades y patrón de consumo es necesario. Aceptar como única salida el desarrollismo es falso porque el régimen político del futuro va más allá del Estado capitalista. Es verdad que a veces no existen las condiciones concretas para hacer del humanismo una realidad pero eso se debe a que no tenemos un proyecto político para luchar por el humanismo, porque no tenemos un arte de lo posible ni una gramática del poder que ayude a divulgar las ideas de los regímenes populares. Si no tenemos una teoría y un arte de poder, si no existen movimientos a la altura de las circunstancias para implementarlo es una falacia hablar de humanismo como alternativa. El capitalismo desarrollista y asistencial solo es alternativa cuando su objetivo práctico y estratégico es el radicalismo que nos conduce precisamente al humanismo. No olvidemos que a expensas del reformismo y

su realismo, la lucha de clases aún tiene vigencia porque siguen existiendo en nuestros regímenes un sector social que detenta el poder en todos los ámbitos y que a través de éste también controla lo político y cultural. Mientras esta situación prevalezca hay lucha entre la élite económica, cultural y política y los trabajadores. Por lo tanto, la lucha de clases existe hasta que desaparezca esa dicotomía al interior del régimen y del Estado.

El desarrollismo en su mejor momento democrático, es decir, cuando intenta transformarse en opción de tránsito al humanismo, es necesariamente antagónico al neoliberalismo. Esto está demostrado con los golpes militares que las élites de nuestros países, en colusión y complicidad con los clanes dominantes globales, intentaron contra los regímenes latinoamericanos más radicales. Sin embargo, tampoco el humanismo es solo cuestión de construir conciencias si no que antes bien implica construcción en todos los órdenes de la vida, significa construir las condiciones necesarias para hacer realidad una mejor sociedad. Desde ese punto de vista se revela la importancia del arte de lo posible. Lo que pasa es que este tipo de gobiernos reformistas y radicales te mejoran las condiciones de vida y de trabajo. Es lo que estratégicamente hacen esos regímenes políticos al invertir sus recursos en defensa del cambio, del radicalismo, frente a la oligarquía y en la construcción de una economía productiva que genera condiciones para el humanismo. Es precisamente este, como mejor manera de reivindicar la vida de todos, la única alternativa de futuro porque se encarga de las necesidades de los trabajadores en un fuerte contexto de democracia e igualdad.

El tipo de cambio como base de la producción y el desarrollo.

En relación al importante tema del tipo de cambio de la moneda como base del desarrollo nacional y de la producción es necesario considerar que es un instrumento de política económica que va mucho más allá del rol de ancla frente a la inflación como pretenden los neoliberales porque éste opera, como instrumento clave ante la cuestión de la competitividad de nuestras economías y del desarrollo con generación de empleo a través del estímulo y de la defensa del superávit comercial que nos permite contar con los propios recursos para financiar nuestro desarrollo como países soberanos.⁸

⁸ De acuerdo a los neoliberales, el tipo de cambio apunta en exclusividad al rol de ancla frente a la inflación. El ejemplo paradigmático en este caso fue la convertibilidad en Argentina con las consecuencias por todos conocidas. En ese sentido, el modelo productivo nacional y popular posterior a la convertibilidad, inhibe la disponibilidad de anclas inflacionarios a través de tenores monetarios y cambiarios y, por el contrario, busca el control de los precios e inflación a través de políticas de ingresos y de oferta ad hoc que son más indicadas para el cable a tierra en relación a este tema tan sensible para el desarrollo.

Esto se conecta directamente con el cambio de equilibrio desarrollista. La importancia central de este instrumento es que se relaciona no solo con la producción y con las políticas de desarrollo sino también con la distribución del ingreso, es decir, con los paradigmas de esa producción y del modelo de crecimiento. En el tipo de cambio están involucrados, entonces, el reparto de la torta de la manera más equitativa posible o no y el crecimiento o no de nuestros países en términos más equilibrados socialmente hablando. La solución a esta cuestión implica vincular la distribución y el crecimiento económico con la estructura de producción que concebimos para el régimen político. Con el ejemplo paradigmático de la convertibilidad de los '90 en la Argentina, vemos como la sobrevaluación de la moneda nacional y del tipo de cambio en los países en vías de desarrollo, es el gran error de la política económica porque deja expuesta la estructura productiva y bienes nacionales a la competencia de bienes importados desde países centrales. El resultado es que esas importaciones, de los países desarrollados, terminan sustituyendo los bienes nacionales afectando la estructura productiva del país. De ahí en más se cierran espacios de rentabilidad, de inversión y generación de empleo, baja el consumo, el ahorro y sube la exclusión lo que finalmente nos conduce a una economía recesiva. En la medida en que ese proceso progresivamente se acentúa, es imposible construir una estructura productiva, de desarrollo y de economía diversificada e integrada, que es esencial para generar empleos y procesos amplios de acumulación de capitales y de tecnología en beneficio de los intereses nacionales. Este proceso conduce a una mayor dependencia del exterior por la generación de desequilibrios en los pagos internacionales porque las importaciones superan a las exportaciones de bienes. Es decir, este desequilibrio nos induce a apoyarnos en el ahorro externo, en capitales fundamentalmente venidos desde los organismos de crédito globales para solventar el proceso de crecimiento si es que realmente es posible hablar en esos términos. Por último, ese financiamiento externo genera deuda y esta nos resta soberanía para hacernos cargo del desarrollo. La sobrevaluación de la moneda nacional, a través del tipo de cambio, también es una problemática bastante recurrente en los países latinoamericanos que juega en contra de las fuerzas vivas del desarrollo y del crecimiento, porque adherimos sin más a los postulados y visiones políticas, económicas y culturales de los centros globales del poder. Obedece a la incapacidad de construir un diálogo estable que busque consensuar el desarrollo del país bajo otros elementos. Además, el predominio de los recursos naturales en relación a las exportaciones, dada su abundancia, se apoya en la idea más o menos racional de las ventajas comparativas que hace prevalecer la tendencia a la sobrevaluación de las monedas nacionales en relación a las divisas extranjeras en especial el dólar. Esto refleja una lucha de poder y hegemonía que desde la época de la colonia favoreció a los sectores productores de materias primas que son las elites y grupos de intereses que controlan nuestros regímenes políticos. Por eso, esta

estrategia de desarrollo, basado en la sobrevaluación de la moneda nacional, con su cotización y tipo de cambio favorece a esos sectores dominantes pero perjudica a los industriales cuya rentabilidad es claramente insuficiente para el desarrollo.

Este modelo (que se basa en la apreciación de la moneda nacional con respecto al dólar) es altamente perjudicial para los países periféricos porque las políticas neoliberales bloquean el desarrollo de nuestros países. Entonces, no solo se pierde la oportunidad de crecer sino también la credibilidad de los regímenes políticos porque las medidas macroeconómicas que son típicas del neoliberalismo, que buscan generar confianza en los mercados para desde ahí captar capitales y fondos del exterior, son mera fábula porque la verdadera confiabilidad de un país y por lo tanto la única manera real de que ingresen capitales e inversión desde el exterior, se produce a través del desarrollo de la economía como instancia dinámica e inclusiva de equilibrio e integración de los sectores productivos nacionales a partir de un proyecto de crecimiento consensuado a nivel de actores que constituyen el régimen. La experiencia de los regímenes populares a partir del nuevo siglo es paradigmática al respecto. La salida de la crisis y de la catástrofe a que condujo a muchos países de la región el neoliberalismo, a través de la movilización de los propios recursos, del incremento de la demanda agregada con una política salarial congruente con ese nuevo equilibrio, de las políticas públicas inclusivas y de crecimiento del consumo y del mercado interno que caracterizan a los regímenes políticos populares, se solventó en primer lugar en un tipo de cambio real alto que, colocando así una barrera a los bienes de exportación, protegió e incentivó la producción de productos nacionales. En el período no solo se creció sino que se lograron porcentajes increíbles de crecimiento que además logró revertir el proceso de desindustrialización heredado del neoliberalismo. El ahorro y las tasas de inversión y consumo crecieron a nivel extraordinario lo que también produjo crecimiento de la producción, mayor ocupación de la capacidad instalada de las empresas y factorías casi al 100% lo que a su vez implicó generación de empleo. La estrategia nacional, popular, soberana y humanista en su primera etapa implica así centrarse en la cuestión del tipo de cambio con un dólar alto y sostenido para proteger e incentivar la industria nacional, para abrir nuevos espacios de rentabilidad y mejorar la capacidad industrial instalada y la generación de empleos en el seno de una matriz productiva que incluya, entre otros muchos factores, superávit fiscal, de la balanza de pagos y desendeudamiento que implica apoyarse en el ahorro y recursos propios. El ahorro externo y la llegada de los capitales del exterior son bienvenidos porque cumplen un rol contributivo pero en ningún aspecto son definitorios para el crecimiento.⁹

⁹ La entrada masiva de capitales a nuestros países incluso muchas veces es perjudicial para nuestro desarrollo por el tema de la enfermedad holandesa. En

Hay que operar con tipos de cambios de equilibrio desarrollista que es denominado así precisamente porque, en beneficio del desarrollo económico, busca un equilibrio que posibilite la integración de todos y cada uno de los sectores productivos en el sistema económico nacional que se sustenta a través de un coherente proyecto político de país. Este cambio de equilibrio desarrollista también tiene ciertos objetivos que hacen a su esencia:

- a) En primer lugar, a través del sector público busca privilegiar las compras de los bienes nacionales en todas las decisiones que

economía, se conoce como *enfermedad holandesa* al proceso por el cual esta entrada masiva de capitales sobrevalúa la moneda. Al promediar el siglo pasado el problema se planteó precisamente en Holanda por el repentino descubrimiento de hidrocarburos en el Mar del Norte que provocó una avalancha de divisas y capitales que logró apreciar el tipo de cambio contra la producción nacional. Esta entrada de capitales apreció la moneda y descolocó a los sectores productivos holandeses. Pero, sobre esa una base Holanda se convierte en un país que logró integrar esta nueva fuente de ingresos en su estructura de producción para desde ahí difundir los beneficios a toda la economía y a favor de la mayoría nacional para recuperar los equilibrios fundamentales de su desarrollo. El problema es que la enfermedad holandesa es un mal más grave en los países menos desarrollados porque sus estructuras productivas no están en las mismas condiciones que los países centrales para hacer frente a esos problemas porque el sector exportador de materias primas opera más como segmento del sistema comercial global antes que como actividad económica integrada en el sistema productivo nacional. La estructura que resulta de esas circunstancias es más vulnerable a los cambios de la demanda y de precios internacionales por ser segmento del sistema comercial global, es decir, por depender estructural de esta demanda global. Además, este sector- el más dinámico en términos de generación de divisas en países menos desarrollados- tiene una baja capacidad de difundir sus beneficios en el régimen por encontrarse abocado a la demanda y la competencia de los países centrales. Otro factor que grava este proceso se origina en el sector financiero, es decir, cuando se produce la entrada masiva de capitales especulativos en primer lugar aumenta el ingreso de divisas y el tipo de cambio tiende a la apreciación.

En resumen, se trata de un mal de los países periféricos que se vincula por una parte al contenido de las exportaciones (recursos naturales y materias primas desvinculados de la estructura productiva) y también de una cuestión financiera derivada de la entrada masiva de fondos del exterior. El desarrollo puede venir, cuando la actividad primaria es un engranaje del sistema productivo nacional y no un simple segmento del sistema comercial globalizado, es decir, al servicio de éste. Australia es el caso de un país desarrollado con amplios recursos naturales porque logró que la actividad primaria- exportadora fuese parte del sistema productivo nacional afianzando una economía industrial, compleja e integrada en beneficio del bien común que se expresa en la igualdad de oportunidades, en la distribución de la riqueza y la calidad de vida en general.

- tienen que ver con el consumo o la inversión de las empresas, el gobierno o las familias.
- b) En segundo lugar, tiene que lograr que el lugar más rentable y seguro de inversión del ahorro interno, generado por el consumo y la producción, sea el propio mercado interno.
 - c) En tercer lugar, tiene que estimular la diversificación de las exportaciones incorporando los bienes que contengan el mayor valor agregado y contenido tecnológico para que no quedemos inmersos en las exportaciones de materias primas que pueden provocar déficit en la balanza de pagos internacionales. Igual, esta es una distorsión que hay que solucionar para transitar hacia el desarrollo.
 - d) Por último, es necesario desalentar por todos los medios los movimientos de capitales especulativos a favor de la entrada de capitales e inversiones productivas que son las que generan el empleo y el crecimiento. Son las inversiones que tienen que ver con la economía real que está más allá de la mera especulación financiera.

Es el tipo de cambio de equilibrio desarrollista el que así contribuye al equilibrio y la integración del sector de producción nacional y al crecimiento del comercio exterior y desde ahí genera superávit en las cuentas corrientes de balance de pagos, con el aumento de las reservas del Banco Central fortaleciendo a su vez los mecanismos que tienen que ver con la producción, el consumo, el ahorro, la inversión y la estabilidad macroeconómica de los regímenes políticos de tipo populares. Uno de los principales dilemas que necesitan resolver las medidas económicas que hacen a las políticas del crecimiento y desarrollo sostenido en tiempos de transición es como sostener ese cambio desarrollista bajo un escenario macroeconómico que necesita estabilidad de precios atendiendo, al mismo tiempo, a los desequilibrios de la estructura productiva de nuestros regímenes políticos. Este último problema implica establecer y defender un tipo de cambio de equilibrio desarrollista adecuados y diferenciados para la propia rentabilidad y competitividad de las actividades y sectores económicos- productivos sujetos a la competencia del exterior. A partir de estas cuestiones se nos revela otra vez la importancia del régimen político en la definición y control del proceso de crecimiento en beneficio del trabajador. A partir de estas cuestiones también se nos muestra la importancia de construir un proceso de tecnología que es conveniente, en cuya definición, las variables económicas como el tipo de cambio es más que trascendental.

En la medida en que los procesos de aprendizaje tecnológico y de adaptación y generación de innovaciones son de más largo plazo en su maduración, es bastante razonable que los incentivos diseñados desde el

sector público se planteen también en términos de largo plazo. El problema es que los incentivos tienen que ser acotados en el tiempo y vigentes hasta tanto los costos privados y sociales se reduzcan de manera considerable de forma que la actividad en cuestión logre competitividad internacional o que por lo menos favorezca a las industrias usuarias. La tecnología es un factor primordial para las empresas y para el sistema productivo en general por lo que es conveniente que el sector público trabaje en favor de éste con el fin de incentivar la creación y uso de capacidades tecnológicas al servicio del bien común. Entonces, la noción de *capacidades tecnológicas* busca capturar la tremenda variedad de habilidades y conocimientos requeridos para comprar, usar, asimilar, cambiar y crear tecnología. Este concepto va más allá de las nociones tradicionales y clásicas de la ingeniería para incluir el conocimiento de los procedimientos de estructuras organizacionales como de los patrones de comportamiento, por ejemplo, de los clientes y los trabajadores. Mientras el neoliberalismo no considera esas capacidades tecnológicas (las habilidades requeridas para comprar, poder usar y crear tecnología) el propio humanismo necesita movilizar ciertos activos complementarios para mejorar las diversas capacidades tecnológicas del sistema productivo entre los cuales podemos mencionar la flexibilidad en relación a la organización y del proceso de toma de decisiones, los recursos financieros, el desarrollo de bienes de apoyo y de información y la calidad de los recursos humanos. El proceso de adquisición de conocimiento técnico que nos permita usar de manera más eficiente las tecnologías y los recursos disponibles, desde la perspectiva del proceso de tecnología que es conveniente, es prolongado, impredecible y riesgoso pero implica el desarrollo de las capacidades organizacionales y tecnológicas de avanzada con esfuerzos deliberados en el proceso de producción de bienes y servicios, en la propia comercialización y el contacto con los clientes y en la búsqueda de nuevas soluciones tecnológicas en las unidades de inversión y desarrollo y hasta en las oficinas técnicas que son unidades e instancias menos formales. Además, implica esfuerzos de los actores involucrados en la producción nacional, implica interactuar decididamente con los proveedores de equipos, componentes, y partes e institutos tecnológicos y universidades. En ese sentido, estoy hablando de un proceso de aprendizaje colectivo en el que si bien el epicentro está en las empresas manufactureras y los diferentes sectores en las que actúan, están involucradas todas las instituciones públicas y privadas. El proceso genera una serie de externalidades positivas y sinergias que no se expresan a través del mercado y que así requieren de instancias de coordinación y de promoción por parte del régimen político nacional y las diversas instancias del sector público. El carácter tácito, acumulativo y localizado del saber tecnológico, el énfasis en el proceso de aprendizaje y en las distintas fuentes que lo motivan, así como la misma importancia de las interacciones que lo inducen y caracterizan, ponen en relieve el complejo cuadro político- social que difiere completamente del

simplificado esquema que nos muestra el neoliberal a partir de sus conceptos ideológicos.

Definitivamente, la intervención del sector público en el desarrollo tecnológico, que conforma políticas a nivel del régimen político y del mismo Estado, es imprescindible porque en este proceso están en juego la lógica del desarrollo de nuestros pueblos, el crecimiento, la inclusión y la generación de empleos de calidad, la educación y los derechos que hacen al desarrollo, es decir, los que reivindican la primacía del derecho a la vida pero, además, es fundamental la intervención del sector público porque están involucrados todos los actores sociales, políticos y económicos como ocurre en todos los casos en que se involucra el bien de las amplias mayorías. Este proceso, por las implicancias en todos los órdenes del régimen político que involucra, no puede quedar librado al azar de los mercados (en realidad a los intereses de las transnacionales) porque implica la definición, planificación y difusión de tecnología y sus derivados. En la forma en que son las transnacionales las que generan innovaciones tecnológicas y que reúnen una porción importante del comercio global de los bienes y servicios tecnológicos, implica que no podamos marginarlas del tema porque contribuyen al crecimiento facilitando por ejemplo el acceso a las redes globales de comercialización. Sin embargo, en general, esas transnacionales en nuestros países reciben los frutos de las innovaciones desde las casas matrices de los países centrales y no disponen de esa manera de elementos de innovación propia que vaya más allá de la eficiente producción de los bienes que producen y manufacturan. En otras palabras, todas estas consideraciones significan que los incentivos desde el sector público como el tipo de cambio de equilibrio desarrollista, no podrían tener como único objetivo la creación de capacidad de producción sino que debe buscar que la política industrial, la estrategia económica de crecimiento y desarrollo crezca en su máxima expresión y de acuerdo a las circunstancias para generar en el mediano plazo exportaciones de calidad razonable y hasta capacidad de competencia en el mercado interno a las importaciones porque solo de esa manera se generan las divisas para el crecimiento, la estabilidad e igualdad de oportunidades.

El nuevo modelo productivo- radical.

La alternativa política a las leyes y normas del mercado neoliberal de carácter tanto nacional como global es, en fin, el humanismo entendido como primacía del derecho a la vida, es decir, un régimen con una economía de carácter social basada en una producción nacional articulada a través de dos parámetros principales a saber, la democracia participativa y la distribución justa y equitativa de la riqueza que solo son posibles cuando los trabajadores asumen el poder de decisión haciéndose responsables de la agenda pública de gobierno. Por eso, esta alternativa da cuenta de una renovación profunda de

la estructura del sector público y del régimen político en general alcanzando inclusive las estructuras del Estado en tanto capitalista. Esta nueva economía se desmarca tanto de los conservadores parámetros neoliberales como de los socialismos reales porque se basa en la gestión de los trabajadores, a través del control democrático de la agenda pública, y así ellos son los responsables y partícipes necesarios de las decisiones macroeconómicas trascendentales como el tipo de cambio, la inversión, el ahorro y la lógica de la intervención del régimen en favor del bien común. Dado que la democracia participativa, es decir, la que toma el poder de decisión a favor del trabajador en todos los asuntos del crecimiento es fundamental para el futuro de nuestros países, el neoliberalismo ya no es opción porque deja esas decisiones fundamentales en manos de los tecnócratas. Si el proyecto de esos tecnócratas consiste en la propuesta de conservar el estatus quo, las políticas económicas de la centro izquierda y su reformismo se agotan en las nociones del keynesianismo, del estructuralismo, de la *economía solidaria*, mientras sus preceptos políticos y éticos brillan por la esterilidad de un razonamiento atrapado en la inmanencia de la democracia liberal. Eso en verdad es el populismo de la derecha.¹⁰

Los nuevos sujetos de la emancipación, que trabajan a partir de la lógica humanista de que los trabajadores asuman el poder de decisión, como proyecto histórico de la clase trabajadora es resultado de la interacción entre las luchas y movimientos populares, la intelectualidad crítica y los sectores honestos de los partidos políticos tradicionales. En ese contexto histórico va concretizándose la praxis política como manifestación del renacimiento de la razón que es crítica o del humanismo como esperanza de los pobres, los excluidos, marginados y los condenados de la tierra. Si la nueva esperanza de las mayorías se finca en el renacimiento del socialismo libertario, es preciso saber a qué humanismo nos referimos porque el socialismo, como todos los fenómenos, tiene su evolución histórica con cambiantes formas y contenidos y la única opción posible en relación a éste, como movimiento de libertad política, es expresándolo a través de la primacía de la vida. En ese sentido, el socialismo se presenta en la arena histórica como el socialismo democrático del siglo XXI, o sea, basado en la gestión y la decisión de los trabajadores. Se trata de determinar el contenido del concepto *socialismo* como parte del humanismo que es radical, popular, nacional y soberano en el orden de sus propiedades específicas que identifica su carácter social de producción

¹⁰ El populismo de izquierda en realidad no existe sino que me parece que desde el espectro de los sectores de la izquierda existen regímenes populares. Se sigue que la socialdemocracia es populismo de derecha y no de izquierda porque finalmente reivindica y defiende el modelo de producción del neoliberalismo y sus dogmas. Ese escenario socialdemócrata y reformista no ofrece una real salida para los problemas de la humanidad, hecho que obliga a buscar los paradigmas de la libertad y emancipación en otros protagonistas y parámetros que tienen que ver con el humanismo.

no-capitalista porque cuando se tiene claridad sobre estas cuestiones específicas, de un sistema social en transición a su propia negación sistémica, es posible entender con precisión el camino recorrido y las soluciones adecuadas para el momento histórico, que permitan avanzar a la sociedad sin clases. Entonces, la primera diferencia específica de la economía de los humanistas en relación al Estado capitalista, se refiere a la participación de los trabajadores en las decisiones nacionales. Por ejemplo, la economía política del humanismo nos interroga sobre cuales son las medidas macroeconómicas trascendentales a aplicar. Sin esta incidencia de los trabajadores sobre las grandes decisiones económicas de un país, este no mostraría una diferencia cualitativa en la autodeterminación de la clase de los trabajadores frente al régimen neoliberal y frente al propio Estado capitalista. La intervención macroeconómica de los trabajadores se ejercer sobre la estructura de las inversiones nacionales, sobre el tipo de cambio de equilibrio desarrollista, la composición del patrimonio nacional o sobre el necesario equilibrio entre la propiedad privada, la pública y social. Ejercer este control democrático de la economía podría iniciarse con mayor facilidad en la composición del presupuesto nacional, que así debería discutirse anualmente a nivel nacional en los medios, para ser votado después mediante un referendo electrónico vía Internet o por otros medios y donde los aspectos más específicos en su aplicación quedarían en manos de los ministros del gobierno directamente involucrados en sus respectivas áreas de trabajo.¹¹

La experiencia que existe en el mundo en relación al presupuesto participativo, como importante instrumento de democratización del sistema político contemporáneo, avanzó en el ámbito de lo local, gracias a las nuevas políticas implementadas por los regímenes populares. El segundo criterio para solventar en la praxis política una economía humanista se refiere a la necesaria ruptura con la lógica de mercado a través del establecimiento de áreas de la economía nacional que empiecen a funcionar sobre los principios del valor objetivo y equivalencia. Por ejemplo, los economistas al servicio de los intereses y dogmas neoliberales, sostienen que no existe un valor objetivo más allá de los precios y que en consecuencia esos precios son el resultado de la locación de recursos por el mercado, es decir, que no son subjetivos ni arbitrarios debido a que resultan de los costos (marginales) de producción entre los que están los costos del capital humano, de la relación entre oferta y demanda y de ciertas preferencias subjetivas (curvas de indiferencia) de los compradores y vendedores. Es éste el automatismo de los mercados, en su expresión más radical, que no acepta los valores objetivos en el sentido de la

¹¹ Me refiero al voto electrónico vía Internet porque ésta es parte de una tecnología que nos permite de manera expedita la participación del trabajador de forma directa, superando los mecanismos de la democracia representativa que nos proporciona por primera vez en la historia del hombre ciertos mecanismos de difusión y participación de la democracia plebiscitaria a través de la informática.

economía política clásica, porque el único parámetro y ley objetiva que guía la dinámica económica de mercado son los mismos precios de ese mercado. Desde esa perspectiva, la justicia social se establece a través de la equidad de precios de productos, bienes y servicios cualitativamente diferentes en lugar de la equidad de valores o equivalencias. Al resultar los precios de factores que no son determinados de manera subjetiva sino objetiva y formando los precios el denominador libremente convenido para la transacción de compra y venta de los actores y sujetos económicos, no hay injusticia ni explotación, en términos generales. Entonces, los precios de esos bienes, ahora libremente acordados, son el único mecanismo objetivo de justicia social en la economía de acuerdo al neoliberalismo. Lo demás es una reacción de los grupos y de los sectores dominantes que distorsiona el régimen político y sus estructuras a través del intercambio de valores que en teoría serían objetivamente justos, iguales o equivalentes y que sostiene que el precio de los bienes es una expresión monetaria del valor objetivo que oscila en torno a la magnitud real de éste.

En relación a la cuestión de precios y valores parece que el inadecuado planteamiento del problema impide su solución a pesar de que es bastante conocida la sucesión de categorías de *mercancía*, *valor de uso* y *de cambio* desarrollado por Marx en *El Capital* como base analítica para entender la dinámica de la acumulación del capital. El *valor de uso* de un artefacto se relaciona con la utilidad técnica que tiene para satisfacer las necesidades del hombre representando la cualidad o materialidad del producto. En cambio, el valor socialmente necesario para la producción de un producto se refiere a una simple cantidad de unidades de tiempo como los segundos, los minutos y horas necesarias en promedio, en una sociedad dada y con cierto sistema de producción, para generar esos bienes y servicios. En otras palabras, se trata del trabajo humano abstracto, o sea, que no importa que sea el trabajo de un maestro, profesional o un obrero industrial el que generó el producto porque el concepto del valor, al igual que el concepto de kilo, se refiere a una mera cantidad. En ese sentido, un kilo es igual a mil gramos y no importa, si se trata de mil gramos de manteca, de trigo o cualquier otro producto. Un kilo es simplemente equivalente a mil gramos y en esa tautología se agota el concepto. Hago referencia a éste porque pasa exactamente lo mismo con el *valor socialmente necesario para la producción de ciertos bienes*, es decir, son conceptos empíricamente indeterminados al igual que los conceptos de las matemáticas. Por fin, el *valor de cambio* hace referencia directa al *valor de intercambio* que adquiere la mercancía en el proceso del intercambio de esos bienes y servicios. En la economía neoliberal, la identidad entre el *valor de cambio*, el *valor socialmente necesario para la producción de mercancías* y el *precio*, no se expresa de manera adecuada y entonces los autonomistas, socialdemócratas o reformistas en general razonan que el *valor de cambio*, que comparte con el *precio* su carácter aparentemente fluctuante, según el

lugar y según el momento del intercambio, oscila en torno al valor, es decir, en torno al valor verdadero u objetivo de la mercancía que no se conoce con precisión. Y este argumento fue extendido al precio al que se expresa como manifestación empírica en relación al auténtico valor que se desconoce. Pero, la economía de mercado no opera sobre valores objetivos sino sobre valores subjetivos relacionados con el poder de presión de los actores económicos fundamentales porque son esos grupos de intereses y sus corporaciones los formadores de precios que además inciden de esa manera en la magnitud de la tasa media de ganancia para el sistema capitalista. El tercer criterio de la economía política se refiere a la productividad del trabajo, la puja por la distribución, la igualdad, equidad y las formas de la propiedad de los medios de producción.

Uno de los fenómenos más discutidos en la historia de la economía es la *tasa de plusvalor*, de la ganancia que el capitalista extrae a expensas del trabajo de los obreros que Marx define como la relación entre el *plusvalor* y el *capital variable* donde el coeficiente entre ambas categorías es la que mide la intensidad o productividad del trabajo, es decir, la tasa de explotación del productor inmediato o directo. Esta relación, que estructura la ganancia que el capitalista extrae de los trabajadores y que en ese sentido no le retribuye bajo ningún concepto, está en el centro de la clasificación que Marx hace de la historia humana como una historia de la lucha de clases y define así una división central entre la sociedad de clasea y la no-clasista como convivencia civilizada, mejor y pacífica entre los hombres. Desde la perspectiva de la productividad del trabajo y la ganancia que el capitalista extrae de la fuerza de trabajo, surge el criterio de participación de los trabajadores a nivel de las pequeñas, medianas y de las corporaciones que está vinculado a la cuestión de las formas de producción, de la gestión empresarial de los capitalistas, del histórico debate sobre las formas de propiedad, la explotación y la lógica del mercado. Indudablemente, muchas veces se discutieron esos problemas como si se tratara de una cuestión de principios que defienden determinado modelo de producción capitalista o alternativo pero en realidad pocas veces se vio que éste es un problema que en gran medida depende del grado objetivo del desarrollo de las fuerzas productivas. En una economía moderna, la esfera de circulación e intercambio de diversos productos, bienes y servicios, que es la definición básica del mercado, es simplemente un eslabón que forma parte de una cadena mayor de producción, distribución y consumo establecido bajo diversos parámetros pero que es imprescindible desde el punto de vista de lo sistémico, que no puede ser sustituido, pese a todos sus vicios y aspectos negativos, mientras exista la economía mercantil. En otras palabras, en los regímenes políticos modernos, el intercambio de bienes y servicios a través de los mecanismos del mercado es inevitable. Lo es mientras esos bienes y servicios tengan carácter de mercancías, o sea, mientras sean generados para la venta, consumo y apropiación de la *plusvalía- ganancia* que el capitalista

como dueño de los medios de producción, obtiene del trabajador y mientras los precios de esos bienes sean determinados por el poder de los sujetos económicos que interactúan en el mercado, este mercado no puede dejar de ser el ámbito de la explotación de los trabajadores a través de la expropiación económica que hace el capitalista de la fuerza de trabajo. En realidad, sólo en la economía de las equivalencias que está bajo control democrático puede el mercado recuperar su lugar como espacio de intercambios entre equivalentes. Pero, como ese mercado de intercambios de equivalentes niega los supuestos básicos del intercambio del Estado capitalista solo puede realizarse más allá del neoliberalismo superando la lógica de las estructuras de ese Estado.

A partir de estas nuevas directivas, esta novedosa situación presupone establecer un régimen político que busca la alternativa del humanismo como máxima convocatoria de convivencia entre los hombres. Por otro lado, para construir un arte de poder democrático y justo, es necesario reconocer el carácter mercantil de la economía de los socialismos reales porque negar este hecho fundamental es tan errado como sería hoy intentar acabar con el dinero porque esclaviza a los hombres. Lo fundamental en relación a la cuestión de la economía humanista en términos de supremacía del derecho a la vida, es que es discutido históricamente como una derivación del problema de las formas de propiedad de los medios de producción, es decir, de primacía del derecho a propiedad sobre el derecho a la vida en la búsqueda de la libertad y la emancipación de los trabajadores y no como un problema de democracia económica participativa, de gestión y toma de las decisiones por parte de los trabajadores. La esencia libertadora del socialismo (bajo los parámetros y en términos del humanismo) frente al Estado capitalista radica en una mayor autogestión del productor directo sobre su vida económica directa, sobre sus condiciones de trabajo. La gestión laboral en ese régimen se distingue, por ejemplo, cualitativamente del taylorismo de una economía capitalista, en una menor intensidad del trabajo, es decir, una menor tasa de plusvalía extraída al productor inmediato y el suministro de una calidad de vida adecuada para todos los trabajadores. Por lo tanto, la tasa de intensidad del trabajo tiene que ser decidida por el trabajador directo, en consonancia con las posibilidades objetivas de la institución, como única garantía de sus intereses de libertad, autodeterminación, emancipación y humanismo. Y esa decisión es operativa a través de definir la duración de la jornada laboral porque ninguna forma de propiedad garantiza por sí mismo la libertad de los hombres ya que sólo a través de la praxis consciente de los trabajadores las formas de propiedad pueden estar a favor de estas funciones. El hecho de que ninguna forma de propiedad garantiza como tal la autodeterminación y la libertad auténtica del trabajador y el hecho de que la primacía del derecho a propiedad en realidad milita contra la satisfacción de las necesidades de los mismos, se ve en que en todas las formaciones sociales anteriores (para el caso la tributaria, la esclavista, feudalista y hasta capitalista) el verdadero dueño de la tierra, del

latifundio o de la manufactura determinaba la tasa de explotación del esclavo o del trabajador, asignándole, digamos, el cultivo de un área agrícola de tantos metros cuadrados o de determinada producción de bienes en el caso de la manufactura bajo amenaza de sancionar el incumplimiento de la norma. Posteriormente, en la medida en que la sociedad y el trabajo se hacen más complejos, el dueño de los medios de producción encarga a un administrador la tarea de hacer cumplir el rendimiento laboral por jornada que establece él mismo como dueño de los medios de producción.

En el caso en que las relaciones se hacen más complejas y el dueño de los medios de producción encarga el trabajo a un administrador y aunque esto constituye una diferencia considerable en cuanto a la estructura y otros aspectos de la empresa, para el trabajador directo esclavizado no tiene mayor importancia porque su tasa de explotación, la productividad del trabajo y los frutos que de él le son arrebatados, sigue igual y él sigue siendo un objeto de explotación. La situación se repite en todos los tipos de regímenes donde el dueño de los medios de producción, de la tierra o manufacturas, le impone al siervo de la gleba, al minifundista, al pequeño vasallo o al obrero industrial la cantidad del plusproducto que demanda para dejarlo trabajar en sus tierras o proporcionarle protección o un salario. Para el vasallo, el siervo de la gleba o el trabajador en general ninguno de esos desarrollos cambia su estatus en la realidad laboral porque siempre se le demanda obediencia y disciplina férrea para cumplir con la tasa de plusvalor preestablecida y realizar las diversas faenas enajenantes que las autoridades inmediatas de la empresa le imponen. En el socialismo real la forma de la propiedad de los medios de producción-estatista o cooperativista- no resuelve el problema del esfuerzo laboral del productor inmediato porque la definición de la intensidad y la productividad del trabajo es monopolio de los administradores del poder económico real, ahora en manos del partido- Estado. Se entiende entonces la importancia de la democratización de las decisiones económicas, políticas y sociales, es decir, de la toma del poder de decisión y gestión de los trabajadores a nivel del régimen porque, en la medida en que son los trabajadores los que definen la tasa de plusvalor, pueden liberar energías para el libre desenvolvimiento de las facultades humanas a favor del principio del placer y en contra del principio de la realidad de por sí enajenante. En ese sentido, no es lo mismo una jornada laboral de 8 horas que una de 6 ó 4. Una economía más solidaria y justa, característica del humanismo, se construye a través de la autogestión de los sujetos sociales y políticos, los movimientos y organizaciones de base representativas de los intereses del trabajador que así planifican, gestionan y deciden sobre los fundamentos económicos y mercantiles de la economía, sobre los índices macroeconómicos, sobre las variables de la producción, el consumo, ahorro, inversiones, la distribución de la renta y los beneficios e intensidad del trabajo, que está vinculada a la generación de empleo, es decir, se decide sobre que factores de producción se transformarán en medios de

producción a través del objetivo primero que es el pleno empleo de la fuerza de trabajo. En otras palabras, en la decisión de qué máquina industrial usar como medio de producción se usará la que genere más trabajo para de esa forma disminuir el desempleo. Por ejemplo, ante una situación donde hayan diez trabajadores sin empleo se usa la máquina que de trabajo a ocho o diez trabajadores antes que la máquina industrial que de trabajo a dos aunque esta última sea mucho más productiva porque, en fin, el objetivo de la economía solidaria es el pleno empleo de la fuerza de trabajo y bajo esos parámetros se deciden las otras variables como la productividad del trabajo. Entonces, este tipo de decisiones no solo afectan y definen la productividad laboral sino que también inciden directamente en el modelo de desarrollo porque, a partir de este tipo de decisiones, se establece el marco del sistema de producción en términos de tecnología conveniente y desde ahí la misma lógica del régimen político. Este mecanismo significa establecer una democratización real en la esfera económica pero también política y social porque somete la gestión empresarial a los intereses del productor inmediato y convierte al trabajador en el sujeto de su vida económica porque esas decisiones afectan su calidad de vida al afectar la gratificación que recibe.

El cuarto criterio que incide definitivamente en la construcción de una economía más solidaria, en los términos acá definidos, es la duración de la jornada de trabajo porque una de las claves principales en la construcción de una economía solidaria, fundamento y base central del humanismo, está en la relación entre el trabajo socialmente necesario y el trabajo excedente, entre el principio del placer y de la realidad. Históricamente son los sectores y grupos minoritarios y dominantes los que disponen del disfrute de los beneficios de la producción nacional a través de la propiedad de los medios de producción pero también a través de la definición de las proporciones e intensidad de la productividad del trabajo y de la duración de la jornada laboral lo que, en fin, determina que todos los regímenes anteriores al humanismo, el socialismo realmente existente inclusive, se conviertan en sendas dictaduras económicas con una organización y disciplina militar. La propiedad sobre los factores de producción es central solo cuando ésta se estructura en base a la primacía del derecho a propiedad. En cambio, cuando la estructura del régimen político se basa en la primacía del derecho a la vida damos un gran paso adelante en relación a la democracia económica porque el poder de decisión, imposición y presión pasa desde los tecnócratas a los productores directos, es decir, a los trabajadores. El socialismo hay que entenderlo como el inicio del proceso de emancipación del trabajador y de puente al humanismo, o sea, la sociedad de iguales, sin las clases sociales, que solo tiene futuro si transita desde la dictadura económica, típica de la sociedad clasista, a la democracia solidaria y participativa donde los trabajadores asumen el poder de decisión sobre las cuestiones prioritarias relacionadas con el régimen y la naturaleza del Estado. A través de esas condiciones y criterios es lógico que los humanistas partan

de la cuestión esencial de la toma de decisión del trabajador, de la necesaria ruptura con la lógica de mercado (a través del establecimiento de áreas de la economía nacional que funcionen sobre los principios del valor objetivo y de la equivalencia), de la definición de la productividad del trabajo a través de la construcción de un proyecto de tecnología conveniente y de la duración de la jornada laboral para reflexionar sobre la evolución del régimen político y del componente democrático. En consecuencia, la tarea de la administración y gestión del régimen es prácticamente idéntica con la tarea de la organización económica, es decir, la reconstrucción de las diversas fuerzas de producción, la contabilidad y el control sobre la producción y distribución de los bienes y el aumento de la productividad del trabajo.

La economía social como alternativa.

Con la llegada del nuevo siglo y antes de finalizada su primera década en Latinoamérica se instalaron una serie de nuevos gobiernos y regímenes que evidenciaron la capacidad política y ansias de cambios de la realidad de la mayoría dando una nueva orientación, en todos los sentidos y ámbitos a las relaciones políticas, las luchas por la supremacía, la movilización, la gestión y participación de los trabajadores en la mayor parte de los territorios de la región. En su mayoría, esos nuevos regímenes se posicionaron política y críticamente frente al modelo neoliberal dominante. Igual, no todo fueron buenas noticias porque hay todavía una serie de países, donde domina el neoliberalismo en mayor o menor grado, en que los trabajadores continúan sin poder acceder al goce efectivo de sus derechos y continúan sufriendo los impactos negativos de un modelo que aún en lo económico, en lo social y en lo cultural continúa favoreciendo a una minoría contraria a los intereses de la mayoría. Por lo mismo, fue importante la caída del ALCA como tratado de libre comercio en Mar del Plata, Argentina. Los tratados de libre comercio, como queda claro para la mayor parte de nuestros pueblos, en las intenciones y en la práctica, afirman la voluntad de darle carácter irreversible al modelo neoliberal e impedir al mismo tiempo la formulación de políticas nacionales a favor del trabajador, que finalmente debilitan los procesos de integración regional introduciendo condiciones desfavorables en particular en lo relativo a la producción de bienes nacionales que son el motor del desarrollo interno, de la posibilidad del pleno empleo, la tecnología y soberanía. Mientras tanto, la realidad de esa globalidad definida a partir de los intereses neoliberales presenta un panorama de peligrosa incertidumbre que queda al descubierto en las persistentes crisis del neoliberalismo que así se entremezclan con las crisis del ecosistema, medioambiental y energética, el calentamiento global y la inseguridad alimentaria para sectores que se vuelven así más vulnerables. Todos estos elementos nos anuncian que la nueva crisis sistémica se lleva por

delante no solo nuestras esperanzas sino las condiciones de vida y el empleo en esos países donde todavía militan a favor del libre comercio.

A pesar de las transformaciones Latinoamérica sigue siendo la región con el más alto índice de desigualdad en el mundo. Esa desigualdad solo nos confirma que el modelo hegemónico neoliberal desde hace décadas no sirve para satisfacer las necesidades del trabajador. Además, esa desigualdad nos confirma que si bien el socialismo real fracasó también lo hizo el Estado capitalista, primero en su versión desarrollista- asistencialista y luego en su versión neoliberal. Entonces, esa desigualdad no hace más que confirmarnos el fracaso de la lógica donde prima el derecho a propiedad sobre el derecho a la vida. Una opción que se vislumbra en el tránsito desde ese neoliberalismo al humanismo es así la economía social. Cuando hablo de *economía social* me refiero a una concepción que pretende superar la opción entre el mercado capitalista y su libre cambio y un régimen central, planificador y regulador de la economía que se asocia, antes que a los criterios del modelo productivo y radical, al socialismo real también preso de la lógica de la supremacía del derecho a propiedad. Desde esta perspectiva, la economía social plantea que el mercado capitalista debe ser superado porque por antonomasia es alienante porque es dominado por el poder de presión de los grupos monopólicos, que manipulan los precios, las necesidades, el consumo y formas de socialización a través de su control de la comunicación social que además excluye a la mayoría de los supuestos beneficios del libre mercado. También nos plantea que el régimen fuertemente centralizado, que es típico de los socialismos que realmente existieron en los países de Europa del este pero también de ciertos populismos como el nazismo o el fascismo, tienen que ser superados porque sustraen poder de decisión al trabajador como clase y así asumen la falsa representación de un bien común que se pretende, en la teoría y en la praxis, revolucionario y nacional, actuando como delegado que en ausencia de una democracia sustantiva y participativa fácilmente cae bajo los intereses de los grupos económicos más concentrados. Este doble desafío, la economía social busca superarlo a través de una simbiosis y unidad entre lo económico, la economía propiamente tal y el régimen político a través del acceso al poder de decisión y de gestión de las organizaciones y movimientos representativos de los intereses de los trabajadores entendidos como mayorías con derecho a autogobernarse de la manera más racional posible.

La economía social bajo sus diversas variantes ve la posibilidad de desarrollar una socioeconomía en la que el actor económico no se separa de su identidad social, mucho menos de su historia y de su incrustación en el mundo simbólico e institucional que denominamos como *cultura popular*. Al definir la economía como entidad inseparable de la cultura, la economía social la define como cierto espacio de acción formado no por los individuos y los sujetos utilitaristas que son típicos del neoliberalismo que buscan, de manera individual y egoísta, la satisfacción de sus necesidades a partir de los

recursos de cada uno y bajo la ideología de las expectativas racionales sino que muy por el contrario es un espacio formado por familias, comunidades, organizaciones, movimientos y colectivos que se mueven por instituciones decantadas por la práctica o acordadas como arreglos voluntarios, que actúan haciendo transacciones entre la utilidad material y los valores de solidaridad y cooperación, limitando la competencia cuando ésta impide la satisfacción de las necesidades de todos. No se trata de eliminar el mercado sino que una vez más se trata de la búsqueda del necesario equilibrio entre el mercado y la planificación del régimen político tomando como parámetro el derecho a la vida. Desde esa postura hay que poner límites sociales al mercado capitalista y si es posible construir mercados donde los precios y las relaciones resultan de una matriz social que pretende la integración de todos con un esfuerzo y resultados distribuidos de manera más equitativa. Para la economía social que planteo, el desarrollo de la calidad de vida de los trabajadores y de sus comunidades es favorecido por la acción colectiva de los mismos en todos los ámbitos. Sin embargo, es fundamental el ámbito de lo local porque es donde los conflictos de intereses y una competencia más sana pueden ser efectivamente regulados de manera más transparente, donde las relaciones entre los sujetos se afianzan más claramente sobre los vínculos productivos y reproductivos de cooperación, generando las asociaciones, los movimientos y organizaciones de base más libres que expresan múltiples contradicciones con la organización clásica de la empresa capitalista donde el trabajo se subordina al capital que es autoritario por la necesidad misma de obtener, por parte de los trabajadores, un salario mientras que el capitalista por todos los medios trata de elevar su tasa de plusvalor, de explotación y productividad de la fuerza de trabajo. Lo local es un primer paso para establecer relaciones más democráticas y cotidianas que son centrales para que los trabajadores asuman la participación y movilización por sus intereses para desde ahí batallar a favor del poder de gestión en los otros ámbitos como el regional y el nacional. Así, lo cotidiano permite arrancar el proceso que intenta superar la alienación que implica la concentración de poder en el Estado Nacional.

Esta economía que es social y humanista, desde el momento en que se presenta como alternativa al neoliberalismo desde la perspectiva de primacía de la vida del hombre, produce y proclama nuevos vínculos sociales, otras formas de participación, nuevos paradigmas, teoremas y no sólo utilidades y ganancias económicas porque genera valores de uso para poder satisfacer necesidades de los mismos productores o de sus comunidades que por lo general son de base territorial, étnica, social o cultural y no están orientadas solo por la ganancia, la acumulación de capital o la suba de la tasa media de esas ganancias. Esta economía es social porque vuelve sobre la producción uniendo ésta con la reproducción, al satisfacer de manera mucho más directa y vinculante, las necesidades acordadas como legítimas por los trabajadores movilizados a través de sus movimientos de representación. Pero, para ser

socialmente eficientes, no basta con sostener relaciones de producción y de reproducción de alta calidad, equitativas y justas, por lo que su fundamento es sin duda el trabajo y saber encarnado en los trabajadores y sus sistemas de organización. Pero, la base material de la economía exige (en los períodos de transición en que se necesita convivir con el mercado capitalista) contar con medios de producción propios y eficientes, con créditos, ahorro e inversiones y sostener a través del consumo sus mercados para competir en esos donde aún domina el capital. La competencia es doble. Por un lado, se compete por la voluntad que orienta las múltiples decisiones económicas individuales más importantes y por otro lado se compete con las organizaciones capitalistas en sus mercados pero sin caer en la objetivación de la empresa capitalista, que ve a las personas como sustituibles y sus necesidades como un incentivo que contribuye solo a la eficiencia empresarial. En la economía social también se produce un importante proceso de acumulación del capital pero no en el sentido del Estado capitalista porque esa nueva acumulación se subordina a la satisfacción de las necesidades de todos y a la calidad de las relaciones de vida y de nuevas relaciones sociales que están más allá de la explotación del trabajo ajeno. Además, las organizaciones y estructuras de la economía social no son empresas capitalistas con determinado rostro humano como pretende el reformismo o el régimen de bienestar y hasta el cooperativismo porque su lógica contribuye a asegurar la producción y reproducción de bienes con calidad creciente para la vida del trabajador y su comunidad de pertenencia hasta llegar a la organización nacional e incluso global. Su gobierno interno se basa en la deliberación entre los miembros, que son productores directos y donde cada uno tiene un voto, admitiendo la división del trabajo, los sistemas de representación, la participación y el control de las responsabilidades. En otras palabras, desde un principio y por definición son empresas sin fines de lucro en el sentido capitalista y por lo tanto son empresas no-capitalistas. Su competencia con las empresas bajo la óptica capitalista en los mercados y en el territorio requiere como estrategia ensanchar continuamente el campo de la razón de todas las políticas de la economía social para que las relaciones medidas por el mercado pueda tener ella también una dosis de solidaridad y precio justo, al ser transacciones entre empresas de la economía social.

Esto implica que una parte de los excedentes que estas organizaciones generen se invierta en la expansión del sector creando o subsidiando la etapa inicial de otras organizaciones que simplemente comparten esta nueva lógica. Por ejemplo, ciertas cooperativas productoras de bienes para el mercado en general, para mercados solidarios, o para el autoconsumo de sus miembros, prestación de servicios personales que sean solidarios (como el cuidado de personas, del ambiente, recreación, terapéuticas, etc.) canalización de ahorros al crédito y la banca social, formación y capacitación continua, investigación, asistencia técnica, cooperativas de abastecimiento y hasta redes de consumo colectivo para abaratar el costo de vida, mejorar la calidad del consumo de

los trabajadores, asociaciones de productores autónomos, artesanos, oficios (que venden y generan sus marcas compitiendo en un ámbito cooperativo), asociaciones culturales (como barriales, de género o generacionales, étnicas, comunitarias o deportivas) y la afirmación de las identidades, redes de mutua ayuda, seguro social, atención de catástrofes locales, familiares o personales, sindicatos, espacios de encuentro, de reflexión, sistematización y aprendizaje colectivo. Existe cierta diferenciación, dentro de las corrientes que plantean la economía social, que se refiere a la amplitud social o la focalización en los pobres que, ante la exclusión generada por el neoliberalismo, el trabajador y su familia, los grupos y las comunidades reaccionan desarrollando múltiples iniciativas de sobrevivencia, innovando o volviendo a las viejas prácticas. En parte, son ayudados por las diversas organizaciones que canalizan recursos para sobrevivir en tiempos de crisis e impulsan la asociación, formación de redes y modelos de acción política. Los movimientos piqueteros surgidos en Argentina frente a la inédita situación heredada del neoliberalismo fueron un claro ejemplo. Esas intervenciones estuvieron focalizadas en los sectores más golpeados por la crisis, es decir, en los excluidos y marginados en general porque el neoliberalismo generó también otro fenómeno al que hubo que responder y que tiene que ver con la polarización social y la estigmatización de la pobreza e indigencia que son condiciones necesarias para que desde los sectores más altos del poder se pueda sostener políticamente el modelo asistencialista y benefactor que en fin nada resuelve. La economía social no es para los pobres sino que es una propuesta para todos los trabajadores que logra la inclusión de los pobres, excluidos y marginados. La economía social no se trata solo de aplicar políticas asistencialistas de carácter provisorias-hasta que se reactive la economía y el empleo- porque la realidad muestra que la reactivación en términos neoliberales no resuelve el problema de los excluidos por lo que se trata de activar la capacidad de todos los trabajadores para propiciar por diversas vías el desarrollo de lazos sociales vinculados a la satisfacción de una amplia variedad de necesidades materiales, sociales y de la recuperación de los derechos de todos.

En relación a Latinoamérica y su experiencia en la economía social, la historia nos muestra que el colonialismo europeo y sus instituciones como la monarquía, la iglesia y sus ejércitos de grandes conquistadores y genocidas no encuentran un territorio a descubrir sino que encuentran sociedades bien complejas cuya economía no respondía al modelo mercantilista. Un principio rector de la economía social es que busca necesariamente una convergencia y consenso en defensa del interés de la mayoría que se traduce en compartir la meta de ampliar el mundo del trabajo con calidad humana y calidad de vida basada en la democracia participativa, en la gestión popular y elementos anteriormente definidos que, desde lo más local de nuestro régimen, luche por construir un Estado que va más allá del capitalismo. Es fundamental, es posible y hasta deseable crear las bases y el ámbito desde el cual se expresen

y generen los movimientos sociales, de base y defensa de la cultura popular que, constituyendo sujetos políticos colectivos movilizados, contrarresten las estructuras del neoliberalismo que actualmente se encuentra atravesado no solo por periódicas crisis (que incluso afectan a la economía real) sino por crisis que son de legitimidad y racionalidad en sus propios términos y que dramáticamente siguen marginando y excluyendo a amplios sectores sociales representantes de los trabajadores. Frente a este escenario, planteado por la necesidad de poner en marcha un tipo de economía social, a partir de nuestra especificidad como pueblo y cultura, hay que considerar algunos elementos de primer orden:

- a) En primer lugar, es necesario reafirmar que la economía social y solidaria es una alternativa que va más allá del neoliberalismo porque intenta constituir un equilibrio entre el sector público, la economía social y el mercado capitalista bajo la primacía del derecho a la vida y como primer paso de tránsito desde uno a otro régimen político más justo. Entonces, la economía social es simplemente una alternativa para los hombres cuyo objetivo es una mejor calidad de vida para todos, a partir de la autonomía en la producción, la equidad económica, la justicia social basada en la redistribución de la riqueza a favor de la fuerza de trabajo, la sostenibilidad ambiental y la participación a través de la acción política. Por eso, los movimientos de base, articulados con el sector público, son el principal eslabón en el proceso económico para afrontar el reto de ser sujetos que desde la clase social se convierten en los administradores de su destino. Basándonos en los derechos humanos en su amplia extensión, es decir, teniendo como núcleo los derechos económicos, los sociales, culturales y ambientales e integrando los enfoques de sustentabilidad, de interculturalidad y equidad de género, así como fortaleciendo los procesos de desarrollo local sustentable para la proyección nacional, seremos capaces de construir otro régimen como etapa inicial al cambio social, político, económico y cultural.
- b) Por otro lado, más allá de los distintos desafíos que implica en todos los ámbitos, es necesario también promover la integración regional de nuestros pueblos donde se privilegien los derechos e intereses del pueblo que tenga como fundamento la cooperación, la justicia, reciprocidad y complementariedad en la producción, en el comercio y finanzas, así como en todas las dimensiones de la vida social del pueblo, diferente al modelo de libre comercio que busca hegemonizar, por incidencia de las transnacionales, las discusiones y acuerdos en el seno mismo de la Organización

- Mundial de Comercio y en los tratados comerciales regionales y bilaterales que se pretenden imponer en la región.
- c) Es necesario acompañar decididamente las acciones y las tomas de posición política de las organizaciones y movimientos que en general reivindican los intereses del trabajador que se movilizan en nuestros países en la defensa de la democracia participativa que conduce a la paz social, a mayor armonía, a las conquistas políticas, culturales y económicas pero que también, cuando es necesario, enfrenta la agresiva penetración de los intereses del capital sobre la lógica de la economía social.
 - d) En relación a la cuestión relacionada con las estrategias políticas en la búsqueda de otra forma de vida para la mayoría, es una prioridad compartir, perfeccionar e innovar en las herramientas e instrumentos, métodos y sistemas que busquen mejorar los actuales niveles de eficiencia de los emprendimientos solidarios, sus productos y servicios, con el ánimo de contribuir a una mejor calidad de vida de los trabajadores y sus comunidades.
 - e) Por lo mismo, es necesario promover y fortalecer las redes, las comunidades y los nuevos movimientos nacionales y populares de economía solidaria buscando consolidar espacios idóneos para mejorar la articulación de las organizaciones, así como impulsar alianzas estratégicas con otras redes y movimientos sociales para fortalecer la economía solidaria en las localidades, países y región.¹²

¹² Emprendimientos familiares que se orientaron a la subsistencia de las comunidades, con el surgir de los regímenes populares empiezan a expandirse por toda la región y de esa forma modifican objetivos. Por ejemplo, de atender la inmediata subsistencia de los sectores más pobres y vulnerables pasaron a dar respuestas a necesidades de comunidades más amplias, es decir, evolucionaron desde una lógica de la economía capitalista hacia una economía social. De la mano de ciertos proyectos impulsados desde los gobiernos más radicales a través del ámbito del sector público, las cooperativas de trabajo o fábricas recuperadas tras las crisis, emprendimientos familiares o asociaciones sociales, empezaron a abastecer de alimentos de producción a miles de familias. La mayor parte de los alimentos que se consumen en nuestros países provienen de los cordones verdes de las grandes ciudades donde viven los productores familiares. Entonces, desde esa perspectiva es necesario ampliar la red de productores en los barrios cercanos y siempre pensados desde la producción familiar. Todo estos emprendimientos y organizaciones familiares y de economía solidaria, surgidos desde la resistencia al neoliberalismo y sus consecuencias para los sectores más vulnerables, ahora se empieza a vincular con las producciones familiares que así se relacionan a través de las experiencias asociativas. Para el productor a futuro, la economía social puede empezar a resolver múltiples necesidades y a una nueva escala dado que la

Considerando que el automatismo de los mercados es realmente una postura altamente reaccionaria y considerando que el Estado capitalista y el régimen neoliberal en el que se sostiene también lo es, la mejor manera de organizar la actividad humana es a través de la primacía del derecho a la vida por sobre todas las otras consideraciones porque así la hegemonía de ese libre mercado y de sus dioses se desvanece ante la comprobación de que la expectativa de que todos vamos a vivir mejor si liberamos al mercado es una ilusión que ya ni siquiera es sustentable racionalmente por lo que, en esas circunstancias, la concentración de la riqueza, el ingreso y el poder -y su contrapartida de exclusión social y política de las mayorías- y el descuido del ecosistema, ponen en riesgo no sólo la autodeterminación de los pueblos de la periferia sino también la vida misma en el planeta.

agricultura familiar está en proceso de ampliación al igual que las economías regionales y la soberanía alimentaria.

Capítulo 6: Políticas de integración y crecimiento sustentable.

Las políticas interculturales, plurinacionales y el reconocimiento.

Aún hoy en muchos países latinoamericanos no está arraigada la idea de pensar el régimen político y el Estado como cultura de los pactos porque el poder se construyó en todos los casos a expensas de los grupos y sectores populares, monóticamente y desde arriba sin dejar espacios a la concreción de acuerdos que logran incluir a los trabajadores que en este sentido son grupos subalternos en relación con los dominantes. Mucho menos se abrieron espacios políticos para el desarrollo y señalamiento de los intereses en pugna y así los sectores dominantes niegan las contradicciones, la puja distributiva y lucha de clase llegando al absurdo de negarnos la historia como necesaria evolución de nuestras sociedades. Entonces, nuestras leyes constitucionales aceptaron y receptaron una sola voluntad política aunque en el caso de los pueblos originarios, los indígenas y su inclusión, tema que acá nos ocupa, manifestaron cierta receptividad y sensibilidad frente a cuestiones, demandas y reivindicaciones de éstos pero sin ser considerados como sujetos y actores políticos concretos. Precisamente por eso en muchos de nuestros países, en especial donde los indígenas son minoría, la integración es un proceso mucho más complejo que fue esterilizado por la falta de voluntad de los respectivos gobiernos y del régimen político para buscar las vías de resolución. En este ámbito, la integración es más compleja porque va mucho más allá de la mera integración entendida como simple instrumento de apertura comercial y del impulso de ciertas estructuras e infraestructura en función de los intereses de los capitales transnacionales. Desde esa perspectiva, la integración de estos pueblos significa integración en un Estado y en un régimen político que es plurinacional, equitativo, soberano, justo y fraterno, donde todos estemos dispuestos a preservar y garantizar la vida de los trabajadores en términos del humanismo garantizando, a su vez, cada uno de los derechos de los pueblos y nacionalidades de los aborígenes buscando la armonía con los otros pueblos con los que coexistimos en la región. No es posible ese ideal si los indígenas no son pensados y reivindicados como actores y sujetos políticos reales que sean capaces, a través de todos los medios legales y constitucionales de la aplicación de nuestras normas, de plantear pacífica y racionalmente cada una de sus reivindicaciones, sus problemas y eventuales soluciones. Sin embargo, la realidad (el caso concreto de Chile en el sur de nuestra región fue el más paradigmático en el sentido más reaccionario porque los pueblos originarios fueron excluidos de los beneficios del régimen aplicándoseles incluso la ley antiterrorista) hoy nos muestra que todavía muchos regímenes militan a favor de un ordenamiento político claramente exclusivo en relación al tema de los indígenas. En Chile, a los pueblos originarios se les negó su propia identidad,

fueron ridiculizados por los representantes de la razón neoliberal, se les excluyó y bajo ningún aspecto tuvieron un rol protagónico como actores para plantear y participar incluso en las decisiones que los afectan directamente.

El más grave atropello a los derechos de los pueblos indígenas que se verificó en Chile fue durante la dictadura de seguridad nacional, presidida por Pinochet, a consecuencia de la legislación que esos pueblos originarios tuvieron que soportar como parte de la reacción y de la contrarrevolución en marcha. Pero, estas políticas antes que acallar a los pueblos originarios en realidad lograron, en un plazo más o menos racional dada la magnitud de la represión, poner en movimiento un proceso que fortaleció sus organizaciones representativas definiendo y profundizando, a su vez, sus demandas como pueblos que darán ciertos frutos, bastante relativos, con la recuperación de la democracia. Frente a la amenaza de división de sus tierras ancestrales por parte de la dictadura, a través de los decretos leyes 2568 y 2750 del año 1979, los mapuches lograron articular sus organizaciones de base originando en ese proceso otras instancias de representación de la base, de defensa y reivindicación de sus derechos. Por su parte, el pueblo Rapa Nui, originario de la isla de Pascua, afectado por el desconocimiento de sus derechos como pueblo en relación a su lengua o educación, etc., reactiva su antiguo *Consejo de Ancianos* como instancia de representación familiar y de defensa de sus derechos mientras los aymara intenta defenderse de la privatización de sus aguas ancestrales a manos de las compañías mineras en virtud del dictado en el año 1981 del Código de Aguas. De todas maneras- y a pesar del avance que significó ese proceso en la necesaria organización- la demanda de los pueblos indígenas estuvo en esta etapa fundamentalmente destinada a hacer frente a los problemas específicos que afectaban a cada pueblo en particular sin que ésta se orientase a obtener un reconocimiento y una protección de carácter global por parte del régimen de los derechos que a los indígenas les corresponden como pueblos. Tampoco existen en esa etapa nuevas instancias de coordinación entre las organizaciones representativas de los pueblos originarios que les permitiera avanzar en la elaboración de planteamientos, demandas y políticas comunes para lograr el reconocimiento de sus derechos y establecer a partir de ahí otra relación con el régimen. Recién a finales de los años '80 empiezan a abrirse algunos espacios que posibilitan el encuentro de los pueblos originarios en el país. De esos espacios surgirán propuestas de carácter global y común a los pueblos indígenas con el objeto de enfrentar las situaciones de injusticia que concretamente los afectaron. De esta manera, empiezan a sustituirse las demandas sectoriales y más específicas de cada pueblo por demandas y reivindicaciones mucho más globales en el sentido de que se privilegia un tratamiento más general de los problemas de los pueblos indígenas del país basado en el reconocimiento de su existencia, de su cultura e identidad como también de su derecho a participar en la resolución de sus asuntos.

Frente a la negativa constante de la dictadura de acoger las demandas formuladas por las organizaciones de los pueblos originarios y la escasa receptividad que sus planteamientos encontraron en sus partidarios, éstas, en el contexto del nuevo proceso electoral que por fin se inaugura el año 1989 con la derrota de Pinochet en el plebiscito del año anterior, deciden llevar sus reivindicaciones a la oposición, nucleada en la Concertación de Partidos por la Democracia, para que fueran incorporadas en su plan de gobierno quienes respondieron elaborando una propuesta para los pueblos indígenas que, en lo esencial, asumía como válidos las ideas formuladas por las organizaciones indígenas en sus demandas tanto en lo relativo al diagnóstico de la situación de marginación, exclusión y discriminación, como en relación a la aplicación de políticas destinadas a enfrentar esa situación. Recuperada la democracia formal y asumido el primer gobierno de la Concertación, y a pesar de los importantes avances en el trato dado a los pueblos indígenas en este periodo, la política continuada por la *Dirección de Asuntos Indígenas*, que es una entidad dependiente del Ministerio de Agricultura, se continuó con los trámites de división de numerosas comunidades a pesar del anuncio hecho por las autoridades en sentido contrario. Muchas veces estas políticas, que son contrarias a los intereses de esos pueblos minoritarios, se sustentaron en la represión de las organizaciones indígenas y sus integrantes por parte de fuerzas policiales con motivo de manifestaciones asumidas por esas minorías en especial en cada aniversario del 12 de octubre. Además, los proyectos de reforma legal relativos a los pueblos indígenas sometidos al conocimiento del Congreso Nacional, no encontraron el apoyo requerido para su aprobación. En efecto, debido a las críticas que estas iniciativas recibieron por parte de los partidos, conglomerados y grupos de interés y de presión de la derecha, el parlamento demoró casi tres años en aprobar el proyecto de ley indígena no sin introducir en el camino importantes modificaciones que lo desvirtuaron. Entre los principales reparos que los sectores más reaccionarios de Chile hicieron estuvo los relativos al uso en ellos del término *pueblos indígenas*, el que consideran una amenaza contra el carácter unitario y nacional del Estado y un potencial peligro de futuros procesos de separatismo. Además, estos reparos tienen que ver con el peligro que se cerniría, a partir de ese concepto, al derecho de propiedad que significan, sin más, las normas de protección de tierras comunales de los pueblos originarios. Entonces, entre las limitaciones de este texto legal original en relación al propio texto del proyecto sometido a la consideración del Congreso Nacional y en relación con las tendencias hoy prevalecientes en el derecho internacional sobre la materia, se destacaron las siguientes:

- a) La exclusión del término *pueblos indígenas* que fue reconocido consensuada e internacionalmente a través del Convenio N° 169 de la *Organización Internacional del Trabajo* sobre los pueblos

- indígenas y tribales como manera central de denominación de las entidades de los pueblos originarios que hoy existen en el mundo.
- b) Las limitaciones introducidas al capítulo referido a las Áreas de Desarrollo Indígena, a través del cual se recogía la idea de la creación de territorios o espacios indígenas con mayores grados de autogestión del desarrollo demandada por las organizaciones y reconocida en el derecho internacional. En cambio, hoy estas solo son áreas de focalización de la acción del régimen político en beneficio de esos pueblos.
 - c) Por último, la eliminación del capítulo referido a los jueces de paz indígenas, a través del que se pretendió dar reconocimiento a las formas de esos pueblos para resolver conflictos menores aún subsistentes en las comunidades de modo de dar cabida legal al derecho consuetudinario indígena.

De gran importancia es el rol activo que tienen las organizaciones de indígenas en Chile en relación a la defensa de sus derechos. En términos generales, ese movimiento mostró una gran capacidad de negociación sobre sus reivindicaciones. En efecto, con una actitud de realismo, el grueso del movimiento- a pesar de la difícil situación que enfrentaban sus pueblos al final de la dictadura cívico y militar- optó por la estrategia de la negociación de sus demandas con el régimen haciendo posible así establecer un marco jurídico y político a través del que se pudo avanzar gradualmente en la materialización de algunos cambios menores reivindicados por esos pueblos. Pero tampoco es para festejar el advenimiento de la democracia ni mucho menos porque a pesar del importante cambio verificado en todos los años de falsa transición democrática, en relación a las políticas y definiciones del régimen chileno hacia los pueblos indígenas, la vigencia de una legislación retrasada y de carácter colonial colocó a Chile entre los países donde los avances producidos en la situación de pobreza y marginación de esos pueblos son muy precarios. Lo indígena en el proceso de integración antes bien debe reafirmar la identidad de los pueblos originarios lo que significa reconocerlos como pueblos que antecedieron al Estado nacional surgido a partir de la emancipación de la metrópolis, es decir, reconocerlos como sujetos y actores políticos porque son pueblos con organización política, con pensamiento y cultura, valores y mitos propios que, desde una cosmovisión andina, manejan sus tierras y modos de vida. Es necesario incorporar el reconocimiento de esa identidad indígena que incluye la preservación del idioma, de la cultura, sus

formas de administración de justicia, su cosmovisión de la naturaleza, de sus dioses y medicina.¹³

La independencia latinoamericana tampoco los alivió en relación a su realidad como pueblos porque las élites criollas, con una visión etnocentrista, racista y claramente europea, los mantuvo en su condición de marginados, de no ciudadanos- sin siquiera derechos formales- y hasta de delincuentes. En el mejor de los casos, esto significó la asimilación forzada a la cultura nacional y, más allá de los discursos de integración que vendrían mucho después, los criollos, los blancos o mestizos se arrogarán la autoridad máxima sobre la economía, la política, el comercio y la industria. Siempre fueron segregados, siempre fueron tratados como minorías incluso en países como Bolivia y en Ecuador donde claramente son mayorías. Es decir, cualquiera fuera su peso demográfico se evitó por todos los medios el reconocimiento de estos grupos como pueblos originarios que así resistieron y combatieron contra el olvido, la segregación y el racismo. En muchos países son más de quinientos años de resistencia indígena pero también son siglos de resistencia de los negros, de los criollos, mestizos y el campo popular en su general porque, aunque las mayorías ven como a los pueblos originarios se les margina más que a todos, millones de trabajadores no- indígenas ven como el régimen neoliberal los excluye cerrándoles las puertas a los beneficios del progreso y del avance social, de la ciudadanía, del consumo, la educación, la salud y el trabajo. Por eso, la unidad entre los movimientos indígenas y las diversas organizaciones populares no- indígenas sigue siendo hoy, y a la luz de las experiencias en Bolivia, Ecuador y Venezuela, objeto de debate y de estrategias permanentes. Mientras unos buscan integración a la Nación en el respeto de las diferencias, los otros definen un autodesarrollo fundado en la etnicidad. Desde la década de los '60 y los '80 prevalecen los primeros y donde las reivindicaciones y la movilización de los indígenas se circunscribe en lo esencial en el marco de lucha de los campesinos y del movimiento popular también desembocaron en un callejón sin salida que lleva a que esos grupos y movimientos indígenas se replieguen sobre sí mismo. La globalización neoliberal modifica aún más esa

¹³ Los pueblos originarios que continúan manifestando, que continúan defendiendo, marchando, resistiendo y reivindicando sus derechos estructuran sus propuestas en base a un Estado y un régimen que no considera a la naturaleza como simple objeto e instrumento para un desarrollo que nos conduce a serios problemas ecológicos por decir lo menos. Ellos contraponen la cultura de respeto y comunión con el entorno proponiéndose desde esa perspectiva cuidarla y vivir en equilibrio con la naturaleza porque somos parte integrante de ese ambiente natural. Por eso, la cultura de esos pueblos está fuertemente vinculada con la protección del medio ambiente, con el cuidado de la diversidad y la preservación de tierras y dominio comunitario. Por eso, también estos pueblos buscan detener la deforestación, el saqueo intrínseco de la minería y el descongelamiento de los glaciares.

situación porque provoca una fuerte división y fragmentación de los sujetos sociales que significa un cambio radical en la situación. En ese sentido, el descrédito de los partidos históricos, de los sindicatos y de la política en general, el retroceso de la izquierda frente a la caída de los paradigmas de la igualdad y del socialismo real, auspiciado por sus propios errores históricos, la falta de nuevos paradigmas que favorezcan la reafirmación de la cultura, de las conquistas y derechos del trabajador conjuntamente con la pérdida del ámbito de lo local y lo regional, terminaron minando a las organizaciones políticas tradicionales con lo que de rebelión en rebelión serán desde ahora las organizaciones de los indígenas quienes defenderán al régimen político nacional frente al mercado y cultura global. De hecho, fue la *Confederación de Nacionalidades Indígenas* de Ecuador la que provocó la caída de nada menos que tres presidentes, de ideología claramente neoliberal, entre los años 1997- 2005 que derivó en la presidencia de Rafael Correa y en la Asamblea Constituyente que bastante cambió la situación para todos. En Bolivia, la guerra del agua y después la del gas reunió los fuertes reclamos de los pueblos originarios y las reivindicaciones generales de los trabajadores del Altiplano. Estas batallas terminan con dos presidentes, también de ideología neoliberal, entre los años 2003- 2005 que desemboca en el gobierno de Evo Morales y el Estado plurinacional. Y aunque Evo se apoyó mayoritariamente en los indígenas, su base social se amplió a favor de los intereses de las organizaciones y de los movimientos representativos de los sectores medios urbanos, como las cooperativas, corporaciones y los maestros y trabajadores públicos, los jubilados y legiones de mestizos que comulgan con la mejoría de las condiciones de vida de la mayoría.

Bajo la legítima presión y reacción de los pueblos indígenas en estas circunstancias, expresada a través de los movimientos y organizaciones que los representan, la mayor parte de los países de la región adoptaron otras normas y leyes e inclusive constituciones nacionales que reconocieron el carácter multiétnico y plurinacional del Estado y del régimen. En otros casos menos radicales que el de Bolivia, se otorgaron derechos específicos a los indígenas y afrodescendientes y así, en la mayor parte de los casos, salvo en Chile, a los pueblos originarios se les reconoció cierta forma de autonomía en los aspectos políticos, económicos, territoriales y culturales. Por ejemplo, en Venezuela, reconociendo una deuda histórica con los pueblos originarios, eternamente segregados, durante el mandato de Chávez se introdujo la idea de los indígenas como fuente de la identidad de esa nación. Bajo la égida política del *Ministerio del Poder Popular para los Pueblos y Comunidades Indígenas* creado en el 2006 y con las dificultades propias de un proyecto de esa índole, se emprendió una demarcación de tierras para devolverla a los nativos. Eran tierras que en otra etapa histórica habían sido confiscadas por el capital. De ahí la justeza de la medida. En lo relativo a la cuestión cultural, la autonomía y reivindicación de su cultura es importante en la construcción

de un régimen humanista porque los pueblos originarios tienen una forma de pensamiento y una visión del mundo que va más allá del simple respeto que pudieran o no tener las sociedades occidentales en relación al ecosistema. Ellos saben, desde tiempo ancestral, que toda degradación y violencia contra el entorno y el ecosistema, invariablemente repercute en las condiciones de vida de nosotros y de las generaciones por venir. Así, la *Pacha Mama* (la Madre Tierra) es todas las montañas, los ríos, las cascadas majestuosas, los precipicios vertiginosos. El trueno, los relámpagos y después la lluvia, es decir, una armonía con el cosmos. A partir de esa visión, en los casos más extremos, podría pensarse en ciertas dificultades y hasta incongruencias entre la vida en comunidad y sus valores en relación por ejemplo a las técnicas modernas del desarrollo en beneficio del trabajador como la electrificación, las rutas y todo eso, el desarrollo de ciertas actividades económicas rentables que no siempre tienen en consideración el respeto por el ambiente y hasta como se articula la justicia comunitaria con la ordinaria. Pero, el desarrollo significa que hay que pensarlo en términos del humanismo, o sea, desde la tecnología que es conveniente y a partir de ahí buscar soluciones a los problemas concretos que se vayan presentando en el camino. Se trata de las técnicas de los criollos sin abandonar ni violentar las costumbres de los pueblos originarios para desde esos parámetros buscar la conjunción de los elementos de ambos. La resolución de esta conjunción o simbiosis entre la cultura indígena y la técnica criolla (basada en tecnología conveniente) que a su vez implica reafirmar los valores occidentales de la democracia, el sistema representativo y la movilización con el respeto por múltiples costumbres de los indígenas implica, en el campo de la acción política, reconocer en pleno las particularidades de esos pueblos.

En primer lugar, los países latinoamericanos que aún no lo han hecho, tendrían que reconocer que los pueblos originarios- que coexisten en estos territorios- viven en desiguales condiciones y oportunidades en relación con otras comunidades, de diversas identidades, cosmovisión y cultura en general más cercanas a lo foráneo, europeo y etnocentrista. En esa perspectiva, estos regímenes tienen que abrir caminos de diálogo para que todas las culturas y nacionalidades se expresen en lo que tendría que ser las nuevas estructuras del Estado y su régimen, redefiniendo la noción de ciudadanía y de Nación (el ser nacional) desde la dimensión intercultural. Reconocer lo multicultural es central porque busca entender y reivindicar la diversidad étnica social de nuestros países para encontrar otros canales de construcción y generación del pensamiento que reivindique y ejerza lo público sobre la base de otras formas en las relaciones políticas, sociales, económicas y culturales. Pero, no todo lo multicultural presupone de por sí relaciones entre los sujetos políticos iguales porque existe una importante cantidad de pluriculturalismo que solo es capaz de aceptar lo diverso a partir de relaciones de dominio, es decir, de jerarquías que subordinan desde la cúspide. En esta particular visión son ellos los que

saben. Entonces deciden y mandan a los de abajo que por ignorancia no están en condiciones de definir sus propios intereses como comunidades o sectores y grupos sociales. Ese es el multiculturalismo que solo aceptan los grupos de interés representativos de los dominantes a nivel global porque no cuestiona la centralidad de su cultura, valores, decisiones y desde ahí sus políticas públicas. Por lo mismo, es esta la razón por la que la multiculturalidad tiene que acompañarse de la interculturalidad si en verdad busca la integración de todos bajo la armonía y la justicia de la democracia. La interculturalidad se refiere a las relaciones que se establecen entre las diferentes condiciones de complementariedad y paridad, o sea, sin que se establezca un centro cultural que sea central y hegemónico en relación a las otras culturas involucradas. Por lo mismo, se diferencia del concepto de *inclusión* al que tanto me he referido. El concepto de inclusión en primer lugar se refiere a que los excluidos, de ahora en más, serán incluidos pero, ¿quién es el que incluye a los excluidos en este contexto de primacía de una cultura sobre la otra? El problema es que cuando alguien incluye eventualmente puede también excluir el día de mañana y, por lo mismo, el concepto de inclusión encierra, en su núcleo más profundo, la negación de la multiculturalidad que a su vez se basa en la interculturalidad porque solo de esa manera la inclusión es definitiva en cuanto que perdura en el tiempo consolidándose en las mismas estructuras del régimen político.

Los excluidos no reclaman inclusión en este sentido más abstracto y restringido sino que reclaman el reconocimiento y la horizontalidad antes que la verticalidad en las relaciones entre los pueblos y culturas, trato igualitario y justicia. A partir de ahora, el tema ya no pasa solo por los incluidos y los excluidos del régimen sino que en estos términos pasa por una cuestión de reconocimiento en el sentido del justo trato, de equidad en las relaciones entre culturas y en las oportunidades igualitarias. Solo así, es decir, a través de la construcción de un régimen político humanista, se logra esa auténtica inclusión que implica el reconocimiento de todos. Se trata de incluir y de construir, a través del reconocimiento y desde las bases propias del régimen, un Estado plurinacional e intercultural entendiendo que no puede haber en absoluto plurinacionalidad sin interculturalidad.

La batalla por la ley de medios de la democracia.

Una discusión, que es irritante para muchos de los que se encuentran en el campo popular, tiene que ver con las nociones de unidad, tolerancia y efectividad de las acciones políticas porque muchas veces, ante el grado macabro de nuestros dramas y de lo tibio de las reformas conseguidas en relación a la búsqueda de los consensos necesarios para hacer frente a éstos, se cree que mantener la urgencia de la unidad en las acciones políticas obliga a ocultar las diferencias al interior del movimiento popular y a posponer,

para un futuro incierto, la discusión de estos temas en público. Esto siempre bajo la lógica de suponer que provoca el debilitamiento por división en el movimiento. Algunos grupos y ciertos dirigentes en ese sentido podrían sostener la suposición que es necesario mantener la unidad a toda costa para defender una falsa solidez que gira alrededor de la resistencia y movilización del trabajador. Por el contrario, me parece que la posibilidad de fortalecer la resistencia y la lucha en todos los frentes contra los neoliberales implica profundizar en la unidad de los trabajadores a partir de la democratización de los movimientos y organizaciones populares. Sin pretender ofrecer la última palabra creo que rehuir este debate impide la construcción de una formación política que contribuya a enfrentar los ataques de la reacción de derecha. Esa formación tiene que profundizar en el debate porque la fortaleza teórica es lo que ayuda a garantizar cualquier propuesta que conduzca a la lucha por la asamblea constituyente en los países en que aún el neoliberalismo es una realidad y a la lucha como el medio para edificar un régimen político que busque superar el neoliberalismo.

Desde esa perspectiva, una batalla fundamental se da en la temática de las comunicaciones y la información por ser cuestiones muy sensibles en la construcción y en la defensa de un proceso democrático de transición desde el neoliberalismo al humanismo. En primer lugar, hay que tener en claro el carácter intrínsecamente mercantil de los medios de comunicación que como tales necesitan contratos para cubrir gastos, invertir en tecnología, pagar a sus trabajadores y acumular ganancias. Es la consecuencia de la lógica del neoliberalismo al que no escapa ninguna organización más o menos masiva e importante, es decir, hasta hoy no puede ser de otra forma y por eso necesitan establecer convenios sobre publicidad y propaganda sea con el gobierno o con empresas privadas. Por eso, defienden sus intereses como grupos de poder y presión y por eso la independencia y objetividad de esos grupos es una quimera. Los grupos y holdings de la comunicación se encuentran alienados detrás de los intereses de los dominantes, de inspiración ideológica neoliberal, que desde la estructura del poder conspiran contra el cambio en las relaciones de fuerzas que involucren el ascenso de los intereses de los trabajadores intentando así cooptar a periodistas y a dirigentes populares para hacer fracasar la expresión política más combativa de la movilización y participación popular. En general, muchas veces creemos que los problemas de nuestros países son exclusivos de nuestros regímenes, sin embargo, es la temática de la democratización de los medios masivos de comunicación e información la que nos muestra la coincidencia de los temas a resolver en nuestros países por el solo hecho de ser países dependientes estructuralmente de los centros globales de poder. Vivimos en un mundo globalizado bajo las directrices neoliberales, somos países fuertemente dependientes y vinculados por cuestiones políticas, históricas y culturales y por lo mismo los problemas que nos aquejan son comunes a todos en cuanto región que forma parte de un

sistema comercial global que no nos favorece. El sistema comercial global es un sistema de poder como lo fue el colonialismo en otra etapa histórica (luego devenido en neocolonialismo) que emerge a partir del neoliberalismo y sus intereses y se acentúa rápida y vigorosamente a través de la revolución en las comunicaciones. Esto implicó un desarrollo y crecimiento importante del sector especulativo- financiero, del movimiento de capitales desregulados y del librecambio pero también significó estar más conectados y vinculados a través de las comunicaciones con otros países por los problemas que nos son comunes.

En principio vivimos día tras día una realidad construida a través de ciertas informaciones que condicionan nuestras pautas de comportamiento y hasta nuestra calidad de vida a partir de que- en base a esas informaciones y definiciones- se construye la agenda de gobierno que nos afecta a todos. Por eso, es necesario que en el tema de la información exista la mayor cantidad posible de transparencia y en la cuestión relativa a la comunicación la mayor cantidad de voces. Es decir, mientras mayor cantidad de voces, mientras más puntos de vista, conceptos y verdades existan, más objetivo y democrático es el proceso de resolución de los problemas socialmente importantes. Así, la realidad social se construye a partir de las comunicaciones y la información y para construirla no es necesario caer en la grosería de mentir (aunque la mayor parte de los medios de comunicación globales y dominantes lo hacen) porque basta con mostrar o acentuar algunas cosas y no mostrar e ignorar otras. Es la forma de censura en democracia formal típica del reformismo de los dominantes. El problema es que la manipulación que los medios masivos de comunicación hacen de la información, y a partir de ésta, de la realidad cotidiana, un asunto muy grave. Por ejemplo, en septiembre del 2001 todos nos horrorizamos ante la caída de las torres gemelas y de los atentados al Pentágono en el que murieron unas tres mil personas inocentes y de todas las nacionalidades y credos, sin embargo, ese mismo día y todos los días mueren en el mundo treinta mil personas de hambre, de las cuales unos seis mil son niños y otros 2700 infantes mueren de sarampión. Cada una de esas muertes, que son totalmente evitables, no nos escandalizan porque son muertes que, a diferencia de las víctimas de los atentados a Estados Unidos, naturalizamos a través de los medios masivos de comunicación. Existe un discurso bastante macabro que nos afirma que esto tiene que pasar porque supuestamente no hay recursos para la alimentación de todos lo que es otro de los graves mitos del neoliberalismo. Pero, no es en realidad necesaria ni inevitable que suceda de esta manera porque sí existen los recursos para alimentar a toda la población del mundo que pasa hambre. Por ejemplo, con U\$ 50 mil millones por año se termina el flagelo del hambre en el mundo- cifra que comparada con los recursos invertidos en el presupuesto militar de Estados Unidos- son casi centavos, apenas chiroalitas. Sin embargo, terminar con el hambre en el

mundo también significa terminar de una vez por todas con la especulación financiera y las ganancias extraordinarias de la industria agro- alimentaria.

¿Qué nos queda entonces de la objetividad o la imparcialidad?

¿Qué nos queda de la independencia de los medios de comunicación?

Nos queda poco porque la realidad muestra que los medios masivos de comunicación- los grandes monopolios y aún las radios y hasta los medios comunitarios en general- están fuertemente comprometidos con la realidad lo que significa que defienden determinados intereses en perjuicio de otros. En esto no hay nada cuestionable porque cada uno tiene sus convicciones y su sistema de ideas y en ese sentido solo podemos aspirar a alcanzar apenas una parte humanamente posible de objetividad, sin embargo, lo que es más grave es que los medios de información y comunicación se pretenden dueños de la objetividad y de la verdad absoluta. La única imparcialidad posible se da en el contexto del mayor pluralismo posible en el ámbito del régimen político, es decir, mientras más plural sea la información cotidiana, la participación y la movilización de los que deciden, más nos aproximamos a la democracia y la objetividad y así es moral y políticamente inviable y condenable seguir sosteniendo que los medios de comunicación tienen cierto acercamiento místico con lo absoluto que los lleva a convertirse en los defensores de la libertad de prensa. A partir de los preceptos de los sectores dominantes se trata de reforzar una vez más el mercado libre eliminando las regulaciones en el sector de la información y de las comunicaciones, para continuar el saqueo también económico y político del sector público, para reducir el rol de los sindicatos y las organizaciones populares, para dividir y después liquidar la resistencia popular estableciendo centros de producción en donde haya garantía de mano de obra barata, casi esclava, que estimule la intervención del régimen solo en beneficio de la acumulación privada del capital, de las corporaciones y sus intereses que van contra mano de los intereses de las mayorías. Los medios masivos de comunicación buscan reforzar esos mitos que finalmente son parte de una racionalidad más compleja de dominio. Lo grave es que incluso la expresión *mercado libre* sólo es una manera de hablar de algo que no existe porque el consumidor no se relaciona directamente con el productor sino solo a través de los intermediarios y así el precio de venta de un bien o un servicio lo pone el vendedor y no se negocia al tiempo que la demanda se determina por una campaña de mercadeo donde es superfluo el contenido del bien producido y solo importa las luces de colores que despiden. Es similar a lo que pasa en el plano de la actividad de la comunicación e información, es decir, las prácticas del mercado se trasladan a esta esfera y lo que importa es la apariencia del personaje y no su contenido, la inmediatez y jamás el contexto porque este último, el contexto, implica un análisis un poco más minucioso. Se provoca la frase corta y vulgar, los hechos escandalosos, esos que impacta al oído y ya se cree que se está haciendo periodismo pero en realidad no se está generando ningún discurso fundante. Esto simplemente

se manifiesta en la esencia de la política neoliberal, en relación al periodismo y todos los temas, porque el neoliberalismo, fundado en silogismos, fábulas y metáforas, es una forma carente de contenido que resalta los aspectos vanos y superficiales de la vida y de los personajes o dirigentes que pretenden y se muestran como figuras públicas pero donde lo fundamental es la promoción de la imagen y no del argumento razonado.

En ese sentido, los sectores populares necesitan una opción ética como condición primera para transformar la vida en comunidad entendiendo que no es un recurso racional ni un agregado que adorne el discurso y lo haga más atractivo sino que es una acción política más humanista e inclusiva. Por eso, en todas las expresiones de la lucha, en el rol jugado por los periodistas y los medios de comunicación que se pronuncian y militan contra la lógica reaccionaria del Estado capitalista, la opción ética y los valores surgidos en este proceso son centrales porque la guerra- decía algún teórico por ahí- es la continuación de la política por otros medios y la política en tanto tal es la prosecución de la cultura popular y la resistencia inherente a ésta por otras vías. Sólo gana la confrontación quien vence la batalla cultural e ideológica, el que logra construir un arte de lo posible que domine las conciencias de la mayoría. Esas batallas también se libran en gran parte con los medios de comunicación. La guerra mediática es por lo mismo el preámbulo necesario de la política y las estrategias de poder. Mientras las guerras militares tienen treguas, pactos y rendiciones incondicionales, las culturales son incesantes, globales y en continua transformación. Entonces, los monopolios mediáticos se parecen a los financieros, industriales y los comerciales porque también luchan por expandirse, concentrándose cada vez en menos manos y usando su poder de presión como herramienta para incrementar ese poder, mediante normas que faciliten su acumulación o a través de conflictos que expandan mercados y apropien recursos. Su objetivo es colocar bajo el dominio total de la acumulación privada del capital monopólico la infraestructura económica y política para someter con todos sus bríos los monopolios mediáticos a la estructura y la lógica del racionalismo neoliberal que determina la conducta y las acciones del Estado y su régimen político. Además, las guerras libradas entre los poderes de los monopolios mediáticos, informativos o industriales contra los países en vías de desarrollo son asimétricas precisamente por la desproporción de los recursos estratégicos y económicos involucrados. Pero, esos recursos económicos no siempre aseguran el triunfo de los monopolios porque esas batallas se libran antes que nada en el campo político, ideológico y cultural que es capaz de reforzar, cambiar y transformar la lógica del régimen. Los ejemplos de los regímenes populares de principios del siglo XXI respecto de la cuestión de los medios de comunicación, nos muestran que se puede librar un conflicto mediático contra una oposición golpista, reaccionaria y muy violenta sin apartarse un ápice del estricto cumplimiento

de las normas democráticas. Pero es necesario abrir una contraofensiva en lo que serían tres frentes que me parecen prioritarios:

- a) Primero, la aprobación y defensa de una amplia ley de servicios audiovisuales acorde con la profundización de la participación de los trabajadores que en ese sentido reivindica y profundiza la democracia porque busca multiplicar las voces y la regulación legislativa del espacio radioeléctrico.
- b) En segundo lugar, la creación de medios de comunicación y de información tanto privados como también de servicio público, alternativos, comunitarios y libres de las presiones políticas de las grandes transnacionales de la comunicación que tengan en cuenta los intereses y conceptos de los sectores populares como primera prioridad.
- c) Por último, el uso soberano de la potestad del sector público de otorgar y renovar o no las diversas concesiones sobre el espacio radioeléctrico aunque en el proceso haya que luchar contra las múltiples presiones y tensiones de los sectores dominantes.

En aplicación de estas tácticas el gobierno popular tiene la opción de crear canales de contenido más general que reivindiquen la cultura popular (los documentales comunitarios), canales de noticias dirigidos a la audiencia nacional y latinoamericana, algunos sobre el debate parlamentario con el fin de favorecer la transparencia en las decisiones que hacen al régimen por lo menos en el ámbito del parlamento, canales juveniles, locales, regionales y contestatarios. De hecho, una vez que se ponen en marcha los cambios en favor de un régimen popular (entendido como gestión de los trabajadores en el sentido que hemos visto) esas mismas necesidades de gestión democrática hacen que en el ámbito comunitario surjan centenares de pequeñas radios y medios de carácter comunitarias y otros tipos de expresiones que manifiestan las necesidades de los trabajadores en ese ámbito. Conjuntamente con ello, el régimen político tiene que desarrollar normas constitucionales que exijan veracidad de las fuentes de información, la pluralidad de ésta, limitaciones al tiempo de publicidad y porcentajes de producción nacional e independiente. El factor decisivo en esta confrontación es que producto de la movilización y consecuencia de los sectores de la cultura popular los monopolios mediáticos progresivamente pierdan su credibilidad hipotecando ese importante recurso en beneficio de los intereses que siempre representaron. Así, analizando la información de los medios hegemónicos, existe el país real que es el de la producción, el de la inclusión, de la educación y el trabajo y al mismo tiempo existe el país virtual que esos medios masivos de comunicación intentan imponer a pesar de los éxitos de los sectores populares. Los cambios en la legislación inciden no solo en la lógica de esa lucha por los intereses de unos

y otros, por la multiplicación de nuevas voces o la defensa de los intereses de los conglomerados de la información sino que incluso, los cambios en la legislación sobre los medios de comunicación, inciden hasta en el aspecto tecnológico. De una u otra manera siempre llegamos al fondo del asunto que es la democratización de los medios y que inciden en nuestra percepción de la realidad política y formación de la agenda pública. Esa democratización así no sólo se refiere a los contenidos porque también incide en la realidad económica de los sectores mayoritarios de cada país. Una ley de medios más democrática sobre medios audiovisuales, la radio, internet, la comunicación digital en general y la televisión, debe permitir que tanto las empresas del sector como los gobiernos locales, los regionales y nacional, así como las cooperativas, universidades, organizaciones sin fines de lucro y movimientos populares en general, como los pueblos originarios, puedan acceder a una licencia para operar. En el mismo sentido democrático, hay que poner límites concretos a la concentración de licencias fijándose topes a la cantidad de esas licencias a las que puede acceder un mismo concesionario. Por último, la ley tiene que favorecer necesariamente al prestador de los servicios nacionales limitando la participación del capital extranjero en los medios y creando órganos colegiados para la aplicación, la interpretación y el cumplimiento de las normas establecidas por ley. Es importante plantear que se necesitan muchas voces porque vivimos una etapa caracterizada por ser un momento de intensidad, de movilizaciones y participación de los sectores populares, con múltiples discusiones y batallas que invitan a la multiplicación de voces y medios de comunicación.

En una etapa de ebullición, movilización, participación y debate de los trabajadores, a nivel del régimen, tiene que ver también con las controversias que nos atraviesan como países y de las que es protagonista el trabajador porque la política volvió con mucha fuerza a las raíces de los movimientos y organizaciones populares. Nuestros pueblos logran vencer, en alto grado, las reticencias y conformismo, esa cultura de resignación que el neoliberalismo en su época más nefasta intentó implantar. Lo más interesante del tema de la democracia en las comunicaciones es que va en directo beneficio de ampliar el debate sobre la agenda pública que a su vez enriquece la democracia porque profundiza el debate, la resolución y definición de los problemas que se perciben como importantes, sus conflictos, batallas y pujas.

Soberanía alimentaria.

Otro tema que es muy importante por estar relacionado estrechamente con la lógica del régimen inclusivo, soberano, nacional y popular, entendido como de tránsito al humanismo, es la cuestión de la soberanía alimentaria por la importancia que reviste en la calidad de vida del trabajador. La soberanía alimentaria es un concepto introducido, con mucha mayor relevancia a partir

del año 1996 por una agrupación denominada *Vía Campesina* en la ciudad de Roma, con motivo de celebrarse la *Cumbre Mundial de la Alimentación de la Organización para la Alimentación y la Agricultura* (FAO).¹⁴

Soberanía alimentaria, como política y elemento de desarrollo de los regímenes políticos en relación a la inclusión y cohesión social, en relación al crecimiento, la calidad de vida y el humanismo, es la facultad de cada uno de nuestros regímenes (a través de la articulación entre el sector público y las organizaciones populares, las pequeñas y las medianas empresas y en general todos los sectores hacia los que puede expandirse el humanismo) para definir sus políticas agrarias y alimentarias de acuerdo a objetivos de desarrollo sostenible y seguridad alimentaria de toda la población. Esto implica la protección del mercado interno, a través de la aplicación de las políticas que militen en ese sentido, contra los productos excedentarios que se venden más baratos en el mercado global y contra la práctica del dumping, contra las ventas por debajo de los costos de producción que solo pueden sostener las transnacionales comprometidas con el tema e interés ligado a la agricultura y alimentación. La soberanía alimentaria es por eso una ruptura con relación a la organización actual de los mercados agrícolas puesta en práctica por la *Organización Mundial del Comercio* que trabaja y moviliza en la perspectiva del interés de los grupos de poder globales. La seguridad alimentaria tiene que centrarse en la disponibilidad de alimentos y bienes alimenticios en general porque esa soberanía incide también en los modos de producción de los alimentos y su origen resaltando la relación que tiene la importación de alimentos más baratos- siempre producidos por las transnacionales- con el debilitamiento de la producción y la población agraria local. En relación a la historia del concepto de *soberanía alimentaria*, éste hace su aparición en el *Foro Mundial por la Seguridad Alimentaria*, en la que *Vía Campesina* lanza este concepto. En este foro también se hizo hincapié en el rol crucial que los trabajadores organizados podían jugar para implementar los compromisos de los gobiernos derivados de esta nueva política alimentaria. Por otro lado, la soberanía alimentaria, en el foro del 2002 establece como definición que:

“La soberanía alimentaria es el derecho de los pueblos, comunidades y países a definir sus propias políticas agrícolas, pesqueras, alimentarias y de tierra que sean ecológica, social, económica y culturalmente apropiadas

¹⁴ Esta organización, la *Vía Campesina*, se definió como “*un movimiento internacional de campesinos y campesinas, pequeños y medianos productores, mujeres rurales, indígenas, gente sin tierra, jóvenes rurales y trabajadores agrícolas. Defendemos los valores y los intereses básicos de nuestros miembros. Somos un movimiento autónomo, plural, multicultural, independiente, sin ninguna afiliación política, económica o de otro tipo. Las organizaciones que forman la Vía Campesina vienen de 56 países de Asia, África, Europa y el continente Americano*”

a sus circunstancias únicas. Esto incluye el verdadero derecho a la alimentación y a producir los alimentos, lo que significa que todos los pueblos tienen el derecho a una alimentación sana, nutritiva y culturalmente apropiada, y a la capacidad para mantenerse a sí mismos y a sus sociedades.”

La soberanía alimentaria nos plantea una nueva matriz productiva, que revoluciona la cuestión económica, política y social porque implica otras medidas agrícolas y alimentarias que incorporan una amplia serie de temas como la reforma agraria, el control del territorio nacional, el mercado local, la biodiversidad, la autonomía, la cooperación, la deuda externa, la salud y otros relacionados con la capacidad de producir alimentos de manera local. Abarca políticas referidas no sólo a localizar el control de la producción y de los mercados sino también a promover el derecho a la alimentación de todos, el acceso y control de los pueblos sobre la tierra, sobre el agua, los recursos genéticos y la promoción de un uso ambiental sostenible y equilibrado de la producción. Todo eso implica la economía social que a su vez se basa en la soberanía alimentaria como meta a alcanzar. Entonces, ¿qué consecuencias tiene la soberanía alimentaria en el ámbito de la política? Sus consecuencias son amplias en relación a las formas de actuar del régimen político porque esta tiene que ver precisamente con el derecho de los trabajadores a definir y gestionar la política agraria y alimentaria de nuestros países. Es también el derecho de los campesinos a producir alimentos y el derecho del consumidor a decidir que quieren consumir y como se produce. La soberanía alimentaria, como política del régimen, incluye en primer lugar priorizar la producción agrícola local para alimentar a la población. Para ello, los campesinos, como los productores del mundo, necesitan contar con bienes y servicios públicos, con cierta infraestructura como las carreteras y trenes para poder acceder al mercado o un precio de garantía para cosechas y créditos para su producción. De esta manera, asignar fondos públicos de apoyo a la transición desde los negocios agroindustriales bajo la lógica neoliberal a la agricultura sustentable en el tiempo es una política que brinda apoyo a la conservación de las tierras, recursos y hasta la venta directa de agricultores a consumidores reforzando la idea de la alimentación como derecho primero en el proceso de primacía del derecho a la vida sobre los otros derechos humanos. Por otra parte, el acceso de los campesinos a la tierra como recurso, al agua, el crédito y las semillas es una necesidad sin la que la política de soberanía alimentaria es una utopía. Es necesaria la reforma agraria, la definición del agua como recurso de bien público (que hay que repartir de forma sostenible) y la lucha contra los organismos genéticamente modificados para el libre acceso de todos a las semillas. El tema de las semillas es muy importante porque éstas- por la centralidad que le corresponde en la producción rural- son apropiadas por el sector privado a través de la producción de semillas transgénicas y patentes

comerciales. Esto significa nada menos que privatizar la última parte del proceso de producción rural que tienen las transnacionales que así buscan controlar la vida de los hombres. Por lo mismo, de ahora en más empieza una resistencia por la defensa de la semilla recuperándola para todos porque esa semilla es la esencia de la vida, de la agricultura. En tercer lugar, la soberanía política implica reconocer los derechos de los campesinos que desempeñan un rol esencial en la producción agrícola y alimentación de la población. Implica, en general, la siempre postergada o frustrada reforma agraria que va más allá del simple reparto de la tierra porque significa también la creación de condiciones necesarias para garantizar el éxito de la agricultura familiar. Es el primer paso a un modelo diferente de desarrollo porque sin el acceso a la tierra es imposible reducir la pobreza rural porque cuando las mayorías no tienen acceso a recursos productivos el resto de las políticas son irrelevantes.

Es el punto de partida de un camino alternativo de desarrollo porque el cambio en el desarrollo económico hacia un modelo inclusivo, que aumente el nivel de vida de los hombres, empieza con una reforma agraria real. Pero, en cierta época, esa reforma agraria se convierte en un tema tabú bajo la ideología del *Consenso de Washington* y, por lo mismo, nuestros regímenes dependientes de los centros globales del poder, incluso en el ámbito político, cuando se impone el neoliberalismo no logran trabajar a favor de la reforma agraria hasta que los movimientos de campesinos llegaron a ser más fuertes empujando el tema de la reforma y colocándolo otra vez en el debate sobre el desarrollo. Otro punto está en el derecho de los consumidores a decidir que quieren consumir, como y quien lo hace. Implica poder protegerse de las importaciones agrícolas y alimentarias demasiado baratas y en ese sentido defender los precios agrícolas ligados a costes de producción. Esto es posible siempre que nuestros regímenes políticos tengan el derecho de gravar con impuestos las importaciones demasiado baratas comprometiéndose a favor de una producción campesina sostenible y ligada al mercado interno. Por las implicancias de las políticas ligadas a la soberanía alimentaria es claro que las políticas neoliberales impiden el desarrollo de la soberanía alimentaria porque priorizan el comercio y los intercambios globales bajo el auspicio de los intereses de los clanes familiares dominantes y no en la alimentación de los pueblos. Las políticas neoliberales no contribuyeron en absoluto en la erradicación del hambre en el mundo a pesar que desde hace muchos años existen recursos para ello. Estas políticas incrementan la dependencia de las importaciones agrícolas y refuerzan una industrialización de la agricultura que hace peligrar el patrimonio genético, cultural y medioambiental del planeta, así como nuestra salud. Como correlato, el neoliberalismo empuja a millones de campesinos a abandonar sus prácticas agrícolas tradicionales, al éxodo rural o a la emigración. Instituciones internacionales como el *Fondo Monetario Internacional*, el *Banco Mundial* o la *Organización Mundial del Comercio* aplican desde hace mucho esas políticas que son dictadas por los

intereses de las transnacionales. Entonces, los acuerdos globales, auspiciados y bendecidos por la *Organización Mundial del Comercio*, los acuerdos regionales de librecambio de productos agrícolas, permiten a esas empresas el control del mercado global de los alimentos. Se deduce de ahí que la *Organización Mundial de Comercio* es una institución de carácter global que está incapacitada para tratar temas relativos a la alimentación y agricultura desde el momento en que a través de la aplicación de sus políticas incentiva el fenómeno del dumping siendo éste el que destruye la producción y la soberanía alimentaria. En el mundo las importaciones agrícolas a precios más bajos que los costos de producción destruye la economía agrícola local y familiar. Es el caso de la leche europea importada a India, de la carne y de los cereales de la comunidad europea a África y otros tantos productos que se exportan desde los países más desarrollados a los menos. Así, el proceso de transición que conduce a la soberanía alimentaria termina con el dumping. La soberanía alimentaria no está contra los intercambios justos entre países pero sí contra estos fenómenos que desvirtúan los intercambios comerciales más justos y equitativos. La prioridad dada a las exportaciones permite garantizar al pueblo la seguridad alimentaria a la vez que intercambia con otras regiones una producción específica que es la diversidad de nuestro planeta. Hace falta dotar a estos intercambios globales de una nueva matriz de producción.

- a) En primer lugar, esta matriz tiene que priorizar en la producción local y regional frente a la exportación. O sea, luego de lograda la soberanía alimentaria, es decir, cubierta las necesidades del mercado interno hay que destinar el excedente a la exportación en un marco de un sistema productivo integrado y equilibrado. En esto tienen mucho que ver el tipo de cambio de equilibrio desarrollista.
- b) Después, que en la práctica se autorice a los países y regiones del mundo a protegerse de importaciones a precios muy bajos para evitar el fenómeno del dumping que desvirtúa los mercados y la satisfacción de las necesidades básicas de alimentación de la población.
- c) En tercer lugar, permitir la aplicación de políticas de ayuda y de incentivo de la producción familiar y local en el marco de una economía que reivindica el derecho a la vida como prioridad.
- d) Por último, garantizar la estabilidad de los precios agrícolas a escala global mediante acuerdos internacionales de control de la producción.

En relación al acceso a los mercados globales de los campesinos, ésta no es una solución porque como productores directos en verdad el problema específico de estos sectores no es la falta de acceso a esos mercados sino que

por el contrario es la falta de acceso a sus propios mercados locales ante una realidad que impone precios muy bajos para sus productos. En ese sentido, el acceso a los mercados globales de los productos agroalimentarios afecta sólo al 10% de la producción mundial que sin embargo está controlada por unas cuantas transnacionales agro-industriales. Los productos tropicales, como el café o banana, lo ilustra claramente desde el momento en que esos mercados solo benefician los intereses de los países centrales mientras los productores directos, los campesinos de esos países periféricos, no logran mejorar su situación. Entonces, para revertir esta cuestión, las políticas agrícolas deben apoyar una agricultura campesina, local e integrada en una economía social que así sea sostenible en el norte más desarrollado como en el sur periférico. Para poner en marcha esa soberanía alimentaria nuestros regímenes políticos deben apoyar la producción agrícola para poder garantizar la alimentación, preservar el medio ambiente, desarrollar una agricultura sostenible y mejorar la calidad de vida de todos.¹⁵

En circunstancias de fuerte desigualdad en el intercambio comercial global debemos preguntarnos cuál es la alternativa en relación a la cuestión agroalimentaria y la soberanía del pueblo al respecto. Es necesario entrar en contacto con los movimientos de base comprometidos en el tema para apoyar iniciativas y acciones como la ocupación de tierras, iniciativas de producción campesina sostenible, la defensa de las semillas locales, acciones contra los organismos genéticamente modificados y contra el dumping bajo la lógica de construir una economía social que nos integre a todos como productores y consumidores. La integración de todos en la economía social, que nos entienda como trabajador, productor y consumidor no es una quimera porque la producción agrícola aumentó en los últimos años enormemente y eso implica que existe suficiente alimento y recursos para satisfacer necesidades de toda la población mundial. ¿Cómo se entiende entonces la hambruna que aqueja al hombre? Se entiende no por la falta de recursos sino por la forma en que se encuentra organizada la producción y los intercambios de bienes y servicios a nivel global, por su lógica, sus mitos y razones y, desde ese punto de vista, es el neoliberalismo el máximo responsable de esos dramas. Es el neoliberalismo quien expulsa campesinos de sus tierras y, en ese sentido, son los campesinos sin tierras los que tienen la más baja renta, son los más pobres y los que están menos equipados porque tampoco tienen acceso a la tecnología ni al crédito. Por eso, en ese sector es tan alta la inmigración a la ciudad donde hacen el trabajo menos calificado perpetuando la desigualdad, la pobreza, exclusión y marginación. Por su parte, el libre comercio favorece

¹⁵ Es Estados Unidos junto con Europa los que abusan de recursos y ayuda del sector público para reducir sus costos y así sus precios en el mercado interno mientras practican el dumping con sus excedentes en el mercado global. De esa manera destruyen la agricultura de menor escala tanto en sus países como en los nuestros.

a los grandes productores agroalimentarios y sus negociados y por lo mismo es tremendamente destructivo para los pequeños agricultores por las propias desigualdades que la competencia genera en este nivel. El mercado en estas condiciones no puede satisfacer las necesidades de los hombres. Además, las políticas y dogmas de los neoliberales nos afectan a todos. Afectan tanto a los empleados administrativos de las grandes empresas, a los empresarios de las empresas nacionales, a los trabajadores de cuello blanco, los obreros, los estudiantes, amas de casa, mineros y campesinos que viven de la tierra como a los pequeños pescadores que viven del mar porque a cada hora, en todos los lugares del mundo, el poder se concentra y se globaliza. Por ejemplo, las políticas impulsadas desde el Banco Mundial, el Fondo o por la Organización Mundial de Comercio afectan a las comunidades de pescadores artesanales que abarcan a nada menos que 100 millones de personas de todo el mundo. El pescado es un alimento vital para la alimentación pero la concentración de la industria pesquera en unos cuantos consorcios (que acaparan casi el 80% de la producción pesquera del planeta) pone en riesgo también la seguridad alimentaria. Una sola transnacional de la pesca opera la flota comercial más grande- fuera de China- extendiendo sus tentáculos a los cinco continentes y desplazando a las industrias nacionales y la pesca artesanal. Entonces, para hacer frente al neoliberalismo es necesario fortalecer las organizaciones y las plataformas comunes para alcanzar una alianza entre el mar y la tierra para abrir nuevos caminos y formas de producción de alimentos de todo tipo.

Lo interesante es que a partir de la cuestión de la soberanía alimentaria se logra reabrir el debate sobre la siempre necesaria y postergada reforma agraria. En el último tiempo, la población de campesinos se redujo de manera drástica y por primera vez en la historia del hombre, la población que vive en las ciudades está superando a la población rural. Por lo mismo, la propiedad de la tierra vuelve a concentrarse año a año en antiguas y nuevas manos. Resurgen los latifundios que en otras épocas se combatió. Mientras tanto, las familias de los campesinos expulsados de sus tierras, ancestrales en la mayor parte de los casos, aumentan por las acciones de esa agricultura manejada por los monopolios que así liquida progresivamente las explotaciones familiares tanto en los países industrializados como en los periféricos y la producción de alimentos se convierte, a partir del control de las multinacionales, en un negocio global. Aquí estamos en presencia del modelo agroexportador que se impone bajo la tutela y lógica de los organismos representantes de los intereses globales dominantes como la *Organización Mundial de Comercio* que sencillamente trabaja contra de la agricultura familiar, local y la cultura campesina y de los pueblos originarios que buscan integrarse bajo la óptica de una economía social. Todo está diseñado para fortalecer este modelo agroexportador, es decir, la construcción de infraestructura o la construcción de autopistas o embalses, la apropiación del conocimiento, la tecnología, la liberalización del comercio, la flexibilización laboral y la desregularización

de los derechos del trabajador y ajustes en los periodos de crisis. Este modelo agroexportador es profundizado por las nuevas élites y los sectores sociales dominantes en Latinoamérica (venidos de los tiempos de la independencia y reafirmados en su poder a través de un pacto neocolonial con el imperio inglés de entonces) a través de la represión y violencia que se expresa en asesinatos de campesinos. Frente a esto urge fortalecer la lucha contra la impunidad, la represión y violencia e impulsar todas las formas de resistencia porque los grandes cambios, y no las tibias reformas, solo vienen a través de la movilización y la participación social. Es fundamental un plan estratégico alimentario que supere la idea de una agricultura industrial y del monocultivo a gran escala destinada a la exportación, es decir, que está basada en altos volúmenes de producción descuidando la calidad de los bienes generados, precios bajos y entendida como segmento del sistema comercial global antes que como sector integrado a la economía nacional que además expulsa a los campesinos a la miseria y exclusión. Esto significa también que en lugar de producir productos sin sabor para el mercado global es necesario producir comida real para trabajadores reales en la economía a través de prácticas agrarias sustentables en todo sentido.

Los agro combustibles y el impacto sobre el medio ambiente.

A partir del dominio y del control del neoliberalismo, que reemplaza al desarrollismo como régimen político, la humanidad profundiza la cuestión de la injusticia y la mala distribución de recursos y beneficios de la producción de bienes y servicios a nivel nacional y global. En ese contexto, el problema una vez más es el de la injusticia, que produce en el sector agrícola de los países periféricos varios sectores de trabajadores ahora hambrientos que en consecuencia terminan emigrando a las ciudades lo que conduce, al mismo tiempo, a la disminución de la cantidad de agricultores de pequeña escala y economía familiar. Ese proceso de continua concentración de la propiedad de la tierra y la producción agrícola, auspiciada por los adelantos tecnológicos (al que solo tienen acceso los productores monopólicos) conduce a procesos de producción biotecnológicos, o sea, a la posibilidad cierta de manipulación genética de semillas, cultivos y el ganado que supuestamente solucionarían los grandes y graves problemas del hombre en relación a la alimentación, los recursos naturales, mineros y energéticos. Entonces, es ahí donde la industria agroalimentaria ve la oportunidad de extraer ganancias enormes en toda la cadena alimentaria. Sin embargo, el sistema alimentario tal y como estaba desarrollado en ese momento, es decir, tremendamente descentralizado, les impedía aumentar sus ganancias a niveles extraordinarios. Para cambiar esa situación empiezan un proceso de descentralización del proceso productivo en el ámbito concreto de los agroalimentos. Todo lo que tuvo que hacer la industria agroalimentaria fue convencer a los gobiernos de que la revolución

biotecnológica podía poner fin al hambre sin hacer daño al medio ambiente, es decir, a través de un proceso de sustentabilidad que por lo demás es una actividad de tal complejidad que esos desafíos biotecnológicos solo pueden ser encarados por las transnacionales o el sector público donde este último en la realidad del neoliberalismo- no invierte dejando esos procesos bajo el control de los grupos de intereses más concentrados. El sector público solo se remite a regular y controlar, a través de medidas y políticas antimonopólicas, a los sectores concentrados de la economía lo que sin embargo no impide que las empresas agroquímicas se apoderen de semillas a partir de la producción de los organismos genéticamente modificados, políticas monopólicas o de dumping que los lleva a controlar y comprar otras empresas productoras de semillas. A partir de ahí, los nuevos regímenes neoliberales se convierten en garantes de la protección de las inversiones de esas industrias otorgándoles patentes primero sobre las plantas y luego sobre los genes. A partir de ahora, las reglamentaciones de inocuidad para proteger a los consumidores, ganadas arduamente en el transcurso de más de un siglo de luchas, ceden frente a los alimentos y medicamentos que desde ahora son modificados genéticamente.

La industria transnacional obtuvo la concentración de la propiedad y la producción para controlar esos mercados. De las cientos de compañías de semillas e instituciones públicas de mejoramiento de los cultivos que existían hace solo unas décadas atrás, ahora sólo quedan unas cuantas transnacionales que controlan más de dos tercios de las ventas globales de semillas que son de su exclusiva propiedad. Por otro lado, de las docenas de compañías de plaguicidas que existían hace solo unas décadas, en la actualidad también unas cuantas, menos de diez, controlan casi la totalidad de las ventas de agroquímicos a través de intercambios generados por el sistema comercial global. En otras palabras, en solo un par de años de neoliberalismo unas cuantas corporaciones de la alimentación y agro negocios se hicieron con el control de por lo menos una cuarta parte de la biomasa anual del planeta, es decir, de los cultivos, del ganado, de la pesca y energía. La soberbia llega a tal punto que hoy las corporaciones globales, con la ayuda de las tecnologías que logran controlar, creen estar en condiciones de producir cualquier bien fabricado a partir del carbono de combustibles fósiles que se obtiene a partir del mismo carbono que hay en las plantas. Entonces, además de cultivos, las algas de los océanos, los árboles de nuestras selvas y bosques y hasta el pasto de la sabana pueden ofrecer los recursos y materias primas para alimentar a la población y producir combustibles, fabricar aparatos y curar enfermedades mientras se elude el problema del calentamiento global. Pero, para que la industria haga realidad esta visión, los regímenes deben hipotecar algunas políticas prioritarias para el desarrollo y el crecimiento de nuestros países aceptando que esta tecnología es demasiado cara para ser encarada por el sector público. Solo entonces se puede dismantelar los diversos reglamentos, normas y las leyes proteccionistas y aprobar más patentes que refuerzan los

monopolios. Como pasó con la biotecnología bajo la óptica neoliberal, las tecnologías adoptadas no tienen por qué ser socialmente útiles ni tampoco ser técnicamente superiores, no tienen por qué ser rentables porque todo lo que tienen que hacer es eludir la competencia y las alternativas y coaccionar a los regímenes políticos para que abandonen el control y las inversiones en estas áreas de la economía. Una vez que el mercado está monopolizado poco importa cuáles son los resultados de la tecnología. El problema es que en un contexto de crisis global, crisis a la que nos acostumbra el neoliberalismo, se multiplican los conflictos laborales relativos con las grandes compañías de la alimentación, la destrucción del medio ambiente y otros dramas de la vida monopólica que se convierten en parte de la nueva normalidad. Por ejemplo, ya es rutina la escalada de los precios del petróleo y su incidencia sobre los costos de los alimentos que también es acompañada de reacciones sociales y sindicales con epicentro en los denominados países periféricos. El aumento del precio de los alimentos básicos, entre ellos el trigo, el maíz o el arroz, afecta fuertemente a países como Méjico, Indonesia o Yemen, que hasta hace un tiempo no tenían una situación de urgencia al respecto. También hay que considerar, dentro de la lógica de oferta y demanda del automatismo de los mercados, que la suba de alimentos básicos se debe al fuerte incremento de la demanda agregada de éstos en los países emergentes, al aumento de la población mundial, la proliferación de inundaciones y sequías por el cambio climático y el mayor apetito de la industria de los agro combustibles por los cereales. Lo cierto es que la fuerte demanda de alimentos simplemente genera la posibilidad de efectuar sólidos negocios a las transnacionales a través de sus filiales afincadas en los países periféricos que actúan con reglas de apropiación capaces de poner en riesgo la soberanía alimentaria de los regímenes anfitriones y en muchos casos pueden amenazar seriamente la salud de los consumidores. También esas compañías se convierten en focos permanentes de conflictos sociales.

Las alternativas entonces se reducen a dos. Por un lado, las siembras, las cosechas y en general la producción de alimentos, su distribución y su posterior venta implican un sistema a partir del cual pueden satisfacerse las necesidades de las mayorías en relación a la alimentación, el desarrollo y el crecimiento o, por otro lado, hacer de esa producción un régimen altamente dependiente de las normas de producción y distribución controlado por la lógica y los recursos de las transnacionales. Esto último es grave porque las transnacionales se han granjeado con justicia la reputación de perseguir sus fines de lucro a toda costa, incluso sacrificando a los trabajadores, el medio ambiente y la salud de la mayoría. Por su parte, Greenpeace continuamente denuncia la conducta de las multinacionales en Latinoamérica que están fuertemente involucradas en el deterioro del ecosistema regional. En el rubro alimentario, Greenpeace señala que hay empresas globales que depredan los recursos pesqueros en países como Chile mientras contaminan y hasta violan

sistemáticamente los derechos laborales en países como El Salvador. La imposición de medidas neoliberales se refleja en la situación del trabajador y sus grupos familiares y se expresa políticamente a través de la flexibilización laboral, la subcontratación y tercerización de la fuerza de trabajo. Se expresa también a través del trabajo a destajo y la pérdida de derechos laborales, a través de la violencia y leyes que conducen a un continuo empobrecimiento de los trabajadores. Además de las crisis políticas, comerciales, financieras, económicas y sociales que produce el propio neoliberalismo con sus formas de actuar, éste también produce crisis ecológicas en vastas regiones de la aldea globalizada a través del control y la elección de recursos energéticos fundamentales en perjuicio de otros menos contaminantes que en la mayoría de los casos son también recursos no renovables como el preciado petróleo. Sin embargo, las grandes empresas y el gobierno de Estados Unidos hoy- una vez que ya tienen bajo control recursos estratégicos como el petróleo- están dedicando fuertes inversiones a desarrollar fuentes de energía y materiales que no dependan de éste. Una de las líneas principales es el desarrollo de la *economía de los carbohidratos* que es una nueva escalada tecnológica que aumentará la disputa por las tierras, las plantaciones y los cultivos agrícolas, que ahonda en la pérdida de soberanía alimentaria de nuestros pueblos y que, además, plantea efectos devastadores para la biodiversidad, para la economía familiar de los campesinos e indígenas y las comunidades locales a pesar de que desde el imperio, como el genuino representante de los intereses de las transnacionales, continuamente se intenta plantear que este tipo de recursos energéticos son una real alternativa al deterioro del clima auspiciado por las energías clásicas como el petróleo o el carbón. Esta forma de producción, de la economía de los carbohidratos o del azúcar, se basa en el uso de biomasa, es decir, del uso de cualquier materia biológica para extraerle azúcares (de ahí el nombre) que fermentados se convierten en combustibles o de manera directa en sustancias como plásticos. Se produce etanol a partir del maíz, la caña de azúcar y otros cultivos. Pero ya está demostrado que esta generación de recursos, conocidos como agrocombustibles, no es capaz de resolver una serie de problemas relativos con la competencia que se establece contra la producción de los alimentos para los hombres en relación al uso de la tierra. De esto deriva el retroceso del cultivo del maíz o de la caña de azúcar para consumo humano que implica en el corto plazo una suba considerable de los alimentos básicos de la alimentación. Pero, las ganancias en estos negociados es de muy alto rendimiento por lo que las transnacionales, que controlan ése y otros sectores que son claves como el semillero (que incluyen los organismos genéticamente modificados, las cerealeras, las petroleras, los fabricantes de automóviles, el monocultivo forestal, la celulosa o farmacéutica) apuestan a la biología sintética o ingeniería genética extrema. Esta consiste en construir microbios artificiales que aceleren los procesos de extracción de azúcares, su fermentación y conversión en químicos, polímeros y otras sustancias, a partir

del uso de insumos biológicos como cultivos forestales, agrícolas o los pastos (...) buscando producir plásticos, combustibles, fármacos, cosméticos y otros productos.

Lo que diferencia la producción de estos bienes de lo que serían los organismos transgénicos es que la inserción de material genético no proviene de otro ser vivo existente sino que proviene de secuencias que son diseñadas artificialmente en laboratorios modificando en un proceso de ingeniería el propio metabolismo de algunos microbios ya existentes. La idea, valga la soberbia, es crear otras formas de vida totalmente artificiales y al servicio de los intereses de las corporaciones globales. El problema es que el uso de ese tipo de microbios artificiales implica un aumento considerable y exponencial de los riesgos y problemas de todo tipo, incluso éticos, que plantean los transgénicos al ecosistema y la salud. Estas corporaciones, muchas veces auspiciadas por el *Departamento de Energía de Estados Unidos*, financian emprendimientos que buscan apropiarse y mercantilizar la mayor cantidad posible de biomasa del planeta. Según algunos estudios de ese departamento en cuestión, en el mundo se usa apenas el 24% de la biomasa del planeta de manera inequitativa pero, una vez más, esto no es impedimento real para que busquen quintuplicar la apropiación de biomasa para uso de Estados Unidos. Así, afirman que al emplear celulosa, árboles y residuos de la cosecha, lo que provoca una enorme degradación del suelo, no competirán con los alimentos lo que es totalmente falso porque se hacen con los recursos de las mejores tierras en cuanto a rendimiento y del agua. Se vuelve necesario considerar otra vez los impactos de la producción de los agros combustibles como los obstáculos para la construcción de la soberanía alimentaria pero también de la soberanía energética de nuestros pueblos, un tema no menor en relación al crecimiento y desarrollo de nuestro sistema productivo- tecnológico. Hay que expresar de manera clara, con la participación y movilizaciones en todos los ámbitos, todas las críticas en relación al modelo y la estrategia de promoción de los agrocombustibles porque, en fin, éstos no son auténticos vectores de desarrollo desde el momento en que violentan la supervivencia del hombre y su medio ambiente. Tampoco son sinónimo de sustentabilidad mientras los agro combustibles representan un fuerte obstáculo para el cambio estructural en nuestros sistemas de producción y de consumo, de agricultura y de matriz energética, que responda a los desafíos que presentan los cambios climáticos en base al concepto de tecnología conveniente.

Estas empresas y organizaciones y su modelo de agricultura industrial no es sustentable porque es un modelo viable solo a través de la expansión de los monocultivos, la superexplotación de los recursos naturales, el suelo o el agua, la fuerte concentración de la propiedad de la tierra y del uso intensivo de los agroquímicos. Los agrocombustibles representan una grave amenaza para la producción de alimentos de consumo humano porque, más allá e independientemente del cultivo usado para producir energía, comestibles o

no, detrás de este tipo de lógica de la producción subyace la competencia por la tierra, los cultivos, la energía y el agua. La estrategia de difusión global de este modelo agroenergético, muchas veces bajo el auspicio de gobiernos que aportan todos los recursos, incluso económicos y humanos, por ejemplo, a través de la acción de sus ministerios o de sus instituciones financieras y de investigación, reproducen los impactos y problemas relativos con el cuidado del ambiente y por lo mismo, los movimientos y organizaciones sociales y de base tienen que cuestionar cada una de las estrategias de expansión de los agrocombustibles a través del sistema comercial globalizado. Los supuestos beneficios ambientales de los agrocombustibles son desmentidos siempre por las comunidades que están siendo afectadas, cada vez en mayor número y en intensidad, por la imparable expansión del cultivo energético. Al desaparecer los bosques y los ecosistemas nativos desaparece también la biodiversidad que, en esas condiciones, no puede sobrevivir si no es en un hábitat que les sea propio. Mientras tanto, las poblaciones que logran subsistir gracias a la biodiversidad animal y vegetal, se ven obligadas a dispersarse perdiendo la posibilidad de existencia como pueblo, como cultura e identidad. Los suelos y superficies cultivables, junto con el agua, son recursos vitales, que además no son renovables. Por eso, se generan fuertes presiones sobre el uso y abuso de la tierra en los países periféricos en especial en los tropicales que, política y económicamente, son mucho más dependientes y vulnerables que los del sur de América. En esos países, superficies y grandes extensiones de tierras agrícolas, que anteriormente estaban destinadas a la producción de alimentos, son reemplazadas por cultivos para la producción de energía. La tierra que tendría que usarse en la producción de alimentos es ahora destinada a la producción de agro combustibles para las grandes potencias. Esto no deja de ser paradójico porque mientras millones de seres humanos viven en la peor miseria y pasan hambre, la producción de agro combustibles solo acelera la contaminación por el uso y abuso de pesticidas y fertilizantes que deja a muchas poblaciones de los países más vulnerables sin el vital acceso al agua potable de lo que se derivan graves enfermedades. Tanto en Latinoamérica como en África, cultivos como el ricino se unen a la producción de los combustibles a partir de sustancias vegetales mientras se avanza rápidamente en la investigación de combustibles de segunda generación, que pueden ser ya producidos experimentalmente a partir de los árboles. En ese sentido, los monocultivos extensivos de árboles de eucalipto para la producción de papel es un problema de gravedad en países como Brasil, que contiene esa gran reserva ecológica que es el Amazonas, en Colombia o Uruguay. Es bien previsible que la presión de estos cultivos de árboles sobre la población y el ambiente aumente cuando la investigación para producir agrocombustibles concluya.

De acuerdo a las denuncias de comunidades locales y organizaciones sociales y de derechos humanos, las multinacionales productoras de aceite de

palma o de soja, usan violentas prácticas para hacerse del control y posesión de la tierra de las comunidades aborígenes o campesinos con la complicidad de las fuerzas de la policía, los ejércitos y autoridades que además se hacen los distraídos ante la formación de fuerzas militares. Familias o comunidades de indígenas, antes autosuficientes a partir de los recursos del bosque y del campo que los rodeó, se convierten ahora en víctimas de este tipo de grupos y de fuerzas del poder muy corruptas. Es evidente que la crisis energética y la real posibilidad o no de superar estos escollos en el proceso de crecimiento y desarrollo es una cuestión prioritaria y, por lo mismo, habría que incentivar el debate sobre éste y otros tantos temas fundamentales como elementos de éste. Es necesario que los problemas energéticos de los países desarrollados, para que las corporaciones continúen sosteniendo sus altas rentabilidades, no busque solucionarse a expensas de la alimentación de la población de los países de la periferia. No es válido ni posible seguir aceptando que debido al agotamiento inminente de los combustibles fósiles en el corto o mediano plazo, los regímenes políticos de los países de mayor desarrollo que, junto a las empresas multinacionales controlan y sostienen la matriz de dominio del sistema comercial global, estructuren el mundo promocionando falsamente los agro combustibles como una solución sostenible y amigable cuando solo logran exacerbar los problemas económicos, sociales, culturales, políticos y de desarrollo de los países periféricos. Toda argumentación relativa con la imposición de políticas energéticas relacionadas con la producción de agro combustibles en nuestros países son inviables en el largo plazo porque es falsa esa argumentación referida a la posible sostenibilidad de los recursos naturales a partir de esos bienes, es decir, por las mismas consecuencias de este tipo de producción (que inexorablemente nos conduce a la concentración de la propiedad de la tierra, nos conduce al monocultivo, la destrucción de las economías familiares, locales y comunitarias y a una fuerte erosión de nuestro ecosistema) no es una opción que sea viable desde el punto de vista del humanismo que siempre necesita insistir en el mejoramiento de la calidad de vida. En fin, el monocultivo industrial no puede nunca ser sostenible en el tiempo.

Capítulo 7: El desarrollo y el bienestar.

Nuevas formas de articulación del régimen político.

La democracia se basa en la participación de las mayorías en todos los ámbitos del acontecer nacional y en el respeto por los derechos humanos en toda su extensión y en su más amplio contexto. No solo en el respeto de los llamados derechos civiles sino también y muy en especial de los derechos económicos y sociales que se traducen en satisfacer las distintas demandas de los trabajadores relacionados con una vida material y espiritual dignificada por las acciones de los que viven de un sueldo. Hay que considerar que la gente más necesitada, los pobres y excluidos en general, bajo ninguna forma son equivalentes a los trabajadores porque estos últimos están sujetos a la disciplina de los métodos de producción y tienen una tendencia natural, por sus propias experiencias, a organizarse. En cambio, los más vulnerables, los pobres, excluidos o marginados, son desempleados o subempleados siendo esa miseria más amorfa que la de los trabajadores que están sindicalizados. Los pobres y estructuralmente excluidos o marginados de los beneficios del neoliberalismo no nos ofrecen la base material para construir un régimen más justo y por eso tienen que ser integrados al trabajo y a las luchas por mejores y dignas condiciones de vida. Hemos visto como las transnacionales, como empresas de vanguardia, paulatinamente socializaron el sistema económico y productivo basándose en recursos de la ciencia y los adelantos tecnológicos. Pero, la toma de decisiones y la apropiación de los bienes y beneficios del régimen de producción siguen siendo privados y así compramos el progreso y la tecnología a expensas de los más débiles. Se sigue que la humanidad se ve más amenazada por su riqueza que por su pobreza y precisamente por eso los medios de producción tienen que ser socializados y convertidos en objeto de control democrático a partir del derecho a la vida de los trabajadores. La cuestión es que esos procesos son extraños al neoliberalismo simplemente porque éste no puede hacer realidad los derechos sociales y económicos de las mayorías. Su lógica es otra y de ahí nace la intrínseca necesidad de los hombres por la lucha y la movilización que nos conduzca a nuevos frentes de combate. Es necesaria que esa lucha evite el crecimiento desmesurado de la miseria. La resistencia se plantea en todos los ámbitos donde se expresa la lucha por la supremacía entre el interés de uno y otro. Es el arte del poder que no cede un ápice, no retrocede ningún centímetro y en caso de que lo hagamos será para dar un gran salto adelante, para avanzar en la conquista de nuestros derechos democráticos. La lucha se plantea desde la perspectiva que nadie es prescindible. A pesar de que esa afirmación es una obviedad, las víctimas que produce el neoliberalismo con sus políticas nos muestran que ese régimen, tanto ayer en su forma de dictadura de seguridad nacional como

hoy en su forma de democracia formal y abstracta, no tiene ninguna voluntad política de reconocer a los sujetos y actores cuyos derechos son violados de manera sistemática por los dominantes de poder. Más grave es que en cierto momento del desarrollo del neoliberalismo por la necesidad de su expansión y consolidación, esos derechos abstractos y formales dejan de existir. Ahora el problema es que donde estos derechos no existen no pueden ser violados. Pasa entonces que el régimen neoliberal reconoce derechos solo a algunos, a través de la asignación por el mercado de los bienes de consumo necesarios para la vida en comunidad, al tiempo que la mayoría pierde sistemáticamente esos derechos a través de la exclusión y la falta de reconocimiento.

Por las consecuencias de la imposición del neoliberalismo al interior de nuestros regímenes, el tránsito desde el benefactor al neoliberalismo que es mucho más extremo, solo podía hacerse en una primera etapa a través de las dictaduras de seguridad nacional. Las clases dirigentes, a través de sus ejércitos y sicarios, aparecieron como la única institución capaz de subvertir el régimen democrático e institucionalizar la violencia para desde ahí hacer frente a la fuerte combatividad de los trabajadores. La identidad de clase que vinculará en esta fase de transición a los grupos políticamente dirigentes con la clase económicamente dominante se desarrolla a través de una legitimidad tecnocrática capaz de estabilizar provisionalmente los regímenes autoritarios. La instauración de esa nueva paz social depende entonces de la capacidad que revelan los regímenes para frenar la radicalización de los trabajadores y sus movimientos que al mismo tiempo abren el camino a otras formas de acumulación de capital en estrecha vinculación e integración con el capital foráneo. Acá hablo de una legitimidad ideológicamente bastante restringida pero no por eso frágil. Sin embargo, la reducción de las esferas de decisión y la hipertrofia del sector público bajo las dictaduras de seguridad nacional en empieza a tener efecto negativo para el desarrollo del neoliberalismo porque éste necesita de la libre fluidez de la información. Es éste precisamente el primer factor que explica la tendencia de los años '80 a la democratización de nuestros países. En otras palabras, aparece la necesidad de adaptar y hasta suavizar el sistema de control- dominación para poder ampliar los canales de comunicación entre los sectores y grupos de intereses que tendió a traducirse en proyectos democráticos a partir de las nuevas realidades particulares de nuestros pueblos. El otro proceso que desestabiliza la dictadura de seguridad nacional es el surgir de movimientos sociales de base que hacen peligrar el régimen porque su dinámica no se reduce a las de las oposiciones liberales consentidas por la razón de los regímenes autoritarios sino que nacen como resultado de transformaciones en las relaciones sociales. Estos movimientos traducen, manifiestan y expresan el abismo que desvincula las aspiraciones de segmentos cada vez mayores de población de la lógica profundamente represiva de ese régimen omnipresente. Todo lo popular ahora es sospechoso porque las organizaciones gubernamentales, el gobierno y el sector público

en general, se separa y se escinde cada vez más de los trabajadores y de sus organizaciones, movimientos, intereses y necesidades. Por eso, se refuerza la represión, por eso la aparición de una nueva diversidad de formas represivas que confiere a esos movimientos sociales un rol propio en la dinámica global de la lucha de clases. Las reivindicaciones propuestas son muy heterogéneas y algunas traducen realidades engendradas por la acelerada acumulación de capital como el movimiento contra el alza del costo general de vida o de múltiples manifestaciones directamente políticas que combaten e impugnan de frente la naturaleza represiva de esos regímenes.

La importancia de estos movimientos sociales- algunos plasmados en el surgir de organizaciones no gubernamentales o asociaciones civiles- es que crean un espacio autónomo de expresión de los trabajadores y esto obliga al régimen a buscar otras formas de legitimación. Así, estamos ante un proceso de transformaciones con características de apertura y democracia. El cambio producido, tanto en el ámbito económico, social y político, da cuenta de una realidad bien distinta ante la que hay que ubicarnos como actores sociales y políticos y desde ahí plantear diversas estrategias y modos de acciones para crear un espacio autónomo en el cual movernos. En ese ámbito de lucha y de entrecruzamientos entre versiones contradictorias sobre la percepción que cada cual tiene de la realidad aparece una vez más el realismo político como forma de dominio y control en el sentido que a partir de éste se hace frente a las crisis sociales, políticas y económicas heredadas de las dictaduras que nada resuelven. A partir del realismo político se frena el mejor lenguaje de los humanistas, un nuevo léxico y el arte de lucha, de poder y de lo posible que no es capaz de radicalizar sus posturas y que así descansa en una falsa visión de la vida a favor de la opresión política que acecha furtivamente la descomposición de la lucha de los trabajadores para desde ahí atentar contra la vida. Lo grave es que este realismo es sinónimo de razón, de un sentido común, de lógica y hasta de responsabilidad política que son exhibidos como valores inmutables y prioritarios a la hora de justificar las medidas y políticas más irracionales de los gobiernos presos del reformismo. En otras palabras, con los criterios políticos de ese reformismo final los sectores dominantes lo que buscan es justificar las fronteras de lo lícito, posible y utópico. Entonces, sobre la base de esas consideraciones es falso afirmar que el realismo político es neutral en términos de interés e ideología política. A partir de esta verdad, caracterizada en algunos países por la clara derrota de los actores populares a través de la feroz represión, emerge otro discurso político que pugna por la aceptación de la realidad, es decir, que trabaja en favor de la aceptación del neoliberalismo como natural, histórico, inevitable y racional. El realismo pugna así por la necesidad de recrear un sistema de reglas compartidas que conduzcan a una articulación y sumatoria de intereses siempre confrontados. Sin embargo, parten de la idea de que el neoliberalismo es el fin de la historia y que en ese sentido no es racional intentar modificar las bases sobre las que

el sistema se sustenta. El reformismo y su realismo ilegítima las demandas sociales en beneficio de una supuesta estabilidad del régimen.

El hecho de que el régimen político actúe así, es decir, que considere ciertos tipos de reclamos justos como peligrosos y amenazantes para el orden democrático significa simplemente que adopta determinada posición política ante una cuestión planteada por un actor social (posible política pública) y que toma partido por un sistema de reglas iguales para todos en lo formal pero que en los hechos parte de una inevitable desigualdad de los actores en pugna. Esta aceptación implica una particular valoración de qué sistema de normas es preciso recrear en función de qué prioridades y en beneficio de qué proyectos, a partir de qué tipo de actores y en virtud de qué intereses son interpretados como relevantes o socialmente importantes. Esto supone cierta interpretación de la realidad que conlleva la distinción entre lo que es posible e imposible, lo legítimo e ilegítimo. El paradigma de ese realismo es aceptar con la mejor resignación el sometimiento a las actuales formas de la realidad, de la política económica neoliberal, donde la utopía ya no es la democracia socialmente más justa y equitativa sino la democracia formal. Así pensado, el régimen democrático y su cultura, sus razones e intereses, no se viven como etapa a superar en favor de una mejor calidad de vida sino que se vive como utopía. Por eso hay que considerar la variación, dentro de nuestros regímenes políticos, de las estructuras y modalidades del poder al interior del régimen. Nos encontramos entonces frente a una limitación de las posibilidades de los sectores populares en la defensa y reivindicación de sus intereses tanto desde el punto de vista económico como político y en ese contexto las alternativas son más acotadas porque socialmente implican grandes costos sociales y económicos para los trabajadores, sus formas y condiciones de trabajo. Un ejemplo de como el neoliberalismo excluye cada vez una cantidad mayor de trabajadores de los exiguos beneficios de su régimen político, se ve en el tema de la inflación y las formas en que buscan solucionar esta cuestión. Los neoliberales nos dicen que los desequilibrios en los gastos del sector público se manifiestan a través de consecuencias inflacionarias, o sea, a partir de una inflación distinta al capitalismo monetario. Dicen que cuando avanza la espiral inflacionaria, el régimen no dispone de otros instrumentos de acción que la reflexión crediticia de manera que los nuevos paganos no son capaces siquiera de crear otra imagen de la vida y de la economía. El supuesto se basa en el postulado que es necesario restringir las actividades económicas, que es necesario enfriar y ajustar la economía, hasta que la misma fuerza de trabajo (los trabajadores) se resigne a aceptar salarios que permitan de nuevo establecer el excedente económico y la capacidad de acumular del Estado capitalista. Esta supuesta verdad, trágicamente implementada, no tolera en absoluto otro tipo de divinidades que no sean las que habitan el Olimpo y defienden la fe y creencias de los neoliberales. Además, nos permite entender que las crisis son reales y que no pueden corregirse con medidas ortodoxas

del neoliberalismo porque son políticas contraproducentes que provocan costos sociales, políticos y económicos de la mayor gravedad y que a todos nos afectan. En el ámbito político puede incluso significar la pérdida de los valores democráticos en los países institucionalmente más débiles. Entonces, el reformismo solo es capaz de derivar en radicalismo cuando esos mismos movimientos son capaces de capitalizar en su favor las frustraciones de los trabajadores que así se convierten en una renovación de ideas, principios, ideales y políticas de trascendencia heroica. De todas formas, es increíble que aún hoy con las cada vez más recurrentes crisis del neoliberalismo que también afecta a los países más desarrollados, los trabajadores de esos países sorprendentemente sigan adheriendo a políticas e ideas superadas décadas e incluso siglos atrás y que emerjan bajo la expresión de un régimen neoliberal que es excluyente en lo político, en lo social y en lo económico.

El capitalismo, en su actual versión neoliberal, está en crisis porque se manifiesta un dinámico desequilibrio de las economías de los países centrales y más aún en los periféricos. En Latinoamérica, esas crisis se manifiestan en los países que aún insisten en el neoliberalismo, en la imposibilidad de frenar la exclusión social de los mercados de consumo, del laboral, de la ciudadanía y otros. Los axiomas y preceptos del hambre empiezan a nutrirse de la nueva ideología económica del neoliberalismo aunque la realidad, en definitiva, sea otra y aunque continuamente se muestren las irracionalidades de esa manera de pensar el desarrollo. La realidad, en lo más profundo de los anales de la historia actual del sistema comercial globalizado, es una sola y tiene que ver con el increíble déficit de los paradigmas dominantes. La posición de los pueblos latinoamericanos en el sistema comercial global es la de sostener que la cuestión de la deuda externa es un problema político en el sentido de que crea condicionalidades que afectan el desarrollo. Sin embargo, también esas condicionalidades surgidas de nuestra posición periférica no son vistas como tales por esos regímenes que predicán a favor del neoliberalismo.

La gobernabilidad, la gestión y las bases democráticas.

Uno de los desafíos urgentes de los regímenes políticos más radicales es la democratización constante de las estructuras y organizaciones políticas a través de la equidad, eliminando la pobreza y la marginación, buscando el pleno empleo de la fuerza de trabajo, la mejor manera de aprovechar nuestros recursos, la distribución de la riqueza a favor de las mayorías y la igualdad de oportunidades. Pero, en realidad no basta con declamaciones. Es necesario demostrar- a través de los logros de los gobiernos populares- la eficiencia y eficacia de la razón del humanismo que trabaja por una gobernabilidad que se basa en la inclusión social que se enfrenta al régimen político neoliberal ya históricamente fracasado. El humanismo debe demostrar esa eficiencia superando la cuestión de los incluidos- excluidos. Fueron los sectores más

reaccionarios los que impusieron por todos los medios el neoliberalismo y lo convirtieron en una herramienta mágica que solucionaría nuestros dramas, disyuntivos y antinomias, las cuestiones sociales, económica y políticamente de mayor trascendencia para la vida de todos y por eso tienen que hacerse responsables de las consecuencias de sus quimeras impuestas en el mundo.

Desde mediados de la década de los '70 en adelante en nuestros países y en los centros globales de poder se abrieron los mercados nacionales y se privatizaron la mayor parte de las empresas públicas que buscaron de esa forma eficiencia, eficacia y modernidad. Así, también buscaron ordenar los índices macroeconómicos y el déficit fiscal. Buscaron sanear las cuentas del sector público y se dejó de aplicar políticas productivas en beneficio de los trabajadores y de los que no tenían lugar bajo la nueva razón de los sectores dominantes. Por irracionales fueron descartadas todas las políticas públicas que buscaron disminuir la desigualdad favoreciendo a los reaccionarios en relación a la concentración de la propiedad y de la riqueza. Pero, el problema de fondo todavía sigue sin resolverse porque aún hoy el neoliberalismo domina a través de sus métodos. La solución es el cambio de estructuras, es la profundización de la democracia a través de políticas que conduzcan la puja distributiva a favor de los intereses de los trabajadores que son quienes producen la riqueza. Y esta puja distributiva a favor de los trabajadores solo es posible a través de la movilización a través de los movimientos y canales que sean capaces de construir en ese sentido. La gran lección que nos queda por asimilar es que no es lo mismo establecer un régimen democrático en lo formal que la consolidación de éste a través de políticas reales que mejoren considerablemente la calidad de vida de los trabajadores. El régimen político tiene que comprometerse en la defensa de la cultura popular y del interés del trabajador como clase mayoritaria que así, en tanto mayorías, tienen todo el derecho a ejercer el poder de decisión, gestión y definir democráticamente las condiciones del bien común. La consolidación de la democracia además se asocia a los valores de la autonomía, de la solidaridad, la independencia y la libre auto determinación de nuestros pueblos. Sanear las cuentas fiscales y lograr superávit de la balanza de pagos internacionales era y es una política racional para implementar un proyecto político y económico de desarrollo y consolidación de los recursos y las fuerzas productivas que sean capaces de conducirnos al desarrollo. Pero, el neoliberalismo nunca trabajó a favor de esas políticas y muy por el contrario la experiencia nos demostró como bajo esas políticas los problemas del déficit gemelo se acentuaron peligrosamente. Por otro lado, no es cierto que el neoliberalismo busque el desarrollo con igualdad porque su base ideológica nos plantea que los capitales necesarios para buscar ese desarrollo se basa en el ahorro y en capitales externos y no en los capitales, inversión y ahorro interno. En lo político, el neoliberalismo jamás puede reivindicar la soberanía al depender de los capitales externos y mucho menos con la soberanía popular al excluir a amplios márgenes de la

población de los beneficios del régimen político. Si bien el hecho de votar es imprescindible en cualquier proceso democrático no es en absoluto suficiente para consolidar una democracia radical. En consecuencia, tanto el Estado capitalista como los diversos regímenes en que expresa su lógica y poder, por ejemplo, el de bienestar o el neoliberalismo, tienen que ser superados para consolidar el desarrollo de nuestros países en todos los aspectos para fundar estructuras políticas, sociales, económicas y culturales que estén a la altura de las circunstancias históricas. Y la circunstancia más real y concreta, en los países en que aún perdura el neoliberalismo, es la tremenda desigualdad, el alto grado de miseria física y fisiológica, de exclusión y marginación.

¿Qué nos queda de nuestros ideales democráticos?

Personalmente, creo que los ideales y los valores son un refugio pero principalmente son el verbo que nos ayuda a conjugar cada una de nuestras acciones, combates y luchas. Son el comienzo de todo. Pero, ¿cuáles son de alguna forma las distintas premisas en las que debemos basarnos para que deliberadamente prodiguemos al racionalismo dominante las dagas que lo destruyen a favor de los intereses de los trabajadores?

¿Y, cómo por el amor a la humanidad, decidimos poner punto final a todas las miserias humanas reivindicadas por el neoliberalismo?

¿Cómo al mismo tiempo seremos capaces de deslumbrar a todos, a las mayorías nacionales, con nuestras acciones, consecuencia y el arte de poder y de lo posible?

Estas son preguntas complejas que solo es posible responder a través de la aplicación de una estrategia política basada en el reformismo radical, es decir, no es una tarea fácil pero a su vez ésta nos obliga a no renunciar, a no irnos ni mucho menos refugiarnos en nuestra individualidad porque esta no es una historia de imposibles o de metáforas sino que es, en primer lugar, una historia de conquistas y reivindicación de los valores del trabajador como clase de la mayoría. Hay que insistir con este asunto: la consolidación de la democracia, del régimen que lucha a favor de los trabajadores y contra los intereses dominantes, no solo es posible sino que es muy necesario. No nos olvidemos de los valores del hombre y de las conquistas de los trabajadores. La consolidación de la democracia se vincula de manera directa con la implementación de las políticas públicas más importantes porque hace al bienestar del trabajador y al mejoramiento de la gestión del sector público y privado, es decir, hace a una mejor gestión del régimen en su integridad y eso nos favorece a todos. La gestión humanitaria siempre está en la búsqueda de un humanismo sin mordazas porque sabe que el alma no es un asunto de tinieblas sino puro y ardiente compromiso terrestre y material, de mejora de la calidad de vida, también espiritual, pero que es necesariamente material. No es un repetidor de consignas y derechos a destajo pero camina sonriente de la mano de todos los que se entregaron a una causa generosa y vital hasta la última gota de sangre, hasta el último hálito de su aliento, convencidos de

que la justicia no vendrá de la distraída mano de Dios sino que será hija de la lucha a favor de la primacía de los derechos de los trabajadores. Gestión humanitaria se relaciona con el desarrollo de nuevas tareas que reivindicuen en la práctica los derechos elementales de la condición humana, o sea, los derechos humanos como base política, social y económica de las formas de vida y convivencia de los hombres. No hay sociedad que se pueda construir en base a la exclusión y marginación de la mayoría y a favor de la impunidad de los sectores dominantes que responden a intereses ajenos al bien común. La gestión humanitaria tiene que ver también con un proceso de cambio social que necesariamente debe ser irreversible cuando cambia el poder a través de estructuras económicas y sociales que reivindican los derechos y los valores de los trabajadores. En otras palabras, hay ciertas políticas que tendrían que ser irreversibles cuando se fortalecen las bases materiales del poder que se ejerce y son controladas por los grupos sociales mayoritarios que ligan su suerte y sus vidas a los cambios que surgen así del radicalismo. Irreversible tiene que ser la aparición del poder popular y los movimientos que reivindican la participación y movilización de los trabajadores. Tienen que ser irreversible también las conquistas de los trabajadores logradas a través de gobiernos populares. De todas formas, la irreversibilidad de esas políticas no es absoluta sino que hay grados y la historia en ese sentido nos muestra como la violencia de los dominantes es proporcional a la adhesión que esas políticas populares suscitan en el trabajador. Por ejemplo, la Unidad Popular en Chile estableció un régimen de bienestar que en este sentido fue el más radical de la época y en nuestra región por lo que su liquidación sólo fue posible a través del genocidio del trabajador, con la exclusión política de los sectores sociales que respondían a ella. Por eso, necesitamos militar en favor de la eficiencia de los regímenes populares porque la suerte de ellos está directamente ligada a la vida de los trabajadores y sus derechos en todos los ámbitos. En otros países, menos radicales en sus bases, falta mucho por avanzar en el tema de la reforma política y por eso es preciso cortar los lazos entre el poder económico y la política. El cambio estructural a consolidar se relaciona con las necesarias medidas que tienden a mejorar la distribución del ingreso, con consolidar el mercado interno, el consumo popular, el ahorro y la producción nacional, el desarrollo de tecnología que sea conveniente y el crecimiento de todas las variables relacionadas con el humanismo donde por supuesto se incluyen las variables tecnológicas. Existe un tremendo desafío en materia de ciencia y de tecnología que necesariamente tiene que lograr el acoplamiento efectivo entre la generación del conocimiento y la generación de riqueza entendida como el incremento de los puestos de trabajo dignos en base al pleno empleo y a través de la creación de empresas nacionales de base tecnológica para convertirnos en productores y exportadores de bienes de capital con alto grado de valor agregado. La experiencia nos muestra que, para ser efectivas, las políticas relativas a la ciencia y la tecnología tienen

que mantenerse a lo largo del tiempo y por eso es primordial que los diversos proyectos en éste y todos los campos, en el ámbito de la política o en el ámbito de la economía, la cuestión social y la cultura, muestren resultados concretos y un impacto neto sobre la calidad de vida de las mayorías y el desarrollo económico. Esto se relaciona directamente con la gestión, con la eficiencia y la consolidación del régimen democrático.

La experiencia finalmente nos muestra que las políticas públicas, para que perduren en el tiempo, para que sean eficientes en relación al desarrollo y al crecimiento tiene que partir del diagnóstico de las necesidades urgentes del trabajador porque son precisamente esas políticas las que nos conducen a la recuperación del régimen como herramienta fundamental de desarrollo, de crecimiento y pertenencia colectiva. Estas políticas tienen como base ideal de sustento proyectar el país en la región y en el mundo y cuando me refiero al mundo significa que nuestras políticas públicas se planifican y se realizan en consonancia con el desarrollo del marco continental expresado a través de los organismos regionales que los latinoamericanos nos supimos dar durante los años de integración que implican políticas conjuntas que se adoptan con los países miembros.

Los valores democráticos en la lucha por el bienestar.

En los procesos de grandes transformaciones continuamente emergen nuevas voces que producen diálogos, discursos e insumos para la reflexión que eventualmente sostienen la praxis de los sujetos políticos y sociales que se involucran en esos cambios. Es que el estudio, el análisis de la realidad, conjuntamente con el debate sobre la situación política, están desde siempre en el centro de un pensamiento que necesariamente es crítico, que aporta ideas y prácticas mucho más racionales y transparentes. La universidad es un espacio privilegiado para centrar la atención en estos cambios y generar los insumos críticos que los diferentes sectores y sujetos políticos necesitan para avanzar en sus derechos. De hecho, en un contexto atravesado por cambios y transformaciones en sentido popular hay que atender a los desafíos en torno a un proceso de independencia que en Latinoamérica aún no culmina. Falta en la región una conciencia que de cuenta de los cambios que se producen en nuestra realidad a partir de los regímenes populares que lograron radicalizar las propuestas democráticas en beneficio de los intereses de los trabajadores en cuanto al acceso a la salud, educación y los bienes y servicios públicos que mejoran la calidad de vida del trabajador. Son estas reivindicaciones siempre actuales porque en la particular historia de nuestra región hemos vivido golpes durísimos, ciclos de ascensos y caídas brutales. Por lo mismo, Latinoamérica tiene aún cuentas pendientes en relación a la defensa del bien de la mayoría. Si nuestros próceres reivindicaron el régimen democrático como contenido necesario del Estado, ese impulso es un proyecto político

aún inconcluso. La integración de los pueblos es central porque además se orienta a transformar las condiciones de vida del hombre por lo que el rumbo económico también es materia de cuestionamiento. Pero desde siempre, en cuanto a los procesos de mejoría de nuestras condiciones de vida, la solución es más sector público y nunca menos. Siempre hay que ir por más y nunca por menos. Necesitamos de un sector público que sea activo, participante, reflexivo, presente, planificador, administrador y regulador de las variables de la economía. Necesitamos un sistema de producción que sea políticamente inclusivo y socialmente más democrático. La democracia implica regular la economía pero por sobre todo implica desarrollar políticas que satisfagan las urgencias de la mayoría. Mientras los gobiernos de derecha privilegian un modelo neoliberal que no gusta de la intervención del sector público pero sí del automatismo del mercado, el gobierno popular insiste en democratizar las relaciones sociales y políticas a partir de la redistribución de las riquezas. Solo ese puede ser el rumbo.

El pensamiento crítico latinoamericano (que tiene una larga tradición democrática y que desde sus inicios lucha por la democracia y así afronta numerosos desafíos) tiene que mostrar a la mayoría que el neoliberalismo dejó de ser racional y lógico. Tiene que mostrar que los tecnócratas no son profesionales ni mucho menos son transparentes sino que simplemente son los representantes de los objetivos de grupos económicos concentrados. Son representantes de la economía especulativa mientras los sectores populares, en la lucha por la democracia, ponen la producción delante de los capitales especulativos para revertir la situación de los socialmente más vulnerables. Visto desde el tema de la soberanía alimentaria- directamente vinculada con las necesidades de alimentación de los trabajadores- es falso el pronóstico que hacen algunas instituciones de que el problema de la pobreza y hambre está vinculado a la volatilidad de las materias primas, sino que en realidad esto se debe a la injusta distribución de la riqueza. Hay que trabajar en tres ejes: el aumento de la productividad, la promoción de la colaboración e integración entre los países del sur y la inversión en tecnología que permita que terceros países, sobretodo los más pobres del planeta, participen de la tecnología de otros para solucionar temas tan prioritarios como la pobreza, la marginación o exclusión social cuya solución implica una sustancial mejoría de la calidad política- democrática del régimen. El pensamiento crítico actúa en ese sentido. Por eso, ya no hay posibilidad de aceptar la manipulación mediática de los conglomerados de la información, que sólo les interesa fabricar una opinión pública que les permita seguir manteniendo el modelo económico y político de los privilegiados. La prensa privada latinoamericana constituye un circuito cerrado que condiciona lo que se denomina opinión pública, porque es una opinión selectiva que determina el mercado. Es como una dinámica que se financia no por la compra de los lectores sino por las agencias. No hay democracia sin una opinión pública formada. El tema está

planteado y los sectores populares actúan en consecuencia. En Latinoamérica la división es clara. Por un lado, tenemos a la derecha agrupada alrededor de los monopolios de los medios de comunicación y por otro lado, el pueblo que vota y se moviliza por políticas sociales de mayor jerarquía.

El problema de la democracia va más allá de plantear un pensamiento que sea crítico y latinoamericano en el sentido puramente académico porque los problemas del trabajador es real y tiene que ver con las falencias del régimen democrático que a todos afectan. También es necesario un cambio en la estructura social del régimen que permita mayor igualdad y acceso de todos a los beneficios económicos de la producción que es socialmente generada. Finalmente, es necesario un cambio en la estructura social que- en relación a la temática de las comunicaciones- logre vencer el dominio del mercado audiovisual y periodístico. El neoliberalismo hace rato que mostró sus límites, pero la construcción del régimen popular, del humanismo, no puede quedarse en el pensamiento crítico y tiene que ir por la conquista de todos los espacios sociales en que se expresa el poder de gestión. La gestión popular de la problemática social simplemente es una necesidad intrínseca si consideramos que los cambios que en su momento fueron auspiciados por los neoliberales nos hicieron retroceder de manera brutal. Las transformaciones del neoliberalismo en nuestros países generaron fragmentación, marginación y exclusión social, generaron desempleo y una infinidad de obstáculos en la democratización de nuestros regímenes que solo pueden ser vencidos por una profunda lucha política. Resulta extraño hoy recordar, en estos tiempos de profundas y persistentes crisis, convulsiones, conflictos, luchas y novedades sorprendentes, los vaticinios mundialmente famosos que hiciera a finales de la década de los '80 los académicos representantes del neoliberalismo. En especial de hombres como Fukuyama que en esos días dominados por la práctica y por la retórica del neoliberalismo se anunció, con una seguridad digna de la mejor causa, que llegaba el fin de la historia y la muerte de las ideologías en un mundo en el que la expansión del capital bajo los preceptos del automatismo de los mercados, alcanzaba sus cotas máximas arrojando más allá de las geografía civilizada los últimos restos de lucha y conflictos menores que, de eso no había dudas, también serían finalmente resueltos. En un mundo donde además la matriz civilizatoria del mercado global y la falsa democracia liberal triunfante alcanzaría su decisiva globalización. De ahora en adelante, los trabajadores sin historia y sin ideologías se dedicarían a vivir sus vidas sin grandes sobresaltos, un tanto aburridos y ocupándose, entre muchos otros entretenimientos, de la industria del espectáculo, en visitar los museos temáticos en los que podrían observar, no sin cierta nostalgia, las imágenes y restos arqueológicos de esas épocas en las que existía la historia y los conflictos estaban a la orden del día. Estarían allí como testigos mudos de otra época. Sin embargo, a pesar de todos los vaticinios e irracionalidades de los dominantes, el régimen neoliberal está agotado pero las campanas que

anuncian su fin solo tocarán cuando sean los trabajadores los que luchen en consecuencia. Hasta hoy esa lucha no es fácil porque en todo este tiempo la imposición del neoliberalismo en nuestros países, luego de unas décadas, produjo un imaginario social que no podía sino plegarse ante los anuncios de los ideólogos del sistema que entremezclaban las perspectivas del nihilismo consumado, el descubrimiento alborozado de una modernidad decapitadora sistemática de verdades, valores y morales represivas consideradas como absolutas que inauguraban el tiempo del más allá de toda certeza y festejaba la llegada de la era del vacío, del espectáculo y las banalidades en la que los seres humanos podrían finalmente liberarse de los antiguos sometimientos heredados de la lucha de clase para defender el dominio abrumador de los medios masivos de comunicación, el individualismo, la subjetividad y la expansión ilimitada de la sociedad del espectáculo y despolitización general. En ese contexto de nueva resignación, la lucha por la democratización de los regimenes políticos se hacía mas difícil frente a la alquimia de pesimismo, escepticismo y cinismo neoliberal que reemplaza ideales emancipatorios y utopías político- sociales que habían significado un punto de encuentro y de orientación de los sectores populares en sus luchas. Claro que los antiguos cultores del fin de la ideología y de la historia no fueron capaces de entender que ese discurso unidireccional encontraría, al girar el siglo, su propia crisis abriendo, ahora, entre nosotros, una nueva etapa de complejos procesos de inclusión.

Desde ahora y a expensas de los neoliberales lo que se plantea es la superación del neoliberalismo que es posible en la medida en que se logre la desmercantilización de las relaciones entre los hombres, en la medida que se avance en la economía social, en la soberanía alimentaria y en la medida en que se avance con la creación de espacios para recuperar los derechos de la mayoría. La historia no admite ambigüedades ni eclecticismos en tiempos de transformaciones. Mientras los países que insisten en el neoliberalismo viven su propio horror, los países gobernados por regimenes populares van unos pasos más adelante con la chance de salvarse de la hoguera desatada por las continuas crisis que cada tanto se desatan en el sistema comercial global por la responsabilidad del neoliberal. No es cuestión de suerte ni de geografías distantes, sino que es una cuestión de proyectos diferentes. De eso se trata. Mientras unos insisten en la exclusividad los otros luchan por la democracia. Cuanto más libres podamos jugar en la transversalidad económica y política global, pero muy especialmente insertos en la región latinoamericana y en el entendimiento con las potencias emergentes, más sustentable será nuestro destino como nación soberana y democrática. Y en simultáneo, cuanto más nos alejemos de las políticas neoliberales que fueron experimentadas hasta el hartazgo en nuestro continente, más lejos vamos a estar de sufrir las ondas expansivas del colapso del Estado capitalista. De a poco vamos encontrando el destino. Es el prodigio inherente de los tremendos tiempos de cambios.

Hay que entender al Estado y al régimen como una unidad que nos inspira a decir que el proyecto de país también es una unidad en pleno desarrollo y en plena diversidad. Hace ya un tiempo que las minorías políticas dejaron de ser y expresar minorías sociales. Es ese el mayor drama de la oposición al gobierno popular. Semejante vacío existencial no pueden simularlo siquiera con los medios de comunicación a su favor. Por tanto, la responsabilidad del proyecto popular es la de representar e incorporar a vastos sectores y sujetos sociales que, más allá de sus legítimas diferencias, se reconocen en ese todo abrazador que es el régimen político que incluye profundizando de esa forma la democracia radical. Para ser más precisos, diré que la unidad nacional no es ni debiera ser interpretado como un mero slogan sino como un imperativo político que hoy exigen la historia y las condiciones locales e internacionales para poner en valor la oportunidad de crear definitivamente un régimen más inclusivo y desarrollado, con todos y para todos.

Estamos en pleno tránsito desde un régimen desigual e injusto, elitista y neoliberal a un régimen político más igualitario, democrático y justo, como merecemos. El nuevo paradigma es la igualdad de oportunidades, aunque haya sido formulado en abstracto, hace muchos años. Un régimen político más solidario, justo e igualitario traerá irremediamente mayor desarrollo en términos productivos, tecnológicos, industrial y cultural. Vamos por un régimen que es más igualitario y alfabetizado, con una educación de mayor calidad, inclusiva, con una salud pública a la que todos tenemos acceso, con mayor consumo popular y empleo, con muchas más viviendas y más red de agua potable. Vamos a un régimen donde el mismo consumo se democratiza en favor de los sectores populares. Acá no estoy banalizando un optimismo desmesurado simplemente de esta forma es como se construye el régimen democrático a partir de la negación de los dogmas neoliberales. Pero nunca es suficiente porque hay quienes creen que la buena noticia es que los productos primarios mantienen precios altos en un mundo que requiere de alimentos y energía. En los artículos anteriores vimos la gravedad de pensar política y estratégicamente en esos términos. Eso deja un costado peligroso, ya que no hay soberanía posible para nuestros países sin una real soberanía financiera e independencia tecnológica.

Los desafíos del desarrollo.

Desde el principio, allá por el 1810, el desafío de construir el Estado nacional enfrentó problemas fundamentales en Latinoamérica. Entre estos están la ocupación efectiva y real del territorio que se reivindica con la nacionalidad, la cohesión social, el régimen con la consiguiente formación de un sector público nacional, fuerte y eficiente, la formación de movimientos y organizaciones representativas de los trabajadores y la cultura popular, la estructura productiva y el régimen económico como base del desarrollo y el

tipo de inserción en el sistema comercial internacional de la época donde Inglaterra era potencia hegemónica. La formación del país, bajo la dirección de esos desafíos, se hizo dentro de un escenario global que penetró por distintas vías, es decir, las finanzas, el comercio, los intercambios de bienes y servicios, las migraciones, la esclavitud, la libertad de vientre, la marginación o la información en el nuevo espacio nacional. Entonces, la trayectoria de nuestros pueblos, en el sentido de cumplir con los desafíos del nuevo Estado nacional, resulta de una compleja red y relaciones entre el contexto histórico internacional, siempre central para los países de la periferia, y las respuestas que los sectores populares y en especial las nuevas élites nacionales pudieron proporcionar a partir de esa nueva realidad y las oportunidades derivadas del contexto de intercambios internacionales. Se fueron forjando progresiva pero decididamente las ideas y los proyectos hegemónicos de las nuevas élites que orientan en lo sucesivo el comportamiento de los grupos dirigentes y la formación de la opinión pública para desde ahí construir y dar sentido a su propia agenda de gobierno y gobernabilidad.

Por otro lado, las varias deficiencias políticas de esas élites y ese poder e ideas hegemónicas, expresadas en la formación de países exportadores de materias primas e importadores de maquinarias y productos de mayor valor agregado, se rastrea en el hecho de que no fuimos capaces aún de alcanzar el crecimiento y el desarrollo de nuestros pueblos en todas sus manifestaciones y potencialidades lo que también revela la necesidad de encarar esos desafíos fundacionales del Estado que aún no son resueltos. Esos desafíos de nuestros Estados nacionales y los problemas políticos del régimen siguen siendo los mismos de la etapa inaugural de nuestros países porque la desigualdad y la falta de oportunidades para las mayorías todavía es una constante que atenta contra la gobernabilidad y cohesión social. En la solución de estos desafíos siguen siendo importantes los acontecimientos heredados de los centros del poder global pero también nuestra capacidad para resolver las cuestiones y desafíos fundamentales y desarrollar así todo nuestro potencial disponible en relación a nuestros recursos. En ese sentido, tendríamos que saber cuales son las tendencias presentes y futuras, a mediano plazo, del sistema comercial global, de la globalización en términos neoliberales, que encuadra y define la trayectoria de nuestros países a partir de este siglo. Un hecho clave es que terminó el monopolio de los países avanzados, del norte más desarrollado, sobre el conocimiento tecnológico y científico y las actividades y recursos de frontera. Por lo mismo, Brasil, China, India, Rusia y los países emergentes de Asia y hasta los latinoamericanos con regímenes más radicales, constituyen un centro dinámico en el sistema comercial globalizado que ya empieza a consolidarse. De todas maneras, esto solo es posible en la medida en que esos países emergentes logren solucionar el desafío que significa la pobreza estructural y la exclusión endémica de su sistema productivo, de lo contrario, una vez más quedarán al margen y formarán parte de la periferia subordinada

a los centros más dinámicos del sistema comercial que por definición forman los países que hasta cierto punto lograron consolidar su cohesión social y desarrollar políticas nacionales para la gestión del saber y su transformación productiva. No olvidemos que en su momento Estados Unidos y los países europeos se transformaron en desarrollados precisamente porque lograron solucionar en gran medida los principales problemas sociales, políticos y de desarrollo económico de sus trabajadores. Tampoco es previsible que las disputas entre los actores políticos protagonistas del sistema comercial global desencadenen guerras globales porque esos centros del poder construyeron en beneficio propio, a lo largo de la historia del hombre, una compleja red de interdependencias que se revela en el ámbito de las relaciones comerciales, en el movimiento de los capitales, de tecnología y conocimientos. Esto es lo que los lleva preservar el núcleo del sistema comercial global y disputar la hegemonía por medios más sutiles que tienen que ver con el predominio económico, el saber científico- tecnológico y su influencia en la explotación de los recursos naturales, materias primas y el acceso a los mercados. Las amenazas a la seguridad global seguirán en el futuro previsible radicadas en el tráfico de armamentos, de drogas, en la trata de personas y en conflictos focalizados bajo raíces étnicas o religiosas. Además, el sistema comercial globalizado- y pese a que los grupos neoliberales pretendan hablarnos de bloques regionales para desmerecer la importancia de los Estados nacionales y sus regímenes políticos- seguirá articulándose a partir de relaciones entre los Estados, los cuales, en algunas regiones específicas, conforman bloques políticos y comerciales pero que bajo ningún circunstancia reemplazan los regímenes políticos nacionales.

En el ámbito de los recursos internos (recursos políticos, económicos, sociales y culturales) hay que dejar de lado de forma definitiva la idea de que el progreso, prosperidad y desarrollo de nuestros regímenes puede basarse exclusivamente en la explotación de los recursos naturales. El desafío es construir un régimen con una economía diversificada, integrada, compleja, solidaria, social y apoyada en ciertos elementos prioritarios:

- a) Primero, hay que desarrollar una base industrial estructurada en tecnología que es conveniente y que incorpore las actividades de frontera científico- tecnológicas.
- b) En segundo lugar, hay que incorporar las cadenas de valor de alto contenido tecnológico de su producción primaria.
- c) Por último, el desarrollo de cada una de esas actividades en todo el territorio nacional.

Todas las políticas tienen que buscar ese desarrollo. En relación al rol estratégico de la política fiscal, su primera tarea es convertirse en una política contracíclica, que impulse el gasto social como instrumento de distribución

del ingreso para combatir la pobreza, la exclusión y fortalecer el mercado interno apuntando al crecimiento de la inversión pública. Por lo mismo, el régimen político debe intervenir regulando la evolución global del sistema económico para estimular de esa manera, bajo la primacía de un proceso de transición, la inversión privada a través del crecimiento de los mercados por el impulso de la demanda agregada. Entonces, en un proceso de transición, la cuestión fiscal tiene dos objetivos. Por un lado, una variante contracíclica que busca impulsar el gasto social como herramienta central de distribución del ingreso a favor de los trabajadores, para bajar la pobreza y fortalecer el mercado interno y, por otro lado, el crecimiento de la inversión pública y de los sectores privados para mejorar la eficiencia inherente de un sistema económico inclusivo- popular que pueda aumentar la productividad de los trabajadores en beneficio de los intereses de esos trabajadores. Este esquema político y económico nos permite recuperar el espacio y los actores políticos y movimientos nacionales como un nuevo lugar de realización, cada vez más autónomo, de los problemas y avatares venidos desde el sistema comercial global como bien queda demostrado en cada una de las crisis a las que ya nos tiene acostumbrado el neoliberalismo. La combinación de una virtuosa y sólida política en el ámbito fiscal que vaya acompañada de una política de desendeudamiento, no apoyada en los ajustes típicos del neoliberalismo, y en el sostenimiento de la competitividad externa, permiten preservar, defender y crear fuentes de trabajo sin deteriorar los salarios, conformando una matriz económica- productiva acorde a nuestra especificidad histórica y cultural.

Ya sabemos que el neoliberalismo no es una opción de futuro porque existen demasiadas externalidades y fallas en el automatismo del mercado (tanto en un sentido político como en un sentido técnico) como para seguir insistiendo en estas estrategias y, por lo mismo, ocurre que hoy la alternativa es la intervención del régimen que tiene que regular la evolución global del sistema económico mediante una serie de canales y políticas como el gasto en infraestructura productiva y social, el acceso al crédito para la mayoría, niveles de inversión, la redistribución de la renta, la regulación de los precios de la economía, el tipo de cambio de equilibrio desarrollista y la militancia a favor de una mayor equidad en la propiedad de los medios de producción. En relación a los incentivos para la inversión privada en la estructura productiva del país es, sin lugar a dudas, el crecimiento del mercado interno a través de una creciente demanda agregada (que es un factor principal de optimismo en la conformación de las expectativas empresarias) una muy buena política para continuar afianzando ese mercado interno que se relaciona directamente con el mejoramiento de la distribución del ingreso a favor de los trabajadores como política central de la agenda de la economía social. El régimen político tiene mucho que decir al respecto porque su rol es central en el proceso de desarrollo. Este interviene como actor político que reivindica la inversión e intervención en los sectores estratégicos de la economía y como árbitro que

garantiza el desarrollo, la justicia social, la inclusión y el propio bienestar de los trabajadores a través de una economía social entendida como cierto tránsito al humanismo, es decir, la sociedad sin desigualdades sociales. Es desde el sector público (articulado con los movimientos sociales, de base y populares) que surgen los estímulos para que los sectores privados de la economía, a través del crédito y el desarrollo del mercado interno, aumente de manera constante sus inversiones en la producción nacional con la meta expresa de seguir colaborando en el crecimiento de la demanda interna y las exportaciones. Necesariamente esa política, la economía social en sí misma, implica una redefinición de nuestras estructuras productivas a través de otros objetivos, más democráticos, del crecimiento económico para avanzar en la modificación de las variables que atentan contra los intereses del trabajador. Las inversiones productivas tienen que ser asumidas por el sector público involucrando, en su desarrollo y en las responsabilidades de su expansión, a los otros actores políticos que son parte del régimen porque una tarea de tamaño dimensión nos involucra a todos. Por ejemplo, podría proponerse un fondo de desarrollo local que ayude a establecer una estructura productiva moderna que sea capaz de generar el pleno empleo y el uso más racional de recursos, que integre y armonice el crecimiento a través de la participación de las economías locales y regionales distribuyendo demográficamente los beneficios de ese proceso a toda la población en todos los ámbitos. También es necesario trabajar sobre las pequeñas inversiones productivas a través de trabajadores organizados en cooperativas y economías de escala, producción familiar y comunitaria. Además, el cambio y diversificación de la estructura productiva empieza por los cambios en las estructuras de las exportaciones, a un contenido que busque mayor presencia de los bienes industriales, de por sí de mayor valor agregado. La industria contribuye a producir las divisas que generan la expansión de nuestros mercados, o sea, el desarrollo y esto no es posible sin políticas macroeconómicas y de crecimiento adecuadas. Por eso, en este libro me referí al rol de la política fiscal o a la imposición de un cambio de equilibrio desarrollista. Por eso, me referí también a un sistema financiero al servicio de la producción (y no de la especulación) al servicio del desendeudamiento, del crédito a las pequeñas y medianas empresas o al superávit de la balanza comercial (...)

La industria no puede exportar ni diversificar su producción y ventas al exterior en medio de persistentes procesos de retraso cambiario, como bien sucedió en otra época. Tampoco será posible si los vaivenes del sistema comercial global son los que terminan modelando la estructura de producción interna de nuestros países. Por eso, si los precios relativos internacionales se traducen al mercado interno sin interferencias, a partir del librecambio, el sector primario (es decir, el agropecuario, el minero y materias primas en general) es un apéndice del mercado global y, por lo mismo, anteriormente me referí a la necesidad de integrar a todos los sectores productivos dentro de

un proyecto político, económico e industrial basado en el mercado y en el consumo interno. Es prioritario redefinir la estructura productiva de nuestro país que tiene como eje central el sector primario porque ese modelo solo conspira contra el crecimiento armónico, justo, solidario, social y centrado en el mercado y consumo interno. Si los ingresos de nuestra economía dependen de los precios internacionales de unos cuantos productos, nuestras economías siguen siendo estructuralmente vulnerables, o sea, dependientes de la lógica de los centros globales del poder. El sector primario es el punto de partida y nada más allá de eso porque es necesario poder avanzar en políticas que nos permitan agregar valor a nuestros bienes. El régimen tiene que estimular las inversiones en sentido de buscar la integración de la economía para resolver la falsa oposición entre el sector primario y el industrial. Se concluye de todo lo anterior que hay que abandonar el supuesto neoliberal de que el país y sus mercados son simples apéndices y segmentos del sistema comercial global, cuya economía tiene que organizarse a través de las señales, paradigmas y teorías de los centros de poder. Hay que abandonar esos supuestos porque generan dependencia y subdesarrollo, nos generan exclusión y marginación y, en ese sentido, son incompatibles con el desarrollo que siempre es un crecimiento basado en la defensa de los espacios nacionales. Las crisis del neoliberalismo en Latinoamérica y en el mundo en general nos muestra que un proyecto de desarrollo dependiente de un centro dominante global fracasa en el largo plazo porque no es posible centrar ese desarrollo y crecimiento en la exclusividad de la inversión extranjera. Es indispensable desembarazarnos de las ideas hegemónicas de los centros del poder global para consolidar una visión nacional y propia, de nuestros problemas y realidad, para vincularnos al sistema comercial global conservando nuestra especificidad como pueblos, nuestro proyecto y empresa de construcción de un régimen basado en la cohesión política, social, económica y cultural.

Epílogo.

De manera general el análisis sobre el sistema comercial global, el análisis de las formas en que la política y la economía, la lucha por el poder de gestión y las formas de expresión de las relaciones comerciales entre los países, se basa en las acciones de los Estados capitalistas- que a su vez se expresan a través del régimen- para desde ahí entender su particular forma de reacción y su comportamiento no siempre racional, su composición de clase, alianzas y conflictos que se suceden en su interior. Todo esto considerando el rol y las formas en que cualquier país se inserta en el sistema globalizado de intercambios comerciales porque no es lo mismo ser un país desarrollado, un país al centro, a ser un país dependiente, marginal y periférico. Hay que considerar que se trata de reivindicar- en el campo conceptual y para tener una visión más racional respecto a la realidad presente- que cualquier análisis de la situación global, de las formas en que se manifiestan las relaciones de poder en este nivel, tiene que ver con la teoría del subdesarrollo que otra vez es la teoría sobre las causas del subdesarrollo. Así, en cierto modo, la historia corriente es el relato de lo ocurrido y de las formas en que nuestros países, los Estados nacionales y sus regímenes políticos, por las razones que fueran, se insertan en el comercio global. Las acciones y omisiones de los regímenes políticos nacionales, en tanto representante de los Estados capitalistas, son el eje para entender la política de cada país, de las relaciones entre los países dominantes y dominados, entre el centro y la periferia económica, financiera y de las comunicaciones. Pero, con el neoliberalismo a cuestas desde hace un buen tiempo, en el escenario global tenemos un nuevo protagonista que está representado por los tecnócratas que responden a la especulación y finanzas. A mi juicio, las continuas crisis que conmueven al sistema globalizado de las relaciones comerciales es el resultado de la irrupción incontrolada del sector financiero que está desafiando el rol que por definición le corresponden a los regímenes como planificador, administrador y regulador del crecimiento y desarrollo. Este hecho nos dice que a pesar de todas sus irracionalidades, el neoliberalismo militante no está dispuesto a ceder fácilmente en la manifiesta avaricia que tiene por la riqueza y el poder. No olvidemos que de acuerdo a los preceptos dogmáticos y faltos de verdad de los dominantes, el neoliberalismo vino a solucionar la crisis generada por la caída de la tasa media de ganancia del capital. El neoliberalismo resuelve esa cuestión a través de la supremacía de lo financiero sobre cualquier otro tipo de consideraciones que de por sí son mucho más racionales.

Después de la caída del socialismo realmente existente, un socialismo que en verdad no pudo ser una alternativa porque política e ideológicamente quedó estancado en la supremacía del derecho a propiedad por sobre la vida, el alineamiento político y dominante estaba bastante claro. De ahora en más,

los regímenes políticos nacionales- de las características que fueran- tendrían que rendir honores y pleitesía al sector de las finanzas, a la especulación y a los países capitalistas dominantes que continúan siendo los amos y dueños de un bloque de poder donde la conducción y el comando del destino de todos los trabajadores queda bajo el control absoluto de los intereses especulativos fuertemente concentrados en unas cuantas manos. En esas circunstancias, los países periféricos y marginales defenderán sus intereses como puedan frente a las condicionalidades del sector de la especulación. Pero, lo que hoy nos muestran las crisis cada vez más graves y persistentes del neoliberalismo, es que lo conveniente al sector financiero en general no es conveniente para las mayorías nacionales. Las crisis y su persistencia nos muestran que lo que es conveniente para los especuladores incluso hoy es perjudicial para los países más desarrollados, sobre todo los que están menos adelantados en términos tecnológicos, en términos culturales, sociales y políticos. Las consecuencias más evidentes de esta situación son los ajustes y la paulatina eliminación del llamado Estado de Bienestar en los países centrales que se traduce en la pérdida de empleos, de la seguridad social, la gobernabilidad, el desarrollo, la seguridad jurídica y hasta del implícito contrato social que nos conlleva a intentar vivir en sociedad. Entonces, en esas condiciones la alternativa es esta: el sector financiero global enfrenta al régimen nacional- cualquiera sea su orientación- o trata de ponerlo a su servicio. Ahora ese designio y ese rol en la lucha por el poder de gestión lo asume la banca internacional, el Fondo Monetario Internacional e incluso algunas empresas calificadoras de riesgos. El sector financiero se hace con la dirección y conducción de la agenda de gobierno extrayendo del ámbito del debate, de la acción política y decisión democrática cualquier medida que intente controlar, regular o administrar la política económica de nuestros países. En particular, esto lo hace a través de una postura que se relaciona directamente con la independencia del Banco Central al que le asigna como tarea central, cuando no única, controlar la inflación mediante tasas de interés elevadas y apreciación cambiaria. Esto no es sorprendente porque el régimen político no solo pierde su rol regulador sino que además sustenta todas las políticas que favorecen la renta financiera. Además, los organismos financieros y especulativos globales bajo la nueva conducción de la política neoliberal opera fuera del control de los órganos elegidos democráticamente e imponen políticas de ajuste y reformas políticas y estructurales afines al poder financiero. De este modo los regímenes aíslan de la soberanía popular aspectos de la política económica quedando a merced del poder fáctico de las finanzas. El hecho que se desarrollen en su máxima expresión una elite de tecnócratas que controlan el poder de decisión al interior de nuestros regímenes es un claro indicio de la compenetración entre el sector financiero y los poderes del régimen político. Finalmente, el sistema financiero- especulativo impone sus intereses en la agenda de los gobiernos,

independientemente de su origen político y a expensas de los intereses de los trabajadores.

Esos gobiernos- una vez que caen en manos de los dogmas y parábolas de los neoliberales- adoptan las medidas que creen serán agradables a esos mercados, empezando por el ajuste fiscal que demuestre la férrea voluntad de pagar las deudas, aunque sea a costa del nivel de vida del trabajador, aunque sea a costa de hipotecar el futuro y cercenar nuestro desarrollo. El problema es que una globalidad como la actual, persistentemente azotada por las crisis de los preceptos y de las formas de actuar de los neoliberales, no insistir en el rol regulador, de creación y defensa del empleo y de la producción nacional, es prácticamente un suicidio colectivo a pesar de que el neoliberalismo, el colmo de su prepotencia, nos presenta los programas de ajuste como si fueran pociones mágicas, racionales, como verdades absolutas por las que incluso hay que dar la vida. A pesar de que en su momento los países de Europa basó sus conquistas en el progreso técnico que generó su excelencia industrial y su poderío bélico, el colmo de la prepotencia, los neoliberales siguen sosteniendo la no regulación de los actores y agentes financieros que nos revela la sumisión o la complicidad de los gobiernos más poderosos. A pesar de las crisis, de la caída del empleo o de la producción, a pesar que ponen en riesgo la gobernabilidad democrática, los neoliberales insisten en la hegemonía del sector financiero- especulativo porque se trata de transferir planificadamente el poder económico y político a favor de ese sector. Este proceso de libertad de los mercados se evidencia económicamente en la imposición del llamado *Consenso de Washington* que reivindicó dos pilares centrales sobre el que se sostendrá el neoliberalismo. En primer término, los programas de ajuste y después las políticas de privatización de las empresas públicas. A través de esos ejes se cumple con otro propósito del *Consenso de Washington* que consiste en otorgarle más poder económico y de presión política a los grupos financieros y económicos transnacionales por sobre la agenda del gobierno nacional. Quienes se queden con esas empresas serán los que detentarán la mayor parte del poder económico real en nuestros países. Lo anterior muestra que estamos muy lejos de la concepción teórica que en su momento plantearon los neoliberales respecto de la praxis política, en el sentido del fin de las ideologías, del fin de la lucha de clases- expresada en la lucha por el poder de decidir a nivel nacional y global- y del fin de la historia. De hecho, las crisis del neoliberalismo, con la supremacía de lo financiero sobre la producción real de bienes, coloca otra vez a la praxis de la política (como herramienta de cambios) en su justo lugar. Este hecho es importante porque en otra época se pensó y creyó válida la postura de que la política estaba vacía de contenido y que de esa forma perdía la posibilidad de convertirse en herramienta de cambios. En realidad, nunca fue de esa manera porque la política siempre fue instrumento de avances o retroceso. Esta vez simplemente la acción política es instrumento de cambios pero a favor de los

neoliberales. Entonces, entender la acción política como vacía de contenido es funcional a los intereses de los sectores dominantes. En esas condiciones, en la lucha política lo que se disputaban eran los cargos pero nunca el poder para cambiar la realidad aunque los sectores proclives al neoliberalismo siempre actúan en ese sentido. La ilusión consistía en hacer creer que eso era la política. Así, conscientes o no, con buena fe o sin ella, los candidatos y dirigentes políticos de turno jugaban en general para el mismo equipo, es decir, para la corporación mediática que es la expresión más elocuente y concentrada del poder económico real. Entonces, no hay fin de la lucha de clases, no hay fin de las ideologías ni mucho menos fin de la historia porque los opositores a los intereses nacionales y populares tienen su historia. Una historia que es coherente con sus formas de actuar, una historia siempre cargada de reacción política, de errores groseros en la apreciación de nuestra coyuntura política crucial, una historia de infamias, de egoísmo, de peleas internas, fracturas intestinas, desunión y, por sobre todo, de desprecio por la voluntad popular. La historia de los dominantes también es coherente con los golpes de Estado, golpes palaciegos que solo sembraron nuestra tierra de muerte y destrucción, de desaparecidos y apropiados. Solo necesitamos hechar una mirada a los libros de la historia nacional para advertir la falta de visión de una clase política que sólo acertó cuando otros le prestaron las tanquetas, ya fueran blindadas o mediáticas.

Esta vez la acción política de los sectores populares va en serio contra los responsables del hambre, la pobreza, el desempleo y la exclusión social. Esta vez la lucha va contra los violentos que pretenden transformar la puja democrática en una puja boxística donde se gana por nocaut o se gana por abandono sin considerar una serie de factores intermedios. Esta vez la acción política de los sectores populares es en defensa del trabajador, es en defensa de los humildes y la buena gente. Esta vez la acción popular va en defensa del pueblo trabajador de los que todos, o por lo menos la mayoría, somos parte.

Referencias bibliográficas.

Repetto Saieg, Alfredo Armando: “Más allá de la crisis y la utopía neoliberal”. 1º edición, Buenos Aires, Argentina: el autor, Marzo del 2010.

Giles, Jorge: “Los desarmaderos del poder” publicado en “El Argentino” de la edición del 27 de abril del 2010.

Marx, Carlos: “El Capital” Siglo XXI Editores, s. a. de c.v. Méjico D. F. Volumen I, II, III.

Tristán, Rosa: “El devenir de la socialdemocracia” Publicado en Debate Socialista de la edición del 15 y 17 de octubre del 2010, #117.

Chudnovsky; Daniel: “Los límites de la apertura: liberalización, reestructuración productiva y medio ambiente” 1ª edición, Buenos Aires: Alianza, 1996. 560 páginas.

Zlotogwiazda, Marcelo: “La inversión es tema central” en Revista Veintitres, número 622, página 54 y 55.

Broder; Pablo: “Dos años en la era K”, 1ª edición, Buenos Aires, Planeta, 2005, 344 páginas.

Coraggio, José Luis: “La economía social como vía para otro desarrollo social” en www.neticoop.org.uy

“¿Qué es la soberanía alimentaria?” Por Vía Campesina, 13 de febrero del 2004 en <http://www.ecoportel.net>

“Reforma agraria, comercio, soberanía alimentaria, y agroecología”. Entrevista con Peter Rosset, especialista en agricultura y movimiento campesino en <http://www.voltairenet.org>.

Tamayo G, Eduardo: “Neoliberalismo y soberanía alimentaria” 12 de junio del 2004 en <http://alainet.org>.

“Declaración del III encuentro latinoamericano de economía solidaria y comercio justo” Publicado el 31 de octubre del 2008 en www.neticoop.org.uy.

Amir, Samin: “El desarrollo desigual”. Edición SARPE, 1985. Pedro Texeira, 8, Madrid.

Iribarne, Eduardo: “Marx, científico de la revolución” Editorial Pomaire, 1970.

Viera -Gallo, José Antonio: “Chile, un nuevo camino” Ediciones Chile América CESOC, 1989.

Heinz, Dieterich Steffan: “Utopía y Praxis Latinoamericana” en Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social, Universidad del Zulia. Maracaibo-Venezuela, año 8, número 20, Enero-Marzo, 2003, páginas 117-132.

Heinz, Dieterich Steffan: “Tres criterios para definir una economía socialista”, Universidad Autónoma Metropolitana, México, D.F.

Heinz, Dieterich Steffan: "Tres criterios para definir una economía socialista, Sociedad Global; Fin del Capitalismo Global. El Nuevo Proyecto Histórico, El Socialismo del Siglo XXI y la Democracia Participativa, Universidad Autónoma Metropolitana, México, D.F.

Heinz, Dieterich Steffan: "Fin del Capitalismo Global. El Nuevo Proyecto Histórico" Ediciones Océano, México, 2001.

Heinz, Dieterich Steffan: "El Socialismo del Siglo XXI y la democracia participativa, Ediciones de Paradigmas y Utopías, México, 2002.

Bascuñan Edwards, Carlos: "La izquierda sin Allende" Editorial Planeta Chilena S. A. Santiago de Chile, 1990.

Ramírez Silvina: "La guerra silenciosa. Despojo y resistencia de los pueblos indígenas", Capital Intelectual, Buenos Aires, Argentina, 2006, 118 páginas.

Aylwin, José: "Pueblos indígenas de Chile. Antecedentes históricos y situación actual" Instituto de estudios indígenas, Universidad de la Frontera, serie de documentos número 1, 25 páginas.

Acevedo, Manuel: "Economía temas básicos" Ediciones de la Universidad, 1993

Marx, Karl: "El Capital", Tomo I, II y III; Siglo XXI Editores en coedición con Siglo XXI de España editores, S.A, vigésima segunda edición en español, 1998.

Marx, Karl: "El manifiesto comunista y otros ensayos". Edición SARPE, 1985. Pedro Texeira, 8, Madrid.

Harrington, Michael: "Socialismo" Fondo de Cultura Económica, S. A, de C. V, Buenos Aires, Argentina, 1978.

Revista Realidad Económica: Instituto Argentino Para el Desarrollo Económico, 1982/1987.

Revista Dialektica, CEFYL, año III, número 5/6, 1994.

Atencio, Jorge: "¿Qué es la geopolítica?" Editorial Pleamar, Buenos Aires, Argentina, 1986.

Nietzsche, Federico: "El Anticristo" Bureau Editor S.A, Abril del 2004, Buenos Aires, Argentina, 96 páginas.

Nietzsche, Federico: "Humano demasiado humano" Ediciones Libertador, Buenos Aires, Argentina, 2004, 320 páginas.

Nietzsche, Federico: "La Génesis de la moral" Bureau Editor S. A, Marzo del 2003, Buenos Aires, Argentina, 98 páginas.

Nietzsche, Federico: "Aurora" 1ª Edición, Buenos Aires, Argentina-Gridifco, 2005, 288 páginas.

Rousseau, Jean Jacques: "El Contrato Social" Ediciones Altaya S.A., 1993, Travesera de Gracia, 1708021, Barcelona, España.

Diario "Página 12". Ediciones desde Marzo hasta Enero del 2002.

Dolores Cautivo, José Luis Córdova, Macarena Benítez, Igor Mora y Carlos Vera: “Teillier para presidente: Una candidatura que construye alternativa” en diario El Siglo.

Nietzsche, Friedrich: “La Gaya Ciencia”. Ediciones Libertador. 1ª Edición, Buenos Aires, Argentina, 2004.

Anguita, Eduardo: Entrevista a Eugenio Raúl Zaffaroni: “En seguridad, es mejor asesorarse con Scotland Yard que con los Estados Unidos”. En Diario Tiempo Argentino de la edición del 17 de Febrero del 2011.

Horowicz, Alejandro: “Entender la interna de la Unión Cívica Radical” En Diario Tiempo Argentino de la edición del 10 de Enero del 2011.

Horowicz, Alejandro: “La fundación del Peronismo” En Diario Tiempo Argentino de la edición del 17 de Enero del 2011

Yasky, Hugo: “Para ganar en primera vuelta hay que superar los estrechos límites del PJ”. En Diario Tiempo Argentino de la edición del 17 de Febrero del 2011.

Romero, Ricardo: “Tercer movimiento histórico y kirchnerismo” En Diario Tiempo Argentino de la edición del 17 de Febrero del 2011.

En “Le monde diplomatique” edición de abril, mayo del 2010:

Weisbrot Mark: “Venezuela busca una estrategia de desarrollo”, páginas 10 y 11.

Ramonet, Ignacio: “La cuestión social”

Lordon, Frédéric: “Empezar la desmundialización financiera”

Gabetta, Carlos: “Un siglo a mitad perdido”

Torrado, Susana: “Una sociedad empobrecida”.

Gambina, Julio C: “Un proyecto de nación postergado”.

Coronato, Adolfo: “¿Nosotros quiénes?”

Lemoine, Maurice: “Las trampas de la diversidad”

En diario “Miradas al sur” ediciones del 18, 25 de abril, 2, 9, 16, 23 de mayo, 20 de Junio, 4 de Julio, 1 de agosto y 31 de octubre del 2010, 24 de abril, 26 de junio, 18 y 25 de septiembre del 2011:

Bloque Nuevo Encuentro Popular y Solidario y Bloque Proyecto Progresista: “Los necesarios cambios a la ley de entidades financieras”

Giles, Jorge: “El domicilio del poder político: De la rural a la Rosada”

Galand, Pablo: “Un crecimiento a contramano de los agoreros”

Heyn, Iván: “Retener dólares es agrandar el país”

Abal Medina, Juan Manuel: “Nacional y popular” en revista Veintitrés tde la edición del 22 de julio del 2010.

Montoya, Roberto: “Se desploma el Estado de Bienestar europeo”

Galand, Pablo: “Las entidades financieras tendrán una nueva ley”

Giles, Jorge: “¿Era por nocaout o por abandono?”

Calcagno, Eric: “La irrupción del sector financiero mundial”

En Revista Argentina Económica de la edición del 20 de junio y del 1° de Agosto del 2010:

Frenklel, Roberto: “Nuevos fundamentos de las políticas macroeconómicas en los países en desarrollo”.

Ferrer, Aldo: “Las retenciones: ¿Qué son y para qué sirven?”

Ferrer, Aldo: “La deuda social”

Curia, Luis Eduardo: “Aspectos de la sustentabilidad de la expansión”

Marelli, Sergio: “Siempre hay cosas por decir” (entrevista a Silvio Rodríguez)

Galand, Pablo: “El fondo es incorregible”

Fatala, Abel: “Los efectos de una política de Estado”

Chito Vásquez Ocampo, José María: “Después del terremoto vi las imágenes más terribles de toda mi vida”

Arcomano, Raúl: “Martínez de Hoz: el peor traspíe de la famosa Escuela de Chicago”

Zanini, Carlos: “La clave: el retorno de la película”.

Bencivengo, Gabriel y Balázs Francisco: “Defender la pureza institucional es cerrarse al cambio”.

Giles, Jorge: “De una generación perdida a una generación dorada”

Galand, Pablo: “Contra los capitales especulativos”

Juvenal, Gabriela: “Martínez de Hoz es la génesis del golpe de Estado” entrevista a Eduardo Luis Duhalde.

Galand, Pablo: “Para que la banca esté al servicio del crecimiento”

Bencivengo, Gabriel: “Verdugos civiles de la dictadura”

Navarro, Vicenc: “Lo que no se dice en los medios de la crisis económica”

Calcagno, Eric: “El sabor de la cicuta”

Heyn, Iván: “Por una banca onshore”

Carrasco, Lucas: “Combatiendo el capital (simbólico)”

Brooks, David: “La oligarquía financiera enfrenta a Obama y su reforma financiera”

Anguita, Eduardo- Rosemberg, Diego: “Los argentinos y el trabajo” El ministro habla de todo: expansión del empleo, el desafío de darle más calidad en lugar de precarización. Y dice: “me gustaría que en unos años la CTA tenga personería”. Entrevista a Carlos Tomada.

Calcagno, Eric: “Las medidas tomadas que son irreversibles”

Barañao, Lino: “En una nueva etapa”

Rosemberg, Diego: “Ahora el G- 20 tiene un cierto gustito nac & pop”

Guido, Emiliano: “Grecia desnuda la crisis terminal del modelo financiero”

Heyn, Iván: “Globalización & soberbia”

Rauber, Isabel: “Por un Estado plurinacional e intercultural”

Zaffaroni; Eugenio: “Los medios de comunicación construyen la realidad social”

Sabbatella; Martín: “Necesitamos tener muchas y variadas voces”,

Anguita, Eduardo: “El triunfo de la política”

Goobar Walter: ¿Quién le teme al lobo feroz?

Blaustein, Eduardo: “Habrá que hamacarse; la base está” en *Miradas al Sur* de la edición del 31 de octubre del 2010.

Cecchini, Daniel: “Néstor o el poder que otorga el pueblo”

Invernizzi, Hernán: “Una lección para aprender”

Lang, Silvio: “Una frase suspendida”

Trabajadores de *Miradas al Sur*: “Kirchner y nosotros”

Calcagno Eric, Calcagno Alfredo Eric: “Lo que está en juego”

Giles, Jorge: “El hombre del Bicentenario”

Garré, Nilda: “Cristina, Presidenta coraje”

Vidal M, Diego: “El tema de una gran elección nacional no es el pasado, es el futuro”.

Juvenal, G y Lofredo, S: “La prohibición resultó un fracaso”.

Rosli, Jimena: “El narco que juega a las escondidas”.

Gallota, Nahuel: “La sociedad consume malas noticias”.

Heyn, Iván: “De China con amor”

Giles, Jorge: “Cuando amanece la patria”.

Taborda, Saúl: “Reflexiones sobre el ideal político de América Latina” Grupo Editor Universitario, 1º edición, Buenos Aires, Argentina, 2007.

En “Revista económica” ediciones del 18, 25 de abril, 2, 9, 16, 30 de mayo, 4, 11 y 18 de Julio del 2010 del 2010:

Ferrer, Aldo: “Relevancia actual del pensamiento de Raúl Prebisch” página 6.

Ferrer, Aldo: “Enseñanzas helenas”

Ferrer, Aldo: “Hacia el tercer centenario”

Ferrer, Aldo: “Después del canje”

Ferrer, Aldo: “Tipo de cambio, estructura productiva y distribución del ingreso”

Ferrer, Aldo: “Cada país tiene la globalización que se merece” (Primera y segunda parte)

Ferrer, Aldo: “Desarrollo: el tema ignorado en la pastera de Fray Bentos”

Curia, Eduardo: “Obstáculos en el reordenamiento mundial”

Rapoport, Mario: “El dólar y el sistema monetario internacional: ¿una moneda de transición?”

Rapoport, Mario: “Los debates del Bicentenario: sobre el futuro de nuestro pasado”

Millaci, Héctor Daniel: “Un banco de desarrollo para apuntalar la industria nacional”

De Mendiguen, José Ignacio: “Desarrollo productivo y subdesarrollo financiero: la necesidad de promover una banca de desarrollo”

Prado, Mariana: “Pymes advierten que los aumentos de precios están fogueados por grupos económicos concentrados”

Curia, Luis Eduardo: “Teoría general de la enfermedad holandesa”

Curia, Luis Eduardo: “Lo mejor: superar el dilema cambiario”

Curia, Luis Eduardo: “El desarrollo del país es la verdadera confianza”

Krugman, Paul: “La trampa del euro”, página 4.

Prado, Mariana: “Crecen los proyectos de economía social”

Waisberg, Pablo: “Hay que seguir avanzando hacia una estructura más diversificada”

Waisberg, Pablo: “El Estado debe intervenir en los sectores estratégicos”

Somoza Zanuy, Ariadna: “Dar la batalla por las ideas para los próximos cien años”

En Visiones alternativas (<http://www.visionesalternativas.com.mx>):

Modak, Frida: “America Latina: Tecnología y democratización de medios”.

Brito García, Luis: “Monopolios mediáticos y guerras mediáticas”

Calloni, Stella: “La dignidad no se negocia”

Zelaya, Gustavo: “Honduras: La resistencia popular y los periodistas”

Gherzi, Diego: “Coca Cola, Pepsi y otras predadoras: cuando el Maná no cae del cielo”

Money Pat: “¿De quién es la naturaleza?: la mercantilización de la vida”

Barrantes, Daniel: “Agrocombustibles obstaculizan soberanía alimentaria, reitera Conferencia Internacional”

Ribeiro, Silvia: “La economía post-petrolera del azúcar: ni dulce ni limpia”

Rodríguez, Guadalupe: “La Sostenibilidad de los Agrocombustibles ¿Una broma de mal gusto?”

Ducci, Sergio; “Se abrió el debate sobre el pensamiento político de la Argentina y América Latina” Publicado en diario Tiempo Argentino de la edición del 19 de septiembre del 2011.

Foster, Ricardo: “El regreso de la historia y la ceguera de la oposición” Publicado en revista Veintitrés de la edición del 22 de septiembre del 2011.



Reconocimiento-No comercial-Compártir Igual 3.0 Unported

Creative Commons Corporation no es un despacho de abogados y no proporciona servicios jurídicos. La distribución de esta licencia no crea una relación abogado- cliente. Creative Commons proporciona esta información “Tal cual”. Creative Commons no ofrece garantías sobre la información suministrada, ni asume responsabilidad por los daños y perjuicios que resulten de su uso.

Licencia

La obra(tal como se define a continuación) según los términos de esta licencia pública de Creative Commons (“CCPL” o “Licencia”). La obra está protegida por derechos de autor y/u otras leyes aplicables. Cualquier uso de la obra diferente al autorizado bajo esta licencia o derecho de autor está prohibido.

Mediante el ejercicio de los derechos a la obra que aquí, usted acepta y acuerda estar obligado por los términos de esta licencia. En la medida en la presente licencia se puede considerarse un contrato, el licenciante le concede los derechos contenidos en consideración de su aceptación de los términos y condiciones.

1. Definiciones

- a) **"Adaptación"** significa una obra basada sobre la Obra o sobre la Obra y otras obras preexistentes, tales como una traducción, la adaptación, la obra derivada, el arreglo de la música o demás transformaciones de una obra literaria o artística, o fonograma o de rendimiento y incluye adaptaciones cinematográficas o cualquier otra forma en la cual la Obra puede ser reformulada, transformada, o adaptada incluyendo cualquier forma reconocible derivada del original, excepto que una obra que constituye una Colección no será considerada una Obra Derivada a los efectos de esta Licencia. Para evitar dudas,

cuando la Obra es una obra musical o fonograma, la sincronización de la Obra en una relación temporal con una imagen en movimiento ("sincronización") será considerada una Obra Derivada a los efectos de esta Licencia.

- b) **"Colección"** significa una colección de obras literarias o artísticas, tales como enciclopedias y antologías, o ejecuciones, fonogramas o emisiones, u otras obras o prestaciones distintas de las obras que figuran en la Sección 1 (g) siguiente, que por razones de la selección o disposición de las materias, constituyan creaciones de carácter intelectual, en los que se incluye la obra en su totalidad y forma inalterada, junto con una o más de otras contribuciones que constituyen obras, cada una separadas e independientes en sí mismas, que en conjunto se integran en un todo colectivo. Una obra que constituye una Colección no será considerada una Obra Derivada (como se define más arriba) para los fines de esta Licencia.
- c) **"Distribuir"** significa poner a disposición del público. original y copias de la obra o adaptación, en su caso, mediante venta u otra transferencia de propiedad
- d) **"Elementos de la Licencia"** significa los siguientes atributos de alto nivel de licencia seleccionados por el Licenciante e indicados en el título de esta Licencia: Atribución, No Comercial, Compartir en igualdad.
- e) **"Licenciante"** significa el individuo, las personas, entidad o entidades que ofrecen (s) de la Obra bajo los términos de esta Licencia.
- f) **"Autor original"** significa, en el caso de una obra literaria o artística, el individuo, las personas, entidad o entidades que crearon la Obra o si ninguna persona o entidad puede ser identificado, el editor, y además (i) en el caso de una actuación de los actores, cantantes, músicos, bailarines y otras personas que representen un papel, canten, reciten, declamen, interpreten o ejecuten en cualquier forma obras literarias o artísticas o expresiones del folclore, (ii) en el caso de un fonograma, la productor es la persona física o jurídica que fija por primera vez los sonidos de una ejecución o de otros sonidos, y (iii) en el caso de las emisiones, la organización que transmite la emisión.

- g) **"Obra"** significa la obra literaria y / o artística ofrecida bajo los términos de esta licencia incluyendo, sin limitación, cualquier producción en el campo literario, científico y artístico, cualquiera que sea el modo o forma de expresión, incluido el formato digital, como un libro , panfletos y otros escritos, el trabajo de una conferencia, discurso, sermón u otra de la misma naturaleza; una obra dramática o dramático-musicales; una obra coreográfica o de entretenimiento en pantomimas, una composición musical con o sin letra; una obra cinematográfica a la que se asimilan las obras expresadas por procedimiento análogo a la cinematografía; una obra de dibujo, pintura, arquitectura, escultura, grabado o litografía; una obra fotográfica a las cuales se asimilan las obras expresadas por procedimiento análogo a la fotografía; una obra de arte aplicado; una ilustración , mapa, plano, croquis o trabajo tridimensional relativa a la geografía, la topografía, la arquitectura o las ciencias; una actuación, una emisión, un fonograma, una recopilación de datos en la medida en que esté protegido por derecho de autor como un trabajo, o un trabajo realizado por una variedad o un artista de circo en la medida en que no se considera de otra manera una obra literaria o artística.
- h) **"Usted"** significa que es un individuo o entidad ejerciendo los derechos bajo esta Licencia quien previamente no ha violado los términos de esta Licencia con respecto a la Obra, o que ha recibido permiso expreso del Licenciante para ejercer derechos bajo esta Licencia pese a una violación anterior.
- i) **"Ejecutar públicamente"** significa hecer recitaciones públicas del Trabajo y de comunicar al público las recitaciones públicas, por cualquier medio o procedimiento, incluso por medios alámbricos o inalámbricos o al público espectáculos digitales; poner a disposición de las obras públicas, de tal manera que los miembros del público puedan acceder a estas obras desde el lugar y en el lugar que ellos elijan, para realizar la obra al público por cualquier medio o procedimiento y la comunicación al público de las actuaciones de la Obra, incluso pública digital rendimiento, para transmitir y retransmitir la obra por cualquier medio, incluso los signos, sonidos o imágenes.
- j) **"Reproducir"** significa hacer copias de la obra por cualquier medio, incluyendo, sin limitación, grabaciones sonoras o visuales y el derecho de fijación y reproducción de las

fijaciones de la Obra, incluyendo el almacenamiento de una interpretación o ejecución protegida o de un fonograma en forma digital o cualquier otro medio electrónico.

2. **Feria de los Derechos de Negociación.** Nada en esta licencia tiene por objeto reducir, limitar o restringir los usos libres de derechos de autor o los derechos derivados de las limitaciones o excepciones que se prevén en relación con la protección de derechos de autor bajo la ley de derechos de autor u otras leyes aplicables.
3. **Concesión de licencia.** Sujeto a los términos y condiciones de esta Licencia, el Licenciante otorga a Usted una licencia mundial, libre de regalías, no exclusiva, perpetua (por la duración de los derechos de autor) para ejercer estos derechos sobre la Obra como se establece a continuación:
 - a) Reproducir la Obra, incorporar la Obra a una o más colecciones, y para reproducir la Obra incorporada en las Colecciones;
 - b) para crear y reproducir adaptaciones a condición que cualquier adaptación, incluyendo cualquier traducción en cualquier medio, toma medidas razonables para etiquetar claramente, demarcar, o identificar de otra manera que los cambios se realizaron en la obra original. Por ejemplo, una traducción debe marcarse como "La obra original fue traducida del Inglés al Español", o una modificación podría indicar "La obra original ha sido modificado.";
 - c) para distribuir y ejecutar públicamente la obra, incluyendo las incorporadas en las colecciones y,
 - d) para distribuir y ejecutar públicamente Adaptaciones.

Los derechos mencionados anteriormente pueden ser ejercidos en todos los medios y formatos ahora conocidos o desarrollados en un futuro. Los derechos antes mencionados incluyen el derecho a efectuar las modificaciones que sean técnicamente necesarias para ejercer los derechos en otros medios y formatos. Sujeto a la Sección 8 (f), todos los derechos no concedidos expresamente por el licenciador quedan reservados, incluyendo, pero no limitado a los derechos descritos en la sección 4 (e).

4. Restricciones. La licencia otorgada en la anterior Sección 3 está expresamente sujeta a, y limitada por las siguientes restricciones:

- a) Usted puede distribuir o ejecutar públicamente la Obra sólo bajo los términos de esta Licencia. Usted debe incluir una copia de, o el identificador uniforme de recursos (URI) para esta Licencia con cada copia de la Obra que Usted distribuya o ejecute públicamente. Usted no puede ofrecer o imponer ninguna condición sobre la Obra que restrinja los términos de esta licencia o la capacidad del destinatario de la Obra para ejercer los derechos otorgados al receptor bajo los términos de la Licencia. Usted no puede sublicenciar la Obra. Usted debe mantener intactos todos los avisos que se refieran a esta Licencia ya la limitación de garantías con cada copia de la Obra que Usted distribuya o ejecute públicamente. Cuando Usted distribuya o ejecute públicamente la Obra, Usted no puede imponer ninguna medida tecnológica vigente en la Obra que pueda restringir la capacidad de un destinatario de la Obra de para ejercer los derechos otorgados al receptor bajo los términos de la Licencia. Esta Sección 4 (a) se aplica a la Obra cuando es incorporada en una colección, pero esto no exige que la Colección, aparte de la obra misma quede sujeta a los términos de esta Licencia. Si Usted crea una Colección, previo aviso de cualquier Licenciante Usted debe, en la medida de lo posible, retirar de la Colección cualquier crédito requerido en la cláusula 4 (d), según lo solicitado. Si Usted crea una Obra Derivada, bajo requerimiento de cualquier Licenciante Usted debe, en la medida de lo posible, quitar de la adaptación cualquier crédito requerido en la cláusula 4 (d), según lo solicitado.

- b) Usted puede distribuir o ejecutar públicamente la obra derivada solamente bajo: (i) los términos de esta Licencia, (ii) una versión posterior de esta Licencia con los Elementos de la Licencia que esta Licencia, (iii) una licencia de Creative Commons jurisdicción (ya sea este o una versión de la licencia posterior) que contiene los elementos de Licencia que esta Licencia (por ejemplo, de la Attribution-Noncommercial-Share Alike 3.0 EE.UU.) ("Licencia Aplicable"). Usted debe incluir una copia de, o la URI, por licencia pertinente con cada copia de cada adaptación que usted distribuye o realiza públicamente. Usted no puede ofrecer o imponer ninguna condición sobre la adaptación que restrinja los términos de la licencia pertinente o la capacidad del destinatario de la adaptación al ejercer los

derechos otorgados al receptor bajo los términos de la Licencia Aplicable. Usted debe mantener intactos todos los avisos que se refieran a la Licencia Aplicable ya los descargos de responsabilidades con cada copia de la Obra tal como se incluye en la adaptación que usted distribuye o realiza públicamente. Cuando Usted distribuya o ejecute públicamente la Adaptación, Usted no puede imponer ninguna medida tecnológica vigente en la adaptación que restringen la capacidad de un destinatario de la adaptación de para ejercer los derechos otorgados al receptor bajo los términos de la Licencia Aplicable. Esta Sección 4 (b) se aplica a la adaptación cuando es incorporada en una colección, pero esto no exige que la Colección, aparte de la propia adaptación debe estar sujeta a los términos de la Licencia Aplicable.

- c) Usted no puede ejercer ninguno de los derechos otorgados a Usted en la Sección 3 precedente de modo que estén principalmente destinados o directamente a conseguir un provecho comercial o una compensación monetaria privada. El intercambio de la Obra por otras obras con derechos de autor a través de la tecnología digital de intercambio de archivos o de lo contrario no serán considerados para ser destinados o directamente a conseguir un provecho comercial o una compensación monetaria privada, siempre y cuando no haya pago de ninguna compensación monetaria en conexión con el intercambio de obras protegidas.
- d) Si usted distribuye o ejecuta públicamente la Obra o las adaptaciones o colecciones, para que, a menos que una solicitud ha sido hecha de conformidad con la Sección 4 (a), mantenga intactos todos los avisos de derechos de autor para la Obra y proporcionar, razonable para el medio o medios Usted esté utilizando: (i) el nombre del autor original (o seudónimo, si procede) si fue suministrado, y / o si el Autor Original y / o el Licenciante designa otra parte o partes (por ejemplo, un instituto patrocinador, entidad editora, una revista) para la atribución ("Partes del Reconocimiento") en la nota de derechos de autor del Licenciante, términos de servicios o por otros medios razonables, el nombre de dicha parte o partes, (ii) el título de la Obra si está provisto; (iii) en la medida en que sea posible, el URI, si los hubiere, que el Licenciante especifica para ser asociado con la Obra, salvo que tal URI no se refiera al aviso de derechos de autor o información de licencia de la obra,

y (iv) de conformidad con la Sección 3 (b), en el caso de una obra derivada, un aviso que identifique el uso de la Obra en la adaptación (por ejemplo, "Traducción Francesa de la Obra del Autor Original," o "Guión basado en la Obra original del Autor Original"). El crédito requerido por esta Sección 4 (d) puede ser implementado de cualquier forma razonable, siempre que, sin embargo, que en el caso de una adaptación o colección, en como mínimo dicho crédito aparecerá, si un crédito para todos los autores que contribuyeron a la Adaptación o Colección aparece, entonces, como parte de estos créditos y de una manera por lo menos, tan destacada como los créditos de los demás autores contribuyentes. Para evitar dudas, Usted sólo podrá utilizar el crédito requerido por esta Sección con el propósito de reconocimiento en la forma prevista anteriormente y, por ejercer sus derechos bajo esta Licencia, Usted no podrá implícita ni tácitamente aseverar ni dar a entender ninguna conexión, patrocinio o aprobación por parte del autor original Licenciante y / o Partes del Reconocimiento, según corresponda, de usted o de su uso de la obra, sin el permiso independiente, expreso, previo y por escrito de, al Autor Original Licenciante y / o Partes del Reconocimiento.

- e) Para evitar dudas:
- i. **Irrenunciable Esquemas licencia obligatoria.** En las jurisdicciones en las que el derecho a cobrar regalías a través de cualquier sistema de licencias legales u obligatorio no podrá ser cancelado, el Licenciante se reserva el derecho exclusivo a cobrar las regalías para cualquier ejercicio de su parte de los derechos garantizados por esta Licencia;
 - ii. **Esquemas de licencia obligatoria renunciabile.** En las jurisdicciones en las que puede ejercerse el derecho a cobrar regalías a través de cualquier sistema de licencias legales u obligatorias renunciado, el Licenciante se reserva el derecho exclusivo a cobrar las regalías para cualquier ejercicio de su parte de los derechos concedidos bajo esta licencia, si el ejercicio de tales derechos es con una finalidad o uso que de otra manera no comercial, que según lo permitido bajo la Sección 4 (c), y por otra parte renuncia al derecho a cobrar regalías a través de cualquier esquema de licenciamiento obligatorio o legal y,

- iii. **Planes voluntarios de la licencia.** El Licenciante se reserva el derecho a cobrar regalías, sea individualmente o, en el caso de que el Licenciante sea miembro de una sociedad de gestión colectiva que administre los regímenes voluntarios de concesión de licencias, a través de esa sociedad, de cualquier ejercicio de su parte de los derechos concedidos bajo esta licencia es con una finalidad o uso que de otra manera no comercial, que según lo permitido bajo la Sección 4 (c).
- f) Salvo que se acuerde lo contrario por escrito por el Concedente o como puede ser de otra manera permitida por la ley aplicable, en caso de que se reproduzca, distribuya o ejecute públicamente la Obra, ya sea por sí mismo o como parte de las adaptaciones o colecciones, no debe distorsionar, mutilar, modificar o tomar otra acción despectiva en relación con el trabajo que cause perjuicio al honor del autor original o reputación. Licenciante acuerda que en esas jurisdicciones (por ejemplo, Japón), en el que cualquier ejercicio del derecho concedido en la Sección 3 (b) de esta licencia (el derecho a hacer adaptaciones) se considerará como una deformación, mutilación, modificación o cualquier atentado contra el honor del autor original y la reputación, el Licenciante renuncia o afirmar que no, según el caso, esta Sección, en la máxima medida permitida por la legislación nacional aplicable, para que pueda ejercer razonablemente su derecho en virtud de la Sección 3 (b) de este Licencia (derecho a hacer adaptaciones) pero por lo demás no.

5. Declaraciones, Garantías y Limitación de Responsabilidad.

A menos que se acuerde mutuamente por escrito entre las partes y en la medida máxima permitida por la ley aplicable, el Licenciante ofrece la obra tal cual y no hace ninguna presentación o garantía de ningún tipo respecto de la obra, ya sea expresa, implícita, legal o de otro tipo, incluyendo, sin limitación, las garantías de título, comercialización, aptitud para un propósito particular, no infracción, o la ausencia de latentes u otros defectos, exactitud, o la presencia de ausencia de errores, sean o no sean descubiertos. Algunas jurisdicciones no permiten la exclusión de garantías implícitas, por lo que esta exclusión no se aplique en su caso.

6. Limitación de Responsabilidad.

Excepto en la medida requerida por la ley aplicable en ningún caso el Licenciante será responsable ante usted por cualquier otra teoría legal por cualquier daño especial, incidental, consecuente, punitivo o ejemplar, proveniente de esta licencia o del uso de la obra, aún cuando el Licenciante haya sido advertido de la posibilidad de tales daños.

7. Terminación.

- a) Esta Licencia y los derechos aquí concedidos finalizarán automáticamente en caso que Usted viole los términos de esta Licencia. Las personas o entidades que hayan recibido adaptaciones o colecciones de usted bajo esta Licencia, sin embargo, no verán sus licencias finalizadas, siempre que estos individuos o entidades sigan cumpliendo íntegramente las condiciones de estas licencias. Las secciones 1, 2, 5, 6, 7, y 8 subsistirán a cualquier terminación de esta Licencia.
- b) Sujeto a los términos y condiciones anteriores, la licencia otorgada aquí es perpetua (por la duración del derecho de autor aplicable a la Obra). No obstante lo anterior, el Licenciante se reserva el derecho de difundir la Obra bajo condiciones de licencia diferentes o de dejar de distribuir la Obra en cualquier momento, siempre que, sin embargo, que ninguna de tales elecciones sirva para retirar esta Licencia (o cualquier otra licencia que haya sido, o se requiere para ser concedida bajo los términos de esta Licencia), y esta licencia continuará en pleno vigor y efecto a menos que termine como se indicó anteriormente.

8. Misceláneo.

- a) Cada vez que Usted distribuya o ejecute públicamente la Obra o una Colección, el Licenciante ofrece a los destinatarios una licencia para la Obra en los mismos términos y condiciones que la licencia concedida a Usted bajo esta Licencia.
- b) Cada vez que Usted distribuya o ejecute públicamente una Obra Derivada, el Licenciante ofrece a los destinatarios una licencia para la Obra original en los mismos términos y condiciones que la licencia concedida a Usted bajo esta Licencia.
- c) Si alguna disposición de esta Licencia es inválida o no exigible bajo la ley aplicable, esto no afectará la validez o exigibilidad

del resto de condiciones de esta Licencia y, sin acción adicional de las partes de este acuerdo, tal disposición será reformada en la lo estrictamente necesario para hacer tal disposición sea válida y exigible.

- d) Ningún término o disposición de esta Licencia se estimará renunciada y ninguna violación consentida a menos que esa renuncia o consentimiento sea por escrito y firmado por las partes que serán afectadas por tal renuncia o consentimiento.
- e) Esta Licencia constituye el acuerdo completo entre las partes con respecto a la Obra licenciada aquí. No hay entendimientos, acuerdos o representaciones con respecto a la Obra que no estén especificados aquí. El Licenciante no será obligado por ninguna disposición adicional que pueda aparecer en cualquier comunicación proveniente de Usted. Esta Licencia no puede ser modificada sin el mutuo acuerdo por escrito entre el Licenciante y Usted.
- f) Los derechos concedidos bajo, y hace referencia a la materia, en la presente Licencia se elaboraron utilizando la terminología de la Convención de Berna para la Protección de las Obras Literarias y Artísticas (enmendado el 28 de septiembre de 1979), la Convención de Roma de 1961, el autor de la OMPI Tratado de 1996, la OMPI sobre Interpretación o Ejecución y Fonogramas de 1996 y la Convención Universal sobre Derecho (revisada el 24 de julio de 1971). Estos derechos y prestaciones en vigencia en la jurisdicción relevante en que los términos de licencia se trató de hacerse cumplir de acuerdo con las disposiciones correspondientes de la aplicación de las disposiciones de los tratados en el derecho nacional aplicable. Si el conjunto estándar de los derechos concedidos en virtud del derecho de autor aplicable incluye derechos adicionales no concedidos bajo esta Licencia, tales derechos adicionales se considerarán incluidos en la Licencia, esta licencia no se pretende restringir la licencia de ningún derecho bajo la ley aplicable.

Aviso Creative Commons

Creative Commons no es parte en esta Licencia y no ofrece ninguna garantía en relación con la Obra. Creative Commons no será responsable frente a Usted o cualquier parte en cualquier teoría legal de ningún daño, incluyendo, sin limitación, cualquier daño general, especial, incidental o

consecuente, originado en conexión con esta licencia. No obstante lo anterior dos (2) oraciones anteriores, si Creative Commons se ha identificado expresamente como el Licenciante, tendrá todos los derechos y obligaciones del Licenciante.

Excepto con el propósito limitado de indicar al público que la Obra está licenciada bajo la CCPL Commons, Creative no se autoriza el uso de cualquiera de las partes de la marca registrada "Creative Commons" o cualquier otra marca o logotipo relacionado a Creative Commons, sin el consentimiento previo y por escrito de Creative Commons. Cualquier uso permitido se hará de conformidad con los vigentes en ese momento de Creative Commons directrices uso de la marca, según lo publicado en su sitio web o puesto a disposición a petición de vez en cuando. Para evitar cualquier duda, esta restricción de marca no forma parte de esta Licencia.

Creative Commons puede ser contactado en:

<http://creativecommons.org/> .